

# PREGÚNTASELO AL GATO



Amantes de los animales,  
atentos.  
Este gato os robará  
el corazón.

MELINDA METZ

Libros de  
*seda*

MELINDA METZ

# PREGÚNTASELO AL GATO



Libros de  
*seda*



Jamie Syder tiene treinta y cuatro años y está soltera. Sin embargo, no es que tenga muchas ganas de iniciar una nueva relación... Tras sufrir durante todo un año a un tipo enamorado de sí mismo y a otro... que había olvidado decirle que estaba casado, ha decidido celebrar el año de ella con ella misma y *MacGyver*.

*MacGyver* no es otro que un gato encantador que tiene el hábito, no tan encantador, de escabullirse por la noche y robar cosas a los vecinos. Sí, es cierto: *MacGyver* es un gato ladrón, pero sigue siendo el único ser del género masculino en el que Jamie confía... y la única compañía que necesita, ¿no?



© Melinda Metz

Melinda Metz es autora de diversas series de novelas juveniles, historias de suspense, ciencia ficción y fantasía. Entre ellas, destacan la serie *Roswell High*, sobre unos adolescentes alienígenas, que ha sido llevada a la televisión bajo el título *Roswell*. Otra de sus series, *Fingerprints*, cuya protagonista puede leer los pensamientos mediante las huellas dactilares, también se ha convertido en serie televisiva.

A menudo escribe junto a Laura J. Burns, y ambas han sido juntas creadoras de diversas series de libros. En la actualidad vive en Concord, Carolina del Norte, con su perro *Scully*. *Pregúntaselo al gato* es su primera novela traducida al español.

*Pregúntaselo al gato*

Título original: *Talk to the Paw*

Copyright © 2018 by **Melinda Metz**

First Published by **Kensington Publishing Corp.**

Translation rights arranged by Sandra Bruna Agencia Literaria, SL

All rights reserved

© de la traducción: Rosa Bachiller © de esta edición: Libros de Seda, S.L.

Estación de Chamartín s/n, 1ª planta

28036 Madrid

[www.librosdeseda.com](http://www.librosdeseda.com)

[www.facebook.com/librosdeseda](http://www.facebook.com/librosdeseda)

@librosdeseda

[info@librosdeseda.com](mailto:info@librosdeseda.com)

Diseño de cubierta: Christine Mills/Kensington Publishing Corp.

Adaptación de la cubierta y maquetación: Rasgo Audaz Imagen de la cubierta: © Masterfile

Conversión en epub: [Booqlab](#)

Primera edición digital: julio de 2018

ISBN: 978-84-16973-46-0

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos. Si necesita fotocopiar o reproducir algún fragmento de esta obra, diríjase al editor o a CEDRO ([www.cedro.org](http://www.cedro.org)).

*Para Gary Goldstein, a quien agradezco  
la «ronroportunidad» y la «ronroinspiración»,  
y en memoria de los verdaderos  
Marie y Al De Francisco, los mejores vecinos posibles.*

## CAPÍTULO 1



*MacGyver* abrió los ojos. Yacía acurrucado, con la tripa bien apretada contra el suave y cálido pelo de Jamie. Esa era su postura favorita para dormir. Ronroneó de puro placer. El olor de su cuerpo, uno de los pocos que le resultaban familiares en este nuevo lugar, lo reconfortó.

No obstante... aún permanecía ese tufo tan penetrante. No era exactamente el olor de la enfermedad, pero en cierto modo se lo recordaba. *Mac* sospechaba el porqué. Odiaba admitirlo, pero los humanos se parecían más a los perros que a los gatos, al menos en buena parte. Necesitaban tener a su alrededor otros de su especie, formar un grupo, una manada.

*Mac* se sentía perfectamente a gusto siendo el único gato de la casa, rodeado por su propia comida, su agua, su caja con arena, sus juguetes y su humana. Pero Jamie no era así, independiente como él. *Mac* pensó que, alguna vez, saldría para encontrar otro humano macho para ella sola. Había un motón de ellos entre los que escoger. Pero a veces Jamie se olvidaba de lo más obvio. Por ejemplo, no entendía que la lengua era todo lo que necesitaba para lavarse, y que no tenía ninguna necesidad de aguantar eso tan desagradable de obligarle a meter todo su cuerpo en agua. ¡Ya estaba bien limpio utilizando la lengua, por favor!

Dejó de ronronear. Ahora que había notado el tufo, empezó a

molestarlo cada vez más. Se puso en pie, aun a costa de tener que abandonar su confortable postura. ¡Era el momento de pasar a la acción! Acarició a Jamie unas cuantas veces en la cabeza, para que cualquiera que la oliera tuviera claro que era solo suya, su humana, saltó al suelo y caminó lentamente por el cuarto de estar, dirigiéndose hacia el porche delantero cubierto y con mosquiteras en las ventanas. Previamente había descubierto que había un pequeño hueco en la parte inferior de una de las mosquiteras.

Echó un vistazo hacia la oscuridad de la calle. En este nuevo sitio tenía que haber algún humano que fuera su pareja perfecta para formar una manada. Pero ella, por sí misma, no iba a ser capaz de descubrir a esa persona. Así que, como Jamie era su humana, él tenía la obligación de encontrar a un humano macho ideal para hacerla feliz. Y para que dejara de oler mal.

Sin problemas. *MacGyver* estaba en ello.

*Mac* se deslizó a presión a través del hueco de la mosquitera y se detuvo. Era la primera vez que se aventuraba en ese mundo exterior sin que entre dicho mundo y él se interpusiera la ventana de un automóvil o la malla de la caja en la que lo transportaban. Seguro que ahí fuera había peligros potenciales, pero no le importaba. Sabía que manejaría sin problemas cualquier situación difícil que pudiera surgir.

Con las orejas hacia delante y la cola levantada, se adentró en la noche aspirando la mezcla de fragancias que la inundaban: salsa de tomate con especias, chocolate glaseado, filete de atún y otras docenas de olores a comida; el aroma céreo de las flores violetas que crecían al lado de su nueva casa; un efluvio entre dulce y rancio que salía de los cubos de basura alineados junto al bordillo; un indicio interesante de deposiciones de ratón; y, sobre todo, el hedor, penetrante y abrumador, de la orina de perro. *Mac* bufó muy molesto. Estaba más que claro que, en los alrededores, había un perro que hacía pis por todas partes. El muy cabeza de chorlito debía de estar convencido de que la zona le pertenecía en exclusiva. Pues estaba



equivocado, y de medio a medio.

*MacGyver* se acercó trotando al árbol en el que el perro había dejado en último lugar su húmeda huella. Le dio un profundo arañazo, de modo que cuando terminó era su propio olor el que dominaba por completo al del chucho. Satisfecho, aspiró profundamente, esta vez abriendo también la boca y moviendo rápido la lengua, lo que le permitía casi sentir el gusto del aire.

Jamie no era la única humana de la zona que emitía ese aroma a soledad. Dejándose llevar por sus instintos, *Mac* decidió seguir el rastro más potente. Se paró un par de veces para contrarrestar con sus garras el repugnante tufo del perro, pero enseguida llegó a la fuente del rastro que estaba siguiendo. Era una casita pequeña con el tejado redondeado.

Aparte del olor a soledad, le encantaron todos los demás que detectó su olfato: beicon, mantequilla, hierba recién cortada y nada tan intensamente ácido como eso que a Jamie tanto le gustaba echar en la cocina y que no le dejaba disfrutar por completo de la comida. Y ahora, ¿de qué forma iba a lograr que Jamie se diera cuenta de que aquí había un buen candidato a compañero? *Mac* pensó durante un momento, y decidió que se llevaría algo de aquí a su casa para que ella lo encontrara. El olfato de su humana no era tan sensible, pero estaba seguro de que, si se encontraba con algo justo delante de ella, notaría la agradable mezcla de olores y sabría lo que debía hacer.

El porche estaba descubierto, al contrario que el de su nueva casa, pero no le preocupó. *Mac* levantó el labio superior mientras continuaba con sus exploraciones. El perro descerebrado había estado por allí, eso seguro. Procuró aislarse del hedor, recordándose que estaba en una misión importante, cumpliendo con su deber. Sus ojos iban de acá para allá, observándolo todo, buscando y buscando. Y entonces la vio: una pequeña ventana circular semiabierta en el segundo piso.

¿Subirse allí? Sin problemas. El gran árbol que crecía al lado de la casa parecía haberse colocado ahí como escalera de acceso personal

para él. Trepó rápidamente, le dio un pequeño empujón con la cabeza a la ventana para abrirla un poco más y se coló dentro de un salto. Fue a caer precisamente encima de lo más perfecto que podía llevarle a Jamie. Era algo saturado de magníficos olores, con el aroma a soledad que haría que Jamie se diera cuenta de que ese humano macho necesitaba compañía, tanto o más que ella.

*Mac* sujetó con la boca el trozo de ropa disfrutando del sabor que acompañaba a los olores. Completamente satisfecho de su éxito, volvió a trepar al alféizar de la ventana y después saltó hacia la noche arrastrando su premio con él.



A la mañana siguiente, un potente maullido de llamada despertó a Jamie.

—¡Ya voy, *Mac*! —murmuró.

Aún medio dormida, anduvo dos pasos y se dio de bruces contra la puerta del armario. Bueno, al menos el golpe contribuyó a sacarla de la semiinconsciencia, aunque solo en parte.

Claro. Era lógico. Era su casa nueva, en la que el armario estaba al lado contrario de la cama que en el antiguo apartamento.

—¡Miauuu!

—Voy. Enseguida. Ya. —Jamie le habló a su gato con cierto mal humor mientras recorría la escasa distancia que separaba el dormitorio de la cocina. *Mac* soltó otro de sus bufidos que significaban «¡Quiero mi comida!». Era como si el gato hubiera estado ensayando distintos tonos hasta escoger finalmente aquel de su repertorio que más hacía que le zumbaran los oídos, y lo empleara para pedir su alimento.

—Te lo vuelvo a repetir: si aprendieras a utilizar la cafetera, nuestras mañanas serían mucho más agradables de lo que son ahora —le recordó. Pero ni siquiera se molestó en prepararse un café antes de ponerle la comida a «su majestad». *MacGyver* la había entrenado bien a ese respecto.

Pero, pese a que necesitaba cafeína en vena, no pudo evitar una

sonrisa cuando *Mac* empezó a serpentear alrededor de sus tobillos en el momento en el que sacó del armario una lata de comida para gatos. Su minino era estupendo, aunque había una serie de cosas que no terminaba de captar, como por ejemplo, que podría colocar la comida en el bol mucho más deprisa si no intentara hacerla tropezar enredándole los pies con su cuerpo.

—Aquí tienes. —Se las arregló para verter el contenido de la lata en el tazón de *Mac* sin echarle nada por la cabeza. Lo observó mientras olía la comida dos o tres veces, un mordisquito, después otro... Bueno, pues parecía que la marca *Alli-Cat* aún seguía contando con su aprobación. No se podía creer que estuviera alimentando a su gato con carne de caimán. Pero la veterinaria le había dicho que una comida, digamos, así de salvaje, era buena para él; y, desde luego, le gustaba, al menos por ahora. Se imaginó a *Mac*, que pesaba cuatro kilos escasos, preparándose el desayuno a base de intentar enredar las enormes patas de un caimán hasta hacerlo caer, para luego devorarlo como lo haría un puma. Eso sí, de medio metro.

Jamie se acercó a la cafetera, uno de los pocos aparatos imprescindibles que no había desempaquetado la noche anterior, ¡vaya por Dios!, y se dejó caer en una de las sillas de la cocina, sintiéndose repentinamente agobiada. Acababa de tirar su vida a la basura. Se había despedido de su trabajo y, casi simultáneamente, se había trasladado al lugar más alejado que había podido sin salir de los Estados Unidos de América. Se rodeó las rodillas con los brazos. ¿En qué estaba pensando? Tenía treinta y cuatro años. Con esa edad se supone que ya debes asentarte, y no empezar de nuevo prácticamente en todos los aspectos. Sus amigas sí que lo habían hecho. Todas estaban casadas, sin excepción, y más de la mitad tenían niños. No, no bebés: niños crecitos. Uno de los de Samantha era casi adolescente.

«No hagas esto. No hagas esto. Esta no es manera de empezar». Pero ¿cómo se suponía que tenía que hacerlo? Pensó por un momento. Lo primero era levantarse de la silla. Así lo hizo,

inmediatamente. «Bueno, ¿y ahora qué?».

La respuesta de su cerebro fue inmediata. ¡Iba a salir! Lo cual significaba que tenía que vestirse. Rápidamente fue a la sala de estar y, antes de cambiar de idea, abrió la maleta más grande, sacó sus *jeans* favoritos y un top súper, hecho con materiales reciclados que había encontrado en Etsy. Solo se lo había puesto una vez, pero le encantaba. No era demasiado adecuado para un sitio como Avella, Pensilvania, porque la verdad es que resultaba un poco llamativo, salpicado de corales y rosas negras, pero también con manchas de color de distintos tamaños y formas alrededor de los dobladillos, y también hojas verdes por aquí y por allá.

En fin, que resultaba perfecto para Los Ángeles, o al menos eso le parecía. Por otra parte, ¿qué más daba? Jamie había nombrado a 2018 como «El Año de Mí Misma». La inauguración fue silenciosa, pero válida a todos los efectos. Ya había superado los años que había declarado como los de «El Hombre Egocéntrico», «El Hombre que Olvidó Mencionar que Estaba Casado», «El Hombre Protegido por Plástico Transparente» y «El Hombre No Comprometido». ¡Ah!, sin olvidar al peor de todos, «El Año de la Madre Enferma».

«El Año de Mí Misma» no incluiría a ningún hombre de ninguna clase, fuera el que fuese, en absoluto. Solo implicaría ponerse ropa que a ella le gustara, independientemente de que a los demás les pareciera horrible, y cumplir sus sueños, una vez hubiera averiguado en qué consistían. De lo que sí que estaba segura era de que no tenían nada que ver con enseñar Historia en secundaria y bachillerato.

«El Año de Mí Misma» conllevaría vivir en un sitio en el que, de entrada, no conociera a nadie, y en el que todos los lugares a los que fuera supusieran una novedad absoluta, un estreno. ¡«El Año de Mí Misma» le cambiaría la vida! Negó con la cabeza. Si seguía por ese camino, en cualquier momento empezaría a cantar la canción de María von Trapp cuando se marchaba del convento en *Sonrisas y lágrimas*. Agarró el bolso y fue hacia la puerta, pero de repente se

detuvo. Igual debería cepillarse el pelo. Y los dientes...

Una vez completadas ambas tareas, se dirigió a la puerta. Entonces vio de refilón algo que había sobre el felpudo y lo recogió. Era una toalla de manos completamente blanca. Ayer no estaba allí, eso seguro y, desde luego, no era suya. No le gustaba el blanco puro, ni para la ropa ni para nada.

Empezó a abrir la puerta del porche para poder dejar allí la toalla, pero no la había separado del marco ni tres centímetros cuando *Mac* introdujo sus silenciosas y flexibles patas por el mínimo hueco e, instantáneamente, todo el cuerpo estuvo fuera.

Jamie cerró de inmediato. *Mac* nunca había salido a la calle. Se le pasaron por la cabeza una docena de cosas horribles que podrían pasarle.

—¡*MacGyver!* —gritó. Pero, para variar, el gato siguió andando sin inmutarse. Lo intentó de nuevo, aun sabiendo que no había nada que hacer—. ¡*MacGyver!*

—La voz de la autoridad —dijo alguien, que después soltó un bufido. Se volvió y reconoció a Al Defrancisco, que estaba regando un pequeño parterre de flores situado junto a los escalones de su porche. Lo había conocido ayer, cuando llegó, y también a su esposa. Vivían en uno de los veintitrés bungalós (¡bungalós! ¿En eso consistía el glamur del viejo Hollywood?, ¿en llamar bungalós a las casitas individuales?) que conformaban Storybook Court. El nombre se debía a un estilo arquitectónico pasajero de los años veinte del siglo también xx, que consistió en hacer casas pequeñas, como las de los cuentos, aunque seguro que a precios en absoluto pequeños. Ese estilo, que sin duda proporcionó al complejo un estatus de curiosidad histórica, probablemente había evitado que las casitas hubieran sido sustituidas por bloques de pisos o por una urbanización de chalés de lujo. Había tenido muchísima suerte, pues la misma mañana en la que Jamie empezó a buscar alojamiento, una de las adorables casitas, perdón, bungalós, se había quedado libre.

—Cuando se le llama, viene... algunas veces, por lo menos. O sea,

cuando tengo un bol de comida entre las manos, o cuando me estoy comiendo un sándwich de atún —explicó Jamie. ¡Menos mal que *Mac* no se había ido muy lejos!, al menos todavía... Su gato, atigrado en tonos cremas y marrones, estaba arañando casi con saña el tronco de una de las palmeras que rodeaban la fuente del jardín central.

¡Palmeras al lado de su casa! ¿Podía haber algo más maravilloso? No era posible que se tratara de su vida. ¡Pero sí que lo era! Gracias a la herencia que le había dejado su madre, podía pasar aquí más de un año. Ni siquiera tenía que preocuparse de encontrar trabajo. Al menos durante este tiempo, único en la vida. De todas maneras, no tenía la menor intención de convertirse en una holgazana. Eso sí, estaba clarísimo que, de dar clase, nada de nada. Pero iba a averiguar qué era lo que de verdad quería hacer, ¡y después iba a hacerlo!

—Al, te dije que te pusieras una gorra o algo. —Marie salió por la puerta de la casa de al lado y le lanzó un sombrero de paja tipo borsalino. Era una mujer menuda y frágil, y tanto ella como Al debían rondar los ochenta; no obstante, su voz era firme y mandona. Al se puso el sombrero.

—La voz de la autoridad —susurró, señalando a su mujer con la barbilla.

—¿Adónde vas? —le preguntó Marie a Jamie.

—En cuanto logre meter en casa al gato, iré a tomar un café. Ayer, cuando vine, vi esa cafetería, Coffee Bean & Tea Leaf, que está a unas manzanas de aquí —contestó.

Marie soltó una especie de bufido de desaprobación, al parecer dirigido a la propia Jamie, y volvió a entrar en su casa. En Avella todo el mundo sabía lo que hacían los demás. De hecho, el pueblo no tenía más de mil habitantes. Estaba segura de que en Los Ángeles las cosas serían distintas, pero al parecer estaba equivocada.

Le echó una mirada a *Mac*, procurando comportarse como si no estuviera vigilándolo. Conocía a su gato, la mejor manera de llevarlo a casa era actuar como si no le importara lo más mínimo lo que estuviera haciendo. En estos momentos tomaba el sol junto a la

palmera.

—No puedo dejarlo fuera. Es un gato muy casero, sin el menor sentido del peligro respecto al tráfico —le explicó a Al—. Parece que le gusta esa placita con la fuente y también los alrededores. Igual debería ponerle una correa y sacarlo a pasear.

Al se limitó a gruñir, y Jamie consideró la posibilidad de entrar a por una lata de comida. Lo que pasa es que acababa de comer, así que seguramente no funcionaría. Igual el juguete de plumas... Antes de que tomara una decisión, Marie salió otra vez.

—Café —anunció dirigiéndose a Jamie y colocando una taza sobre el pasamanos del porche—. Veintisiete centavos la taza me cuesta hacerlo. Seguramente en tu Bean cuesta veinte veces más.

—Gracias. Eres muy amable —dijo Jamie. Dio un sorbo: estaba perfecto.

—Llévale una taza a Helen —dijo Marie dándosela a Al, que echó a andar obedientemente hacia la otra casa vecina a la de ellos.

—¡Helen! ¡Café! —gritó, sin molestarse siquiera en subir los dos escalones que llevaban al porche.

Unos momentos después salió de la casa una mujer alrededor de diez años más joven que Marie y Al. Tomó la taza, bebió un poco y miró a su vecina con cara de malas pulgas.

—Te has olvidado del azúcar. Otra vez.

—No necesitas azúcar —respondió Marie de inmediato—. Estás engordando. —La mirada de Helen se endureció aún más—. Nessie mantiene una figura estupenda. Tú podrías...

—Ya te he dicho que no me hables de eso —cortó Helen—. Voy a ponerle azúcar —anunció, cuando de repente se fijó en Jamie—. ¡Hola! ¡Tú eres Jamie Snyder! Tenía ganas de conocerte. Tengo un ahijado más o menos de tu edad, aunque me da la impresión de que no eres exactamente su tipo. Le gustan exóticas, no las rubias tipo «vecina de al lado». Pero también es profesor. Le voy a dar tu número.

¿Rubia tipo «vecina de al lado»? ¿era ella una rubia tipo «vecina

de al lado»? Desde luego que exótica no era. Lo sabía perfectamente. Pero eso de rubia tipo «vecina de al lado» sonaba extremadamente correcto y extremadamente aburrido. De acuerdo, era correcta, pero no extremadamente. Y no era...

—¿Tu número? —la acució Helen.

—No. Quiero decir... que no estoy interesada en conocerle, ni a él ni a ningún otro hombre —proclamó Jamie. Las palabras salieron de su boca demasiado deprisa y en voz demasiado alta como para sonar correctas—. Bueno, quiero decir que acabo de llegar aquí, y prefiero asentarme primero. —Echó otra mirada a *Mac*. Seguía tomando el sol, tan pancho—. ¿Cómo sabes que soy bueno, que era profesora? —preguntó. Estaba casi segura de que no se lo había dicho a Marie y a Al cuando hablaron ayer, y habían sido los únicos con los que había conversado en la urbanización.

—Si el dato constaba en el contrato de alquiler, estas dos están al tanto —afirmó Al mientras volvía a su parterre, en este caso a quitar las malas hierbas. Jamie estaba segura de que era ilegal que un arrendador compartiera esa información, pero decidió no enfadarse por ello.

—De todas formas, su ahijado no te conviene para nada —espetó Marie—. No es capaz ni de cambiar una bombilla de su casa. Cuando necesita algo tengo que enviarle al pequeño Al, nuestro hijo, que viene a cenar todos los domingos. —Señaló a Helen con un pulgar huesudo—. Además, tu ahijado es demasiado joven.

—Solo cinco años más joven que ella —replicó la vecina.

—Mi sobrino nieto es tres años mayor. En una pareja, el hombre tiene que ser mayor que la mujer. Ellos maduran más tarde. —Marie se volvió hacia Jamie—. Él sí que sería adecuado para ti.

Jamie empezó a retroceder despacio. Como si se diera cuenta de su malestar, *MacGyver* se acercó a ella trotando y soltando su maullido que quería decir «Tómame en brazos», mucho más suave y agradable que el de «¡Quiero mi comida!». Agradecida, Jamie así lo hizo. Con el dedo índice, siguió la *M* que se dibujaba en su frente.



Esa marca fue una de las razones por la que le puso el nombre de *MacGyver*.

—Tu ahijado es alérgico a los gatos, ¿no? —le gritó Marie a Helen en tono triunfal.

—Voy a ponerme azúcar en el café —dijo Helen entre dientes al tiempo que se batía en retirada.

—Deja la taza en el porche cuando hayas terminado —le indicó Marie a Jamie antes de que ella también entrase en casa.

—No tengo ganas de que me emparejen con nadie, de verdad —le confesó Jamie a Al, dado que ninguna de las dos mujeres le había hecho ningún caso.

—¿Tú te crees que eso les importa lo más mínimo a ellas? —preguntó Al con su habitual tono adusto.

A Jamie sí que le importaba, y mucho. No iba a permitir que «El Año de Mí Misma» empezara con citas incómodas, ni con sobrinos nietos, ni con ahijados, ni con ningún hombre en general ni en particular.



—Le hablaste de Clarissa, ¿verdad? —preguntó Adam tan pronto como David volvió a sentarse a la mesa.

David se limitó a dar un trago de su cerveza india, un tanto amarga, que le había recomendado Brian, el dueño de Blue Palm. Normalmente tomaba Corona, pero en el Blue Palm no se podía pedir esa cerveza.

—No tienes que responderme —continuó Adam—. Sé que lo hiciste. Pude notar el momento exacto. Caminaste hacia la barra, te pusiste en un sitio cerca de ella y de su amiga, e hiciste algún comentario gracioso y probablemente autodespreciativo. Ella sonrió. Tenía buen aspecto. La amiga se fue al baño, seguramente para dejaros solos un rato a ver cómo se desarrollaba la cosa. Te puso la mano sobre el brazo. ¡Te puso la mano sobre el brazo! Yo pensé que la cosa estaba resultando más fácil de lo que esperabas, y también de lo que esperaba yo. Y entonces el toque en el brazo se convirtió en

una especie de caricia. De caricia «compasiva». En ese momento supe, ¡sí, lo supe!, que habías sacado a relucir a la esposa fallecida.

David notó rigidez en los hombros, pero forzó una sonrisa y levantó el vaso en dirección a su amigo.

—¡Lo has clavado!

—Lo siento. No debería habértelo dicho así, sin anestesia —se disculpó Adam, y se metió una galletita en la boca—. Pero es que no puedes empezar a hablar de Clarissa a los cinco minutos de haber conocido a alguien —dijo con la boca llena—. Si quieres que la cosa llegue a algo, no debes hacerlo.

—Es que ni siquiera sé si me apetece que «la cosa llegue a algo», ya te lo he dicho. —La afirmación le salió un poco más cortante de lo que hubiera deseado, pero el caso era que ya le había comentado a Adam repetidamente, que no estaba seguro de querer «ponerse de nuevo en el mercado». Pese a que ya habían pasado tres años.

—Bueno, soy tu amigo. Te conozco desde antes de que te salieran pelos en los huevos, o sea, hace por lo menos cinco años. Y te digo que si no tienes claro que te apetece que pase algo, es que realmente quieres que pase algo.

Adam hizo intención de agarrar otra galletita, pero David le dio un golpe en los dedos.

—Esa es para mí —espetó.

Su amigo lo esquivó, agarró la galleta y continuó con la perorata.

—Porque si no lo haces ahora, la cosa se te va a poner cada vez más cuesta arriba, y no vas a ser capaz de lograrlo ni siquiera cuando estés convencido al cien por cien de que lo deseas. Así que terminarás convirtiéndote en un viejo triste y solitario.

—¿Que terminaré convirtiéndome en un viejo triste y solitario? Me ha sonado a una frase de tu próximo episodio —comentó David.

—Hablo en serio —insistió Adam—. Ya ha pasado mucho tiempo. Lucy opina que deberías meter tu perfil en una página web de citas.

—¿Así que es de eso de lo que habláis Lucy y tú cuando los niños se han dormido por fin? No me extraña que no folles —respondió

David.

—Las relaciones por Internet tienen su lógica. Puedes ir despacio, a tu ritmo. Conocer a la otra antes de quedar con ella. Y decidir la impresión que pretendes dar. No te estoy diciendo que no hagas mención de Clarissa cuando corresponda, pero de ninguna manera a los cinco minutos. ¿Quieres más de estos? —Señaló el plato de los aperitivos, absolutamente vacío.

—¿Más? —protestó David—. Alguno querrás decir.

—Bueno, vamos a pedir más. —Adam hizo una seña a su camarera, señaló el plato y le lanzó una mirada de súplica, acompañada del gesto de juntar la manos en el pecho. La chica se rio y asintió—. Vamos a tomar también otra cerveza. Y antes de que nos vayamos de aquí, te vas a apuntar a [Counterpart.com](http://Counterpart.com). Soy escritor, así que estoy seguro de que encontraré la forma de que hasta tú suenes atractivo. —Miró a David detenidamente—. Todo el mundo dice que te pareces a Ben Affleck, pero esa onda no nos interesa, es demasiado juguetona y engañosa. Y, la verdad, como se supone que eres tú mismo el que va a escribir el perfil, probablemente suene un poco pretencioso describirte como parecido a una estrella de cine. Así que iremos a lo básico: treinta y tres, pelo castaño, ojos pardos, uno ochenta y cinco. Es eso más o menos, ¿no?

David asintió. Su amigo estaba embalado, no había quien lo parara.

—Tenemos que poner que tienes una confitería. A las mujeres eso les va a encantar. Por el mismo precio, te tendrán a ti, a tus magdalenas y a tus cruasanes, con pasas y frutas, calentitos y crujientes. Igual en la foto de tu perfil deberías estar preparando masa, o lo que sea que hagas. Sería algo así como esa escena de *Ghost, más allá del amor*, pero con masa en vez de arcilla. —Lo dicho, Adam se había lanzado.

—Ni se me ocurre preguntarte por qué conoces esa película, no quiero saberlo. —De hecho, David la había visto, y varias veces. Clarissa la descubrió por primera vez cuando tenía doce años, y le

había dejado una huella indeleble. Cada vez que la ponían en la tele era como si se quedara hipnotizada y no tuviera más remedio que contemplarla hasta el final.

La camarera volvió con otro plato de aperitivos y tomó nota de la nueva comanda de cervezas.

—Muy bien. ¿Qué más se nos ocurre? Venga, a discurrir —susurró Adam—. Saca el teléfono móvil y ve creando la cuenta mientras yo pienso. El trabajo manual para ti, el intelectual para mí, como corresponde.

David obedeció sin rechistar, porque Adam era Adam, completamente implacable. Pero se quedó mirando la página web sin introducir ningún dato.

—Vamos a poner que tienes perro, porque eso demuestra que eres capaz de cuidar de una criatura y mantenerla viva. —Hablabá de prisa y sin mirarle, mientras escribía sobre una servilleta como un poseso.

—¿Damos por hecho que las mujeres que lean esto estarán tan desesperadas? —preguntó David, pero su amigo no le hizo el menor caso.

—De momento vamos a prescindir de tu obsesión por las películas mudas, porque seguro que esa rareza recortaría tu abanico de posibilidades. Pero sí que te entusiasman los largos paseos por la playa, ¿verdad?

David intentó acordarse de cuándo había sido la última vez que fue a la playa. Después de Clarissa, nunca. Estaba a una hora de su casa, bastante menos si no había tráfico, pero desde aquello era como si viviera en el centro del estado, alejado de todo.

—Bueno, tampoco se puede poner así, tal cual, que «te gusta dar largos paseos por la playa». Es un cliché, lo utiliza todo el mundo. De ninguna manera tendría una cita con una mujer a la que le apetezca conocer a un hombre que diga que «le gusta dar largos paseos por la playa».

—Era para asegurarme de que estabas prestando atención —dijo Adam sonriendo—. El tema empieza a engancharte, ¿a que sí?

¡Confíesalo!

¿Se estaba enganchando? A lo mejor sí; por lo menos un poco. Igual Adam tenía razón. Puede que aunque realmente no le apeteciera salir con nadie, sí que necesitara al menos probarlo, y de una forma mucho más entusiasta que el poco convincente intento con la mujer de la barra. Ir al bar y actuar de esa forma había sido idea de Adam. Él solo se había dejado llevar.

—Podría poner que soy voluntario en la ONG que busca alojamiento para los sintecho y acondiciona las casas en las que van a vivir —sugirió.

—¡Bien visto! Te hará parecer un tipo con sentimientos altruistas, y encima que eres un manitas que sabe arreglar enchufes y colgar cuadros —subrayó Adam—. También deberíamos describir mínimamente el tipo de mujer que buscas, o que te gusta.

El tipo de mujer que buscaba. Una que siempre estuviera dispuesta a probar algo nuevo. Una que estuviera convencida de que ahí fuera siempre hay algo estupendo que merece la pena conocer. Una que...

Inmediatamente se dio cuenta de que a quien estaba buscando era a Clarissa.

Fue como si se hubiera atragantado con uno de los aperitivos salados que estaba comiendo. No se podía creer lo que le estaba pasando. Luchó por librarse de la pena que lo estaba invadiendo con toda su crudeza. De repente se sintió como si la muerte de Clarissa se hubiera producido ayer mismo.

—Mira, Adam, sé que tienes razón. Tiene todo el sentido del mundo que intente encontrar a alguien con quien salir, relacionarme y... lo que venga. Pero no estoy preparado —explicó. Había intentado hablar con tono mesurado, incluso ligero, pero Adam debió de notar algo en su gesto, algo que denotaba lo que estaba sintiendo.

—No estoy diciendo que esto vaya a durar siempre —explicó, pasándose la mano por el pelo—. Solo que, en estos momentos, no estoy en condiciones. No sé, tal vez el año que viene.

## CAPÍTULO 2



«De acuerdo, el segundo día de “El Año de Mí Misma”», pensó Jamie. No iba a contar el día de la mudanza. No había sido ni siquiera un día completo, así que, ¿cómo iba a contar? Además, de ser así sería el tercer día, y todavía no había conseguido elaborar ningún plan, cosa que debería haber hecho ya a estas alturas. Por eso, siendo solo el segundo día, tenía sentido que todavía estuviera trabajando en desarrollarlo. El plan, claro.

Agarró el bolso. Era una antigualla, pero en el buen sentido, y que, sin duda, podría haberle cuadrado perfectamente a su madre, lleno de flores bordadas y con el asa de mimbre. Era amplio, bonito y entrañable, y le cabía perfectamente el cuaderno en el que estaba escribiendo su plan de acción... bueno, en el que iba a escribirlo, para ser más precisos. No tenía ningún problema con el portátil, pero en lo que se refiere a elaborar listas y hacer planes, prefería usar papel y bolígrafo, a la antigua usanza.

—Me voy, *Mac*. No se te ocurra decírselo a Marie, pero voy a ir al Coffee & Bean. —Acarició al gato debajo de la barbilla. Cuando iba a salir sola, casi siempre le dejaba un par de sorpresas, golosinas o juguetes, para que se entretuviera buscándolos.

Salió por la puerta lo más subrepticamente que pudo, para que *Mac* no se escapara. Y repitió más o menos la operación al doblar la esquina para no ponerse a tiro de Marie, por si aparecía y le

preguntaba que adónde iba. Ambos intentos le salieron bien. Buen comienzo. Recorrió la urbanización para aparecer por el lado opuesto al suyo. Estaba deseando ver las otras casas.

La primera con la que se topó según avanzaba por el sendero se parecía a la de una bruja de las películas de Disney. El tejado era extraordinariamente inclinado, más o menos como el sombrero de la bruja en cuestión. La forma de las ventanas estaba en la misma línea, y la aldaba de la puerta tenía la forma nada menos que de una araña negra, con los ojos de color rojo, que aportaban unos cristales de muchas facetas. Mientras Jaime miraba embobada, salió una mujer y colgó de una de las patas de la araña un gran bastón de caramelo. Llevaba puesto un vestido corto de color verde, que en cualquier fiesta de disfraces habría podido pasar sin problemas por el de un elfo. El pelo, negro y brillante, también era bastante élfico. Lo llevaba algo corto, aunque el flequillo, irregular, casi le llegaba hasta las cejas. Cuando vio a Jamie, la saludó agitando la mano.

—¡Me encanta la Navidad!, ¿y a ti?

—Eh... sí, a mí también —aseveró Jamie, pese a que era una pregunta un poco fuera de lugar en septiembre.

—Estoy empezando a colocar los adornos y la decoración. —La mujer colgó otro paquete de golosinas de una de las ramas del pequeño limonero del porche. Jamie intentó adivinar su edad, pero le resultó muy difícil—. También he empezado a cocinar —añadió—. Si quieres, puedo darte un hombre de jengibre recién horneado.

Jamie estaba pensando que si se hubiera caído en una madriguera de conejos, o se la hubiera llevado un tornado, sin duda lo recordaría. Se sentía como si, de repente, estuviera en otro mundo.

—No te asustes —dijo la mujer al tiempo que sonreía, dándose cuenta de lo descolocada que se sentía Jamie—. Ya sé que solo estamos en septiembre, pero es que creo que la Navidad es tan maravillosa que no es justo celebrarla solo unos días, ni siquiera durante un mes o dos. Por cierto, me llamo Ruby Shaffer. Siempre se me olvida presentarme. ¿Quieres el pan de jengibre? Está muy

bueno.

—Sí, gracias. —Jamie se acercó al porche y se presentó a su vez—. Soy Jamie Snyder. Me acabo de mudar aquí. Mi casa es la que está nada más doblar la esquina.

—¡Ah!, ¿la que está al lado de la de Marie y Al? —preguntó Ruby, y Jamie asintió. Ahora que estaba más cerca de ella, pudo comprobar que tenía varios mechones grises entre el pelo negro, por lo que dedujo que rondaría los cincuenta—. ¡Mira que son divertidos! Me encantan —continuó Ruby—. Marie intenta aparentar que es dura y quisquillosa, pero se preocupa por todas las personas que tiene alrededor. —Abrió la puerta y, con un gesto, invitó a entrar a Jamie, que fue recibida por una auténtica explosión de color, en la que predominaban el rojo y el verde, con fondos dorados y plateados.

—Como te he dicho, he empezado a colocar la decoración navideña —dijo Ruby, mientras la precedía por el estrecho sendero que dejaban las lucecitas, los adornos, las guirnaldas y varias docenas de animalillos *ad hoc*.

—¿Empezado...? —murmuró Jamie.

—No te vayas a creer que tengo el síndrome de Diógenes ni nada parecido. Lo guardo todo en un trastero alquilado desde el quince de enero hasta el quince de septiembre —aclaró Ruby—. Siéntate, por favor —la invitó, señalando una de las sillas de la cocina, en la que el único signo navideño era un hombre hecho de pan de jengibre recubierto de glaseado rojo y verde. Ruby sacó un plato de uno de los armarios y lo colocó delante de Jamie.

—La verdad es que me da no se qué comerme a los hombres de jengibre —confesó Jamie—. Me hace sentirme un poco caníbal.

—Cómete primero la cabeza, y así dejará de mirarte —aconsejó Ruby tomando un cortapastas y decapitando sin piedad al hombre-golosina. Jamie rio y la imitó. Le empezaba a gustar esa mujer tan extraña. Le hizo sentir que ella misma también tenía su parte excéntrica, aunque bastante más escondida que Ruby, sobre todo cuando estaba en clase, delante de varias decenas de estudiantes.



—¿Estás preparada para la pregunta? —dijo Ruby con expresión enigmática—. Se la hago a todas las personas con las que me encuentro por primera vez. Es un atajo para conocerlas.

—Pues... bien, adelante —concedió Jamie tras un instante de duda. Y es que tampoco podía negarse, una vez establecido su canibalismo.

—¿Cuál sería el título que pondrías a la película de tu vida?

—Bueno... es difícil de decir, dado que aún no conozco el final —respondió Jamie a bote pronto—. No sé si la película va a terminar siendo la historia de alguien a quien imitar, o de terror, o humorística.

—Buena respuesta —afirmó Ruby—. Es la primera vez que me dicen algo así, ni siquiera parecido.

—Si estuviéramos hablando del momento radicalmente actual, te diría que se llama *El año de mí misma* —soltó Jamie hablando muy rápido. Con Ruby le pasaba algo especial. De hecho, sentía que podía decir tranquilamente lo que pensaba, porque no iba a juzgarla.

—¿Y por qué ese título? —dijo, mientras procedía a comerse uno de los pies de su hombrecillo.

—Pues porque acabo de pasar un periodo de tiempo, bastante largo por cierto, en el que las decisiones que he tomado se han basado en la persona con la que estuviera. Fundamentalmente mis parejas. Y después mi madre se puso enferma, y no tuve más remedio que elegir en función de ella, como es lógico; pero ahora...

—Jamie se interrumpió, y soltó un suspiro bastante prolongado.

—Ahora viene «El Año de Mí Misma», el de verdad, no la película —completó Ruby—. Estupendo. Pues mira, mi película se llamaría *Mis aventuras falsas y extraordinarias*. Y es que trabajo diseñando ropa y escenarios para la ficción, es decir, creando mundos falsos. Y mi imaginación es mi mejor amiga. Siempre encuentro alguna manera de entretenerme, de divertirme. Vivo un montón de aventuras imaginarias, aunque algunas se transforman en reales.

—Entonces, ¿se puede decir que tu trabajo es tu pasión? —

preguntó Jamie.

—Una de ellas sí, sin duda alguna —respondió Ruby con convencimiento—. Me encanta el reto de, pongo por caso, decidir cómo debe vestirse un determinado personaje. Y también me encanta formar parte de un equipo. Bueno, la mayoría de las veces. Cuando trabajamos todos juntos, quiero decir, el director, el productor, los actores, en fin, todo el mundo para crear algo nuevo, eso es magnífico.

«Eso es precisamente lo que yo deseo», pensó Jamie. «Me gustaría poder hablar así de mi trabajo».

—¿Y qué me dices de ti? ¿Cómo te ganas la vida? —preguntó Ruby cambiando el turno, además de cortarle otro pie al pobre hombre de pan de jengibre—. ¿Hay una palabra específica para indicar que se ha amputado un pie?, ¿«pieamputación»? —negó con la cabeza—. Bueno, no importa. Quiero que me cuentes, me interesas.

—Era profesora de Historia en un instituto. Me encanta la historia. Y me encantaban algunos de los muchachos. Pero odiaba tener que imponer disciplina y, además, enseñar solo lo que los alumnos necesitan para aprobar pruebas objetivas completamente mecanizadas y cortadas por el mismo patrón. ¿Y qué decir de los padres? La mayoría de ellos eran insufribles, no había modo de lidiar con ellos. Si le ponías a alguien un nueve, acudía mamá a preguntar que por qué no le habías puesto un diez a ese genio. ¿Y lo de poner un cinco pelado?, ¿a quién se le ocurre? De verdad, los padres se han vuelto locos. —Jamie cortó en seco la perorata—. ¡Huy! ¿Tienes hijos? —preguntó, un tanto asustada.

—¡Noo! Antes de que nos casáramos, se me olvidó preguntarle al que ahora es mi exmarido si quería tenerlos. Simplemente di por hecho que sí que quería. Estúpida de mí. Cuando me di cuenta de que había estado equivocada y de que no estábamos hechos el uno para el otro, no solo por eso, aunque sí sobre todo por eso, ya era tarde para mí. Pero no para él, mira por dónde. Resulta que ahora

tiene un bebé y una nena de seis años. Los hombres tienen prácticamente todas las ventajas. Y, para colmo, también la capacidad de producir espermatozoides frescos de forma casi ilimitada. ¡Menuda burla que es la naturaleza! —Ruby se las había apañado para soltar el discurso sin respirar, pero ahora lo hizo, y muy hondo.

«Juega limpio», pensó Jamie. «No se limita a preguntar. También se abre».

—Bueno, dando por hecho que ya no eres profesora de Historia, ¿ahora a qué te dedicas? —preguntó Ruby. Era su turno.

—«El Año de Mí Misma» lo va a financiar una herencia —explicó—. Los voy a utilizar, el año y el dinero, para averiguar qué es lo que quiero hacer —añadió, sacando el cuaderno del bolso—. Me encaminaba hacia una sesión de tormenta de ideas conmigo misma.

—¡Pues adelante! —exclamó Ruby levantándose como un resorte—. No quiero interferir entre tú y tu inspiración. Ya hablaremos, a no ser que hayas llegado a la conclusión de que soy la loca del cuento, o de la historia, para ser coherente con tu formación. Si fuera así, tranquila. No serías la primera, ni la última, probablemente.

—¡Ni mucho menos! He disfrutado —afirmó Jamie guardando otra vez el cuaderno.

—¡Ese bolso es fabuloso! —comentó Ruby.

Definitivamente, a Jamie le gustaba su nueva y extraña vecina. Se prometió a sí misma que exploraría a fondo su actual vecindario, pero ahora quería ponerse manos a la obra. Recorrió la urbanización a paso rápido y después se dirigió a Sunset Boulevard. Solo se detuvo para sacar una foto del centro comercial Gower Gulch.

La verdad es que no había demasiado que ver. Salvo un vagón al estilo del Oeste, de esos desde donde los charlatanes voceaban las maravillas de sus productos curalotodo, y que estaba en medio del aparcamiento principal; se trataba de un centro comercial como tantos otros, con las tiendas de siempre. Pero como había leído mucho acerca de la historia y las costumbres locales, había averiguado que en el pasado solían reunirse allí hombres disfrazados

de vaqueros para que los contrataran de extras o, si tenían suerte, de protagonistas en películas. El hecho de que ya no quisiera dedicarse a enseñarla no significaba que la Historia no le gustara, y su nueva ciudad tenía bastante. El día anterior había hecho un recorrido, pues había decidido que necesitaba por lo menos un día de descanso y recuperación antes de enfrascarse en el diseño de su nueva vida.

Caminó unas cuantas manzanas más y se detuvo frente a una palmera junto a cuyo tronco crecían tres dondiegos de día de color púrpura absolutamente maravillosos. Tenía que sacarles una foto, aunque eso de usar el teléfono móvil para fotografiar era algo que casi nunca hacía. Algunas de sus amigas captaban imágenes prácticamente de cada plato de comida que les servían en un restaurante y, por supuesto, trillones de instantáneas de su niños o de los de otras, pero Jamie no era de esas. Quizá se debiera a que antes de «El Año de Mí Misma» siempre veía las mismas cosas, los mismos sitios y las mismas personas. Sin embargo, aquí todo era nuevo.

Justo en el momento en el que estaba fotografiando la palmera, notó que algo se movía entre unos arbustos. Una rata. ¡Agg!

Pero la foto que hizo no salió tan mal. Flores bonitas, una palmera enorme y una rata con los ojos brillantes. Todo un contraste. Sacó otro par de ellas para tener copias e, inmediatamente, se dirigió al Coffee Bean. Pidió un café helado selva negra, ya que dedujo que durante el resto de su vida iba a necesitar una dosis diaria de azúcar algo superior a la que pudiera aportar parte de la cabeza de un hombrecillo hecho de pan de jengibre, así como muchísima cafeína. Se sentó en una mesa, sacó el cuaderno, lo abrió por una página en blanco, esparció por la superficie dos plumas estilográficas moradas Varsity, que eran sus favoritas y... permaneció allí sentada.

Azúcar y cafeína, se recordó a sí misma. Dio un par de grandes tragos de su selva negra. Demasiado grandes y demasiado rápidos. Era como si se le estuviera congelando el cerebro. Se masajó las sienes para ver si se le pasaba. Cuando se recuperó, volvió a

concentrar la atención en el cuaderno, en esa página en blanco que pronto estaría bien llena de ideas.

En la parte de arriba de la página escribió el encabezamiento, «El Año de Mí Misma». Se quedó mirándolo. Como idea, dentro de su cabeza, le había sonado bien, e incluso pensaba que podía ser un título inspirador, pero al verlo escrito le pareció un poco estúpido. Pensó durante un rato, y finalmente escribió: «Lo que me gusta». Se supone que esa sería una buena forma de averiguar lo que le apasionaba de verdad. Pasión en el sentido de lo que a uno le gusta, pero además con lo que se pueda ganar dinero.

Subrayó el título. Después se echó hacia atrás otra vez. Finalmente empezó a escribir cosas lo más deprisa que pudo:

Jugar con *Mac* con el láser.

Ver películas antiguas.

Reciclar cosas.

Azúcar y cafeína.

El olor de la lluvia sobre el pavimento caliente.

El tacto en mis piernas cuando acabo de depilármelas y del borde de las hojas de papel.

Los mercadillos particulares en patios y garajes.

Las postales viejas con mensajes escritos sobre ellas.

Las muñecas antiguas, sean o no escalofriantes.

La Historia, ¡pero no ser profesora!

Las biografías.

Wonder Woman.

«¿Wonder Woman?, ¿y eso de dónde sale?», pensó Jamie, considerando que, en realidad, quizá sí que le gustase esa superheroína. Desde luego, no tenía nada contra ella, pero le sorprendió que apareciera en una posición tan elevada de su lista de preferencias.

¿Sería porque en la visita guiada de ayer había visto a una mujer disfrazada de Wonder Woman frente al Teatro Chino Grauman? Sabía que ya no se llamaba Grauman, pero no podía evitar pensar en

él como el Grauman. En su imaginario personal, las huellas de las estrellas siempre equivaldrían al Grauman.

¿Sería posible que esa imitadora del personaje viviera de dicha imitación? ¿Y sería su pasión? ¿Por qué no? Si de verdad respetaras a Wonder Woman y te gustara muchísimo, estar disfrazada de ella todo el día y todos los días sería una auténtica e interminable gozada. Y, de paso, haría a la gente feliz, al menos durante un rato. Todos los que se hacían fotos con ella sonreían. Jamie no había posado, pero sí que había fotografiado a personas haciéndoselas con esa Wonder Woman de imitación, que a su vez parecía disfrutar enormemente de todas y cada una de las fotos.

En los últimos dos días había sacado más imágenes que en los dos años anteriores. Digamos que había perdido esa práctica, pese a que cuando estaba en el instituto, entre otras cosas, ejercía como fotógrafa oficial del periódico, y en la universidad había ido a un par de clases como oyente, solo por diversión. Puede que estuviera retomando la costumbre debido a que veía muchas cosas inhabituales que captaban su interés.

Añadió nuevas entradas a su lista:

Sacar fotos.

Ver gente que se lo pasa bien y está feliz.

Hacer que la gente se lo pase bien y esté feliz.

Y... no se le ocurría nada más en ese momento. Seguro que había más, lo que le gustaba no podía limitarse a..., contó con rapidez, solo quince cosas. En todo caso, esas quince eran un comienzo. Las leyó muy despacio y concentrándose en la búsqueda de conexiones, parecidos, inspiración...

Al parecer, tenía preferencia por las cosas antiguas. Películas antiguas. Muñecas antiguas. Postales antiguas. Historia. Ventas de objetos antiguos en mercadillos. Incluso las cosas recicladas, es decir, hechas a partir de otras «antiguas». Desde el momento en el que descubrió la urbanización Storybook Court supo que tenía que vivir en ella, casi a costa de lo que fuera. Y precisamente por eso, porque

estaba sacada directamente del pasado. Sus casas no debieron de parecer modernas ni siquiera en el momento en el que se construyeron. Era como si se hubieran creado en un cuento de hadas y se hubieran trasladado: la casita de Ruby, típica morada de una bruja de libro, era uno de los mejores ejemplos. La de Marie y Al era como un castillo en miniatura, lleno de almenas y torres, y la de Helen estaba a medias entre una madriguera y una cabaña.

Así que era precisamente su pasión la que la había llevado al lugar en el que vivía ahora, aunque en su momento no se había dado cuenta. ¿Podría conducir eso a una nueva forma de buscarse la vida, a una nueva carrera profesional?

Había gente que ganaba bastante dinero vendiendo cosas añosas en eBay, pero la verdad es que eso no le apetecía en absoluto. No le atraía buscar fabulosos hallazgos antiguos, calcular primero lo que podría pagar por ellos y después por cuánto podría venderlos.

Lo que sí que le gustaría sería poder confeccionar una camisa estupenda a partir de otra vieja, pero lo cierto es que no era nada mañosa. Cuando lo había intentado los resultados habían sido... digamos que mediocres, por no pasarse. De hecho, una vez se le quedaron dos dedos pegados al pelo con pegamento extrafuerte. Y cuando le pasó ya tenía unos cuantos añitos, no era ninguna cría.

Volvió al sistema de echarse hacia atrás, mirar la lista y también a su alrededor, un sistema que, de momento, no le había ido tan mal. Aunque empezó a pensar que se le estaba congelando el cerebro otra vez, pese a que no había vuelto a beber con ansia su café helado.

—¡Piensa, piensa! —susurró para sí, utilizando la voz gutural que imitaba la del monstruo de Frankenstein.

¿Podría ganarse la vida en Hollywood con una imitación más o menos pasable del monstruo de Frankenstein? Lo dudaba mucho. Cerró el cuaderno de un golpe y lo guardó otra vez en el bolso..., por cierto, otra de las cosas antiguas que le gustaban mucho. No podía seguir con la tormenta de ideas si el interior de la cabeza se le había derretido... o congelado, no lo tenía claro del todo.

Cuando salió otra vez a disfrutar del magnífico día, decidió que tenía que ponerle una correa a *Mac*. Merecía explorar el nuevo vecindario, y no quedarse dentro de casa todo el santo día, pobre animalito.



*Diogee* recibió a David en la puerta con la correa entre los dientes y agitando el rabo; bueno, en realidad no solo el rabo, sino toda su parte trasera.

—¡De acuerdo, Super-D, de acuerdo!

Agarró la correa llena de babas de entre los dientes de su perro y se la abrochó al collar. Inmediatamente después de hacerlo, *Diogee* se abalanzó hacia delante, sobrepasó a David y tiró de él encaminándose fuera y bajando los escalones del porche.

David pensó que se suponía que el macho alfa era él, no su perro y, en consecuencia por estatus, debía ser él quien dirigiera el paseo, para empezar quien saliera primero por la puerta. Pero tras intentar dejar esto claro con el enorme perrazo varias veces al día durante muchos días, había cedido, dando la batalla por perdida. Lo cierto es que, como en otros aspectos, la idea de que la vida era muy corta como para malgastarla intentando ganar batallas perdidas de antemano se había impuesto con total crudeza en su *modus vivendi*.

Primera parada: el cedro que había al lado de la casa. *Diogee* le aplicaba siempre una buena dosis de orina, pero eso no quería decir que le bastara, ni mucho menos. Para D el pis era algo valiosísimo, que administraba a lo largo de todo el camino, un poco por aquí, un poco por allá, proclamando a los cuatro vientos que «eso era suyo, eso también y aquello de allí, por supuesto que también».

—En la valla no —le advirtió David mientras abría la cancela. Había construido la valla él mismo después de recoger al perro, utilizando tantas ramas retorcidas que seguramente habrían podido servirle para hacerse una casa de hóbbit—. ¡En la valla no! —repitió, esta vez en voz más alta y con más urgencia. Sacó del bolsillo un trozo de hígado helado y seco, y lo utilizó para alejar a *Diogee* de su



querida valla antes de que el perrazo la marcara. A veces tenía que recurrir al soborno como única vía para alterar la voluntad del animal.

*Diogee* salió corriendo hacia el aligustre del Japón que crecía junto a la casa del vecino y continuó con su proceso de señalización territorial. Su técnica consistía en alinearse con el objetivo, fuera el que fuese, levantar una de las patas traseras (en general, alternativamente) y lanzar el chorro, elevándolo al máximo posible antes de que cayera sobre la diana. El chucho era casi tan alto como un poni, pero parecía pretender que, quienquiera que oliera su orina, pensara que tenía el porte de un caballo clydesdale.

—¡Impresionante! —exclamó David, reconociendo la imbatible habilidad de su perro conforme avanzaban por el suelo de piedra.

—¡Hola, *Diogee*! —saludó Zachary Acosta desde el otro lado de la calle.

*Diogee* intentó acercarse al chico dando tirones a la correa, pero David lo sujetó hasta estar seguro de que no venía ningún automóvil. Después le permitió que se aproximara a Zachary, y cuando lo alcanzó le colocó las patas en los hombros, mientras Zachary le daba golpecitos a ambos lados del cuerpo. Era su forma de abrazarse en plan colegas.

Cuando finalmente *Diogee* volvió a ponerse a cuatro patas, David pudo ver la cara de Zachary y se dio cuenta de que, entre las cejas, tenía un círculo casi perfecto de color rojo fuerte, más o menos del tamaño de una moneda de veinticinco centavos.

David no preguntó nada, pero tuvo que hacer un esfuerzo para dejar de mirar. La marca era muy brillante y muy simétrica.

—¿Cómo lo llevamos? —preguntó. Cuando el chico era pequeño, solía saludar con esa pregunta, que se había convertido en parte de su jerga amistosa.

—El cole, como siempre, nada especial —respondió Zachary.

A veces le costaba creer que el muchacho tuviera catorce años largos. ¿Cómo era posible que llevaran ya diez paseando juntos por el

vecindario? David y Clarissa se acababan de mudar hacía solo una semana, y él iba a correr cada pocos días para quemar todo lo que comía mientras desarrollaba nuevas recetas. Apenas había salido a la calle cuando la puerta de los Acosta se abrió de repente y Zachary apareció por ella como una bala, vestido con una minicamiseta de los Oakland Athletics, pantalones cortos de correr y unas Puma diminutas. Así, de entrada, le pareció el «miniyo» del propio David, incluyendo hasta el modelo y el color de las Puma, rojas y blancas.

—¡Espérame, espérame! ¡Voy contigo! —gritó.

Su madre, Megan, casi lo agarró al vuelo antes de que llegara a la acera y se lo llevó de vuelta, mientras el crío luchaba por desasirse.

—Lo siento, David. Te vio correr el otro día, y no ha parado de hablar de ello desde entonces. Pensé que con comprarle el equipo bastaría.

—¡No pasa nada! Puedo correr con un colega, aunque sea pequeño.

—¿Seguro? —preguntó Megan.

—¡Pues claro! ¡Vamos, Zachary! —El chico quería a toda costa que lo llamaran por su nombre completo, sin diminutivos. Nada de Zach. Su madre lo soltó por fin y, moviéndose como una centella, se colocó al lado de David. Desde ese día siempre salieron a correr juntos, y desde la aparición en escena de *Diogee* hacía unos años, cambiaron la rutina por un paseo con el perro tres o cuatro veces a la semana.

—El cole, lo de siempre, nada especial... —repitió David—. ¿Te importaría ser un poco más específico? —Zachary acababa de empezar su primer año en el instituto, y David estaba seguro de que tenía bastante más que contar.

—Una ardilla a las cuatro en punto —anunció Zachary con tono de marine.

David le dio varias vueltas a la correa alrededor de la muñeca para prepararse. Solo unos segundos después, *Diogee* le administró lo que él llamaba «el tirón mortal», tan tremendo que casi le arrancaba el brazo por el hombro. La pobre ardilla, presa del pánico, trepó a la

velocidad de la luz por una celosía cercana, y *Diogee* estalló en ladridos, que con toda seguridad informaban fieramente a la ardilla de lo que le habría ocurrido si no lo hubieran sujetado.

—Me he apuntado al equipo de atletismo. De campo a través, para ser más concreto —informó Zachary—. Yo quería hacer fútbol americano, pero a mamá por poco le da el telele cuando se lo dije.

«Mamá tenía sus razones», pensó David. En verano Zachary había pegado un buen estirón, pero todavía no era más que brazos y piernas. David se acordaba perfectamente de cuando pasó por aquella fase de crecimiento adolescente. Apenas era capaz de andar por una habitación sin tropezarse con algo. Sin duda, no era el mejor momento para jugar a un deporte tan físico como el fútbol americano en el que los contactos son brutales. Pero no le iba a decir eso a Zachary.

—Llevas corriendo desde los cinco años. Es tu deporte —comentó en tono convencido, al tiempo que refrenaba de nuevo las ganas de mirar el círculo dibujado, parecía que a fuego, entre las cejas del chico, ¿de verdad era tan perfecto? ¿Le habría golpeado una pelota de golf?

David estaba casi seguro de que el padre de Zachary jugaba al golf, pero no creía que se llevara al chico a sus partidos. Inicialmente se veían en fines de semana alternos, pero la cosa terminó en una noche cada dos fines de semana la mayor parte de las veces. Por lo que contaba, lo normal era que fueran a un restaurante de moda que le gustara a la novia de su padre, y en el que casi nunca había nada que le apeteciera comer a Zachary. Siendo honestos, la verdad es que a Zachary le apetecía comer pocas cosas, y nada variadas: parecía vivir a base de mantequilla de cacahuete, barritas Slim Jim y golosinas Swedish Fish.

Hicieron una pausa al llegar al ginkgo, porque *Diogee* se detuvo y empezó a olisquearlo por todas partes.

—Está echándole un vistazo, o más bien una olida, al correo —dijo Zachary. Finalmente, el perrazo devolvió el mensaje con su ritual

de siempre permitiéndoles continuar la marcha. Cuando llegaron a la esquina de Storybook Court, si es que se le podía llamar esquina a esa curva, pues en toda la urbanización no había un solo ángulo recto, *Diogee* torció hacia la izquierda. El macho alfa no era el que decidía siempre por dónde había que seguir...

Solo habían dado unos pasos cuando oyeron gritar a Addison Brewer. Igual que le pasaba a Zachary, a la chica no le gustaban ni los apodos ni las abreviaturas. O la llamabas Addison o simulaba que no te había prestado atención. Conforme caminaban, su voz se fue escuchando más fuerte.

—Dijiste que vendrías de visita. Pero yo te advertí que no me parece bien que comas directamente del frigorífico, como sueles hacer. Ni tampoco que actúes como si fueras el dueño absoluto del mando a distancia, como también sueles hacer. Así que a lo mejor esas son las razones por las que no estás aquí. ¡Ah, espera! Podrías estar apestando el cuarto de baño. Pues no, tampoco estás ahí, por fortuna. Así que, aunque dijiste que vendrías, no has cumplido tu palabra. Una vez más. Y en el gimnasio no parecías estar enfermo. Te vi desde la clase de Matemáticas. Así que ni te atrevas a intentar engañarme con ese truco.

—Esa chica es una arpía —musitó Zachary girando la cabeza para que solo se le pudiera ver el cogote desde casa de Addison.

—¿Coincides con ella en alguna clase? —preguntó David.

—En Lengua. —Zachary se las arregló para pronunciar la palabra con tono de asco.

—Tiene una capacidad pulmonar impresionante. Ha dicho todo eso de una tacada, sin respirar ni una sola vez —dijo David con fingida admiración. Zachary no comentó nada limitándose a seguir andando con la cara vuelta hacia la calle.

La perorata de la chica se interrumpió brevemente.

—¿Que hay mucho tráfico? ¿Seguro? Estoy en casa, y he tomado el autobús. Dijiste que tenías que pasar por casa un minuto nada más. Pero ya debes de llevar allí por lo menos veinte. Hemos

terminado. Te lo digo muy en serio, hemos terminado, del todo. No vuelvas por aquí nunca más. ¡No, ni te acerques! No me importa que estés al lado. Date la vuelta.

Se abrió una de las ventanas del bungalow al que todo el mundo llamaba «la casa rosa», sin duda porque las contraventanas estaban decoradas con dibujos de rosas. Un segundo más tarde, un teléfono móvil de color púrpura, adornado con una calavera de bisutería en la protección, salió volando por la susodicha ventana.

Zachary echó un rápido vistazo, pero volvió la cabeza de nuevo a toda velocidad.

—Arpía.

—¿No te acuerdas de cuando le regalaste flores por su cumpleaños? —preguntó David. Zachary le lanzó una mirada asesina. ¡Mira que podían llegar a ser susceptibles los adolescentes! Generalmente lo tenía en cuenta, pero aun así muchas veces no podía resistir la tentación de tomarle el pelo al chico.

—Estábamos en primaria, y mamá solía traer flores del trabajo, porque las cambiaban cada dos días.

—Sí, me acuerdo —concedió David, que decidió dejar en paz a Zachary.

Pasaron por la casa que tenía un puente levadizo y un foso lleno de agua clara. A veces a David le daba la impresión de que iba recorriendo un campo de minigolf. La casa fue el regalo de bodas de la abuela de Clarissa, que decidió mudarse a Westwood, a una residencia de lujo con asistencia integral. Storybook Court se le hizo un poco cuesta arriba al principio, pues le pareció una urbanización empalagosa, pero con sus veinte años no podían renunciar a una casa gratis. Y se acostumbraron muy pronto. Ahora estaba tan atado a los recuerdos de Clarissa que ni se podía imaginar la posibilidad de vivir en otra parte.

La idea del campo de minigolf le llevó a acordarse de la señal de la cara de Zachary, y esta vez le dirigió una mirada sin poder evitarlo.

Zachary se dio cuenta.

—Tengo la cara hecha un cromo.

—¿Qué? No me he... —David dejó de hablar. No había ningún motivo para mentirle al chico—. ¿Cómo demonios te has hecho eso?

—¿Conoces esas cosas que se utilizan para lavarte la cara, con mango y una especie de cepillo espinoso en el extremo?

David asintió.

—Mi madre tiene una. Cuando llegué de clase, decidí librarme de esos asquerosos granos. Lo que pasa es que, si te pones esa especie de cepillo en un sitio, al final lo que consigues es esto. —Zachary se pasó el dedo índice por la marca.

La verdad es que era una explicación que David no se esperaba en absoluto. La higiene personal no era ni mucho menos una prioridad para Zachary. Hacía un par de años, cuando el chico empezó a apestar a calcetines sucios, Megan le había rogado a David que le dijera que los hombres de verdad, sin excepción, utilizaban desodorante. David vio claro que, en ese momento de la vida, Zachary estaba empezando a despertar al sexo. Pensó que seguramente habría alguna chica de por medio, pero mantuvo la boca cerrada. Dejaría que fuera el chico el que sacara el tema, como y cuando le pareciera bien.

—¿Acaba de pasar? —preguntó.

—Hace un par de horas. No me voy a presentar en el instituto con esta pinta. Con los granos de las narices ya me vale. —Volvió a pasarse el dedo por el círculo.

—Para empezar, deja de tocártelo —dijo David, e inmediatamente Zachary se metió las manos en los bolsillos—. ¿Por qué no pruebas con hielo? Eso seguramente ayudaría —sugirió mientras seguían andando, a veces hasta trotando, para mantener el ritmo de *Diogee*.

—No, si ya lo he intentado. Pero nada —se lamentó volviéndose a tocar la marca.

—¡Para! —exclamó David.

—Lo siento —reaccionó Zachary retirando la mano como si se la hubiera quemado.

—No, si no me refería a ti. ¡*Diogee!* ¡No, *Diogee!* —El perrazo

había empezado a andar en círculos cortos, lo que siempre era señal de que iba a hacer sus necesidades, con los resultados que cabía esperar de un bicho de ese tamaño. Y estaban al lado del patio de los Defrancisco—. Marie me va a cortar la cabeza. O las pelotas. O ambas cosas. —Intentó sacar a *Diogee* de la hierba tirando de la correa, pero ni por esas. Al parecer había encontrado el sitio que le apetecía, y se puso en cuclillas. ¡Por Dios!

David se inclinó. Sujetando a su perro a la altura de la mitad del cuerpo, lo arrastró como pudo hacia la siguiente casa. No sabía quién habría venido a vivir allí, pero seguramente sería bastante más tolerante con las cacas de perro que Marie. No es que no pensara limpiar. *Diogee* soltó un aullido con el que probablemente pretendía recordarle a todo el vecindario que, entre su mezcla de genes abundaban los de los perros de caza.

—Vamos, no seas plasta. —«¡Qué propio!», pensó David inmediatamente—. Ni que fuera tan importante el trozo de hierba que escojas. —*Diogee* volvió a ladrar, pero esta vez hubo respuesta: un maullido potente, desafiante y profundo que procedía de un gato pequeño y atigrado, que estaba sentado en el porche cubierto de la casa. Sus ojos dorados estaban fijos en *Diogee*, y era como si le enviara rayos láser llenos de odio. En respuesta, *Diogee* apretó los dientes haciéndolos sonar de forma siniestra. ¡Vaya par!

—Ya esta bien, tipo duro. —David sacó un trozo de hígado consiguiendo atraer la atención de su perro inmediatamente. No se podía perdonar no haber pensado en usar ese truco cuando estuvo a punto de producirse el desastre en el jardín de Marie. Lanzó la golosina de perros lo más lejos que pudo, y *Diogee* salió disparado tras ella, con David y Zachary corriendo a su rueda a toda velocidad.

*Diogee* se zampó el trozo de carne en un plis plas. Era un adicto, y David su camello. Lo cual significaba que, por mucho que el perro fuera el primero que salía por la puerta y decidiera la dirección del paseo, David sería siempre el macho alfa. A no ser que *Diogee* fuera capaz de discurrir un modo de ganar dinero y de gastárselo en la

tienda de comida para perros.

—¿Entonces, qué te parece? ¿Tardará más de dos días en desaparecer? —preguntó Zachary señalando el círculo, pero sin tocarlo—. La verdad es que no quiero saltarme muchos entrenamientos. El preparador de atletismo parece bastante estricto.

David podía ayudar con la mayor parte de los problemas a los que se tenía que enfrentar un chico de catorce años. No hacía demasiado que él había tenido esa edad e idénticas dificultades. Pero una disfunción dermatológica, con resultado de cicatriz a modo de semáforo en rojo, estaba absolutamente fuera de su alcance.

—Pues creo que necesitamos ayuda experta —dijo, mientras tomaba otra golosina de hígado—. A ver, Gran D, da la vuelta sin causar daños.

—¿Adónde vamos? —preguntó Zachary al tiempo que cambiaban de dirección.

—A casa de Ruby. Antes de dedicarse a la escenografía era maquilladora. Seguro que soluciona tu problema —respondió David.

Zachary se detuvo en seco. Parecía tan reacio a seguir avanzando como antes *Diogee* a salir del jardín de los DeFrancisco.

—No pienso ir al instituto con maquillaje. Además, ni siquiera conozco a esa señora.

—No lo consideres maquillaje, sino más bien como una especie de efectos especiales. Además, yo creo que sí que la conoces. En todo caso, es una buena amiga mía —rebatía David, pero Zachary no se movió—. Al menos deja que lo intente. Te prometo que, si no estás contento con el resultado, te enseñaré a fingir que tienes gripe estomacal. Lo único que necesitarías sería un plato de sopa con muchos tropezones.

Zachary no dijo que sí, pero empezó a andar en dirección a casa de Ruby.

—Una sopa con tropezones no tiene nada que ver con una pota de verdad.

—De acuerdo, pero se parece muchísimo. Lo único que tienes que



hacer es asegurarte de que tu madre está lo suficientemente cerca de la puerta del cuarto de baño como para escuchar, y después empezar a tirar la sopa por el retrete —explicó David.

—¡Qué agradable! —musitó Zachary riendo entre dientes.

Siguieron andando por el camino, que hacía una curva bastante abierta, y llegaron a la casa de Ruby. David se sintió de repente como si le hubieran dado un puñetazo en el vientre. ¡Se le había olvidado por completo que era quince de septiembre! Uno de los días favoritos de Clarissa, en el que siempre ayudaba a Ruby a decorar su casita de la bruja con los adornos de Navidad.

Ver algo que la hacía sentirse tan feliz en principio tenía que haber sido bueno para él. Pero, por el contrario, lo que sintió fue como si se le abriera una especie de agujero en la caja torácica. Por segunda vez en la semana, se quedó muy sorprendido por la enorme potencia del sentimiento de pérdida que todavía lo embargaba.

—¿Estás bien? —preguntó Zachary.

—Sí —contestó enseguida—. Sí —repitió, como si quisiera responderse a sí mismo.

Estaba más o menos bien. Pero se reafirmó en lo que le había dicho a Adam la otra noche. No estaba preparado para empezar ningún tipo de relación con otra mujer, ni siquiera para intentarlo. Pensara lo que pensase su amigo, era demasiado pronto para él.



*MacGyver* dejó durmiendo a Jamie y se deslizó hacia la cocina. Empujó con la pata para abrir la puerta del armarito que había debajo de la pila e inmediatamente soltó un bufido de disgusto. Enseguida se recordó a sí mismo que tenía que ser paciente con su persona. Era humana, lo que significaba que su nariz era una masa de carne, ahí pegada a la cara y absolutamente inútil. De todas formas, tampoco se esperaba algo así. Ella no había hecho caso de su regalo durante dos días, nada menos. Pero, finalmente, había recogido la toalla de manos. Sí, lo había hecho, aunque la había rociado con algo que bloqueaba por completo el olor a soledad que

había querido que ella notara, y también el resto de los muebles y utensilios de la cocina. No pudo evitar emitir otro pequeño bufido al cerrar la puerta del armario.

«Paciencia», se recomendó a sí mismo. No podía esperar que Jamie lo entendiera a la primera. Por ejemplo, había tardado bastante en darse cuenta de cuál era su lugar preferido para recibir caricias. Justo detrás de los bigotes. Una absoluta delicia. También le llevó demasiado tiempo entender que no le gustaban más de tres caricias seguidas en la tripa. De hecho, había tenido que darle un pequeño mordisquito para metérselo en la cabeza. No le agradó hacerlo, la verdad, pero había que entrenarla. No era torpe, aunque sí algo lenta de entendederas.

*MacGyver* solo tenía que esforzarse un poco más para que su humana comprendiera que lo único que ella necesitaba para ser feliz era encontrar su pareja ideal. Pero estaba preparado para asumir el reto. Por su Jamie, lo que fuera. Tenía sus defectos pero, al fin y al cabo, era suya. Avanzó hacia el porche y se deslizó hacia la calle por el agujero de la mosquitera. Antes de nada, había que acabar con esa pestilencia insoportable que hacía irrespirable el ambiente. Se dirigió a la palmera que estaba al lado de la fuente y le dio un buen arañazo al tronco, con lo que logró superponer su propio olor al del pis del perro. Bien. Una vez logrado el primer objetivo, podía centrarse en su misión principal.

Echó la cabeza hacia atrás y empujó el aire hacia la boca para utilizar a la vez los sentidos del gusto y del olfato. En ese mismo lugar, el olor y sabor a soledad eran bastante más acusados que hacía solo dos noches. Se planteó la posibilidad de entrenar a Jamie en la habilidad de utilizar la lengua para obtener información importante acerca de lo que le rodeaba, incluyendo los regalos que le hacía de vez en cuando. Pero dudaba que sirviera para algo. Si su sentido del gusto funcionara como debiera, ni se le ocurriría tomar zumo de pomelo o peor aún, ¡pomelos enteros! Apenas podía soportar mirarla cuando metía la cuchara dentro de una de esas frutas asquerosas.

Daba igual. Con la nariz y la lengua de *Mac* había suficiente para los dos. Empezó a caminar hacia el olor a soledad. Por desgracia, el pestazo a orina de perro se hacía más intenso conforme se acercaba a su objetivo. De hecho, era tan fuerte que casi le habría gustado que su nariz fuera la de un humano. Casi. Lo cierto es que nunca sería capaz de realizar semejante sacrificio. Empezó a ir algo más despacio y finalmente llegó a la altura de un tronco desde el que se veía perfectamente la casa de la que procedía «el olor».

El perro que había visto antes estaba de pie en el jardín. Se trataba de un chucho grotescamente mestizo, de orejas largas y blandurrias, de cuerpo ancho y alargado, patas también largas, una cabeza enorme y una boca que producía un desagradable exceso de babas. *Mac* sabía perfectamente que no tendría ningún problema para eludir a ese cabeza hueca, pero también que el perrazo sería capaz de ladrar como un poseso al tiempo que babeaba. La cosa era que no quería que se montara ningún escándalo, dado que estaba en modo sigiloso.

Así que decidió que volvería un poco más tarde. De momento, se limitaría a reunir información que pudiera serle útil en un futuro. Captó trazas de un olor a soledad algo diferente, y decidió seguir la pista, a ver adónde le conducía. Llegó a una casa que tenía una ventana abierta de par en par, como si fuera una invitación. Naturalmente la aceptó, y dio un buen salto. Aterrizó con suavidad e inmediatamente echó un vistazo a la habitación.

Aunque al caer hubiera hecho el mismo ruido que un petardo estallando, seguramente no habría despertado a la persona que dormía profundamente en el sofá. El olor era muy potente, y *Mac* había aprendido por experiencia que procedía de una hembra humana que ni era una niña pequeña ni tampoco una adulta. Su sudor era especialmente intenso, aunque las humanas siempre procuraban disimularlo con algún potingue. En este caso, la máscara era una mezcla de aroma a manzanas, melones y distintos tipos de flores, aunque al mismo tiempo más dulce y también más agudo.

*Mac* también pudo notar restos de olor a enfado, combinado con una cierta soledad.

Pero no era ella la que producía el efluvio que había seguido originalmente, así que salió de la habitación, llegó al vestíbulo y entró en otra estancia. La humana que había dentro era joven, y los jóvenes casi nunca desprendían ese olor tan potente a soledad. Esa niña todavía necesitaba a alguien que la cuidara para sobrevivir, pero no fue capaz de captar el olor de ningún jefe de manada, o al menos ninguno que estuviera en las proximidades. *Mac* decidió encontrar a alguien que la dirigiera, o que la cuidara. Era un gato con muchas habilidades, y podía ofrecérselas a distintos humanos. No le gustaba malgastarlas, pero tampoco dejarlas sin uso. Se subió al sofá y frotó la mejilla contra la de la chica prometiéndole en silencio que volvería.

Era el momento de volver a acometer su misión principal. Mientras salía de la casa, *Mac* se detuvo para dar unos lametones a las patatas fritas que había en la mesa de la habitación en la que dormía la chica mayor. No es que le entusiasmaran las patatas fritas, pero sí la sal.

Cuando *Mac* volvió a la casa que albergaba «el olor», el chucho cabeza hueca seguía en el jardín husmeando precisamente alrededor del árbol al que tenía que subir para poder entrar. El perro se puso en cuclillas y *Mac* aprovechó la oportunidad: corrió hacia el árbol y se apoyó en el lomo para trepar hasta la rama desde la que podía saltar y colarse otra vez en la casa por la ventana.

El perrazo empezó a aullar, pero a *Mac* no le importó. La oportunidad para utilizarlo como rampa de lanzamiento había sido demasiado buena como para dejarla pasar. Además, los perros siempre estaban ladrando por cualquier cosa. No tenían suficiente inteligencia como para saber qué era importante y qué no.

—¡*Diogee*, cállate! —Oyó la voz de un hombre, que gritaba desde la planta de abajo. No notó ni ansiedad ni miedo en esa voz. Estaba claro que no se fiaba del perro para cuidar la casa o a él. Así pues, parecía un hombre sensato. Salvo por el hecho de que había decidido

vivir con un ser descerebrado. ¡Así lo iba a llamar a partir de ahora, «descerebrado»!

A *Mac* no le costó demasiado encontrar el objeto perfecto, con un intensísimo olor a soledad. ¡Esta vez seguro que Jamie sería capaz de entender el mensaje!

## CAPÍTULO 3



— ¡Adiós, *Mac*! Te traeré un regalito cuando vuelva —gritó Jamie, y después se dirigió hacia la puerta, la abrió y salió lo más deprisa que pudo para que el gato no se escabullera. Pero sobre el felpudo había algo enroscado, de color negro y amarillo. ¡Una serpiente! Dio un salto hacia atrás.

Tras echarle otro vistazo, se dio cuenta de que el objeto no se parecía en nada a una serpiente. Le dio una patadita de prueba, y al ver que no se deslizaba ni hacía nada desagradable o asqueroso, se agachó para agarrarlo, eso sí, usando solo las puntas de dos dedos, por si las moscas.

Un calcetín, eso era todo. Mas no un calcetín corriente. Uno negro salpicado de huellas amarillas de un animal que bien podría ser Bigfoot. Jamie sonrió. Era gracioso.

Pero la sonrisa se evaporó enseguida. Era la segunda vez que encontraba en el felpudo algo que no era suyo. ¿Cómo habrían llegado esos objetos hasta allí? Había oído hablar de los legendarios vientos de Santa Ana, que solían soplar en la ciudad de Los Ángeles. Al parecer tenían fuerza de sobra como para arrastrar un calcetín y una toalla de manos. Aunque desde que había llegado solo se había levantado cada día una ligera brisa vespertina, nada de vientos huracanados.

Además, los dos objetos habían aparecido en el felpudo. No en el

jardín, en la hierba o en un arbusto, ni siquiera en los escalones de la entrada. ¿Los habría puesto alguien allí?, ¿pero por qué? ¿Un calcetín y una toalla de manos? Seguro que se trataba de una casualidad.

—¡Jamie, café!

La voz de Al la sacó de su ensimismamiento.

—¿Cómo?

—Café —repitió Al. Estaba en su porche, ofreciéndole una taza. Apenas había salido de casa y ya había un café esperándola. ¿Es que Al y Marie no hacían otra cosa que mirar por la ventana para controlar a los vecinos?

Podría ser. En cualquier caso, era inofensivo. No había nada de malo en el hecho de que te ofrecieran un delicioso café caliente al salir de casa. Todo lo contrario, resultaba de lo más agradable. Buena vecindad. ¿Habrían sido ellos los que habían dejado la toalla y el calcetín en su felpudo? Puede que piensan que una toalla podía serle de utilidad, ¿pero un calcetín? Igual habían dejado el par completo, y uno de ellos podría haber... desaparecido... de alguna manera.

Solo había una forma de averiguarlo. Jamie atravesó su jardín hasta llegar al pasamanos del porche de los DeFrancisco.

—Gracias —dijo al tiempo que aceptaba la taza de café—. Marie y tú estáis siendo muy amables. ¿Por una casualidad habéis dejado esto vosotros junto a mi puerta, en el felpudo? —preguntó, mostrándole el calcetín con huellas.

—Es la primera vez que lo veo —respondió Al observándolo con los ojos muy abiertos.

—¿Y qué me dices de una toalla de manos? Blanca.

Al se la quedó mirando con cara de asombro.

—Estaba sobre mi felpudo la mañana después de que llegué —añadió Jamie.

—Pues no fui yo.

—¿Y Marie?

—¡Marie! —gritó Al—. ¿Le dejaste a Jamie un paño de cocina?

—Una toalla de manos —corrigió Jamie en el mismo momento en el que Marie salía al porche por la puerta de la cocina.

—¿Necesitas una toalla de manos? —preguntó Marie.

—No. Es solo que la encontré en la puerta, y pensé que igual la habíais dejado vosotros —explicó Jamie.

—¿Y por qué íbamos a hacer eso? —espetó Marie, frunciendo el ceño.

«Buena pregunta», pensó Jamie.

—Solo estoy intentando averiguar quién ha sido —dijo, procurando quitarle importancia—. Puede que a la persona que dejó la casa se le cayera, y que yo no me diera cuenta hasta la mañana siguiente.

Pero seguro que el calcetín no había llegado allí de esa manera. En tal caso, lo habría visto antes.

—Voy a la tienda de mascotas —continuó—. ¿Queréis que os traiga algo?

Al soltó uno de sus gruñidos.

—Tranquila, tenemos todo lo que necesitamos —dijo Marie, y volvió a entrar en casa.

—Después os devuelvo la taza —le dijo Jamie a Al. Echó a andar por la hierba, y de pronto se dio cuenta de que llevaba el calcetín en la mano. Volvió sobre sus pasos y echó el calcetín por el buzón. Ya se ocuparía de eso más tarde.

Mientras se dirigía de nuevo a la calle, escuchó un maullido largo y que sonaba a ofendido. Puede que, si sacara a pasear a *Mac*, se sintiera más a gusto en su nuevo hogar, y también en su nueva ciudad.



Jamie se quedó mirando la zona de correas de la tienda de mascotas, Pet World, dedicada sobre todo a los perros y a los gatos. El amplísimo surtido la había dejado paralizada. «Deja de hacer el ridículo», dijo para sí medio susurrando. «En estos momentos estás en el proceso de tomar decisiones claves para tu vida, pero los



accesorios del gato no forman parte de ellas». Se puso como un tomate cuando se dio cuenta de que un hombre bastante alto y que llevaba al hombro una bolsa enorme de comida para perros dio la vuelta a la esquina y la sorprendió hablando sola.

—Estoy intentando decidir si mi gato es tipo superhéroe o un rastafari que acaba de dejar de fumar —dijo a modo de aclaración. E inmediatamente pensó que cómo era posible que se le hubiera podido ocurrir que tal explicación iba a contribuir a minimizar lo ridículo de la situación.

—¿Así que va a elegir la correa en función de la personalidad de su gato? —preguntó—. Entonces, es usted mucho mejor dueña de mascota que yo, que le he puesto a mi bestia de perro una de color rosa. Estamos en plena batalla para decidir quién de los dos es el macho alfa, o sea, el que manda, y he pensado que una correa de ese color me daría ventaja. Es esa de ahí —afirmó señalando una correa efectivamente de color rosa con dibujitos de los típicos huesos para perros—. Si mi intención es arrebatarle la masculinidad, cosa que ya he hecho desde el punto de vista quirúrgico, creo que debo ir de cabeza a por la otra rosa, pero con corazoncitos.

—Me da la impresión de que su plan para quedar por encima de su mascota tiene un fallo —dijo Jamie riendo—. Y es que los perros no distinguen los colores. —Pero... ¿qué estaba haciendo?, ¿flirtear? No debería ligar, ni siquiera parecer que lo hacía. No era «El Año del Tipo Excepcionalmente Estupendo», sino «El Año de Mí Misma».

—La verdad es que el campo de visión perruno es algo más amplio —la corrigió negando levemente con la cabeza—. Parece que los que no distinguen son el rojo y el verde. De hecho, tengo una aplicación que te permite comprobar lo que ven los perros. —Hizo una mueca—. ¡Menuda estupidez! ¿Olvidamos lo que acabo de decir? En cualquier caso, creo que *Diogee* es perfectamente capaz de distinguir el rosa y su significado, y eso le supondría una dificultad a la hora de intentar dominarme.

—Supongo que porque el rosa es un color femenino, y las mujeres

somos sumisas por naturaleza —espetó Jamie.

—¡No quería decir eso, ni muchísimo menos! —exclamó él abriendo mucho los ojos—. Aunque no lo parezca, solo pretendía... en fin, ¿olvidamos absolutamente todo lo que he dicho? —Dejó en el suelo el enorme saco de comida mostrándose claramente incómodo.

—Yo solo pretendía... en fin, romperle los esquemas —explicó Jamie. Ya no importaba que hubiera intentado ligar con él. Su comentario antimachista respecto al color rosa lo había desmentido del todo—. Pero estoy dispuesta a eliminar de mi memoria todo lo relativo a esta conversación si, a su vez, usted está de acuerdo en olvidar que me sorprendió hablando sola acerca de qué correa le podría gustar a mi gato.

—Hecho —contestó de inmediato. Se la quedó mirando durante un momento y después volvió a cargarse el saco al hombro—. Voy a pagar esto. —Se dirigió al fondo del pasillo permitiendo así que Jamie echara un vistazo a su trasero, que le causó buena impresión a pesar de que era «El Año de Ella Misma»; y, de todas maneras, cosificar a los hombres era tan reprobable como hacer lo mismo con las mujeres. Volvió a dirigir su atención al despliegue de correas y finalmente se decidió por una de color rojo fuerte, que encajaría estupendamente con los colores de la piel de *Mac*, de tonos beis y castaño.

Más o menos hora y media después estaba de pie frente a su puerta con *Mac* en brazos. En pagar y llegar a casa conduciendo había tardado alrededor de media hora, y la hora restante se la había pasado intentando colocarle a *Mac* la elegante y preciosa correa nueva, entre interminables bufidos y maullidos (de él) y lágrimas de frustración (de ella), apenas controladas.

—¡Fíjate! —exclamó Jamie dirigiéndose a su gato mientras lo dejaba sobre la hierba—. ¿Te das cuenta de lo bien que te queda? Además, así puedes salir. Solo intentaba hacer algo bueno por ti, no fastidiarte.

*Mac* ni la miró. Ni tan siquiera retorció una oreja como solía.

Estaba claro que no iba a perdonarla, al menos de momento. Bueno, pues muy bien. Tampoco estaba segura de que fuera a perdonarlo a él. Le sacó una foto con el teléfono y se la colocó delante de las narices para que pudiera verla.

—Mira, este es el aspecto de un gato desagradecido.

Siguió pasando de ella olímpicamente.

«A ver, vamos a respirar hondo», se dijo. De vez en cuando la relación con *Mac* implicaba tener que respirar hondo, incluso varias veces seguidas. Resolvió no intentar dar un paseo. Todavía no. *Mac* necesitaba un tiempo de adaptación. Así que decidió sacar unas cuantas fotos de su bungalow. Para empezar, un primer plano de la puerta principal, que era la que establecía la pauta de toda la casa. De entrada, su forma no era rectangular. El estilo de Storybook no se adaptaba a los ángulos rectos, para nada. La puerta tenía forma de óvalo con la parte de abajo cortada, y unos pestillos de hierro forjado ridícula y maravillosamente enormes, así como una aldaba inconmensurable, tipo las de la puerta del castillo de *El jovencito Frankenstein*, aunque en este caso solo había una, no un par.

Jamie se aseguró de enfocar la hiedra que crecía por encima de la puerta y sacó la foto. Se preguntó si sería capaz de trepar hasta el tejado. Le gustaría poder captar en una imagen el modo en el que las tejas encajaban unas en otras de forma inverosímilmente irregular. Pero eso podía esperar. Desde el suelo había muchas cosas que apreciar. ¡Como por ejemplo la ventana que estaba sobre el fregadero de la cocina, qué maravilla! ¡Tenía un montón de paneles de colores!

Avanzó hacia ella. Pero *Mac* ni se movió. Quizá debería haber comprado una mochilita de bebé en lugar de una correa. Aunque seguro que le habría costado una hora más meter al gato en ella. Jamie se quedó donde estaba y utilizó el *zoom* para enfocar muy de cerca uno de los pestillos de la puerta.

—¡Hola, cariño! Hacía tiempo que no nos encontrábamos por aquí.

Jamie dio un bote. La voz sonó muy cerca, justo detrás de ella. Se

volvió tropezando con la correa y enredándosela en los tobillos.

—Vivo aquí —explicó mirando al suelo mientras liberaba uno de los pies—. Acabo de mudarme —añadió, aliviada por haber podido desatar el otro sin estamparse contra el suelo.

—¿Que acabas de mudarte? —repitió su interlocutor.

Finalmente, Jamie estuvo en condiciones de mirarlo. El hombre que se había dirigido a ella debía tener cincuenta y muchos años. Llevaba el pelo rubio al estilo de los punkis de los años noventa, con una gran cantidad de fijador y acabado en punta. Vestía pantalones militares, una camisa de botones azul clara y un chaleco de pesca con un sinnúmero de bolsillos. De la parte delantera colgaba una badana con un montón de anzuelos brillantes. También llevaba al cuello una especie de correa con ganchos de madera de las que pendían diversas herramientas, todas ellas relucientes. Las únicas que Jamie reconoció fueron unos alicates de punta fina.

—¿Que acabas de mudarte? —preguntó otra vez. No era capaz de verle los ojos, cubiertos por unas gafas oscuras de montura metálica y lentes redondas, pero tenía la sensación de que no había pestañado desde que empezaron a hablar.

—Pues sí. Esta es mi casa, y estaba sacando algunas fotos —explicó—. ¿Tú también vives en Storybook?

Se bajó las gafas de sol y sonrió. Le pareció que el gesto tenía algo de falso, lo mismo que su acento sureño.

—Creía que era yo quien hacía las preguntas —dijo.

—¿Por qué no nos turnamos? Yo pregunto una cosa, después tú preguntas otra, y así... —sugirió Jamie. Se sintió algo aliviada al ver que se abría la puerta de los Defrancisco, dando paso a Al, que llevaba una escoba en la mano.

—¡Amigo! —exclamó el individuo—. Aquí la nena dice que acaba de mudarse, ¿es verdad?

Al asintió, y después miró a *Mac*, fijándose en la correa y el arnés.

—Lo siento por ti, chico. Tienes todo mi apoyo —le dijo al gato, y sin transición empezó a barrer los escalones. *Mac* le respondió con

un maullido prolongado y lastimero.

—La he visto por aquí merodeando, y he pensado que debía echar un vistazo —explicó el tipo, dirigiéndose a Al. Después se volvió hacia Jamie y le estrechó la mano—. Hud Martin.

—No estaba merodeando —corrigió Jamie mientras le estrechaba la mano—. Estaba de pie, delante de mi casa sacando fotos, acompañada de mi gato.

—Si tú hubieras visto solo una pequeña parte de lo que yo he visto... —dijo Hud dejando en el aire el final de la frase al tiempo que se alejaba.

—¡Uau! —exclamó Jamie mirando cómo se iba. Al soltó uno de sus habituales gruñidos.

Sacó unas cuantas fotos más de los pestillos y de la aldaba, sintiendo una pequeña oleada de placer por el hecho de que, al menos durante un año, esa casita de cuento de hadas iba a ser suya. Después bajó la cabeza y se dirigió al gato.

—Bueno, *MacGyver*, vamos a movernos. —Dio cuatro pasos decididos hacia la ventana que quería fotografiar y se paró. La correa estaba estirada hasta el límite. Dio un pequeño tirón. La cola de *Mac* empezó a moverse de atrás adelante.

Jamie dudó. Lo mejor que podía hacer era admitir su derrota y llevar a *Mac* al interior de la casa. ¿Pero cómo iba a hacerlo? Ahora no podía tomarlo en brazos. Sabía perfectamente lo que significaba ese movimiento de cola: «Como me toques, te araña».

Puede que si supiera que su intención era meterlo en casa aceptaría el que lo llevara de la correa. Jamie se acercó a la puerta todo lo que pudo.

—Vamos, *Mac-Mac*. Venga, bonito. —El gato ni se movió. Bueno, en realidad sí: la cola osciló un poco más deprisa—. De acuerdo, lo admito. He cometido un error. No es lógico que lleves correa. Vamos a entrar en casa para que te la quite, y después jugaremos con tu muñequito, con *Mousie*. Seguro que será divertido, ¿a que sí? — Conforme hablaba, la voz de Jamie se iba haciendo más aguda.

Pudo escuchar la puerta de los Defrancisco cerrándose. Miró hacia allá y vio que Al había desaparecido. No se lo echaba en cara, la verdad es que parecía una cuidadora de guardería completamente demenciada. ¿Debía de intentar quitarle la correa a *Mac* allí, en el jardín? El otro día, cuando se escapó, consiguió atraparlo y llevarlo dentro. Pero el otro día no estaba tan cabreado. Puede que debiera...

La puerta de los Defrancisco se abrió de nuevo. Sin pronunciar palabra, Al le lanzó algo. Jamie lo miró y sonrió aliviada. Era una lata de atún.

—¡Gracias! —dijo. Marie apareció detrás de él con un abrelatas. Se lo pasó a Al y este se lo lanzó a Jamie—. ¡Gracias otra vez! —añadió Jamie.

Abrió la lata, dejó que *Mac* la olisqueara y empezó a andar hacia la casa, esperando que el gato la siguiera.

Afortunadamente, así lo hizo.



—Si quiere comerse una de esas, voy a tener que pedirle que se identifique para comprobar su edad —le advirtió David a Lucy cuando vio que iba a meter mano a una de las magdalenas que estaban enfriándose—. Las he hecho con licor, lo mismo que las galletas de mantequilla.

Lucy se limitó a sonreír, dándole un mordisquito a la irresistible magdalena.

—¡Yuum!

—Son para el Corner Bar. Van a servir dulces, así que voy a empezar a hacer lotes de degustación para ellos —dijo David. Le dio una pipeta con licor Jäger—. Si quieres que tenga un poco más de sabor, échale esto. En el bar las van a servir así.

—Tendrías que hacerlas también con ron y Coca-Cola. Quiero decir, poniendo una de esas botellitas de azúcar encima, y añadiendo el toque de cubata.

—Ya lo he hecho —le informó—. He hecho de todo, y aquí me tienes, todavía libre como un pájaro, sin pisar la cárcel.

Estaba seguro de que Lucy tenía alguna razón para haber acudido a la repostería mientras estaba trabajando, y creía saber cuál era. Hacía casi una semana que Adam y él habían salido juntos, y probablemente habrían decidido comprobar qué tal estaba. Así que procuró ponérselo fácil.

—Estoy bien —afirmó—. Adam y tú no tenéis por qué preocuparos en lo que a mí respecta.

—¿Cómo? —Se puso roja como un tomate—. Yo no... nosotros no... —empezó a mentir, pero renunció de inmediato—. Sí, tienes razón. Quería saber si estabas bien. Adam me dijo que pasaste una noche jodida cuando salisteis.

—Bueno, tanto como eso no, la verdad. Simplemente lo pasé un poco mal cuando pretendí hablar con una chica en el bar —explicó—. Además, esta mañana me he portado como un verdadero estúpido, intentando entablar conversación con otra mujer que estaba en la tienda de mascotas. He perdido práctica.

—¿Has hablado con una mujer en la tienda de mascotas? —preguntó Lucy con tono intrigado—. ¿Sin Adam haciendo de guardaespaldas o de regidor? ¡Cuéntame!

—Ella estaba escogiendo una correa para su gato —empezó, encogiéndose de hombros—, y yo le señalé la que había escogido para *Diogee*. De verdad que no intentaba flirtear con ella. Ya sabes lo habitual que resulta hablar con la gente en las tiendas.

—Me has dicho que has perdido práctica. Interpreto que has perdido práctica a la hora de entablar conversación con una mujer que te atrae al primer vistazo. ¿Es eso? —preguntó Lucy—. Además, seguro que hablasteis de algo más que de cosas para perros y gatos, porque si no, no me habrías dicho que te habías portado como un verdadero estúpido. Es obvio.

¿Le había atraído o gustado al menos? La verdad es que vio algo en ella, allí de pie y hablando sola delante del escaparate de correas. Algo que lo animó a conversar en lugar de alejarse con el saco al hombro.

Lucy le dio otro mordisquito a la magdalena.

—¡Esto sabe a gloria! Se supone que siempre tengo que dar ejemplo a los niños respecto a sus hábitos de alimentación. De hecho, hace un par de semanas tiré por el retrete unos bollitos industriales de chocolate. ¡Y me sentí como si fuera una delincuente! Bueno, a lo nuestro. ¿Qué demonios le dijiste?

—Pues algo relativo a que ponerle a *Diogee* una correa de color rosa me ayudaría a dejar sentado que yo soy el macho alfa, y no él.

—Pues sí, fue una gilipollez, las cosas como son —confirmó Lucy—. ¿Y no añadiste que ponerle a tu perro algo «femenino» lo convertiría en más obediente? Pero la verdad es que eres simpático, y encantador, tendrías que haberle dado la vuelta a la cosa.

—No había nada a lo que darle la vuelta. No tenía intención de empezar nada —protestó David.

—Los hechos indican lo contrario —afirmó Lucy, muy convencida—. Apuesto lo que sea a que estaba buena. —Agarró otra magdalena.

David estuvo a punto de decirle que no se había fijado, pero se dio cuenta en ese momento de que podía hacer una descripción detallada de la mujer. Pelo rubio color mantequilla, rizado y recogido en un moño bastante desmañado, ojos marrones, hoyuelos bastante profundos y una voz preciosa. Cuerpo bonito, con curvas... Bueno, eso no se lo iba a decir a Lucy.

—Era un encanto —admitió.

—El que hablastes con ella es una buena cosa, aunque la cagaras —aseguró Lucy—. Así vas recobrando la práctica, es el método del ensayo y error. Por eso creo que debes apuntarte a una red de citas, Loventine o Counterpart, por ejemplo. Para practicar. Sales con mujeres, y si la cosa no marcha, ¿qué más da? No vas a volver a verlas, así que total..., pero te vas acostumbrando a ser... —Dudó un momento.

—Soltero en vez de viudo —completó él.

—Eso. —Le dio unos golpecitos en el brazo—. Eso.

David tomó una caja de la confitería y empezó a llenarla con las



magdalenas y demás bollos experimentales que había estado preparando.

—No voy a llevarme eso —dijo Lucy—. Seguro que los críos los encontrarían. Bastante malo es que tomen mucho azúcar, pero si encima se acostumbran al alcohol, ni te cuento. —Sonrió—. Tendré que tomármelos aquí yo sola. Y, para aprovechar el tiempo, puedo sacar unas cuantas fotos al repostero sexi para que las cuelgues en tu perfil de Loventine. Adam está trabajando en él.

No iban a dejar de presionar, ni Adam ni ella.

A no ser que le dijera la verdad. A no ser que les confesara que cada vez estaba peor, que se estaba desmoronando. Bueno, tampoco era tan terrible. No siempre. Pero esta semana sí que lo había sido.

—No estoy preparado, Lucy. —Ella empezó a protestar, pero levantó la mano para que parara—. En el bar estuve a punto de derrumbarme. De repente fue como si la hubiera perdido hace solo días, y no años. Y anteayer me volvió a pasar. Ya conoces a nuestra amiga Ruby, bueno, quiero decir «mi» amiga Ruby. —Muchas veces seguía diciendo «nuestra» en lugar de «mi».

—La que celebra una fiesta increíble en Navidad, ¿no? —dijo Lucy.

—Sí, esa —corroboró—. Y todos los años empieza a colocar los adornos a mitad de septiembre, exactamente el día quince. Prácticamente desde que se hicieron amigas, Clarissa la ayudaba a decorar la casa ese día tanto tiempo como le fuera posible. Así que estaba paseando a *Diogee*, vi que la casa estaba decorada y ¡catapum!, volví a sentirme así. Creí que lo había superado. Me llevó mucho tiempo, pero ya hacía bastante, quizá más de un año, que no sentía tanta pena. Y, de repente, dos veces en una semana. No veo cómo voy a intentar empezar algo, sea lo que sea, si aún me siento así.

Lucy abrió una pipeta de Jäger y se la vació en la lengua.

—Voy a ponerme en plan psicóloga —le advirtió.

—Tú misma —dijo David. Y es que sabía que nada de lo que él dijese iba a detenerla.

—Puede que estés sintiendo tanta pena precisamente porque estás preparado. Y el hecho de estar preparado te da pena, ya que estás dejando marchar a Clarissa. —Lucy fijó los ojos en los de él, como si estuviese esperando su reacción.

David procuró con todas sus fuerzas no dejar que se notara hasta qué punto le habían conmovido sus palabras, y lo ciertas que le parecieron.

—Es posible —se limitó a decir. Pasó una página del cuaderno que solía utilizar para apuntar las ideas que se le ocurrían para nuevas recetas de repostería.

—Bueno, te dejo que sigas trabajando —dijo Lucy, agarrando una última magdalena—. Sabes que puedes hablar conmigo cuando quieras.

—Lo sé. Pero no te preocupes, estoy bien —la tranquilizó. Y la verdad es que lo estaba. Le gustaba su trabajo. Tenía buenos amigos. Tenía un perro enorme y estúpido. No necesitaba nada más.



*Mac* utilizó su salida secreta del porche cubierto. Le picaba la piel. Todavía podía sentir ese arnés sujetándole el cuerpo. ¿Cómo pudo hacerle eso Jamie? Normalmente lo entendía, así que no era normal que se portara así. Estaba claro que no había interpretado bien lo que le había querido decir al dejarle ese calcetín en la puerta. ¡Pero es que ni lo había intentado! La había estado observando a través de la ventana, ¡y ni siquiera lo olió, ni una sola vez! Y después lo tiró a la basura. Él lo volvió a rescatar, así que tuvo que volver a recogerlo, mientras le decía que era un gato malo. Tuvo que recordarse que era humana, y que no podía esperar que lo entendiera todo. Pero cuando volvió a tirar el calcetín, él volvió a recuperarlo. Más tarde intentaría que lo oliera de una vez.

En cualquier caso, estaba completamente decidido a buscar la manera de que ella fuera feliz, aunque tardara más tiempo del que inicialmente pensaba. Quería conseguirlo, porque era su humana y la quería. Aunque también sería beneficioso para él. Si Jamie tuviera al

lado a otro humano y recuperara el olor a felicidad, seguramente dejaría de hacer tonterías, como tomar una cuerda muy larga y atársela a él para que anduvieran juntos. No podía ni pensar en que eso fuera una correa. ¿Acaso él, *MacGyver*, tenía aspecto de perro? ¡Vamos, por favor!

Aspiró varias veces el aire fresco de la noche, y la sensación tan desagradable del arnés y de verse atado a una corr..., bueno, a una cuerda, desapareció de inmediato. Estaba libre. El barrio era suyo. Empezó a andar de prisa dando zancadas largas. Tenía cosas que hacer.

*Mac* redujo la velocidad y después se detuvo al ver en un jardín que algo no le resultaba familiar. Era como si allí, entre las sombras, se escondiera una cosa que parecía un animal, y bastante grande. Pero no olía a animal. Se acercó con precaución. La cosa con aspecto de animal no se movió. Se acercó todavía más.

Sí, claro. Había visto alguna de esas cosas antes, por la ventana del apartamento en el que vivía. Pero solo durante los meses fríos. Por eso no la había reconocido de entrada. Era un reno de plástico.

Se subió a él y lo olfateó para asegurarse. Definitivamente, no estaba vivo, ni lo había estado nunca. Alzó las orejas. Alguien se movía dentro de la casa. Un momento después se abrió la puerta. *Mac* notó en ella, porque era una hembra humana, un resto de olor a Jamie, lo que contribuyó a tranquilizarlo. La mujer regó la planta que estaba más cerca de la puerta, y después avanzó hacia el jardín. *Mac* se escondió entre las sombras del reno. La mujer colgó algo de la rama de un árbol. También el olor le resultó familiar, como la mantequilla de cacahuete que tomaba Jamie.

¿Sería la líder de una manada? Estaba dejando comida para alguien, eso estaba claro. Mientras la mujer volvía a la casa notó que, entre su mezcla de olores, había alguno parecido al de la soledad, aunque no exactamente igual. Puede que esta mujer tuviera lo que necesitaba la chica, así que decidió dejarle un mensaje.

Pero primero tenía que llevarle una cosa a Jamie. Algo que no se

le ocurriera tirar.

## CAPÍTULO 4



El potente maullido de *Mac* exigiendo el desayuno inundó los sueños de Jamie. Esa mañana era más bien un gemido, más agudo y más prolongado de lo habitual.

—¡Vamos, *Mac*! ¿De verdad que eso es necesario? Los dos sabemos que no estás muerto de hambre, ni de lejos —gruñó, todavía medio dormida. Abrió los párpados a duras penas. *Mac* estaba sentado sobre su pecho mirándola fijamente. El gemido sonó una vez más, y a no ser que el gato, en su tiempo libre, hubiera aprendido la habilidad de la ventriloquía, no podía proceder de él.

Allí estaba de nuevo, por tercera vez. Y ahora que, por fin, se había despertado del todo, se dio cuenta de que parecía provenir de... ¡una niña pequeña! Jamie prácticamente saltó de la cama, se embutió los *jeans* del día anterior, se puso una sudadera encima de la camiseta con la que dormía y bajó a toda prisa. Cuando salió, Al y Marie ya estaban en su jardín, y Jamie corrió hacia ellos.

—¿Qué está pasando? —exclamó Jamie.

—Yo creo que es la hija pequeña de los Brewer —contestó Marie frunciendo el ceño.

—¿Es...? —La pregunta de Jamie quedó detenida por un nuevo grito. Esta vez sonó a algo así como «¡Paaaaula!». Jamie lo intentó otra vez—. ¿Es...?

Ahora fue Hud Martin el que la interrumpió apareciendo en el

jardín de los Defrancisco tras doblar la esquina.

—¡Hola, amigos! —saludó mientras se acercaba a ellos. El sol refulgía en su cabello blanco, al que acababa de aplicarle brillantina.

Al soltó uno de sus gruñidos, que esta vez sonó a enfadado.

—Tengo que hablar con vosotros. Ha habido un robo —informó Hud, al tiempo que se bajaba las gafas para mirarlos. A Jamie le pareció que a ella la observaba con más intensidad y durante más tiempo que a los otros dos—. En casa de los Brewer.

—¿Han hecho daño a la pequeña? —preguntó Marie.

—¿Has tenido alguna vez un juguete al que querías más que a nada en este mundo? —preguntó Hud. Su fingido acento sureño sonó más acusado y falso que nunca—. El mío, por ejemplo, era Stretch Armstrong. Para la pequeña Brewer, su poni de plástico. Y eso es lo que han robado.

—¡Pauuuuula! —Ahí estaba otra vez el grito.

—La nena le había puesto al poni el nombre de *Paula*. Riley está recorriendo el vecindario, a ver si lo encuentra. Tal como llora, me parece que le ha hecho más daño que si le mordiera un perro —afirmó Hud—. Le he prometido que lo voy a encontrar y se lo voy a devolver. —Recolocó las herramientas que le colgaban del cuello.

—¿Se han llevado algo más? —preguntó Al.

—Yo diría que eso ha sido más que suficiente —dijo Hud eludiendo la pregunta—. Y yo diría que no va a ser el último robo que tengamos. Me da la impresión de que el ladrón lo único que ha hecho esta noche ha sido tantear el terreno, y que decidió llevarse el poni para practicar. —Miró otra vez a Jamie, que no bajó los ojos.

—¡Todo este lío por un juguete! —espetó Marie soltando un bufido exasperado—. Seguramente se le habrá caído en algún sitio.

—La cosa no ha sido así —afirmó Hud volviéndose hacia Marie y dando por terminada su competición de miradas intensas con Jamie—. La hermana mayor, Addison, dice que Riley no se va a dormir sin el juguete. Así que, con toda seguridad, cuando se durmió anoche lo tenía en la cama. Y esta mañana... ya no lo tenía.

—Pues entonces estará debajo de la cama —insistió Marie.

—Ya he realizado una revisión completa. No está allí. —Hud miró a Marie y parpadeó—. Sé que tú te enteras de todo lo que pasa por aquí. ¿Anoche no viste nada extraño o anormal?

Marie se cruzó de brazos y puso cara de enfado.

—Tengo cosas más importantes que hacer que estarme mirando por la ventana todo el rato.

Jamie sabía que eso era precisamente lo que hacía Marie durante una gran parte del día, pero se abstuvo de hacer ningún comentario.

—¿Entonces eso es un no? —insistió Hud.

Se oyó otro lamento de Riley.

—No pienso pasarme la mañana escuchando esto —espetó Marie al tiempo que se daba la vuelta y entraba otra vez en la casa. Al se mostró de acuerdo con un gruñido y la siguió.

Hud se quedó mirándolos durante un momento, y después volvió a centrar su atención en Jamie.

—No parece que tengan muchas ganas de cooperar, ¿verdad, cariño?

—Estoy segura de que si alguno de los dos supiera algo te lo habrían dicho. —De hecho, Jamie sabía con certeza que, de haber visto algo, Marie se hubiera lanzado ella misma a la caza del ladrón.

—¿Y tú qué? ¿No tienes nada que decirme? —preguntó con descaro, al tiempo que volvía a subirse las gafas de sol.

—Volví a casa casi inmediatamente después de que habláramos ayer —explicó Jamie—. Además, no llevo aquí el tiempo suficiente como para saber quién es del barrio y quién no.

—Cuando te vi era muy pronto —comentó Hud—. Demasiado pronto como para meterse ya en casa a pasar la noche.

—Todavía tengo un montón de cosas que colocar y que organizar. —Se dio cuenta de que la explicación sonaba a defensiva. Pero es que la hablaba como si fuera una sospechosa y con una coartada débil.

—¿Dónde vivías antes de mudarte aquí?

—En Avella, Pensilvania.

—¿Es una ciudad pequeña?

—¡Desde luego!

—¿O sea, que te vienes aquí desde un pueblucho y te pasas las noches «colocando y organizando» en vez de salir a disfrutar de la vida nocturna de Los Ángeles?

Soltaba las preguntas a toda velocidad, casi sin darle tiempo a contestar la anterior. La cosa estaba empezando a parecerse demasiado a un tercer grado, y se sentía molesta. Aunque, la verdad, ¿por qué no había salido? Tenía que salir. «El Año de Mí Misma» no tenía por qué ser también «El Año de Quedarse Escondida en Casa». Pero, en ese preciso momento, no era eso lo que tocaba.

—En qué ocupe mi propio tiempo no es asunto tuyo. Pero lo que sí te puedo asegurar es que no voy por ahí robando juguetes de niñas pequeñas.

—¿Qué hi...?

Esta vez Jamie no dejó terminar al estrafalario personaje.

—Tengo que dar de comer a mi gato —le informó, y echó a andar hacia la casa sintiéndose un poco patética. Hacía bastantes más cosas, aparte de organizar sus trastos y alimentar a *Mac*. Por ejemplo, ayer había ido a la tienda de mascotas para comprar una correa y un arnés para el gato... pero un momento, eso era cuidar al gato. Aunque también había sacado fotos. Y había trabajado en la confección de la lista de cosas que le gustaban. No tenía por qué sentirse patética, para nada.

Al llegar a la puerta, aparte de volver a admirar de nuevo la enorme y preciosa aldaba, vio otra cosa sobre el felpudo. ¡Otro calcetín! Y esta vez, uno sudado. Lo observó, como si con ello pudiera deducir cómo había llegado hasta allí. Era un calcetín normal y corriente. Sin ridículos adornos decorativos, simplemente un par de rayas azules, muy estrechas, en la parte de arriba.

—¿Qué es eso de ahí? —gritó Hud.

—Nada —respondió Jamie sin volverse siquiera. Entró deprisa en casa, porque no quería verse sometida a un segundo interrogatorio.



—Esto empieza a ponerse raro, raro —musitó en voz alta, hablando sola. Había puesto algunas bolsas vacías al lado de la puerta para dejar basura o cosas que no necesitara, así que agarró una de ellas y metió dentro el calcetín. Después fue a por la toalla de manos, que estaba debajo del fregadero, y la metió en la misma bolsa. No supo por qué lo hizo, a decir verdad. No era probable que nadie fuera a ir a preguntar por esos objetos para que se los devolviera, quienquiera que fuese su dueño. No tenían el más mínimo valor.

¿Qué razones podría tener alguien para dejar esos objetos en su felpudo? ¿Sería una broma? En el vecindario había varios niños. Pero si de verdad se trataba de una broma, era bastante estúpida. Colocó la bolsa en el escobero y cerró la puerta. Puede que...

*Mac* la sacó de su ensimismamiento con un maullido especialmente lastimero.

—Sí, ya sé, ya sé, el desayuno. Vamos. —Entró en la cocina y abrió el armario en el que guardaba la comida para el gato—. ¿Qué ponemos hoy?, ¿trucha?, ¿cordero?, ¿ciervo?

No hubo ningún maullido en respuesta. Miró hacia abajo, pero *Mac* no estaba allí. Tampoco es que fuera demasiado exigente con la comida, lo que no significaba, ni mucho menos, que la alimentación no fuera una de sus principales prioridades. ¿Qué le pasaría? Volvió hacia el porche y lo vio jugando y chuperreteando el calcetín de Bigfoot como si estuviera hecho de menta de gato. ¡Seguro que había vuelto a meterse en el cubo de la basura! ¿Sería que no se sentía feliz a causa de la mudanza? Antes nunca rebuscaba en la basura, ni siquiera cuando era pequeño y estaba medio loco.

*Mac* sujetó el calcetín entre los dientes y después giró la cabeza lanzándolo por el aire. En cuanto cayó, lo agarró con las patas delanteras y se puso a revolcarse, con el calcetín bien agarrado. Unos segundos más tarde, lo dejó en el suelo y lo fue empujando con las patas hasta que quedó a los pies de Jamie.

—Bueno, pues si tienes tantas ganas de quedártelo, lo pondré en

el baúl de tus juguetes —dijo. Así que lo guardó en el mismo sitio en el que estaba el muñequito en forma de ratón, el puntero láser, el cartucho lleno de plumas y, posiblemente, un ejemplar de todos y cada uno de los juguetes para gatos que existían en el mundo. Pero el calcetín parecía haber hecho más feliz a *Mac* que ningún otro—. Bueno, ahí estará a salvo —concluyó dándole un golpecito al baúl y dirigiéndole una sonrisa a *Mac*.

Pero él le lanzó «la mirada torva». No movía la cola peligrosamente, como hizo cuando le colocó la correa y el arnés, pero «la mirada torva» era una señal evidente de que no estaba nada contento con ella.

—Creía que ya habías tenido bastante con él. No te estás portando bien. —Jamie sacó otra vez el calcetín del baúl y se lo lanzó a *Mac*. Pero no hizo el menor caso, y continuó administrándole «la mirada torva».

Jamie le guiñó el ojo muy despacio. Había leído un artículo en una revista que decía que ese gesto era un «beso de gato», un indicador de cariño, una señal de que no se estaba planteando ningún tipo de lucha o rivalidad. Cuando le hacía «el guiño» a *Mac*, el gato casi siempre respondía con otro guiño. Pero esta vez no. Parecía como si hubiera decidido no devolver ningún guiño, nunca.

—No sé qué tripa se te ha roto —dijo en voz alta y con tono de perplejidad. La noche anterior se le había apretado contra la cabeza, como hacía siempre, así concluyó que se le había pasado el enfado por lo de la correa y el arnés. Lo había reñido por extender basura por el suelo de la cocina, pero no pareció afectarle demasiado. Nunca le importaba que lo regañara.

¿Pero qué estaba intentando averiguar? Era un gato. Cambiaba de humor.

Jamie lo dejó ahí sentado, puso el calcetín en la bolsa en la que había dejado las otras cosas que aparecieron en el felpudo y llenó el bol de comida. Después de que se hubo duchado y vestido, *Mac* seguía sentado en el porche cubierto. Probablemente había guiñado

el ojo varias veces mientras ella había estado aseándose y vistiéndose, pero fingía indiferencia.

—Bueno, me marcho a dar una vuelta —le dijo—. Te llevaría conmigo, pero como no soportas la correa y el arnés, e incluso parece que me odias a mí, tendrás que quedarte en casita.

«¿Le hablaré demasiado a *Mac*?», se preguntó mientras salía. Pero inmediatamente se respondió que no. Si se tiene gato, pues se le habla. Es lo normal. ¿O acaso era la típica «loca de los gatos»? Un momento, ¿era la típica «loca de los gatos», como la de los Simpson? No, para nada. Y, en cualquier caso, si lo era, ya era tarde para solucionarlo.

Al había vuelto a salir a su porche delantero, y estaba limpiando una ventana con un líquido que olía a vinagre.

—¿No te tomas ni un solo día libre? —le preguntó. Parecía que siempre estaba haciendo algún trabajito fuera.

—El secreto para un matrimonio duradero: no pasar demasiado tiempo juntos —explicó Al, sin ni siquiera darse la vuelta. Un segundo más tarde se abrió la puerta principal y una mano muy delgada sacó una taza de café. Al la tomó, la mano se retiró y la puerta se cerró.

Al esta vez sí que se volvió hacia ella para ofrecerle el café.

—¡No voy a tomarme ese café! Es tuyo —protestó Jamie.

—La mía es esa. —El vecino señaló con la cabeza una taza que estaba sobre una mesita situada entre dos mecedoras.

—¡Gracias, Marie! —gritó Jamie. Le pareció ver que el visillo de la cocina se movía ligeramente. Tomó un trago, y estaba tan bueno como siempre—. Bueno, parece que la cosa está más tranquila por aquí. ¿Habrá encontrado la niña a su poni *Paula*?

—Puede. Y también podría ser que la niña simplemente gritara como una endemoniada mientras se vestía —comentó Al encogiéndose de hombros.

—¿De qué va ese tipo, Hud Martin? —preguntó Jamie—. Actuaba como si de verdad hubieran robado el juguete, y como si la ladrona

fuera yo.

—Después de participar en esa serie, nunca se recuperó.

—¿Qué serie?

—No se qué de un investigador privado o algo así.

Una vez más se abrió la puerta de la casa, pero esta vez sí que salió Marie completa, no solo la mano.

—En la serie él hacía de investigador privado, y se llamaba *La captura de cada día* —le explicó a Jamie—. ¿No lo has reconocido?

—No me suena nada esa serie, o lo que fuera —dijo Jamie negando con la cabeza.

Helen apareció en su porche.

—Se te ha vuelto a olvidar el azúcar —espetó, dejando la taza sobre la valla.

—A mí nunca se me olvida nada —respondió Marie, y después señaló a Jamie—. ¡No ha oído hablar de *La captura de cada día*!

—Demasiado joven —aseguró Al sin dejar de limpiar la ventana.

—Hud hacía el papel de un investigador privado que vivía en Florida. Todos los episodios empezaban con que se iba a pescar a algún sitio, pero o se encontraba algún cadáver o alguna mujer le pedía ayuda, y se ponía a trabajar en el caso —explicó Helen.

—La pusieron hace unos diez años. Deberías acordarte —añadió Marie.

—Fue hace unos treinta —la corrigió Al.

—La ponían cuando se casó mi sobrina Valerie. Acuérdate, Jonathan llevaba el pelo igual que Hud en la serie. Igual que lo lleva ahora. Por aquel entonces casi todos los jóvenes lo llevaban así. Y Valerie se casó... —Marie dejó de hablar para hacer cálculos mentales — ... en el ochenta y nueve.

—Hace unos treinta años —musitó Al.

La cartera, con su bolsa al hombro, se dirigió hacia ellos. Tendría cuarenta y pocos años, y llevaba el pelo gris recogido en una trenza. Sus piernas, musculosas, mostraban a las claras lo mucho que tenía que caminar cada día para hacer su trabajo.

—Puede que lo haya visto en alguna otra serie —conjeturó Jamie—. ¿Qué hizo después de la que decís?

—Pues un par de papeles, de actor invitado.

—Nada —dijo Al casi al mismo tiempo.

—¿De quién estáis hablando? —preguntó la cartera.

—De Hud Martin —contestó Helen—. Estamos intentando acordarnos de si ha trabajado en alguna otra serie después de la que protagonizó.

—Hizo de agorafóbico en un episodio de *A través del tiempo*, de sospechoso de asesinato en *Se ha escrito un crimen* (no era culpable, por cierto), de sospechoso de asesinato en *Ley y orden* (en este sí que lo hizo él) y de amigo del hermano mayor en *Todo el mundo quiere a Raymond* —recitó la mujer prácticamente de carrerilla, mientras se cambiaba un poco de sitio la bolsa que llevaba al hombro con el correo.

—¡Uau! Parece que tenemos por aquí a una admiradora —dijo Jamie en broma.

La mujer se puso como un tomate. Pero no solo en las mejillas: el color le llegó hasta el cuello y la garganta. Hasta los lóbulos de las orejas se le pusieron rojos como la grana.

—¡No, qué va! Es que juego mucho al Trivial. Estoy en un equipo, «Las Newton-John del Trivial» —explicó la mujer, y le dirigió una sonrisa a Jamie—. Me llamo Sheila, y soy la simpática cartera del vecindario, o sea, la tuya también. Y tú eres la nueva inquilina del 185 de la calle Glass Sleeper, ¿verdad? —Jamie asintió, y Sheila le entregó una carta de propaganda de una tienda de ultramarinos—. Se supone que debo limitarme a dejar el correo en los buzones, pero soy una rebelde insumisa. —Agitó la mano en señal de despedida y se fue calle abajo. Al andar se movieron un montón de llaveros de colores, que estaban enganchados a la bolsa del correo.

—Debe de ser la estrella de su equipo de Trivial —comentó Jamie, admirada—. ¿Os habéis fijado en lo rápido que ha recitado los trabajos de Hud? No ha dudado ni un segundo, y encima dando

detalles. —Miró a Al—. O sea que cuando has dicho que nunca se recuperó de la serie, lo que quieres decir es que por eso está intentando convertir la desaparición de *Paula* el poni en el inicio de una serie de robos, ¿no?

—No me sorprendería que se tomara la cosa como un crimen que hay que resolver —respondió Al. Inmediatamente agarró una hoja de periódico y siguió con la limpieza de la ventana.

—¿Y tú que opinas? —le preguntó Jamie a Marie.

—Sigo pensando que se encontrará debajo de su cama o en cualquier otro sitio de la casa. Seguro que está hecha un desastre. Esas dos niñas pasan casi todo el día allí solas. La madre está trabajando a todas horas, y no hay padre a la vista —comentó Marie entre dientes—. Addison es la que lleva y trae a Riley de la guardería, y no sé qué es lo que hacen el resto del día. Seguramente ver la tele y devorar comida basura.

—Espero que no sea tan horrible —dijo Jamie levantando las cejas. No sabía qué más decir, así que dio otro trago al café.

—Esta noche mandaré a Al por allí con dos platos de macarrones y un poco de ensalada —dijo Marie.

—¡Paaaaaula! ¡Paaaaaula!

—Aquí está la segunda parte —constató Al sin dejar de trabajar en la ventana.

—Espero que su hermana la esté ayudando a encontrar el juguete. O al menos que intente distraerla. —La pobre niña sonaba inconsolable.

—¡Paaaaaula!

—Voy a ponerme unos tapones en los oídos —le comentó Marie a Jamie—. ¿Quieres un par?

Jamie negó con la cabeza.

—Me voy a dar un paseo para conocer un poco mejor el vecindario —explicó Jamie—. ¿Alguna sugerencia?

—El paseo de la Fama está a pocas manzanas de aquí. Esta zona no es la más segura de Hollywood, pero durante el día no tendrás

problemas. —Se dirigió al interior de la casa.

Jamie había estado en la parte del paseo de la Fama que había en la zona de Grauman, pero le pareció que sería divertido hacerlo completo y ver todos los nombres. Además, cuando caminaba solía tener buenas ideas, se le ocurrían cosas. Puede que fuera capaz de incrementar su lista de lo que le gustaba.

Tardó diez minutos en llegar al primer nombre, el de Benny Goodman. No sabía mucho acerca de él. Había tenido una orquesta, ¿no? Y eso era todo lo que recordaba...

Conforme avanzaba por la calle vio un montón de nombres que no le sonaban de nada. Richard Thorpe. Martin Miller. Genevieve Tobin. La parte de ella a la que le encantaba la historia le pedía investigar inmediatamente acerca de cada uno de ellos. Se preguntó si habrían sido felices. Se supone que si su nombre y sus huellas estaban allí era porque habían tenido éxito en sus carreras, pero... ¿de verdad habrían hecho lo que realmente querían?, ¿o ni tan siquiera habían pensado en ello?

Seguramente habría alrededor de dos mil quinientas respuestas a cada una de estas preguntas. Durante su caminata descubrió que había más o menos ese número de estrellas en el paseo. Y no digamos la cantidad de gente que había escrito sus nombres al lado de las estrellas. ¿Y las personas que pasaban con sus vehículos, que trabajaban en las tiendas, restaurantes y oficinas, que se disfrazaban como Wonder Woman o como otros personajes, a lo largo de Hollywood Boulevard? ¿Alguno de ellos estaría viviendo de verdad conforme a sus sueños?

De repente, Jamie se sintió estúpida. Esos eran pensamientos de colegiala o de recién licenciada de la universidad, siendo generosa. ¿Qué persona de su edad iba deambulando por ahí preguntándose si la gente era feliz y se sentía realizada, o tratando de descubrir cuál era la pasión de su vida para dedicarse a ella por entero? Lo que ocurría era que si nunca se parara a pensar en ellos detenidamente, ¿no sería su vida una especie de... paseo en falso y sin sentido?

Muy bien, puede que estuviera pasando por una etapa excesivamente emocional y autocomplaciente. Pero había decidido que para eso iba a servir ese año, y que tenía mucha suerte por poder disfrutarlo. Lo que su madre le había regalado era, en realidad, tiempo, tiempo para pararse a pensar y decidir qué era lo que de verdad le importaba, encontrarlo y dedicarse plenamente a ello.

Le llamó la atención un anuncio de un modesto escaparate de un negocio que se llamaba Educación Aplicada: «Se necesitan tutores voluntarios». Jamie se detuvo pensando. Había llegado a la conclusión de que no le gustaba enseñar, y de que no quería dedicarse a ello; pero a lo mejor lo que no quería era enseñar en un aula, y a alumnos que, en realidad, no querían aprender. Al menos la mayoría de ellos. Las clases particulares eran otra cosa. En ellas sí que podría conectar mucho mejor que con un grupo grande, lo que podría resultar significativo de verdad para la persona a la que enseñara.

Siguiendo un impulso, entró. Un joven muy pulcro, sentado en el puesto de recepción, la recibió con una amigable sonrisa.

—Hola —saludó—. He visto el anuncio en el que piden profesores particulares o tutores, y me gustaría saber algo más —indicó—. Tengo licencia de profesora —añadió.

—¡Estupendo! Voy a llamar a Suze para que salga y hable con usted. Ella es la persona de contacto con los voluntarios. Siéntese, por favor. —Señaló hacia los asientos del vestíbulo, que estaba completamente vacío, y desapareció por el pasillo. En lugar de sentarse, Jamie fue a echar un vistazo a las estanterías llenas de libros.

«¡Vaya, vaya!», pensó mientras leía alguno de los títulos. *Cómo utilizar el diccionario*, de L. Ron Hubbard. *Aprendiendo a aprender*, de L. Ron Hubbard. *Técnicas de estudio para la vida*, de L. Ron Hubbard. *Gramática y comunicación para los niños*, de L. Ron Hubbard. «¡Vaya, vaya!».

Echó un vistazo al vestíbulo y al pasillo. No se veía a nadie. Así



que se dio la vuelta y se dirigió hacia la puerta de salida, resistiendo la tentación de ir de puntillas. Decidió que tenía que hacer algo para que el momento pasara a formar parte de su historia personal, así que cruzó a la otra acera y sacó una foto del pequeño local. ¡Estaba en Hollywood, no cabía la menor duda!

Y tampoco le cabía la menor duda de otra cosa: su pasión nunca podría implicar un trabajo de voluntaria para la Iglesia de la ciencia.



—¿Te has comido un calcetín, perro salvaje? —le preguntó David a *Diogee*, que agitó frenéticamente la cola. Esa era siempre su reacción cada vez que alguien decía algo que tuviera que ver con la comida, aunque fuera remotamente.

David había hecho la colada la tarde anterior, y esa mañana, mientras la recogía, se dio cuenta de que le faltaba un calcetín normal y otro de los de Bigfoot. No es que fuera el tipo más ordenado del mundo, pero generalmente sí que ponía cuidado con todo lo que fuera lo suficientemente pequeño como para ser engullido por *Diogee*. Y es que si el perro encontraba algo que se pudiera tragar, lo más probable sería que lo hiciera. De hecho, una vez se tragó una pastilla de jabón. Hizo memoria: también una alfombrilla para el ratón, una caja de pinturas que sacó del bolso de Lucy, un par de muñequitos de juguete y una esponja. Algunas de esas cosas las digirió, dado que no volvió a tener noticia de ellas. Las otras las echó por salva sea la parte.

David creía recordar que había puesto los calcetines en la cesta de la ropa sucia del cuarto de baño, y que, como siempre, había cerrado la puerta de forma automática para evitar que *Diogee* saciara su eterna hambre de papel higiénico. No tenía nada claro que el perro hubiera logrado tener acceso a ellos. Sin embargo, no estaban. Volvió a mirar a la cara al perrazo.

—¿Te has comido dos calcetines? —*Diogee* movió la cola, esta vez de forma frenética.

—¡Maldita sea! —David sacó el teléfono y llamó a la consulta veterinaria. Le contó sus sospechas a Becky, una de las auxiliares.

—Simplemente esté atento. Si come y bebe con normalidad, y no muestra síntomas de somnolencia fuera de horas, no hace falta que lo traiga —lo calmó la chica—. Le llamaré más tarde para ver cómo va —añadió.

—No hace falta, tranquila —le dijo.

—Es parte de nuestro servicio —remató ella antes de colgar.

Había sido muy amable. La verdad es que siempre lo era. Pero esta vez le pareció que había mostrado una amabilidad mayor de lo normal.

«Porque eres un buen cliente, eso es todo», se dijo a sí mismo. Había ido a la consulta con *Diogee* bastantes más veces de lo que podía considerarse normal, incluyendo hasta tres en las que su poco avisado perro había recibido las desagradables descargas de una, o varias, mofetas. La mayoría de los perros habrían aprendido la lección la primera vez. O por lo menos la segunda. *Diogee* no.

Pero la verdad era que Becky había sonado bastante más que amable. Como si quisiera flirtear. ¿Se habría comportado siempre así, y solo lo notaba ahora? ¿Podría tener razón Lucy? ¿Estaría preparado para... dar un paso adelante, o lo que fuera? ¿Estaría más preparado de lo que él mismo pensaba para salir con una mujer? ¿Por eso se había dado cuenta de repente del tono ligón de Becky? ¿Por eso había empezado a hablar con la mujer, que por cierto era muy guapa, en la tienda de mascotas? ¿Sería esa la razón por la que sufría ataques repentinos de aflicción, porque se sentía culpable o algo parecido?

Eran demasiadas preguntas. Un exceso de introspección seguro que resultaba dañino.

—¿Te apetece ir a dar una vuelta? —le preguntó David a su perro. *Diogee* salió corriendo hacia la caja que contenía todas sus cosas, tomó la correa entre los dientes y volvió—. No pareces demasiado somnoliento... —dijo David mientras le ponía la correa. Una vez que *Diogee* le hubo arrastrado fuera, decidió conducirlo hasta la casa de

Ruby. Quería demostrarse a sí mismo que podía ver sus adornos sin descomponerse.

No le sorprendió encontrar a Ruby fuera. Había sacado la escalera y estaba poniendo adornos blancos en los árboles del jardín. ¡Incluso en las palmeras! Poner toda la decoración le llevaba días.

—¡Tiene buen aspecto! —gritó David. No sintió tanta pena como la que le había invadido cuando fue a la casa con Zachary, aunque puede que solo fuera porque esta vez estaba preparado.

—¡Muchas gracias! —Ruby se bajó de la escalera. Escuchó un suave tintineo y se dio cuenta de que llevaba unas zapatillas de elfo, curvadas en las puntas y con campanillas en el extremo. Clarissa le había dicho una vez que le entusiasmaba el hecho de que Ruby fuera capaz de convertirlo todo en un acontecimiento—. Espero que el chico no tuviera ningún problema en el instituto, ¿verdad? —preguntó. Se acercó y *Diogee* se tiró al suelo, rodó sobre la espalda y finalmente se tumbó patas arriba agitándolas como un poseso. Ruby se sentó en el suelo, al lado del perro, y empezó a rascarle en la tripa.

—Sí, vi que iba a clase. No creo que nadie fuera capaz de darse cuenta de que se había hecho un agujero en la frente —respondió David.

—Tuvo que dolerle. No me puedo creer que no parara antes de terminar por hacerse esa escabechina —dijo Ruby pensativa, sin dejar de rascar al perro.

—Me da la impresión de que, cualquier día de estos, su madre me va a pedir que le dé «la charla». —David volvió la cabeza hacia *Diogee*, que parecía haber alcanzado una especie de karma perruno.

—Dile a la pobre mujer que haga lo que mis padres hicieron conmigo, o sea, que deje en una estantería, bien a la vista, un ejemplar del libro *Todo lo que siempre quisiste saber sobre el sexo*.

—¿Eso fue todo lo que hicieron? —preguntó David.

—Sí, y resultó más que de sobra. La verdad es que ahí estaba todo lo que yo quería saber por aquel entonces, y hasta algunas cosas que no... —le contó Ruby—. ¿Te apetece pasar? He ensayado una receta

nueva de galletas glaseadas italianas.

—Nunca he probado a hacerlas. ¿Son las que tienes que recubrir con huevo y después dejar secar durante horas, ¿no?

—Esas mismas —confirmó la mujer—. Ya están preparadas para comerlas.

Al sonar la palabra «comerlas», *Diogee* salió del trance, abrió los ojos y se puso a cuatro patas.

—Pensaba que se había tragado por lo menos un calcetín, pero el que esté tan interesado en comer parece que desmiente la posibilidad. Por lo que se ve, está como siempre, hecho un tragón.

—Sí, la verdad es que babea como si tuviera una fuente en la boca. —Ruby se levantó y se retiró antes de que sus preciosas zapatillas de elfo se inundaran con la saliva del chucho. Después se dirigió hacia la casa.

—¿Ese poni es un adorno de Navidad que estés preparando? —preguntó David. Lo cierto era que el pequeño caballo de plástico, con sus colores morado y rosa, no pegaba nada como adorno navideño.

—No, qué va. Simplemente apareció encima del felpudo esta mañana —respondió Ruby levantándolo—. Supongo que lo habrá dejado alguien para que lo utilice. Ya se me ocurrirá algo que hacer con él. Puede que cree una especie de «isla de juguetes inadaptados». —Pasó los dedos por la melena de nailon morado del pequeño caballo, que estaba cortada a diferentes alturas, y después le dio unos golpecitos al juguete en una de las patas—. No, no voy a hacer eso con él. No es un inadaptado. Hay alguien que lo quería mucho, estoy segura. Ya se me ocurrirá algo realmente especial.

—Cariño, no vas a tener más remedio que dejar ese poni en el suelo y dar dos pasos hacia atrás; cuanto más largos, mejor.

Antes de mirarlo siquiera, David supo que era Hud el que había pronunciado esas palabras. Su falso acento sureño era único e inconfundible. La cola de *Diogee* empezó a golpear la pierna de David. Al perro le gustaba todo el mundo, y también esperaba caerles bien a todos, aunque Hud siempre lo había ignorado.

—¿Te refieres a esto? —preguntó Ruby, al tiempo que levantaba el poni de plástico.

Hud cruzó el pequeño prado y sacó un trozo de papel de uno de los montones de bolsillos que tenía el chaleco de pesca que llevaba puesto. Lo desdobló y lo levantó para que Ruby y David pudieran verlo bien. Era un dibujo infantil, hecho con pinturas de cera, de dos masas amorfas de color rosa y morado, de las que salían cuatro líneas.

—¿Me estás intentando decir que el poni que tienes en las manos no es el mismo que está dibujado aquí?

David le dio varias vueltas alrededor de la muñeca a la correa de *Diogee*. El perro estaba empezando a dar muestras de agitación. David sabía que el animal estaba seguro de que, en cualquier momento, Hud lo reconocería, o que incluso le acariciaría la cabeza. Pero el individuo ni lo miró.

—Podría ser —dijo Ruby mirando el dibujo—. Pero también podría ser un montón de cosas.

—O sea que lo vas a poner difícil —dijo entre dientes Hud, que parecía contento.

—Hud, no tenemos la menor idea de a qué te refieres —le informó David.

—Me refiero a una niñita que tiene roto el corazón. Y me refiero a quien ha robado su juguete, alguien que no tiene corazón, que ni siquiera sabe lo que es eso —respondió Hud.

David intercambió una mirada de desconcierto con Ruby.

—Pues seguimos sin saber de qué demonios hablas, Hud.

—Puede que tú no, futbolero de pacotilla —espetó Hud dirigiéndose a David—. Ya veremos, cuando reflexione sobre ello y analice las pruebas. Pero tu amiga sí que lo sabe. Intenta negarlo, pero sabe que tiene entre las manos una cosa que ha sido robada. Este poni pertenece a la señorita Riley Brewer, de Neverland Way.

—Me lo he encontrado esta mañana sobre el felpudo —dijo Ruby—. Y pensé que alguien lo había dejado para que lo usara de adorno

de Navidad —concluyó acercándole el juguete.

El estrafalario individuo la observó durante un buen rato.

—No puedo demostrar lo contrario —murmuró abatido y suspirando—. Para llevarse al pez, hay que conseguir que muerda el anzuelo, y en este caso parece que no lo has mordido. Al menos hoy. —Guardó el pequeño poni en uno de los bolsillos más grandes del chaleco y se marchó. *Diogee* estalló en ladridos, pero Hud no se volvió, para variar.

Ruby acarició al perro para consolarlo.

—He conocido a varios actores del método, pero él es el único que sigue representando al personaje años después de haber dejado el papel.

—Lo que yo me pregunto es cómo es posible que ese juguete haya llegado hasta aquí. Los Brewer viven muy cerca de mi casa —dijo David. De repente, su cerebro estableció una conexión—. ¡Seguro que el poni se llama *Paula*! Esta mañana he escuchado a Riley llamar a gritos a *Paula*.

—Yo también, y la he visto a ella con su hermana mayor. Lloraba como si hubiera perdido a su mejor amiga. Y supongo que eso era lo que había pasado. Ya sabía yo que ese poni era muy, muy querido. Igual le fabrico un pequeño establo o algo así. Un sitio en el que la niña pueda guardarlo para que no se pierda otra vez. ¿O sería una locura de vecina vieja y loca? Solo conozco a esas niñas de decirles hola.

—Seguro que le encantará. —David se preguntaba si Ruby no se arrepentía de no haber tenido hijos. Una vez Clarissa dijo algo que sonó a que sí que habría querido tenerlos.

«Ruby me gusta», concluyó. Tenía buenos amigos. Le encantaba su trabajo. Tenía aficiones, como lo de la decoración navideña. Y parecía que todo eso le funcionaba, que la hacía feliz. Al menos lo suficiente.



*Mac* estaba sentado a los pies de la cama de la niña. Le vibraba el

pecho y la tripa mientras ronroneaba. Habían entendido su mensaje. Podía oler el aroma de la mujer en el juguete que la niña apretaba contra su cuerpo mientras dormía. Se había establecido la conexión.

Sin hacer el menor ruido, se acercó a la niña y a su juguete y golpeó suavemente la pequeña campanilla que colgaba de la cinta colocada alrededor del cuello del poni. El sonido, suave pero alegre, hizo que ronroneara todavía más, tanto que esta vez pudo sentir la vibración por todo el cuerpo. Misión cumplida.

Miró a la niña un rato. Le habría gustado quedarse algo más de tiempo saboreando su éxito, pero Jamie necesitaba ayuda. Aunque puede que se hubiera equivocado al buscarle compañero. *Mac* entendía casi perfectamente a su humana, aunque a veces seguía desconcertándolo. Por ejemplo, sus hábitos de sueño eran absurdos. No dormía lo suficiente, y encima lo hacía de noche. ¿Cómo es que no había averiguado todavía que la noche era el mejor momento para hacer cosas y jugar?

Puede que hubiera algo que no le gustara de los regalos que le había dejado. Algo que no había pensado, o que no se le había ocurrido. Puede que hubiera algo en su olor que hacía que la nariz le ardiera, lo mismo que le pasaba a él con el aerosol que utilizaba en el fregadero. En los alrededores había otras personas que también desprendían olor a soledad, y *Mac* estaba seguro de que alguna de ellas podía ser una buena pareja para Jamie. La verdad es que no tenía muchos malos hábitos. Esta noche pensaba recoger olores de diferentes procedencias. No pararía hasta encontrar uno que ella fuera capaz de comprender, igual que la mujer había entendido el olor de la pequeña en el pequeño poni que le había llevado.

Saltó de la cama al alféizar de la ventana, y miró hacia la calle. En cuanto aspiró un poco el aire, supo que el descerebrado andaba cerca. Antes de acometer su misión nocturna, decidió pasárselo bien durante un rato. Eso de saltar desde la espalda del perro estúpido había sido incluso más divertido que jugar con *Mousie*, así que *Mac* quería volver a mofarse de él, su nuevo juguete.

La luna estaba llena y brillante, así que *Mac* se deslizó por las sombras. Las suaves almohadillas de los pies y sus rápidos reflejos le permitieron avanzar en completo silencio. Tampoco es que tuviera que ser tan precavido. El descerebrado respiraba por la boca, así que lo más probable es que fuera incapaz de escuchar otra cosa que sus babosos jadeos.

Cuando llegó a la valla que rodeaba el jardín del cabeza hueca, rompió una ramita a propósito, para atraer su atención. Pero la cosa no funcionó. El perro había decidido empezar a lamerse, y *Mac* lo entendió perfectamente: hasta él se distraía cuando se dedicaba a eso.

Así que se subió a la valla y soltó un maullido largo y potente. ¡El descerebrado lo escuchó! Se puso de pie de inmediato y miró, pero *Mac* ya no estaba. Avanzó por el suelo del jardín arrastrándose, y el descerebrado echó a correr hacia él. *Mac* le hizo dar un par de vueltas en su persecución, y hasta redujo un poco la velocidad para que el perro pensara que podía atraparlo. Tras la tercera vuelta, *Mac* corrió directo hacia el árbol que utilizaba para llegar a la altura de la ventana del segundo piso.

Saltó hacia la rama más baja en el último momento, el perro no pudo frenar a tiempo y se golpeó la descerebrada cabeza contra el tronco del árbol. ¡Bingo!

Bueno, suficiente diversión por esa noche. Tenía que ponerse a trabajar. Abrió la boca saboreando el aire, buscando un aroma que encajara con el de la soledad de Jamie.



## CAPÍTULO 5



Jamie abrió la puerta principal e inmediatamente miró hacia abajo. Un par de calzoncillos normales con estampado de pingüinos, otro par de calzoncillos bóxers grises y un tercer par de los ajustados y blancos. Todos encima del felpudo, como siempre. Cerró de un portazo y se apoyó en la puerta.

—¿Qué está pasando? —gritó en dirección a *Mac*—. ¿Quién me está haciendo esto?

El gato emitió un maullido que, habitualmente, quería decir que se estaba dando cuenta de que le hablaba, pero sin hacerle demasiado caso.

—Así no me ayudas, *MacGyver*. —Podía aceptar que la toalla de manos se la hubiera dejado el antiguo inquilino. Respecto a los calcetines... bueno, no tenía ninguna teoría aceptable, pero la verdad es que aparecían calcetines en los sitios más insospechados. Puede que su felpudo fuera una especie de portal para calcetines procedente de otra dimensión o realidad alternativa, y que los que perdían los vecinos del barrio se almacenaran en él debido a fuerzas incomprensibles de la relatividad. Pero tres pares de calzoncillos de hombre eran muchos calzoncillos...

Abrió de nuevo la puerta con mucho cuidado, echó una mirada recelosa a la calle y la cerró de nuevo. Tres pares de distintos estilos y tamaños, y todos habían aparecido allí esa misma mañana.

—Esto es muy friki. Muy friki y muy inadecuado. Friki, inadecuado, antinatural, raro y excéntrico.

*Mac* volvió a soltar su maullido de calculada indiferencia.

—Gracias, muy amable —musitó entre dientes. Se dirigió hacia el escobero y agarró la bolsa que contenía la toalla de manos y los calcetines. Después sacó unas pinzas de jardín y volvió hacia la puerta. No podía dejar tres pares de calzoncillos de hombre allí delante, donde todo el mundo los viera. Se convertiría en la comidilla de Storybook Court, y para nada bueno. Abrió otra vez la puerta de la casa, utilizó las pinzas para agarrar los tres pares de calzoncillos y los metió en la bolsa. Pensó en sellarla con cinta americana antes de volver a dejarla en el armario, pero la verdad es que no tenía ninguna razón para pensar que al día siguiente no iba a aparecer nada en la puerta.

La cosa no era solo friki, inadecuada, antinatural, rara y excéntrica. La verdad es que también daba un poquito de miedo. Era como si estuviera en el punto de mira de alguien, pero no era capaz de entender para qué. Puede que ni siquiera tuviera que ver con ella, sino con quienquiera que fuera la persona que había vivido antes en esa casa. Puede que hubiera molestado a alguien, y que ese alguien hubiera decidido... bueno, dejarle unos cuantos regalitos en represalia.

¡Un momento! ¡Había una explicación que tenía más sentido! Puede que fueran cosas que se hubiera dejado en casa de su novia el chico que vivía antes en el bungalow, si es que era un chico, claro. Puede que hubieran roto y que ella, según las iba encontrando, estuviera devolviéndole las cosas que él se había dejado en su casa. ¡Puede que hasta esa fuera la razón por la que se había cambiado de casa! ¡Igual ella era una especie de acosadora psicológica y él había puesto tierra de por medio!

Había dos personas que, sin la menor duda, conocían todos los detalles del anterior inquilino. Marie y Helen. Para empezar, sabían un montón de cosas de ella misma, ¡incluso antes de que se hubiera

presentado siquiera! No le gustaba la idea de ir a ver a Marie con las manos vacías, pero es que apenas tenía todavía nada en casa. Ya llevaba viviendo allí algo más de una semana, pero aún no se había instalado como es debido.

Revisó la cocina. Había un montón de tipos distintos de comida para gatos, por supuesto. También café, pero el de Marie era infinitamente mejor que el que hacía ella. Aperitivos, pequeños bocados para la merienda y esas cosas. Pero no se podía presentar con una bolsa de Pringles o de Doritos. ¿Y si hiciera una mezcla? A toda prisa juntó en un plato hondo de los grandes unas cuantas Pringles y unos Doritos con un puñado de galletitas saladas, palomitas y otras maravillas. O al menos a ella se lo parecían. La verdad es que era una mezcla variopinta e... inadecuada en lo que a hábitos alimenticios se refería. Tenía que plantearse en serio empezar a comer otra vez como una persona normal. Y es que a veces sentía como si cocinar no tuviera mucho sentido siendo ella la única que iba a comerse lo que preparara. Pero no tenía razón. Su estilo de vida no debería depender de si estaba o no inmersa en una relación. ¡Desde luego, no en «El Año de Mí Misma»!

Jamie tomó el plato y salió a toda prisa.

—¡Vuelvo enseguida! —gritó en dirección a *Mac* imitando malamente a Schwarzenegger. Se encontró con Al, que en ese momento rellenaba una pequeña grieta que se había formado en una de las baldosas del sendero que conducía desde la acera hasta su casa. ¿Estaría allí cuando utilizó las pinzas para recoger la ropa interior? «Bueno, un poco tarde para preocuparse por eso ahora», se dijo.

—¿Está Marie? —preguntó.

—Dentro, con Helen —contestó sin levantar la cabeza.

—Estupendo. Quiero hablar con las dos. —Avanzó hacia la puerta principal y se detuvo un momento para admirar la bandera que ondeaba sobre la torreta de la pequeña casa con forma de castillo preguntándose si el dibujo sería el escudo familiar de armas de los

Defrancisco.

Levantó la mano para llamar, pero la puerta se abrió antes de que sus nudillos llegaran a tocarla. ¡Marie estaba al tanto de todo lo que ocurría, sin lugar a dudas! Jamie le ofreció el plato lleno de aperitivos.

—Son para ti, para darte las gracias por el café. Y, de paso, me gustaría preguntarte algo. A ti y a Helen, en realidad. Al me ha dicho que estaba aquí.

—Entra —la invitó Marie dando un paso atrás.

—¡Oh! ¡Me encanta vuestra chimenea! —exclamó Jamie. Era enorme, al menos en relación con el cuarto de estar, pues ocupaba una pared casi entera y llegaba prácticamente hasta el techo. No era difícil imaginarse a un montón de caballeros medievales reunidos alrededor del fuego. O a Marie y a Al viendo la tele arrellanados en el confortable sofá.

—Estamos en la cocina —dijo Marie haciéndole un gesto para que la siguiera. Una vez allí le ofreció asiento en una silla de madera—. Jamie quiere preguntarnos algo —le dijo a Helen.

—¡Sabía que habías cambiado de opinión! —exclamó Helen—. Ya le he hablado mucho de ti a mi ahijado, y quiere conocerte. No te preocupes por nada, yo me encargo de todo. Conozco un sitio perfecto al que podéis ir.

—Ya te he dicho que es demasiado joven para ella. Además, es alérgico a los gatos. Eso hace imposible cualquier relación. ¿Acaso no tengo razón? —preguntó Marie dirigiéndose a Jamie.

—¡Sí! Sí, sí, sí, sí, sí. Absolutamente imposible. Absolutamente. —No podía desaprovechar, bajo ningún concepto, una excusa tan a mano para evitar cualquier contacto con el ahijado de Helen.

Marie sonrió satisfecha mientras ponía el plato de aperitivos encima de la mesa. Helen acercó la mano inmediatamente hacia ellos, pero Marie puso el plato fuera de su alcance con un movimiento rapidísimo.

—No debes probar eso. Si tienes hambre, te daré una manzana.

Nessie utiliza una talla...

—¡Ya te he dicho que ni me nombres a esa persona! Esa persona puede irse a freír espárragos. Lo mismo que tú, Marie. —Marie se levantó y agarró un puñado de aperitivos—. Se puede tomar un antihistamínico para la alergia —continuó, antes de que Jamie pudiera preguntar quién era Nessie—. Y las mujeres suelen vivir más, así que es bueno que él sea más joven. Además es profesor, así que tienen mucho en com...

—No era de eso de lo que quería hablaros —la interrumpió Jamie—. Quería saber qué me podíais contar acerca de la persona que vivía en mi casa antes que yo.

—Desmond —dijo Marie—. Era estupendo. Separaba toda su basura para reciclarla bien.

¿Se dedicaría Marie a inspeccionar la basura? Jamie empezó a preocuparse...

—¿Y qué más podéis contarme? —preguntó—. ¿Tenía novia? ¿Por qué se mudó?

Ninguna de las dos mujeres pareció extrañarse de sus preguntas, probablemente porque a ellas también les gustaba fisgonear acerca de sus vecinos.

—Tuvo que cambiarse de ciudad. Trabaja para esa cadena de supermercados tan sofisticada, Harvest. ¡Cobran casi cinco dólares por un tarro con cuatro tallos de espárragos en agua!

—¡Y también venden guacamole a precio de oro! Guacamole significa aguacates —intervino Helen—. No sé cómo es posible que ese sitio siga abierto. El caso es que Dezzy tuvo que trasladarse para ayudar a abrir una nueva tienda en Austin.

—Bueno, me alegro por él —dijo Jamie—. ¿Sabéis si salía con alguien? ¿Por casualidad tuvo una ruptura difícil antes de marcharse?

—Su novio decidió acompañarlo —respondió Marie—. Kyle quería dedicarse a escribir guiones, pero ya sabes cómo funciona eso, y lo difícil que es destacar en Hollywood. Así que consiguió un trabajo para dirigir un festival de cine allí, en Texas.

—¿Sabéis si Desmond y Kyle organizaban muchas fiestas? — Inmediatamente se arrepintió de haber preguntado eso. Era absurdo. Por muy salvajes y ruidosas que hubieran sido las fiestas, los asistentes habrían dejado de arrojar ropa interior a la puerta una vez que se hubieran marchado.

—Pues organizaron una fiesta en la que todo el mundo quería que Al y yo les enseñásemos a bailar *swing* en el jardín — dijo Marie.

—Y Dezzy hacía bananas Foster en su patio delantero — añadió Helen.

—¡Suena estupendo! —Desde luego que sí. Le hubiera gustado estar allí para ver bailar a Al y a Marie. De todas formas, nada de lo que le habían dicho servía para explicar los sucesos tan frikis, inadecuados, antinaturales, raros, excéntricos e incluso algo siniestros que se estaban produciendo en su casa. Jamie se levantó—. Tengo que volver. Simplemente tenía curiosidad por saber quién vivía en la casa antes que yo, y estaba segura de que vosotras lo sabríais. ¡Gracias!

—Ya te diré algo respecto a mi ahijado —insistió Helen.

—Es demasiado joven. Sigo pensando que deberías conocer a mi sobrino nieto —contraatacó Marie—. Y además conozco un montón de hombres adecuados, no solo a él.

—Estoy muy bien. En este momento solo quiero tener tiempo para dedicarme a mí misma. De todas formas, gracias de nuevo.

Mientras salía de la cocina, oyó las palabras de Helen:

—Si piensas que tu sobrino nieto es más adecuado, te equivocas. Él no...

—De verdad, nada de arreglos. Lo digo muy en serio —les gritó Jamie.

—Lo único que he dicho es que mi sobrino nieto es una posibilidad —oyó decir Jamie a Marie antes de escaparse por la puerta principal. Salió de la casa prácticamente corriendo.

—Ninguna de las dos me hace el menor caso, ni me escuchan — espetó al pasar al lado de Al. Él soltó uno de sus gruñidos, el que

significaba «yo sí que te escucho».

Al, el rey de los gruñidos, seguro que no iba a querer escuchar sus problemas. Y en su ciudad de origen eran tres horas menos. Sus amigas estarían preparándose para ir a trabajar, o para llevar a los niños al colegio, o para las dos cosas. Torció a la derecha y vio la casa de Ruby, con su Navidad anticipada. Solo habían mantenido una conversación, pero de las realmente buenas.

Se fue derechita a la puerta y llamó. Al abrir, a Ruby se le iluminó la cara con una amplia sonrisa, y Jamie se la devolvió encantada.

—Tendría que haberte llamado para avisarte de que venía, pero no tengo tu número.

—No te preocupes. Pasa. He hecho unas galletas glaseadas que fueron calificadas de «absolutamente perfectas» por un repostero profesional. —Ruby le indicó a Jamie que pasara y la condujo a la cocina.

—¿Qué es todo esto? —La mesa estaba completamente cubierta de tela, lentejuelas, abalorios, botones, lazos y cintas, la mayor parte de color rosa y morado—. ¡Santo Cielo, es un BeDazzler, ese aparato para decorar ropa!, ¿verdad? —exclamó Jamie después de fijarse un poco más en todo el despliegue que había sobre la mesa.

—Tal como lo anuncian en la tele —contestó Ruby—. ¿Y tú has dicho de verdad «Santo Cielo»?

—Sí, lo he dicho, y lo mantengo.

—Una mujer de principios. Me gusta. —Ruby sacó una caja de cartón recubierta parcialmente de pana fucsia—. Estoy fabricando un establo para un poni muy especial, que últimamente ha tenido una experiencia muy traumática. —Ruby retiró de una silla un rollo de malla de color lavanda para que Jamie se pudiera sentar.

—El poni en cuestión no responderá al nombre de *Paula*, ¿verdad? —preguntó Jamie.

—Pues sí, el mismo, aunque tenga nombre de chica. No te puedo explicar cómo, pero ayer por la noche terminó apareciendo en el umbral de mi puerta —respondió Ruby, mientras despejaba una

parte de la mesa para poder colocar un plato de galletas.

—¿En el umbral de tu puerta? —repitió Jamie—. Pues yo también llevo encontrando cosas encima de mi felpudo últimamente. Hoy ha sido ropa interior masculina, tres pares de calzoncillos para ser exactos. La cosa está empezando a ponerme de los nervios.

—¿Hoy? ¿Y cuántas veces más ha ocurrido? —Ruby colocó la caja para tener a mano una de las zonas aún no cubiertas de pana y empezó a medir un trozo de tela.

—Pues esta ha sido la cuarta. Primero fue una toalla de manos, después un calcetín con dibujitos de Bigfoot, después un calcetín negro normal y ahora la ropa interior —explicó Jamie—. Primero pensé que podría habérselo dejado el anterior inquilino, aunque tampoco es que eso tenga demasiado sentido, la verdad.

—No se me ocurre nada que tenga sentido para explicarlo... Y tampoco parece que sea con mala intención exactamente. Más bien tiene pinta de broma estúpida. Tenemos unos cuantos adolescentes en el barrio —reflexionó Ruby negando con la cabeza—. Lo que he dicho me ha sonado como si tuviera cien años, tipo «deben de haber sido esos chicos indeseables».

—¿Crees que también fueron ellos los que te dejaron a ti el poni? —preguntó Jamie.

—Podría ser. —Ruby recortó un cuadrado de la tela—. No se me ocurre una razón por la que a la niñita se le hubiera ocurrido traerlo a mi casa. A no ser que quisiera echar un vistazo desde más cerca a la decoración navideña y se dejara olvidado el poni. De todas formas, es demasiado pequeña como para salir sola.

—Bueno, de momento voy a agarrarme a la teoría de los adolescentes bromistas. ¿Puedo pasar a contarte mi segundo problema?

—¡Pues claro! —Ruby agarró las tijeras y la pana—. Haz el favor de cortar un trozo igual que este —pidió pasándole a Jamie el cuadrado que acababa de cortar ella.

—De acuerdo, pero te advierto que este es el límite de mis



habilidades manuales —informó Jamie—. Bueno, pues mi segundo problema tiene que ver con Helen y Marie. Las dos están empeñadas en juntarme con alguien, e incluso hasta compiten entre ellas al respecto. Pese a que se lo he dicho un montón de veces, que estoy muy bien como estoy, no me hacen ni caso.

—Vaya, Helen y Marie. Un equipo formidable, de meter miedo. Pero en realidad no pueden obligarte a salir con nadie. —Ruby empezó a diseñar una flor a partir de un trocito de tela de tul—. Voy a poner flores a lo largo de la valla del establo, como esa de ahí —explicó, y después volvió a centrarse en el problema de Jamie—. El hecho de que sean mujeres mayores no implica que tengas que hacer todo lo que te digan, aunque ellas no lo consideren amable de tu parte.

—Sí, ya lo sé. Lo que pasa es que Marie sigue preparándome café. —Jamie terminó de cortar el cuadrado de pana y lo comparó con el que le había dado Ruby. Era apreciablemente más pequeño y, ahora que se fijaba, no era cuadrado del todo. Soltó un gruñido de frustración.

—Tranquila, lo utilizaré para decorar una de las puertas —dijo Ruby—. Toma una galleta. Las galletas siempre ayudan.

—Sobre todo si te las comes justo antes del almuerzo —afirmó Jamie mostrándose de acuerdo y tomando una galleta del plato—. Suena decadente y antisocial...

Ruby celebró su comentario con una carcajada, pero inmediatamente se puso seria.

—Puede que no resultara tan malo que quedaras con uno de los «pretendientes». Acabas de mudarte. Te daría la oportunidad de...

—¡Vaya, tú también! ¡No, por favor! —gritó Jamie—. ¿No recuerdas que te dije que este era «El Año de Mí Misma»? —Ruby asintió—. Pues bien, si realmente quiero centrarme en averiguar qué es lo que quiero hacer el resto de mi vida, no puedo tener un hombre alrededor. Los hombres me descentran. Empiezo a perder el tiempo preguntándome si les gusto o no, ¡incluso antes de decidir si ellos me

gustan a mí! Me preocupo por lo que quieren ellos, y ni siquiera me paro a pensar en qué es lo que quiero yo. Precisamente, ahora estoy intentando averiguar eso, qué es lo que quiero yo. Solo yo. No quiero pensar en nadie más.

—De acuerdo, lo he captado. —Ruby empezó a elaborar otra flor con cordón de color plata brillante—. ¿Qué tal te fue la sesión de tormenta de ideas del otro día?

—Pues escribí una lista bastante larga de lo que me gustaba hacer, pero no alcancé ningún momento cumbre de inspiración. —Soltó un bufido y negó con la cabeza—. Ni que estar sentada en una cafetería durante una hora pudiera ayudarme a alcanzar mi visión del karma.

—Es imposible que hayas escrito en una hora todo lo que te gusta. Tiene que haber cientos de miles de cosas que todavía no has hecho pero que quizá te gustaría hacer. ¡Como por ejemplo el surf! ¿Has ido alguna vez a hacer surf?

—¿De verdad crees que me podría ganar la vida haciendo surf?

—No se trata de eso, sino de averiguar si te gusta o no hacer surf.

—Ruby terminó de hacer la flor. Era un precioso capullo de rosa—. Pero bueno ¿lo has probado o no?

—Pues no —contestó Jamie.

Ruby casi saltó de la silla y salió corriendo hacia el frigorífico, que estaba recubierto por cientos de imanes, dibujos, fotos, postales y tarjetas de visita.

—¿Dónde está, dónde está? —murmuró—. ¡Ah, mira, aquí! —Tomó una tarjeta y se la pasó a Jamie—. Tienes que dar por lo menos una clase con El Surfista Chic. Yo gané unas cuantas clases en un sorteo. ¡Fue estupendo!

Jamie echó un vistazo a la tarjeta. Puede que Ruby tuviera razón, y que se estuviera autolimitando al pensar solo en cosas que ya sabía que le gustaban. Puede que hubiera algo por ahí que le gustara mucho, mucho, mucho, pero que nunca se había planteado probar.

No obstante, sospechaba que no era el surf. Pero ¿qué diablos?

«El Año de Mí Misma» iba de investigación y autodescubrimiento. Así que se guardó en el bolsillo la tarjeta de El Surfista Chic.



—Amigo, espero que no se te haya ocurrido comerte mis gayumbos —espetó David mirando a *Diogee* con cierta inquina. El perro agitó la cola. No fallaba. Si se pronunciaba cualquier tiempo del verbo comer era como si se diera cuerda a la cola del chuchó. Recorrió toda la casa buscando por todos los rincones, seguido fielmente por *Diogee*. No encontró ningún resto de tela gris. Si ese animal se hubiera zampado sus calzoncillos, tendría que haberlos desgarrado antes, ¿no?

David se inclinó y se puso a palpar a su perro en el estómago. Becky, la ayudante de la clínica veterinaria, había llamado para preguntar qué tal estaba el animal, y le había dicho que si al tocarle la tripa parecía dolerle probablemente sí que se habría comido el o los calcetines. Hasta ese momento no lo había hecho, pero ahora tampoco pudo. *Diogee* se había tirado al suelo para colocarse de espaldas y permitir que David tuviera un mejor acceso a esa parte de su cuerpo. Parecía que era su panza la que le acariciaba a él, y no al revés.

*Diogee* había estado bebiendo agua, comiendo y defecando sin problemas. Ni el más mínimo síntoma de alteraciones estomacales. Pero entonces, si el perro no era el responsable de la desaparición de los calzoncillos, ¿dónde estaban? Los *jeans* y la camiseta se encontraban en su sitio por la mañana, pero los gayumbos no.

La única explicación posible era que se los hubiera llevado el perro, aunque estaba prácticamente seguro de que había cerrado la puerta del cuarto de baño. De hecho, a partir de la desaparición de los calcetines estaba siendo más cuidadoso de lo normal. Y, por otra parte, el perro actuaba como si no comiera ni masticara cosas diferentes de las habituales: comida para perros, sobras y cuero sin curtir.

«No creo que sea el momento de abrir un expediente X», pensó.

Lo más probable era que los calzoncillos se hubieran quedado atascados en la pernera de los pantalones o algo así. Y los calcetines... pues pegados a una camiseta con una pinza. Seguro que al final los encontraría. O no. Mientras que no estuvieran en las tripas de *Diogee*, y todo parecía indicar que no, ¿qué más daba?

David se dirigió al cuarto de estar, se tumbó en el sofá y encendió la tele. La juez Judy estaba echándole la bronca a alguien. Cambió de canal varias veces, pero acabó apagando la tele. Los programas de la tarde eran un desastre. Incluidos los de cocina. Tenía toneladas de DVD, además de Netflix y Hulu, pero no le apetecía buscar. Agarró *La broma infinita*, que estaba sobre la mesa auxiliar. Llevaba leyéndola más o menos año y medio. Volvió a dejarla sobre la mesa. Todas esas notas a pie de página... no se veía capaz de lidiar con ellas en ese momento. Puede que un poco de música. Pero el mando a distancia del equipo estaba fuera de su alcance.

*Diogee* soltó un profundo suspiro desde su alfombra.

—Así es exactamente como me siento —musitó David.

¿Cuáles eran las conclusiones a las que había llegado el otro día? Tenía buenos amigos. Le gustaba su trabajo. Su perro era estupendo. Todo eso era más que suficiente.

Pero no se sentía como si de verdad lo fuera. En ese momento le parecía que su vida era una especie de traje que le quedaba pequeño, y que no tenía más remedio que llevar. Estaba inquieto aunque, paradójicamente, no le apetecía moverse.

Se obligó a levantarse del sofá. Estaba empezando a enfadarse consigo mismo. Había sacado a pasear a *Diogee* nada más llegar a casa, pero le apeteciera o no necesitaba andar, incluso hasta correr. Tenía que someter sus músculos a un esfuerzo superior al normal, hacerlos literalmente puré, de modo que al llegar a casa agradeciera caer rendido.

—Trae la correa. —Una vez dicho eso, ya no había vuelta atrás. Si el perro se levantaba, se acabó. Solo unos minutos más tarde ya estaban en la puerta. David empezó a correr dándolo todo, hasta que

la palabra repetida mil veces, «sigue, sigue», fue la única que tuvo cabida en su cerebro.



*Mac* empujó la puerta del escobero. Absolutamente cerrada. Sin problemas. Se agachó para tomar impulso y dio un salto hacia el picaporte. No acertó. Volvió a tomar impulso, tensó algo más los músculos y volvió a saltar. ¡Acierto pleno! Las dos patas delanteras cayeron de lleno sobre el picaporte metálico y lograron que bajara. *Mac* escuchó el habitual clic, que significaba que había tenido éxito. Dio un ligero empujoncito a la puerta con la pata derecha y esta se abrió sin problemas.

Lo que necesitaba estaba allí dentro. Jamie había puesto sus regalos en una caja de cartón. *Mac* notaba perfectamente el olor a soledad, y otros muchos, que le aportaban gran cantidad de información acerca de los dueños, pero estaba empezando a pensar que Jamie no era capaz de notar los olores, por intensos que fueran. Siempre se olvidaba de que la nariz de los humanos era prácticamente inútil. *Mac* se subió a la caja, que empezó a balancearse, aunque él mantuvo el equilibrio con absoluta facilidad inclinándose a derecha e izquierda. La caja oscilaba cada vez más rápido, hasta que empezó a derrumbarse. *Mac* saltó antes de que cayera al suelo con estrépito, y se sintió la mar de satisfecho.

El impacto sirvió para que se abriera, lo que le facilitó mucho el resto del trabajo. Sujetó con los dientes el par de calzoncillos más cercano, trotó hacia el dormitorio y trepó a la cama. Anduvo sobre el estómago de Jamie y arrastró por su pecho la olorosa prenda, impregnándola por completo, justo debajo de su nariz. Sin despertarse, Jamie puso la cabeza de lado.

*Mac* volvió a mover los calzoncillos, hasta que, una vez más, volvieron a estar justo debajo de la nariz de Jamie, que volvió a removerse, dando la espalda a la prenda. ¡Hasta mientras dormía parecía no querer recibir su mensaje la tozuda humana! ¡Qué testaruda!

Pero *Mac* también era terco. Regresó a la cocina, agarró con los dientes los otros dos pares de calzoncillos y volvió a la cama. Le colocó uno debajo de la nariz y el otro sobre el pecho, de forma que el olor la rodeó completamente. Él mismo se sintió tan inundado que quedaron bloqueados todos los demás aromas de la casa, y también los que llegaban a través de la ventana. Tan pronto como se despertara, Jamie tenía que notarlos y adivinar lo que significaban.

Empezó a tocarla impacientemente con la pata en la mejilla, y añadió el maullido que utilizaba para pedir el desayuno. Jamie abrió unos ojos somnolientos y asombrados, pero miró el reloj despertador y soltó un gruñido.

—¡*Mac*, todavía quedan horas para el desayuno! —exclamó, y se cubrió la cabeza con el edredón.

Ni siquiera pareció notar los aromas que había preparado para ella. *Mac* tiró como pudo del edredón hasta liberar la cara de Jamie. Le dejó uno de los pares de calzoncillos justo encima de la nariz. ¡Ahora no tenía más remedio que recibir el mensaje!

Pero Jamie se los apartó de la cara antes de tener siquiera la oportunidad de aspirar su olor. De hecho, volaron hasta un extremo de la habitación. Además, se fijó en los otros dos pares, y también los tiró al suelo con fuerza.

—¡Miaaau! ¡Miaaau! —Tenía que repetirlo—. ¡Miaaau!

Además, soltó un gruñido de frustración. Quería mucho a Jamie, pero los humanos, a veces, eran extremadamente lerdos. Para él era de lo más sencillo saber lo que necesitaba. ¿Por qué a ella le resultaba tan difícil?

Jamie salió corriendo de la cama y se dirigió a toda prisa al cuarto de baño, seguida de *Mac*. Tomó una especie de toallita húmeda de un paquete y se la pasó por la cara. Su pestilencia casi le dolió a *Mac*. Después caminó deprisa hacia la cocina, agarró un par de pinzas de uno de los cajones que había al lado del horno. Llevó a su dormitorio las pinzas y la caja y usó las pinzas para meter otra vez los calzoncillos en ella.

Se recordó a sí mismo que, en cierto modo, cuidar de Jamie era lo mismo que cuidar de un gatito recién nacido. Los recién nacidos no sabían siquiera cómo utilizar adecuadamente la caja de arena. Su madre tenía que enseñarles a cubrir sus caquitas como es debido. Así que debía seguir insistiendo, y buscar formas para ponerle de manifiesto que, en los alrededores, había otros humanos que necesitaban pareja, exactamente igual que ella.

Así que saltó sobre la caja y sacó otra vez los calcetines dejándolos en el suelo. Si ella los manipulaba suficientemente, el olor la impregnaría, aunque al final volviera a meterlos en la caja y la escondiera en el escobero.

Mientras tanto, Jamie suspiró.

—*MacGyver*, estamos en plena madrugada, y estas no son horas de jugar. —Utilizó las pinzas para volver a meter los calcetines en la caja—. ¿Hay algún sitio donde pueda guardar esto al que tú no seas capaz de llegar? —le preguntó—. Seguramente no, pero vamos a probar. —Colocó la caja en la estantería más alta del armario de su habitación y cerró la puerta con firmeza—. Y ahora, buenas noches. —Se metió otra vez en la cama, se tapó con el edredón y se hizo un ovillo.

*Mac* la contempló durante unos momentos y después se dirigió a su salida secreta hacia la noche. Ya no necesitaba saborear el aire para saber adónde ir. Había un olor que se superponía a todos los demás. Casi dolía por su gran contenido de soledad, y además había algo incluso más fuerte, y era el dolor, que casi lograba que le vibraran los huesos. Era algo que había olido antes, pero no era capaz de recordar exactamente dónde y cuándo. El aroma le hizo sentir urgencia, por lo que empezó a correr.

Provenía de la casa en la que había estado ya varias veces, la del perro. Cuando llegó *Mac*, el descerebrado no estaba en el jardín. Cualquiera otra noche se habría sentido decepcionado. Tomarle el pelo al baboso era ya su juego favorito. Pero esta noche tenía una misión más importante. Y no se trataba únicamente de Jamie. *Mac*

sentía una necesidad imperiosa de ayudar a la persona que había producido ese olor, la que estaba sufriendo tanto.

Corrió hacia el árbol que utilizaba siempre para entrar por la ventana del cuarto de baño. Pero a mitad de camino, tronco arriba, se dio cuenta de que estaba cerrada. Sin problemas. Cuando estaba lo suficientemente cerca saltó al tejado. Podía oler que había un hueco para entrar en la casa desde allí, y solo le llevó unos segundos encontrarlo: la chimenea.

Se asomó al hueco. Podía hacerlo. Apoyó las dos patas delanteras en uno de los lados del túnel de piedra, y las traseras en el otro, y empezó a gatear hacia abajo. Antes de que llegara a la mitad del camino, el descerebrado empezó a ladrar. No le importó. *Mac* pudo sentir que el humano no estaba en la casa. Que ladrara todo lo que quisiera. Además, eso le permitiría saber exactamente dónde estaba en cada momento. Los perros no comprendían los beneficios tácticos de la cautela. Y esa era solo una de las muchas razones por las que los gatos siempre vencían a esos estúpidos que no paraban de mover la cola.

Una vez que había llegado casi a la base de la chimenea, se detuvo. Y esperó. Simplemente esperó. Porque sabía lo que iba a hacer el perro. Exacto, ahí estaba. *Mac* también sabía perfectamente lo que estaba pensando: «Gato aquí. ¿Por qué gato no salir?». Lo de pensar era por decir algo, claro.

¡Porque era una trampa! A diferencia de los babosos y de muchos humanos, un gato siempre tenía en cuenta esa posibilidad. Los gatos no eran unos babosos, y usaban la nariz para lo que debían. ¡Estaría bueno! El perro asomó la cabeza por la chimenea y *Mac* saltó sobre ella con las garras fuera. El perrazo se retiró inmediatamente. Flap, flap, flap, flap. *Mac* movió varias veces una pata, a un lado y a otro y con enorme velocidad. El descerebrado, a su vez, empezó también a moverse hacia todos lados, intentando alcanzarlo de forma alocada. Cuando se dirigió hacia las escaleras, el gato puso en práctica su juego favorito: saltó, se apoyó en su cabeza para tomar impulso otra



vez y se colocó en el pasamanos. El perro siguió subiendo sin parar, pero *Mac* ya volaba por el barandal hacia el piso de arriba.

La puerta del cuarto de baño estaba cerrada. No había posibilidad de hacer palanca. El pomo era de los circulares. Esos eran complicados. Pero solo para algunos gatos, no para él. *MacGyver* se incorporó sobre las patas traseras, colocó una mano a cada lado del pomo, y empezó a manosearlo hasta hacerlo girar. Se dejó caer y empujó la puerta con el cuerpo hasta que se abrió. Coser y cantar.

De inmediato vio el origen del intenso olor que había seguido por la calle. Una camiseta, que todavía estaba empapada de sudor. ¡Los humanos y su sudor! Cuando hacía mucho calor, él sudaba un poquito por entre los dedos gordos de los pies, pero los humanos producían una enorme cantidad de líquido. Parecía como si a la camiseta le hubiera caído encima un chaparrón. *Mac* sintió un escalofrío de disgusto por todo el cuerpo.

El sudor hacía tan evidente el olor a soledad humana del dueño que hasta Jamie sería capaz de reconocerlo. *Mac* agarró la camiseta entre los dientes. El sabor a dolor y soledad que saturaba la tela casi fue demasiado para él, pero no lo soltó, no podía permitirse ese lujo. Y eso a pesar de que escuchó el estruendo que hacía el descerebrado al subir por las escaleras. Pero no necesitaba los dientes para ganar también el segundo asalto.

*Mac* vio que la puerta corredera de la ducha estaba entreabierta. Odiaba las duchas, pero de esta no salía agua, por lo menos ahora, y se le ocurrió una idea... Se deslizó dentro del espacio de la ducha y esperó a que el baboso lo encontrara. El perro entró como un ciclón en el cuarto de baño, pero empezó a mirar a su alrededor, absolutamente confundido. Evidentemente no era capaz de ver a *Mac*, pese a que la puerta era de cristal. Patético. *Mac* tuvo que maullar para atraer su atención.

El descerebrado dio una especie de rebuzno de triunfo, y se introdujo por el hueco de la puerta acristalada. El espacio era muy estrecho y *Mac* se deslizó por debajo del vientre del perrazo y salió de

la ducha. Inmediatamente después se volvió, empujó la puerta con el cuerpo y esta se cerró con un clic. ¡Qué satisfactorio!

*Mac* salió del cuarto de baño trotando, disfrutando muchísimo con los frustrados aullidos del perro, que se había quedado atrapado y, por supuesto, era incapaz de salir. No había planeado divertirse jugando con ese perro estúpido pero, mira por donde, se lo había pasado bomba. Ahora tenía que llevarse la camiseta a casa. Con que Jamie la oliera, cosa que podría hacer incluso sin tocarla, porque hedía a distancia, se tendría que dar cuenta de que el humano macho que se la había puesto, y que la había mojado de esa manera tan desafortunada, necesitaba la compañía constante de otro humano hembra, tanto o más que ella misma.

## CAPÍTULO 6



David sintió un hormigueo en el vientre cuando entró en The Roost, pese a que solo había ido allí a tomar una copa con Adam. No, eso era una estupidez. Iba a tomar una copa con Adam, sí, pero no era esa la razón por la que había ido allí. Lo que iba a hacer era abrir un perfil en [Counterpart.com](https://www.counterpart.com), y necesitaba ayuda. No porque no fuera capaz de desarrollar su propio perfil y editarlo, sino porque después de todo...

Lo que pasaba es que había estado con Clarissa prácticamente desde siempre. Se conocieron en un baile durante la semana de acogida de UCLA.<sup>1</sup> Fue cuando David pensaba que haría una carrera en Administración, o en Economía, o algo así. Por aquel entonces no tenía la menor idea sobre qué hacer con su vida, pero la cosa era que para casi todos sus amigos y conocidos, el paso siguiente y natural después del instituto era la universidad, así que allá que fue... durante un solo semestre. Después lo dejó y probó con un montón de trabajos, a cual más precario. Si le llegan a decir a los dieciocho años que terminaría siendo repostero se habría muerto de la risa, pese a que siempre le había gustado merodear por la cocina, ayudar e incluso ensayar sus propias recetas.

Clarissa era todo lo contrario. Desde el primer día supo que quería ser fisioterapeuta, se licenció, encontró trabajo en una residencia de ancianos y le encantaba lo que hacía. Incluso estaba

planteándose abrir una consulta por su cuenta justo antes de...

Pero ahora no era el momento de pensar en Clarissa. El problema era que había pasado con ella prácticamente toda su vida adulta, y ya se le había olvidado hasta cómo se le pedía una cita a una mujer. O casi. Lo había hecho bien cuando habló con aquella mujer en el Blue Palm, hasta que sacó el tema de su esposa fallecida a los... diez segundos de establecer contacto, más o menos. Necesitaba un compañero, digamos una especie de compinche virtual, y por eso le había pedido a Adam que quedaran aquí. Se metió en un reservado y descargó la aplicación de Counterpart en su teléfono móvil.

No estaba preparado para eso. Al menos, no sin tomarse antes una copa, pero una de verdad, no la habitual botella de cerveza. Una de las razones por las que había escogido The Roost era precisamente porque cargaban las copas bastante más que en otros sitios. Y eso pese a que sabía que tendría que aguantar las quejas de Adam, que diría que ya no era un bar normal, de barrio, sino uno con pretensiones, y lo mucho que le molestaba que no pusieran aperitivos, ¡ni siquiera palomitas!, con las copas.

Le acababan de servir el *gin-tonic* cuando llegó Adam. La cosa empezó como esperaba.

—¿Por qué seguimos viniendo aquí? Cada vez que entro me deprimó. Antes era un sitio estupendo, de barrio, barato y agradable, pero ahora es una mala imitación, caro y pretencioso. Como los de las estrellas de Hollywood, pero sin estrellas. A Bukowski no se le habría pasado por la imaginación beber aquí hasta morir.

—Si no estuviera muerto ya, precisamente por beber como una esponja —intervino David, sobre todo para impedir que las quejas de su amigo se eternizaran.

—Y encima no ponen ni palomitas gratis. Hubo un tiempo en el que vivía gracias a las palomitas. Eran de enorme utilidad: absorbían todo el alcohol que yo trasegaba impidiendo que llegara al hígado.

David no pudo por menos que soltar una carcajada. ¡Mira que conocía bien a su amigo!

—Las palomitas siempre estaban rancias, y ahora nos podemos permitir el lujo de pedir algo de comer, si queremos. Y tampoco vamos a beber una cantidad de alcohol enorme y dañina para el hígado, porque ya no somos unos críos. Además, hay un montón de temas de AC/DC en la máquina de discos, y todavía se puede ver bastante mugre.

—Bueno, de acuerdo. Pero ya verás como la máquina de discos la van a acaparar los *hipsters*, que no dejarán meter baza a tipos de mediana edad, quemados, que escuchan a AC/DC sin burlarse de ellos —continuó Adam, que se dio cuenta de lo que estaba bebiendo David—. ¿No tomas cerveza, tu Corona de siempre?

—Como no puedo inyectarme valor, me lo administro líquido —explicó David—. He tomado la decisión de entrar en el mundillo de las citas *online*, y necesito tu consejo. —Adam soltó un puñetazo al aire, y David lo imitó—. Eres un estúpido, ¿lo sabías?

—No cambies de tema. No estamos hablando de mi estupidez. Que, por otra parte, no existe. Estamos hablando de volver al mundo, ¡de que tú vuelvas al mundo! —Se acercó la camarera y Adam no se anduvo por las ramas: pidió un *rusty nail*, nada menos que ese cóctel explosivo a base de escocés y Drambuie. ¡Buen comienzo! Y sin palomitas para absorber... —. Lucy me contó que hablasteis del asunto. No creas que no me sorprende que hayas... —Dejó la frase en el aire.

—La verdad es que sigo sintiéndome igual que me sentía. Pero supongo que eso de pasarme solo el resto de mi vida no es una buena idea, y que no quiero que sea así —dijo David. Había corrido hasta que no pudo dar un solo paso más. Hasta *Diogee* había terminado exhausto. Cuando, tras un buen rato arrastrándose, había llegado a casa, cayó redondo, que era exactamente lo que había estado buscando. Pero su cerebro no paró de trabajar, ni siquiera en esas condiciones. No logró bloquear la idea de que la vida que llevaba no era suficiente para él. Así que llamó a Adam y le pidió que quedaran en el bar.

La camarera volvió con la copa de Adam.

—Te quejas de los *hipsters*, pero los dos sabemos que la única razón por la que de vez en cuando pides *rusty nail* es porque te gusta pensar que formaste parte del *Rat pack*.<sup>2</sup>

—¿Sabes cuál era la bebida favorita de la reina Isabel? —se la devolvió Adam—. Pues sí, el *gin-tonic* —afirmó, señalando con la barbilla el vaso de David.

—Siento un profundo respeto por la monarquía británica —dijo David.

—Y también de Gerald Ford —le informó Adam levantando la ceja irónicamente—. Y no vayas a pensar que no soy capaz de distinguir a la primera un intento desesperado y torpe de cambiar de tema. ¡No estábamos hablando de copas, sino de aplicaciones para encontrar pareja! ¿La otra noche dejaste lista tu cuenta de Counterpart?

—No del todo —confesó David.

—¡Ya lo sabía! Porque lo había comprobado en la página, claro. Así que preparé una para ti. Dame tu teléfono móvil.

David se lo pasó.

—También me he apuntado a otro sitio, el Hair Club for Men. Quería que fuera una sorpresa.

—Todavía no la he activado —dijo Adam siguiendo a lo suyo—. Pensé que tenía que tenerla lista, pero eso fue antes de que hablaras con Lucy. Tu nombre de usuario es Repostero, y tu clave «?Diogee», con *d* y *g* mayúsculas y con el signo de interrogación delante. ¡No detrás, ojo!

—¿Repostero? —preguntó David levantando una ceja.

—Lucy pensó que estaba bien, que resultaba agradable —respondió Adam encogiéndose de hombros—, y hay que tener en cuenta que Lucy podría, digo podría, formar parte de tu público objetivo. Además, tenemos esa foto tuya llevando la tarta que preparaste para el Día de la Marmota, que dijo que era, abro comillas, «adorable», cierro comillas. —Le devolvió el teléfono móvil.

David leyó el perfil rápidamente.

—¡Me has convertido en una receta!

—A Lucy le ha gustado mucho la idea también. Los dos hemos visto un montón de perfiles, y todos parecen textos de puro *marketing*. Tus características principales son la dulzura y la creatividad, con un punto de extravagancia, tal como demuestra la tarta del Día de la Marmota —explicó Adam—. Yo no te considero dulce, lo digo para que conste. Pero, una vez más, Lucy dice que lo eres. También he utilizado una foto dándole a *Diogee* una de esas galletas caseras que le elaboras. —Le dio un sorbo a su copa—. Entonces, ¿estás preparado? Si es así, lo único que tienes que hacer es pulsar en «publicar».

David se quedó mirando a la pantalla durante unos segundos, dudando, pero después lo hizo. No se sentía preparado del todo, pero tampoco lo estaba para seguir como hasta entonces. Ya no.

—Bueno, pues ahora que estás dentro, tienes la posibilidad de mirar los perfiles y ver lo que hay. Si encuentras a alguien que te interese, puedes hacer dos cosas: o pulsar el corazoncito o enviar un mensaje —explicó Adam.

—Sabes mucho de esto —dijo David.

—¿Es que no ves mi programa? Durante unos cuantos episodios Jess se apuntó a un sitio de citas *online*.

—Y supongo que algunas mujeres irrumpieron en su casa e hicieron la cena para ambos, ¿no? —preguntó David—. Después de haber quedado a tomar café una vez.

—Es la tele, ya sabes. No quedaría bien que mostráramos a dos personas durante una primera cita agradable y normal. Bueno, si no vas a mirar perfiles, déjame a mí —espetó Adam quitándole el teléfono móvil de las manos.

—¡Pero si ya los estaba viendo! —protestó David.

—Vas muy despacio —aseveró Adam—. Todo esto consiste en primeras impresiones. Lo de darle al corazoncito no implica que finalmente vayas a quedar con esa persona, sino que podrías estar

interesado. Si ella también lo está en ti, entonces intercambiáis mensajes. —Adam empezó a clicar a toda prisa y a arrastrar la pantalla a derecha e izquierda—. ¡Mira! ¡Sí! —musitó—. Sí, sí, ¡huy, no!, sí...

—¡Para! ¡Ya está bien! —espetó David.

—También es una cuestión de cantidad —le explicó Adam con tono calmado—. Tienes que darte a ti mismo muchas posibilidades para escoger. —El teléfono vibró—. ¡Mira! ¡Hay una que te ha devuelto el corazoncito! Y aquí está el mensaje automático: «Archívame»—. Miró a David—. Yo digo que sí. ¿Y tú? —Le enseñó la pantalla a David. La mujer era guapa. Con el pelo castaño, liso y brillante; llevaba gafas ojos de gato—. Su gancho es presentarse como una especie de bibliotecaria sexi. ¿A quién no le gusta eso?

—Supongo que a todo el mundo. Bueno, ¿por qué no? —respondió David, aunque el tono era dubitativo.

Adam le pasó el teléfono.

—Ponle un mensaje. Tu objetivo ahora es conseguir su teléfono y quedar para tomar una copa. No te metas en profundidades. De entrada, ligereza, normalidad. Ni se te ocurra mencionar...

—A mi esposa fallecida —interrumpió David.

—No iba a decirlo precisamente con esas palabras —se quejó Adam—. Pero sí. Eso es algo que no debes decir hasta que hayas salido con alguien al menos unas cuantas veces.

—Muy bien. —David escribió «¡Hola!».

—Solo has escrito «¡Hola!», ¿a que sí? —gruñó Adam.

—Pues... sí. ¿Qué tiene de malo?

—Pues que seguramente ella estará en estos momentos teniendo conversaciones con un montón de tipos. Tienes que resaltar de alguna forma.

Adam envió inmediatamente otro mensaje y lo leyó en voz alta.

—«¿Te apetece tomar una copa? Acabo de hornear unas magdalenas de arándanos al cabernet que están increíbles».

—¡Estupendo! —aprobó Adam—. Has dado en el clavo. Como si



lo hubiera escrito yo.

—Ha devuelto un emoticono que se está pasando la lengua por los labios —informó David—. Y ha escrito: «Si de verdad existen esas magdalenas, ¡yo quiero una!», con signos de admiración.

—¡Ciérralo! Envía un sitio y una hora —le instruyó Adam.

«¿Te viene bien quedar en la repostería Los Feliz mañana a las seis?». David envió el mensaje. Y recibió un sí.

—Hemos quedado en la repostería mañana a las seis —le dijo a Adam. Se sintió bastante asombrado. Las cosas habían ido muy, muy rápido.

—Un trabajo excelente —le felicitó Adam—. Pero en el futuro, yo quedaría en un lugar neutral. No creo que te apetezca tener a una chica fácil, o rara, dando vueltas por tu lugar de trabajo, o acosándote. Aunque no tiene pinta de acosadora —añadió rápidamente.

—Y parece que solo está quedando por las magdalenas —añadió David—. Si no me gusta cómo va la cosa, se las envuelvo rápido y a otra cosa.



Jamie encontró un sitio para aparcar y miró la hora. Tendría que entretenerse durante bastante tiempo, algo más de una hora. Después de descubrir por la mañana aquella camiseta en el felpudo, ¡todavía algo húmeda de sudor!, sintió la necesidad de salir inmediatamente de la casa. Decidió conocer la playa de Venice antes de su clase de surf. ¡La clase de surf! Solo de pensarlo se le volvía el estómago del revés. No obstante, Ruby tenía razón: estaba intentando descubrir cuál era su verdadera pasión, el tener en cuenta solo lo que conocía era muy limitante.

Agarró la mochila, cerró el automóvil y echó a andar. Su idea era caminar despacio por el paseo marítimo, Ocean Front Walk, hasta el punto cercano al muelle de Santa Mónica, en el que iba a encontrarse con Kylie, la profesora de surf. Por lo que había leído en todas las guías, el paseo no tenía pérdida posible. Sacó el teléfono móvil nada

más poner el pie sobre la acera de asfalto. Había que fotografiarlo todo empezando por el chico que estaba tomándose un granizado, y que por toda ropa llevaba un bañador Speedo, pequeño, ajustado y brillante, y de cuyos hombros colgaba una serpiente gigantesca (¿era una boa constrictor?). Jamie sacó una foto mientras el bicho pasaba la lengua por el vaso que el chico sostenía en la mano.

—Un pavo por cada foto —informó el joven.

Jamie se lo quedó mirando de hito en hito.

—A mí no me importa que me fotografíen —dijo sonriendo—, pero mi serpiente es modelo profesional. No trabaja gratis.

Jaime rio. Pero el chico no. Y la serpiente tampoco. Así que sacó un dólar del bolso y se lo dio.

—Muchas gracias —dijo, y empezó a alejarse, caminando sin prisa.

—¡Oye, espera un momento! —lo llamó Jamie de forma impulsiva. El muchacho se volvió—. ¿Puedo preguntarte algo?

—Si tienes otro dólar, sí.

Jamie lo sacó del bolso y se lo dio.

—¿Tú y tu mascota os ganáis la vida haciendo esto?

—Pues... yo me puedo tomar todos los granizados que quiera y ella un par de ratas al mes —contestó.

—¿Y te gusta? ¿Estás haciendo lo que de verdad quieres hacer? —insistió.

—¿Por qué no iba a gustarme? No tengo horario. Conozco gente nueva cada día y tengo un montón de amigos en el paseo a los que veo todos los días. —Al tiempo que hablaba, le brillaban los ojos, y Jamie no pudo resistir la tentación de hacerle otra foto. Le dio el billete sin que se lo pidiera, y después siguió andando por la pasarela de madera. Amigos, gente nueva, sin horarios obligatorios, trabajar al aire libre, ningún día igual que otro... La verdad es que sonaba de maravilla, pensó. Lo malo es que implicaba a una serpiente, así que no podía estar más lejos del trabajo de sus sueños. Por otra parte, ¿qué haría este chico de hoy cuando mañana fuera mayor y se

retirara? Aunque pensó que quizá no tendría que retirarse nunca. A los ochenta, con un bañador bien ceñido y una serpiente colgando del cuello, seguro que ganaba muchos más dólares que ahora.

Todos los que trabajaban por allí parecían felices y contentos: la mujer que ofrecía tatuajes de alheña, el hombre que podía escribir tu nombre en un grano de arroz, los contorsionistas que, desafiando las leyes de la física y de la anatomía, hacían giros y volteretas inverosímiles... Jamie quería sacarles una foto a todos y cada uno de ellos, pero no tenía billetes suficientes. No obstante, cuando vio a un individuo barbudo junto a un cartel que decía: «Un mal consejo por un dólar» no pudo resistirse.

Se acercó al banco en el que estaba sentado, y el tipo dio unos golpecitos sobre el cartel. Jamie le dio el dólar y se quedó esperando. El hombre se acarició la barba en actitud pensativa.

—Pues vamos con la forma de lograr que te devore un tiburón.

—¡Oh, no! ¡Hoy no, por favor! Voy a dar mi primera clase de surf.

—Entonces el consejo es peor que malo, pero es lo que toca. Te diré lo que tienes que hacer: báñate en el océano al alba o durante el crepúsculo. En esos momentos hay muchas más posibilidades de que el tiburón te tome por una presa. Nada tú sola. Lleva un bañador de una pieza y de colores brillantes; si es de lentejuelas, mejor. Así el tiburón creará que se trata de las escamas de otro pez. Y hazte un par de cortes en la piel, tampoco hace falta que sean muy profundos. Los tiburones captan el olor de la sangre a kilómetros.

—Has conseguido aterrarme por completo —le informó Jamie—. Aunque supongo que puedo darle la vuelta al mal consejo deduciendo una serie de pistas acerca de cómo no convertirme en el festín de un tiburón.

—No es por lo que has pagado, pero digamos que sí —concedió guiñándole el ojo.

—¿Te puedo hacer una pregunta que no implica ningún consejo?  
—preguntó Jamie.

—Claro. Esas son gratis.

—¿Te gusta hacer esto? —Se acercó a él un poco más—. Si tuvieras la posibilidad de hacer lo que quisieras, ¿crees que seguirías dedicándote a dar malos consejos a cambio de dinero?

El individuo se rio, incluso a carcajadas. De hecho, Jamie pensó que nunca en su vida había escuchado a nadie soltar unas carcajadas tan estentóreas. Tenía que sacarle una foto.

—No llevo toda la vida dando consejos absurdos. En realidad, soy un emprendedor. Eso es lo que me gusta, encontrar formas nuevas e imaginativas para que la gente me dé un dólar, y creo que merece la pena.

—Estoy completamente de acuerdo —dijo Jamie levantándose—. ¿Tengo que pagarte por la foto?

—El servicio está incluido —dijo negando con la cabeza.

Para «el hombre de los malos consejos» la creatividad era clave. Jamie pensó que también le gustaría encontrar un trabajo que implicara creatividad. En el que había ejercido últimamente se sintió muy constreñida, pues tenía que enseñar siguiendo un programa a rajatabla, y eso no le dejaba tiempo para pensar y desarrollar formas para interesar o incluso apasionar con la materia, la Historia, a los alumnos. Tenía que centrarse en encajar los hechos en sus cabezas para lograr que superaran los exámenes y que obtuvieran buenos resultados, que a su vez permitieran que el instituto mantuviera la financiación adecuada.

Jamie siguió avanzando por el paseo, desaprovechando un montón de oportunidades de gastar un dólar. Por ejemplo, podía haber invertido uno en una foto de un perrito con un bikini rosa, o haberse retratado entre dos extraterrestres de plástico. Según un cartel que tenía la forma de una hoja de marihuana, podía obtener una evaluación de su salud por treinta dólares y, con toda probabilidad, hacer uso de los resultados a la hora de adquirir «productos» en la tienda de «hierba terapéutica» que había junto a la «clínica».

No solo los vendedores, sino también la gente que paseaba como

ella, parecía estar en una onda de alegría, quizá producida por el sol. Hasta que llegó a un rincón en el que una chica joven intentaba vender sus cuadros. Tenía que ser muy duro ver pasar a tanta gente sin que ni una sola persona se detuviera siquiera a echarles un vistazo. Jamie dio la vuelta para poder mirarlos de verdad. La chica no intentó entablar conversación. De hecho, ni siquiera alzó la vista para mirarla. Estaba claro que su trabajo implicaba creatividad, pero eso no era suficiente.

Los cuadros no estaban mal: escenas de playa normales. Jamie se dio cuenta de por qué la mayoría de la gente ni se detenía a echar un vistazo. Tenía que ver con la pasión. Sentir pasión por algo, o siquiera entusiasmo, no significaba solo que fueras bueno en ello. Ni tampoco que no te dedicaras a hacerlo: si algo te apasiona de verdad, tienes que entregarte. Así que «tu trabajo», aunque lo hicieras bien, no sería «el trabajo de tus sueños» si no te apasionaba. Jamie no se atrevió a preguntarle a la joven lo que le había preguntado al chico de la serpiente o al que daba consejos. Le pareció muy indiscreto, y también pensó que no le apetecía demasiado escuchar lo que le fuera a decir sobre hasta qué punto le resultaba satisfactorio hacer lo que hacía. Así que se marchó sintiéndose un poco culpable por no haberle comprado ningún cuadro.

Estaba empezando a notarse algo desbordada, lo que le hacía perder interés. Un hombre con turbante y patines pasó a su lado a toda velocidad y tocando la guitarra al mismo tiempo, pero no se quedó tan asombrada como cabía esperar, ni tampoco al ver a una adolescente disfrazada de sirena echando constantemente pompas por la boca. Así que aceleró el paso y llegó al muelle en el que, al cabo de unos diez minutos, debía encontrarse con Kylie, su profesora de surf.

Aunque Jamie había llegado antes de la hora, Kylie ya la estaba esperando. La camiseta fucsia de El Surfista Chic la hacía inconfundible. Debía de andar por los treinta, y tenía los brazos musculosos, a lo Michelle Obama. Jamie respiró hondo y se dirigió

hacia ella.

—Hola. Soy Jamie. Vengo a la clase de surf. —Escucharse a sí misma decir esas palabras le pareció un tanto surrealista.

—¿Preparada para divertirme? —preguntó Kylie—. Porque conseguir que te diviertas es el principal objetivo de lo que vamos a hacer hoy. No busco que consigas mantenerte en la tabla encima de una ola, sino que te pique el gusanillo del surf. Esa debe ser la lección de hoy.

—¿Que me pique el gusanillo del surf? —repitió Jamie.

—Sí. A ver si me explico. El surf hace que segregues adrenalina y dopamina, y las olas que rompen están rodeadas de iones, ya sabes, átomos con carga eléctrica. El conjunto hará que te sientas eufórica, a no ser que lo estropees deseando hacerlo perfectamente desde el primer día.

—Te puedo asegurar que no es eso lo que espero —dijo Jamie—. Si me divierto, será estupendo.

—Bueno, vamos a ponerte un traje de neopreno. Ven por aquí. —Kylie le hizo un gesto a Jamie para que la siguiera.

—¿Un traje de neopreno? —repitió Jamie—. La verdad es que no tengo nada de frío. ¿De verdad lo necesito?

—El agua está a algo menos de veinte grados, así que lo vas a necesitar, te lo aseguro —respondió Kylie sin dejar de caminar. Se dirigió a una pequeña tienda de artículos de surf, sacó un traje de neopreno y dos bolsas de plástico de detrás del mostrador y se lo pasó todo a Jamie—. Ponte las bolsas en los pies. Te ayudarán a meter las piernas en el traje. Después te las pones en las manos cuando estés preparada para meter los brazos. —Tiró de una cortina con el dibujo de una palmera revelando un pequeño probador—. Pídeme ayuda si te hace falta.

Jamie entró en el vestuario y cerró la cortina. Se quitó la ropa hasta quedarse con el bañador que había traído puesto y metió los pies en las bolsas de plástico.

—¡Ah, toma! —Kylie le pasó una camiseta de licra por el hueco de

la cortina—. Ponte esto debajo del traje de baño. Así no te saldrá el sarpullido del surf.

—¿El sarpullido del surf? —Jamie empezó a pensar que tenía que haber investigado un poco antes de lanzarse a recibir la clase.

—Es un sarpullido que te puede salir por la fricción entre el neopreno del traje y la piel —respondió Kylie.

Jamie agarró el apretado traje de color verde lima e intentó meter un pie en una de las perneras. Se contoneó, pero no consiguió prácticamente nada. Apretó. Se dobló. Y todo lo que consiguió fue embutirse el traje hasta la pantorrilla.

—¡Vaya! Creo que no es de mi talla.

—Hazlo despacio —le aconsejó Kylie—. En el agua se afloja.

Jamie lo intentó de nuevo. Contrayendo los músculos a tope, logró introducirlo hasta por encima de la rodilla, pero se le atascó en el muslo.

—¿Esto no te corta a circulación? —preguntó en voz alta apoyándose en el pie que tenía libre.

—Bueno... no lo he visto nunca, pero...

La duda y el «pero» fueron más que suficientes para Jamie.

—¡Creo que no siento los dedos de los pies! —gritó—. ¡Creo que vas a tener que cortarlo para que me libre de él!

La cortina se abrió de repente, de modo que Kylie, el chico de la caja y otros dos jóvenes pudieran tener una visión completa de su figura con la camiseta de surf, la parte de abajo del bikini y una parte del mortífero traje de neopreno.

—Se está poniendo la... —empezó el chico de la caja, pero no fue capaz de terminar, porque estalló en carcajadas. Los otros dos también se reían. Hasta Kylie tuvo que morderse los labios para contenerse.

—Tranquila, pelusa. Simplemente estabas intentando meter la pierna por la manga —explicó Kylie. Siguió mordiéndose los labios, pero fue lo suficientemente profesional como para no reírse.

—¡Ah! Claro, eso lo explica todo. —Jamie se sintió avergonzada

—. Debo de estar más nerviosa de lo que creía. —Notó que el estómago se le volvía del revés. ¡Vaya ridículo!

—Bien, empecemos de nuevo. —Sujetándola para que no se cayera, Kylie acompañó a Jamie a la pequeña banqueta del probador y cerró la cortina. Le sacó la manga del traje de neopreno de la pierna, le volvió a ajustar las bolsas de plástico y empezó a meterle el pie por la abertura correcta del traje. Comparado con la manga, la pernera hasta le pareció ancha. Unos cinco minutos más tarde, Kylie ya estaba abrochándole las cremalleras del traje.

—¿Qué, ya nos empezamos a divertir? —preguntó en broma.

—Bueno, la verdad es que si tenía la más mínima esperanza de hacerlo como una profesional a la primera, la he desechado por completo —respondió Jamie siguiéndole el juego—. Así que supongo que eso quiere decir que, en cualquier momento a partir de ahora empezaré a divertirme.

—¡Ese es el espíritu, pelusa! —exclamó Kylie dándole unos golpecitos de ánimo en la espalda.

—¿Por qué me llamas «pelusa»? —Era la segunda vez que Kylie la había denominado así.

—Es como llamamos a los surfistas novatos —explicó Kylie—. ¿Estás preparada? —preguntó señalando hacia la cortina con la barbilla.

—Como nunca —respondió Jamie, y Kylie tiró de la cortina. Fue recibida con un coro de risitas por parte de los chicos.

—Haz una reverencia —le susurró Kylie al oído. Así lo hizo, y los chicos prorrumpieron en un aplauso, que la acompañó hasta la puerta.

Una vez fuera, la profe le pasó una tabla suave, de un material similar al corcho de piscina y de color amarillo brillante. Jamie esperaba una más parecida a la que llevaba la propia Kylie, estrecha y lisa; es decir, algo cuya textura y color no fuera semejante a la de los churros de piscina. Puede que, al fin y al cabo, sí que hubiera estado pensando en que, desde el primer momento, iba a conseguir



acercarse a la perfección. De hecho, había soñado despierta con que se deslizaba sobre una especie de túnel formado por una ola enorme, y la imagen de sí misma le había resultado de lo más excitante.

Seguramente Kylie había captado su expresión un tanto defraudada.

—Para la primera clase siempre hago que mis alumnos utilicen una tabla de espuma. Es mucho más fácil mantener el equilibrio sobre algo blando. Además si, o mejor, digamos «cuando» te caigas, si la tabla te da en la cabeza no te hará demasiado daño. Vas a llevarla atada al tobillo con una correa. —Kylie le pasó una correa de color turquesa, con un velcro en cada extremo.

—Vamos a empezar en la zona de rompiente —dijo Kylie mientras se dirigían hacia la playa.

—¿En la zona de rompiente? ¿Seguro que estoy preparada para eso? ¿No es la zona más peligrosa? —preguntó Jamie.

—Seguramente estás pensando en las aguas bravas de un río. En el océano, la zona de espuma blanca es donde las olas rompen, cerca de la orilla. La única zona peligrosa es aquella en la que te metes en la primera ola y te dejas llevar. Cuando lo consigas, no volverás a querer hacer ninguna otra cosa en tu vida —respondió Kylie sonriendo—. Bueno, a lo que vamos: las olas cercanas a la orilla son el mejor sitio para que empieces a sentir el agua bajo la tabla, y además estaremos lejos de los surfistas expertos. La verdad es que pueden resultar odiosos. Muchos de ellos actúan como si toda la playa fuera de su exclusiva propiedad.

Llegaron a la zona de oleaje.

—Vamos a meternos en el agua. Como ya te he dicho, lo que me interesa es que te diviertas, y no creo que practicar movimientos en la arena sea la mejor manera de introducirse en el mundo del surf. Vamos a hacerlo a nuestra manera, que incluye el agua. Lo que quiero que hagas es que agarres la tabla con ambas manos, una por cada lado. Extiende bien las manos, lejos del cuerpo. Seguro que no te gustaría que una ola empujara la tabla y te golpeara en la cara.

—Pues no, no me gustaría nada —confirmó Jamie según se adentraba en el océano. «Clic», pensó. Cuando no tenía el teléfono a mano, eso era lo que hacía, sacar un instantánea en su memoria para recordar con exactitud un momento importante. Tenía muy claro que quería retener la primera vez que se metía en las aguas del océano Pacífico, ¡y con una tabla de surf!

—Muy bien. Ahora date la vuelta y apunta hacia la orilla con el borde delantero de la tabla —dijo Kylie en voz alta—. Mira por encima del hombro y fíjate en una buena ola, que sea lo suficientemente grande como para poder llevarte. No escojas una que ya esté rompiendo, o sea, que tenga más espuma que agua.

Jamie empezó a mirar las olas que llegaban. No tenía ni la menor idea de cuál de ellas sería capaz de llevarla.

—¿Qué significa «lo suficientemente grande»?

—Con el tipo de tabla que llevas, no tiene que ser demasiado grande —contestó Kylie—. Cuando veas una que te parezca adecuada, pon el estómago en la tabla, déjate llevar y ayúdate moviendo los brazos. Sigue braceando hasta que notes que la ola te guía sin más ayuda. ¡Y recuerda, diviértete!

Jamie asintió. Le parecía un poco complicado escoger una ola y divertirse al mismo tiempo.

—¿Qué te parece esa? La segunda, quiero decir.

—¡Estupenda! —respondió Kylie.

Jamie se subió a la tabla, se removió para centrarse y empezó a bracear. La ola la alcanzó y la arrastró completamente. En el último momento se cayó de lado, pero se levantó riendo.

—¡Ha sido increíble! —gritó—. ¡Increíble! ¡Vamos otra vez!

Cuando terminó la clase, Jamie había logrado mantenerse tres veces de pie sobre la tabla, y estaba completamente encantada con el surf. Se sentía como si hubiera bebido champán. Champán y sol, lo sentía dentro del cuerpo. No podía dejar de sonreír mientras caminaba por el paseo hacia el vehículo.

No es que se viera dedicándose toda la vida al surf, ni por

supuesto ganándose la vida con ello, pero lo que sí que tenía claro es que su lista de «me gusta» incluía una cosa más. No, era algo más que gustar. ¡Le encantaba! El día de hoy, definitivamente, quedaría subrayado por derecho propio en «El Año de Mí Misma».



*Mac* ronroneó tocando con las patas delanteras el pelo de Jamie. Su humana desprendía felicidad, y también podía oler aromas que desconocía, y que nunca había tenido. Se podría haber pasado toda la noche junto a ella pero, pese a su situación, momentáneamente satisfactoria, sabía que necesitaba una pareja. Era algo típico de los perros y de los humanos, así que ella no era capaz de evitarlo. Además, ahí fuera había otras personas que necesitaban lo mismo. No le pertenecían, como Jamie, pero *Mac* no podía ignorar su soledad, sobre todo teniendo en cuenta que parecían lo suficientemente estúpidos como para no saber la manera de superarla. Aunque puede que no se tratara de estupidez al fin y al cabo, sino simplemente de que sus narices, y por tanto su olfato, eran extremadamente débiles.

Se incorporó, se estiró y abandonó la cama. Había que ir a trabajar. Se adentró en la noche y avanzó entre las sombras hasta la casa de la joven humana, pues sentía la necesidad de saber qué tal estaba. Entró a través de una ventana entreabierta y caminó hacia el dormitorio de la niña. El poni morado estaba dentro de una especie de casa que olía a la mujer. Era un aroma alegre, mientras que el que exhalaba la niña era de absoluta felicidad. Muy satisfecho, empezó a andar para irse de la vivienda, pero se detuvo frente al sofá. Allí estaba otra vez la hermana mayor apestando a furor y a pena. Ya no era una niña, pero tampoco adulta. Recordó cuando él tenía esa edad intermedia. A veces se sentía como si lo invadiese la locura, y le entraban ganas de correr en círculos y trepar por las cortinas, siempre sin saber bien por qué. *Mac* abrió la boca para saborear ese aroma y los demás que desprendía la chica. Ya vería qué podía hacer por ella.

Pero primero un poquito de diversión. Con la cola levantada y los bigotes bien extendidos, *Mac* se acercó trotando hacia la casa en la que vivía el descerebrado. No estaba en el jardín, pero andaba cerca. *Mac* metió la cabeza por la puerta de entrada de perros, echó un vistazo rápido y se coló dentro. Un segundo más tarde, escuchó su potente ladrido. *Mac* fue hacia la cocina y se subió a la encimera. Acercó un frasco al borde y, cuando el enorme chucho entró corriendo, le dio al frasco el último empujón. Los ladridos se convirtieron en aullidos cuando el frasco cayó sobre el chucho, concretamente sobre su trasero. ¡Qué puntería! Unos polvos blancos, inidentificables para *Mac*, se esparcieron por la cocina, y también formaron una mancha blanca sobre el cuerpo del perro.

*Mac* empezó a empujar otro frasco.

—*Diogee*, ¿qué diablos estás haciendo? —gritó el compañero humano del perro, y *Mac* oyó ruido de pisadas bajando por las escaleras.

Finalmente, el descerebrado se dio cuenta de la presencia de *Mac*, justo en el momento en el que el gato hacía caer el segundo frasco. El perro se retiró ladrando del susto. La bomba de *Mac* erró el objetivo, pero al menos cayó al suelo con un estruendo de cristales y lo llenó de café. En cuanto lo vio, supo que era café, y captó su olor. Era la albahaca para gatos de Jamie.

—¿Has contraído la rabia o qué? —gritó el humano, y el perro empezó a girar sobre sí mismo mostrando la tripa. Patético. No obstante, le proporcionó a *Mac* la oportunidad perfecta para esfumarse. Salió pitando hacia la puerta de perros, pero inmediatamente se dio la vuelta y subió por las escaleras. Tenía que llevarle algo a Jamie, un regalito. Sabía que había captado perfectamente el olor de la camiseta del hombre, ¡como para no captarlo!, pero... no había hecho nada. Habría que recordárselo. Algunas veces hasta le tenía que recalcar su desayuno, pese a que sabía que tenía que ponérselo inmediatamente después de que se despertara.

*Mac* decidió seguir dándole a Jamie otras posibilidades para escoger, pese a que el olor que más le gustaba era el de ese hombre, y también pese a que, de todos los que había visto, este era el humano macho que necesitaba más desesperadamente una compañera, tanto como la propia Jamie, e incluso hasta más que ella. Seguiría llevándole olores, y puede que al final comprendiera de una vez qué era lo que tenía que hacer.

---

1 N. del Trad.: Las siglas UCLA responden al equivalente en inglés de Universidad de California en Los Ángeles.

2 N. del Trad.: El *Rat pack*, literalmente «Pandilla de ratas», era un grupo de actores estadounidenses de los años cincuenta y sesenta del siglo XX, que solían trabajar, divertirse e incluso aparecer juntos en eventos públicos. Primero se estableció alrededor de Humphrey Bogart, y, tras la muerte de este, de Frank Sinatra.

## CAPÍTULO 7



Jamie gimió mientras preparaba una lata de comida de gato. La clase de surf de ayer había servido para que se olvidara de todo durante unas cuantas horas. Pero hasta que no se levantó esta mañana no notó que la había dejado baldada. Le dolían las costillas, los brazos y hasta los dedos de los pies. Así, de entrada, lo de remar con los brazos no parecía un ejercicio tan duro, pero Jamie se dio cuenta al fin del porqué de la potencia de los bíceps de Kylie. Suponía que se había estado agarrando a la tabla con los dedos de los pies, pero no tenía ni idea de cuál era el origen de su dolor de costillas. Se había tomado unos cuantos antiinflamatorios, pero por desgracia no habían servido de nada.

—De todas formas, me he convertido en una adicta —le dijo a *Mac*, que se estaba balanceando sobre los tobillos—. He contratado otra clase. Puede que hasta debiera empezar a hacer ejercicio de manera continuada. A lo mejor levantar pesas. —De hecho, agarró a *Mac* y lo levantó por encima de la cabeza. Él soltó un maullido de desaprobación, y ella un grito de dolor—. ¡No ha sido una buena idea, ni mucho menos! —dijo mientras dejaba al gato en el suelo. *Mac* la miró mal, pero ya sabía cómo ganarse su perdón. Rápidamente le llenó el plato con una mezcla de carne de venado y salmón, según la etiqueta.

Ahora que ya le había dedicado la atención que necesitaba,

empezó a pensar en ella misma. Lo que de verdad quería era meterse en una bañera llena de sales de Epsom. Aunque, por supuesto, no disponía de ellas. ¿Funcionaría con sal normal? Bueno, decidió que bastaría con un baño de burbujas. Había encontrado algunas esencias en una tiendecita cercana, concretamente lavanda y albahaca. Absolutamente deliciosas. La dueña de la tienda la había dejado pasar a la trastienda, y también sacar algunas fotos. A Jamie le había encantado la pasión que había puesto la mujer al explicarle las propiedades de las distintas plantas.

Jamie empezó a llenar la bañera con el agua a la máxima temperatura que era capaz de aguantar, pero casi inmediatamente cerró los grifos. Tenía que echarle un vistazo al porche antes de empezar a bañarse. Si no lo hiciera, todo el rato que estuviera en la bañera se lo pasaría preguntándose si le habían vuelto a dejar algo sobre el felpudo.

Llegó renqueando hasta la puerta, la abrió y se obligó a mirar hacia abajo. Esta vez había una sandalia de hombre que parecía extraordinariamente gastada, un cepillo de pelo, una gorra de béisbol de los Red Sox y un pañuelo de papel, arrugado y que parecía estar húmedo. ¿Pero quién demonios estaba haciendo eso?, ¿y qué significaba? Igual debería poner una nota en la puerta diciendo que Desmond ya no vivía en esa casa. Todo eso tenía que ser para él. ¿O sería cosa de los críos y sus bromitas? Le preguntaría a Ruby si le habían dejado otras cosas en la puerta aparte del poni.

¿Y si no se trataba de los chicos? ¿Pertenería todo al mismo individuo? ¿Habría alguien que estaba obsesionado con ella? Y, de ser así, ¿por qué? Esa ciudad estaba llena de modelos y de actrices a las que acosar. Le asustaba la idea de que alguien la tuviera en el punto de mira, e intentó quitársela de la cabeza. Sí, sí, muy inquietante. Por otra parte, los calzoncillos eran de diferentes tallas, lo cual quería decir que...

—Buenos días, cariño.

Jamie levantó la cabeza y vio a Hud Martin aproximándose hacia



su casa por la acera. Bajó a toda prisa los escalones para acercarse a él. Si viera toda esa pila de objetos en su porche seguro que le haría preguntas, cantidades industriales de preguntas. Y no le apetecía ni lo más mínimo. No estaba de humor para aguantar excéntricos. Lo que deseaba era un baño caliente y un buen libro que le ayudara a olvidar su inquietud, al menos durante un rato.

—Buenos días —saludó con una sonrisa forzada—. ¿Vas de pesca?  
—Llevaba el chaleco, para variar.

—Esa es siempre la idea inicial, pero casi siempre surge algo que requiere mi atención —contestó—. Hoy se trata de un zapato que ha desaparecido. —Sacó un pequeño cuaderno de notas de uno de los innumerables bolsillos del chaleco—. Una sandalia Teva, talla 43. Forma de mosaico. No sabrás nada del asunto, ¿verdad?

A Jamie empezó a latirle el corazón un poco más deprisa. Se sentía culpable, aunque no había ninguna razón para ello. ¿Debía informar a Hud de que la sandalia había aparecido en su porche? Si lo hacía, empezaría un interrogatorio en toda regla. Pero si la veía sin que ella le hubiera dicho nada...

—Pues sí, la verdad es que algo sé —contestó. Puede que el individuo solucionara lo que estaba ocurriendo. Por lo que le había contado Al, siempre estaba deseando ayudar a resolver misterios—. Esta mañana ha aparecido en mi puerta una sandalia que parece coincidir con la que has descrito. —Dio un paso atrás y señaló el montoncito de cosas—. Pero no solo eso, también esa gorra de béisbol y ese cepillo de pelo. ¡Ah! Y un pañuelo de papel.

—Has dicho que «ha aparecido»...

—Pues sí, han aparecido —recalcó Jamie. Hud anotó algo en su cuaderno—. ¿Cree que puede devolver la sandalia?, ¿o decirme a quién debo restituírsela? —preguntó.

—¿Así que esta mañana es cuando has visto por primera vez la sandalia y los demás objetos?

—Eso es exactamente lo que he dicho.

Se la quedó mirando muy fijamente, y ella mantuvo la mirada.

Si no hubiera aparecido Ruby, sabe Dios lo que hubiera durado el duelo. Hud volvió la cabeza hacia ella.

—¿Hay algún motivo para que estés por aquí esta mañana?

—¿Hace falta que haya alguna razón? —preguntó Ruby. Hud le dirigió «la mirada». Lo cierto es que era casi tan bueno como *Mac* a ese respecto. Ruby suspiró—. Parece como si pensaras que tiene que haber alguna razón para que pasee por mi vecindario. He venido a visitar a mi amiga —afirmó señalando a Jamie—, y a averiguar qué tal le fue con su clase de surf.

Hud volvió a centrar la atención en Jamie.

—Así que clases de surf, ¿no? Una afición bastante cara, ¿verdad?

Jamie empezaba a estar hasta las narices de sus insinuaciones.

—Si la estuviera financiando gracias a la venta de objetos robados, ¿no crees que me habría ido mejor llevándome las dos sandalias y no solo una?

—Igual tenías que haber pensado antes en lo que te habría resultado más rentable, ¿no crees? —apuntó Hud.

—¡Ayúdame! —rogó Jamie dirigiéndose a Ruby—. ¡Por favor, ayúdame!

—Resulta significativo el que seáis amigas, vosotras dos —intervino Hud sin darle tiempo a Ruby a hacer lo propio—. Teniendo en cuenta que en tu porche también «apareció» un objeto robado y que dices que no sabías cómo había llegado hasta allí.

—¿Y sabes otra cosa? Que me dio mucha pena la pobre niña, Riley se llama, así que le fabriqué un establo para su poni. ¡Y le encantó! —informó Ruby a Hud.

—Te hizo sentir bien, ¿verdad? —Hud desenganchó unas pequeñas tijeras del cordón que llevaba alrededor del cuello y empezó a limpiarse las uñas con ellas.

—Pues sí, me sentí de maravilla. Nunca había visto a nadie sonreír de esa manera —confirmó Ruby.

—La mente criminal es algo fascinante —comentó Hud como para sí—. Solemos pensar que su motivación es el lucro o la

venganza. Y es cierto que, en muchos casos, esos son los motivos reales de las fechorías. Pero en otros, las cosas son más extrañas, más retorcidas. Un delincuente podría, pongo por caso, robar algo para que después, al devolverlo, fuera visto como un héroe.

—Así que tu teoría es que robé el poni para poder obtener la gratitud de la nena al devolvérselo, y para poder hacerle un establo de juguete. ¿Es eso lo que quieres decir? —preguntó Ruby.

—¿Acaso he dicho yo eso? —preguntó Hud poniendo cara de inocencia y asombro. A Jamie no le extrañó que no hubiera vuelto a actuar como protagonista en ninguna serie. Era una auténtica pena de actor.

—Pues a mí me parece que sí —respondió Ruby.

—¿Crees que también debería buscar al dueño del pañuelo de papel usado? —preguntó Jamie—. ¿De verdad piensas que alguien se sentiría agradecido de que se lo devolviera?

Hud siguió entretenido con las uñas, y contestó sin mirar.

—Un delincuente inteligente sabe que debe poner pistas falsas para confundir a los investigadores.

—Bueno, ya está bien. Me voy dentro —dijo Jamie dándose por vencida—. ¿Vienes, Ruby?

—¡Pues claro! Tenemos por delante una orgía de robos. ¡Nos lo vamos a pasar de miedo! —exclamó Ruby.

—Hay casos en los que los delincuentes que comparten una psicosis forman equipo. Y eso siempre acaba mal —les advirtió Hud en voz alta mientras entraban en la casa.

—La verdad es que es muy sutil, en plan Sherlock —comentó Jamie abriendo la puerta para dejar pasar a Ruby.

—Sí. Ha estado a punto de hacerme confesar y admitir que somos las Thelma y Louise de Storybook Court —dijo Ruby.

—Necesito un café, ¿quieres uno? —preguntó Jamie dirigiéndose a la cocina.

—Por supuesto. —Ruby se sentó a la mesa y *Mac* se colocó inmediatamente en su regazo.

—¡Vaya! *Mac* suele tomarse su tiempo antes de hacerle los honores a alguien que no conoce —dijo Jamie sorprendida—. ¿Te importa?

—¿Por qué me iba a importar? —Ruby acarició a *Mac* por detrás de la barbilla, y el gato cerró los ojos como si hubiera entrado en una especie de trance placentero.

—¿Te han puesto alguna otra cosa en el porche? —preguntó Jamie mientras echaba café en dos tazas grandes y las colocaba sobre la mesa.

—No. Pero está claro que a ti sí.

—Efectivamente. Desde la última vez que hablamos he recibido una camiseta bien sudada, además de lo de esta mañana. La verdad es que me está costando no ponerme muy nerviosa. —Jaime añadió un par de generosas cucharadas de azúcar al café, removió y dio un trago.

—Pues sí que es extrañísimo, la verdad. Pero insisto, no tiene por qué ser malintencionado. —Ruby seguía acariciándole la barbilla a *Mac*.

—¿Y qué me dices del exdetective televisivo? ¿Tú crees que nos va a denunciar? —preguntó Jamie.

—¿A quién? —preguntó a su vez Ruby riéndose con ganas—. Por otra parte, se lo está pasando tan bien con el asunto que seguro que no quiere que se acabe. Bueno, y hablando de otra cosa, ¿que tal el surf?

—Me alegro muchísimo de que me lo sugirieras. ¡Fue estupendo! Creo que ya estoy enganchada. Pero también estoy baldada, la verdad —respondió Jamie.

—Sabía que disfrutarías como una niña. Y Kylie es estupenda.

—Sí, me encantó que su prioridad fuera el que me lo pasara bien y disfrutara. Y me pareció que ella también se divertía. Mira las fotos que le saqué. —Jamie fue a por su teléfono móvil, buscó las fotos en la galería y se lo pasó a Ruby—. Supongo que eso es precisamente lo que busco en el trabajo de mis sueños. Me gustaría que fuera

divertido, por lo menos parte del tiempo.

—Estas fotos son fenomenales —dijo Ruby mientras las iba pasando—. Has captado su personalidad. Me encanta también la del tipo de «los malos consejos».

—Gracias.

—¡Jamie! Marie dice que vengas a cenar mañana por la noche —gritó Al.

—¿Qué hacen en invierno, cuando la gente tiene las ventanas cerradas? —susurró Jamie dirigiéndose a Ruby, antes de responder, también gritando—. Me parece muy bien, gracias. ¿Qué llevo?

—Nada. Pero Marie dice que te pongas vestido. Ven a las siete.

—¡Huy, huy, huy! —exclamó Ruby.

—Seguro que no estará tan mal. La verdad es que me caen bien —dijo Jamie.

—No, si a mí también me caen bien. He ido a cenar con ellos varias veces. Pero Marie nunca le ha dado instrucciones a Al acerca de qué debía ponerme. —Ruby levantó la taza de café y sonrió—. Amiga mía, me da la impresión de que mañana por la noche te van a buscar pareja.

—¡Pero si les he dicho a Marie y a Helen que no quiero! ¡A las dos, y muy clarito! —explotó Jamie.

—Hace poco que conoces a Marie, pero seguro que te has dado cuenta de que siempre hace exactamente lo que le da la gana.

—Si no te equivocas, probablemente también irá a la cena su sobrino nieto. Lo pone por las nubes cada vez que me ve. Y Helen aboga por su ahijado. ¿Quedaría muy mal si no voy? Puedo decir que estoy enferma.

—Si lo haces, Marie vendrá por aquí con sopa de pollo, diversos tipos de infusiones y alguna que otra pastillita para ayudarte a que te recuperes —predijo Ruby—. No hay escapatoria. Tendrás que pasar por ello.

—Tienes razón. —Jamie suspiró—. Y no es más que una cena, en la que también estarán Marie y Al. No creo que vaya a ser tan terrible.



«Solo durará una media hora, como mucho», se dijo David. Pensaba que iba a estar un poco nervioso. Hacía mucho, muchísimo tiempo, que no tenía una cita. Pero de ninguna manera se esperaba que le sudaran las manos, y a chorros. En cualquier caso, no se trataba de una cita. Sería un encuentro rápido, para que ambos pudieran hacerse una idea de lo que estaban haciendo, y con quién estaban en contacto. Le había dicho a Madison, la chica universitaria que trabajaba a tiempo parcial en la repostería, que iba a pasar por la tienda una amiga. No necesitaba saber nada más, y estaría ocupada con los clientes. Mucha gente se detenía a comprar tartas, dulces o pan de camino a casa. La próxima vez escogería un sitio donde no lo conociera nadie.

Miró el reloj. Faltaban solo dos minutos para las seis. Sacó un plato con dos de sus magdalenas enriquecidas con alcohol, las colocó en la mesa del lado de la ventana y se sentó. Utilizó una servilleta para secarse el sudor de entre los dedos, mientras repasaba mentalmente los posibles inicios de conversación en los que había pensado. Bueno, a decir verdad no los había ideado él, sino que los había leído en un artículo en Internet. «¿Cuál es el trabajo de tus sueños?». «¿Te gustan más los perros o los gatos?». Y el más clásico: «¿Qué tal el día?». Había pensado en tomar prestada la pregunta que utilizaba Ruby para conocer rápidamente a las personas: «¿Qué título le pondrías a la película de tu vida?». Normalmente no tenía dificultades para hablar con la gente, pero esta situación era nueva para él.

Resistió la tentación de volver a mirar la foto de Sabrina, aunque la verdad es que no se le había olvidado su aspecto, en absoluto. Durante el día se habían intercambiado algunos mensajes, y la verdad es que le gustaron. Tenía un sentido del humor bastante rápido, aunque no había captado su referencia a *Pulp fiction*, y la verdad es que hay que sospechar un poco de la gente a la que no le gusta esa película.

Por fin sonaron las campanillas de la puerta, y allí estaba. Su aspecto era exactamente igual que el de la foto. Adam le había advertido de que podría ocurrir que no fuera así. Su amigo se había equivocado... al menos hasta que sobrepasó el banco corrido y pudo verla de cuerpo entero.

Estaba embarazada. Em-ba-ra-za-da. ¿De ocho meses?, ¿más incluso? No podía saberlo exactamente. Pero completa y absolutamente embarazada, posiblemente a pocos días, u horas, de salir corriendo con una pequeña maleta hacia el hospital. El cerebro empezó a enviarle instrucciones. «Sonríe». «No le mires la tripa». «¡Preséntate de una vez!».

Sonrió. Se levantó. La miró a los ojos.

—¿Sabrina?

Ella le devolvió la sonrisa. Una sonrisa muy agradable.

—¿David?

Asintió y la invitó a que se sentara frente a él.

—Magdalenas hechas con bebida de cóctel, como te prometí.

—Fabuloso. —Se sentó, tomó una de las magdalenas y le dio un mordisco—. A mi novio le habría dado un ataque si me hubiera visto haciendo esto. Le preocupaba mucho que ganara demasiado peso.

—Novio —repitió David. ¿De verdad que su primer contacto en la página de citas era una mujer embarazada, no, una mujer a punto de dar a luz, y con novio?

—Exnovio —puntualizó—. Se comportaba como si le preocupara mi salud y la del bebé, pero... ¡qué demonios! Lo que de verdad no quería era que engordara. Probablemente espera, esperaba, que volviera del hospital en bikini inmediatamente después de parir. —Dio otro bocado a la magdalena—. ¡Increíble!

A David le dio la impresión de que el tipo había dejado de ser su novio no hacía mucho. ¿Qué diablos se suponía que debía hacer en una situación como esta?

—¿Quieres té, café o algo? —preguntó. Estaba claro que tenía que actuar con normalidad, tomarse un café con ella, decir que estaba

encantado de haberla conocido y continuar con su vida como si nada.

—Café, por favor —contestó—. Otra de las manías de mi novio, exnovio: no quería que tomara café. El médico dijo que un poquito de cafeína no era peligrosa, pero a Patrick le daba igual. No quería que bebiera ni un maldito café en los nueve meses. Pero no te vayas a creer que él abandonó sus Nespressos diarios como apoyo moral, no. Decía que no era él el que estaba preñado, por lo que lo que tomara o dejara de tomar no le afectaría al niño en absoluto, y que no era nada razonable que le pidiera a él que renunciara a algo.

—Vuelvo enseguida —dijo David. Se tomó su tiempo para preparar el café, la leche y el azúcar, antes de regresar junto a ella.

—Supongo que tendría que haber preguntado antes —dijo Sabrina una vez que David se hubo sentado de nuevo—. No habrá una excesiva cantidad de alcohol en estas magdalenas, ¿verdad?

—Calculo que tendrías que tomarte alrededor de una docena para ingerir el alcohol que hay en una cerveza —informó David—. Siempre y cuando no les añadas el contenido de las pipetas para «cargarlas», claro.

Sabrina pasó un dedo por la parte superior de una de las magdalenas para que se le pegara el azúcar glas de encima y se lo llevó a la boca.

—No estoy preguntando por las calorías. Ocho meses y medio se hacen muy largos.

—Estoy seguro de ello —dijo David. Tuvo ganas de mirar el reloj, pero se contuvo. Dejaría que se tomara su café tranquilamente, cosa que esperaba que no se dilatara demasiado, y después pondría una excusa inaplazable para marcharse.

—Los hombres siempre fingen actuar de forma comprensiva y empática. Pero ni uno, ni uno solo de vosotros podéis siquiera entender lo que tenemos que pasar, así que no deberíais ni intentarlo siquiera, y mucho menos fingir que lo hacéis. —Su tono de voz se había vuelto agresivo y seco, y sus ojos brillaban obsesivos. O igual solo era una subida de azúcar. Ya había empezado con la segunda



magdalena.

—Sí, por supuesto, tienes toda la razón —concedió David en voz baja y tono calmado—. Ningún hombre puede saber, en absoluto, cómo se pasa estando embarazada.

Empezó a masticar con tanta fuerza que hasta pudo escuchar el sonido de los dientes chocando.

—Y ahora tú te pones a hablar con esa voz de falsa calma, como si yo fuera un animal rabioso y estuviera a punto de morderte.

«¡Lo has captado!», pensó David. Parecía que cualquier cosa que dijera o hiciera, sin importar cómo, se la tomaría a mal, así que centró la atención en echarse azúcar en el café.

—¿Ves? Crees que debo dejar de tomar azúcar, pero ahí estás tú, poniéndote toda la que te da la gana, y justo enfrente de mí —le acusó Sabrina.

—Vamos a ver, espera un momento —dijo David—. Es la primera vez que nos vemos. Yo no creo nada.

—¿O sea que no te importa el niño? —Sabrina terminó la segunda magdalena y apartó de su plato la que estaba a medio comer.

—Mira, creo que no es buen momento de empezar ninguna relación, sea la que sea. Espero que todo te vaya...

Sabrina no le dejó terminar.

—No te gusto, está claro. ¡Pues te digo una cosa: no se puede tener un niño sin engordar! Es imposible.

—No me voy a poner a discutir contigo. Deja que te prepare unas cuantas magdalenas para el camino. —David se levantó inmediatamente, y estuvo a punto de derribar la silla. Volvió a colocarse detrás del mostrador, con la mente trabajando a toda prisa mientras preparaba un paquete con una docena de magdalenas. ¿Conseguiría que se marchara de allí sin que explotara del todo? ¿Llegaría la cosa a tal punto como para que se pusiera de parto prematuro? ¿Existía esa posibilidad?

Le echó una mirada a Madison, que se la devolvió poniendo ojos desorbitados. Estaba claro que no iba a ser capaz de ayudarle. En

absoluto.

—Aquí tienes —dijo David al volver a la mesa dejando el paquete con las magdalenas y sin sentarse—. He puesto dos más de las que tienen cabernet. Las demás no llevan alcohol.

—Puedo tomar mis propias decisiones, ¿sabes? —espetó Sabrina a voz en grito—. He leído cuatrocientos libros acerca del embarazo. Sé perfectamente lo que se debe hacer y lo que no.

—Claro. Por supuesto. —David levantó las manos en signo de rendición. Un perro, amigos, un trabajo que le gustaba: todo le sonaba bien; en realidad, a gloria bendita.

Volvieron a sonar las campanillas de la puerta, y un hombre alto y pelirrojo entró como una exhalación.

—¡Sabrina!, ¿pero qué demonios...? —gritó. Que él recordara, nunca se había gritado tanto en todos los años que llevaba abierta la confitería.

Sabrina alzó la barbilla.

—Sí, me has descubierto. Estoy comiendo magdalenas, y encima con alcohol. Y también estoy tomando café. Si de verdad te preocuparas por el bebé, no deberías gritar. Siempre estás diciendo que el estrés no es bueno para el feto.

—¡No estoy hablando de las malditas magdalenas! —dijo él, con un tono de voz a medio camino entre el grito y el susurro. ¿Sería director de cine sueco?—. Me refiero a que has venido aquí para una cita.

—¿Y por qué no iba a hacerlo? —preguntó Sabrina. Abrió la caja que había preparado David, sacó una de las magdalenas y le dio un mordisco enorme, que arrastró hasta el papel de debajo—. Está claro que no quieres seguir conmigo —espetó con la boca llena. ¡Por Dios, que no se atragantara!—. Estoy demasiado gorda, y soy demasiado egoísta y estúpida como para que me sigas aguantando.

David dio unos pasos hacia atrás, mientras Madison se inclinaba hacia delante con la boca abierta de par en par.

—Cariño, sabes perfectamente que eso no es cierto —dijo el

hombre con un tono repentinamente meloso. Se arrodilló junto a Sabrina y la rodeó con los brazos—. Eres perfecta. Absolutamente perfecta.

Madison le dirigió a David una mirada de genuino asombro, como preguntándole: «¿Estás escuchando a estos dos maniacos?». El hombre se volvió hacia David y se le endureció la mirada.

—Eso está bien, intentar flirtear con una mujer vulnerable por su situación hormonal.

—¡Pero si ni siquiera sabía...! —David no terminó la frase. Dijera lo que dijese, el tipo, Sabrina o los dos perderían los estribos, así que mejor no excusarse, ni siquiera con la verdad—. Lo siento. —Bueno, eso también era verdad. Lo sentía extraordinariamente, completamente, colosalmente.

—Vámonos a casa —propuso él pasando la mano tiernamente sobre su tripa.

Sabrina se puso en pie. Le dirigió una sonrisa a David, como si cinco minutos antes no hubiera estado a punto de clavarle un tenedor en cualquier parte del cuerpo.

—Pareces un hombre agradable. Seguro que encontrarás a alguien apropiado para ti. Yo no lo soy. La verdad es que publiqué el perfil en un mal momento.

—No pasa nada —respondió David. Observó a Sabrina y a su «no exnovio» mientras salían de la confitería, y no dejó de mirarlos hasta que los perdió de vista, por si las moscas. Finalmente, se permitió respirar hondo.

—Vamos a ver, por partes —empezó Madison—. Yo creo que ella tiene un trastorno del vínculo afectivo. Y él, un trastorno de dependencia. —Quería especializarse en Psicología clínica, y le endilgaba un diagnóstico a prácticamente todos los clientes. Aunque, en este caso concreto, la cosa venía perfectamente a cuento.

—Pues yo me limitaré a decir que los dos están como cabras saltarinas —sentenció David—. Me voy a casa.

Su plan para lo que quedaba de tarde era pasear al animal,

tomarse una cerveza, ver algún partido por la tele, no importaba de qué deporte, y no pensar en nada en absoluto hasta, como mínimo, la mañana siguiente. Pero cuando llegó a casa Zachary estaba sentado en los escalones del porche con *Diogee* echado sobre él. Estaba claro que el chico tenía algo en mente.

—¿Qué pasa, chico? —preguntó al tiempo que se sentaba al lado del muchacho. *Diogee* se levantó y le colocó el hocico casi a la altura de la cara. Evidentemente, empezó a acariciárselo.

Zachary levantó un pequeño cuaderno con una cubierta de rayas blancas y negras.

—Esta mañana me he encontrado esto en el felpudo.

David lo agarró y lo abrió. En la primera página había una advertencia escrita en tinta negra, en mayúsculas, con un rotulador de los gruesos: «Quien lea esto será despedazado sin piedad».

—Es el diario de Addison Brewer —dijo Zachary.

—¿Lo has leído? —preguntó David devolviéndoselo.

—No. Bueno, un poquito. Solo para ver de quién era —admitió Zachary—. Y ahora no sé qué hacer. Si se lo devuelvo, es probable que me mate, porque pensará que lo he leído.

—Cosa que has hecho —le recordó David.

—No, todo no —protestó Zachary—. Seguramente se ha puesto de los nervios por no saber dónde está. De los mismísimos nervios. He pensado que tú podrías...

—De eso nada. Haría casi cualquier cosa por ti, muchacho, pero arriesgarme al desmembramiento entra dentro del casi —informó David.

—¿No crees que podríamos dejarle que *Diogee* lo masticara y se lo zampara? —preguntó Zachary esperanzado.

El perro, al escuchar su nombre y algunas palabras que identificaba con comer, empezó a mover la cola como un poseso.

—Estoy seguro de que esa solución también le encantaría a *Diogee* —respondió David—. Pero no. ¿Te haces una idea de lo que me cobraría un veterinario por volver a coserle todas las patas? —

Reflexionó durante un momento—. ¿Qué te parece la idea de devolvérselo por correo? Podríamos poner una etiqueta utilizando guantes de silicona. Así no dejaríamos huellas.

—Eres un genio del crimen. —Zachary se echó hacia atrás colocando los codos en el escalón sobre el que estaba sentado—. Mira, en las pocas páginas que leí...

—Páginas personales del diario... —afirmó más que preguntó David.

—¡No lo he leído entero! —volvió a protestar Zachary—. Pero lo poco que leí me hizo pensar que el chico con el que sale es un imbécil.

—No hace falta leer nada para darse cuenta de eso. —A David estaban empezándosele a cansar los dedos, pero cuando dejó de acariciar al perro, le echó una mirada tan amenazadora que se apresuró a empezar de nuevo—. Prácticamente todo el vecindario los ha escuchado discutir a gritos por teléfono, y sobre todo a ella poniéndole de vuelta y media. Aunque puede que sea una mezcla de que él es un estúpido y que Addison tiene unas expectativas poco adecuadas.

—No creo que sea poco adecuado esperar que se la presente a sus amigos, aparezca cuando han quedado o recuerde el día de su cumpleaños y la felicite. Hasta yo recuerdo cuándo es su cumpleaños —dijo Zachary.

David se dio cuenta de que le gustaba la chica. Sospechaba que el incidente de la marca en la cara tenía que ver con una, pero ni en un millón de años habría podido adivinar que la chica en cuestión era Addison Brewer. No es que Addison no fuera guapa, que lo era. Pero, como había dicho el propio Zachary, se portaba como una arpía. Por lo menos desde hacía más o menos un año. Aunque igual era porque su chico la estaba volviendo loca.

Miró a Zachary. ¿Se habría dado cuenta de que estaba colado por ella?

—¿Escribo una nota en el diario o algo así? —le preguntó el chico

al tiempo que se incorporaba—. Acabo de darme cuenta: ¿no crees que hasta podría asustarse si recibe el diario por correo, y la dirección no figura en él? Podría pensar que alguien la está acosando.

—De acuerdo, lo entiendo —dijo David—. A ver qué te parece esta idea: Ruby ha estado trabajando en una especie de establo para el poni de Riley. Le daré a ella el diario, y la próxima vez que vaya por allí le diré que lo deje en algún sitio, entre los cojines del sofá o algo así. De esa manera Addison pensará que nadie lo ha visto.

—Lo dicho, eres un genio —dijo Zachary relajándose otra vez—. Gracias.

—De nada. ¿Te apetece pasear al perro conmigo? —Al escuchar las palabras «pasear» y «perro», *Diogee* atravesó a la carrera su puerta, que era perfectamente circular, lo mismo que la puerta principal, tipo cabaña de hóbbit.

—Sí.

Justo en el momento en el que *Diogee* salía de nuevo, esta vez con la correa entre los dientes, el teléfono móvil de David empezó a vibrar. La llamada era de Adam. Sabía perfectamente que su amigo no pararía hasta que le contara qué tal le había ido con Sabrina.

—Tengo que contestar esta llamada —le dijo a Zachary—. Vete por delante con *Diogee* por favor, ya os alcanzaré.

Zachary asintió. Agarró la correa y la abrochó al collar del perrazo. Inmediatamente, este lo arrastró hacia la hierba del jardín. David se dio cuenta de que *Diogee* no dejaba salir primero a Zachary por la puerta del jardín, como hacía con él.

David contestó el teléfono móvil. Ni se molestó en decir hola.

—Está embarazada. De más de ocho meses y medio. Y tiene novio —espetó.

—No debes permitir que este pequeño revés te detenga —logró decir Adam cuando terminó de reírse. David escuchó la voz de Lucy al fondo, y tuvo que esperar a que Adam le repitiera lo que David le había contado—. Lucy dice que quiere ser ella la que escoja la siguiente mujer, porque tiene muy claro que tú y yo somos un

desastre y no tenemos ni idea.

—Necesito algo de tiempo para recuperarme —dijo David—. Me siento como si acabara de salir de una telenovela, pero encima como actor invitado.

—¡No fastidies! —respondió Adam—. Para ti «algo de tiempo» quiere decir un año, como poco. Lucy va a estudiar a fondo los perfiles. Seguro que encuentra alguno adecuado para ti. —Colgó antes de que David pudiera decirle que no.

## CAPÍTULO 8



Jamie se dobló por la cintura todo lo que fue capaz para poder sacar una foto de Ruby y Riley, sentadas en el suelo, mirando el maravilloso establo de *Paula*. Ruby había decidido que tenía que tener un lado abierto, como las casas de muñecas. Mientras hablaban sobre lo que debería contener el establo del poni, sus expresiones eran muy parecidas: una mezcla de entusiasmo y de profunda concentración. ¿Debería haber una cama, o un montón de heno suave y dorado, o tal vez algo parecido a unas nubes de color rosa?

—¿Y qué te parece esto? —preguntó Ruby—. Una cama con dosel, pero que en vez de colchón tenga heno dorado.

—¡Y la almohada con dibujos de nubes rosas! —completó Riley aplaudiendo, y después agarró al poni para que aplaudiera también con las pezuñas.

Ruby sacó de debajo de la cama de Riley una bolsa de tela y la acercó adonde estaban.

—He traído un montón de materiales diferentes. A ver cuál podemos utilizar para hacer el dosel.

Sin dejar de sonreír, Jamie hizo un montón de fotos más de las dos, mientras examinaban un vaporoso pañuelo de cuello, hecho de gasa con un estampado de flores. Morado sobre rosa, por supuesto.

«Seguro que Ruby hace lo mismo con los directores con los que trabaja», pensó. «Escuchar lo que quieren hacer y después procurar



encontrar la mejor manera de convertirlo en realidad». Estaba clarísimo que había averiguado cuál era su pasión, y también había logrado ganarse la vida con ella. Y, de paso, hacer inmensamente feliz a una niña pequeña.

La puerta de la habitación de Riley se abrió de repente y haciendo bastante ruido, de modo que Jamie, Ruby y Riley volvieron la cabeza en dirección a ella. Addison, la hermana mayor de Riley, estaba allí delante, con su diario entre las manos. Jamie sabía lo que era porque, cuando iban de camino, Ruby le había contado en confianza que un chico del vecindario lo había encontrado en su propio porche y ella iba a devolverlo sin que Addison se diera cuenta, para evitar que pensara que alguien lo había leído.

—Riley, me habías dicho que no habías tocado esto —dijo Addison con cara de pocos amigos y agitando el cuaderno que llevaba en la mano.

—¡Y no lo toqué! —dijo medio gimoteando.

—Entonces, ¿cómo es posible que estuviera en la esquina de detrás de la silla, junto al libro de colorear de la Princesa Sofía y la varita mágica? —preguntó Addison.

—¡Te he dicho que yo no lo toqué! —repitió Riley.

—Yo siempre encuentro cosas en sitios en los que no recordaba que las había puesto —intervino Ruby rápidamente—. El otro día di con una bolsa de guisantes congelados, quiero decir, de guisantes que en su momento estuvieron congelados, en el cajón de las medias y calcetines. ¡En serio, en el cajón de los calcetines! ¿Os lo podéis creer?

—Sí, yo también encuentro cosas en sitios de lo más raro —intervino Jamie apoyando la causa—. Puede que lo pusieras sobre la silla y se cayera.

—Puede ser —susurró Addison—. Bueno, simplemente no lo toques, Riley, esté donde esté —añadió, y se fue.

—Yo no lo toqué, ni lo voy a tocar —remachó Riley. E inmediatamente se llevó el pañuelo a la mejilla para sentir su

suavidad, y después lo pasó con mimo por la espalda del poni de juguete—. A *Paula* le gusta este.

—¡Magnífica elección! —exclamó Ruby—. Jamie y yo tenemos que irnos, tengo que ayudarla a prepararse para una cita muy importante.

—En realidad no es ninguna cita —le dijo Jamie a Riley, y al instante se sintió estúpida por tener la necesidad de aclararle tal cosa a una niña de cuatro años.

—¿Sabes lo que te digo? ¡Pues que mantengas la mente abierta! —le aconsejó Ruby. Agarró la bolsa de tela, le revolvió el pelo a Riley y acarició levemente a *Paula*—. Me voy a poner a trabajar en el dosel. Si a tu madre le parece bien, podrías venir a casa mañana y así escoger lo que quieras que utilicemos para hacer las nubes y el heno.

—¡No hay ningún problema! La llevaré a la salida del colegio —gritó Addison desde el cuarto de estar—. Lo único que hace falta es que esté en casa a las siete. Es la hora a la que mamá suele llegar, aunque a veces venga bastante más tarde, e insiste en que cenemos juntas. —La voz de la chica era bastante alegre. Tenía que ser duro para ella responsabilizarse por completo y durante tanto tiempo de su hermana pequeña, incluso aunque fuera tan adorable como lo era Riley. El hecho de que Ruby se hubiera sumado a la pareja de hermanas era algo estupendo. Addison podía disponer de un poco más de tiempo libre. Riley recibía más atención. Y Ruby disfrutaba mucho de la compañía de una niña pequeña. Jamie recordaba perfectamente el tono de tristeza de Ruby cuando le contó que, en su momento, había perdido toda esperanza de tener hijos. En fin, que todas ganaban.

—De acuerdo, pues eso haremos —dijo Ruby—. Adiós, guapas.

—Adiós. Gracias por dejarme visitaros —añadió Jamie.

—Adiós —dijo Riley mirando ensimismada el establo, como si ya estuviera imaginándose la cama con dosel. También se escuchó una tenue despedida que solo podía proceder de Addison.

Jamie y Ruby acababan de salir de la casa cuando escucharon un grito, así que volvieron a entrar inmediatamente.

—¿Qué pasa? ¿Algo va mal? —exclamó Ruby mirando alternativamente a Addison y a Riley.

Addison arrojó su teléfono móvil al suelo.

—Lo que pasa es que el chico con el que salgo es un... —Eché una mirada a su hermana pequeña y se contuvo—. No es muy agradable, ¿sabéis? Me ha mandado una foto en la que está con sus amigos en un McDonald's, y la chica que trabaja allí, Olivia, que va a nuestro instituto, prácticamente está sentada sobre su rodillas. ¡Y a él le encanta! Tanto que ha enviado la foto a un montón de gente. Supongo que no tenía la intención de mandármela a mí, habrá usado la lista habitual y yo estoy en ella, claro. Da igual. Sea como sea, es un... Bueno, lo que decía, no es muy agradable.

—¿Cuánto tiempo llevas saliendo con él? —preguntó Jamie mientras Ruby acompañaba a su habitación a Riley.

—Dos años. Aunque habría que descontar las veces que hemos roto —respondió Addison—. Yo las incluyo, porque siempre volvemos a salir.

—Supongo que eso es lógico —concedió Jamie.

—La pobre Riley dice que el grito ha asustado a *Paula*, pero que el poni ya se ha calmado —informó Ruby cuando volvió al cuarto de estar—. Tengo que admitir que al escuchar tu chillido se me paró el corazón durante un momento, Addison. Sonaba más a que habías sido víctima de un apuñalamiento que de una pequeña infidelidad por parte del chico con el que sales.

Addison agarró de nuevo el teléfono, que al parecer había sobrevivido al golpe.

—Le voy a mandar un mensaje diciendo que si se combinan las espinillas de una guarra con la grasa de las hamburguesas el cáncer es inevitable —informó.

—Bueno, tenemos que irnos —dijo Ruby apresuradamente—. Recuerda traer a casa a Riley mañana cuando salga del colegio.

—Sí —contestó Addison distraídamente con los ojos fijos en el teléfono.

—Estaba intentando encontrar la mejor manera de decirle que dejara de perder el tiempo con ese chico —comentó Jamie una vez que estuvieron de nuevo en la calle—. Pero todo lo que se me ocurría era demasiado moralista, pese a que yo tengo experiencia más que suficiente en eso de aguantar durante mucho tiempo con la pareja inadecuada.

—¡Cómo todos! —dijo Ruby mirando a Jamie—. Por ejemplo, yo tenía que haberme dado cuenta de que el hecho de que mi ex y yo no teníamos los mismos objetivos ni siquiera antes de casarnos era una señal inequívoca de fracaso futuro. La cosa es que ahora sí que tiene hijos, lo que quiere decir que sí que queríamos las mismas cosas, pero el problema era que él no quería hacerlas conmigo. —Chasquéo los dedos de la mano derecha—. Pensar en este tipo de cosas conduce a la locura, así que vamos a dejarlo. Prefiero centrarme en la decoración del establo para *Paula*. A ver cómo fabrico los postes para la cama con dosel.

Jamie entendió que había cuestiones de las que era mejor no hablar. A ella no le apetecía en absoluto pensar en don «me agarro a un clavo ardiendo», ni en don «se me olvidó decirte que estoy casado», ni en ninguno de sus restantes errores amorosos.

—¿Fabricar? La verdad es que eres el mejor ejemplo que conozco de persona polifacética.

—Hice algunos animalitos para una película. Ese es uno de los aspectos que más me gustan de mi trabajo, que siempre estoy discurrendo y aprendiendo cómo hacer cosas nuevas —explicó Ruby—. Creo que soy adicta a aprender.

—Yo también quiero eso. Enseñar lo mismo una y otra vez se hace muy cuesta arriba. Te doy las gracias de nuevo por la sugerencia del surf —añadió—. Además, se me ocurrieron algunas ideas en lo que se refiere a mi búsqueda de autorrealización. Lo que pasa es que necesitaría un salario para vivir. —Eso era lo que quería, centrarse en el futuro, no en el pasado.

—Respecto a lo del salario no creo que pueda ayudarte, pero lo

que sí te digo es que una vez fui a una sesión de mejora personal. Ese grupo que se llama The Groundlings suele ofrecer alguna. Melissa McCarthy empezó con ellos. Y también Cheri Oteri, Lisa Kudrow, Julia Sweeney, Kristen Wiig y Jennifer Coolidge. Son unas mujeres increíbles. Y los hombres también estaban muy bien. Fue una sesión estupenda.

—La verdad es que suena un poco aterrador —comentó Jamie.

—Lo que no te mata te hace más fuerte —recitó Ruby—. ¿No te importa que mire en tu armario? —preguntó cuando llegaron a casa de Jamie. Ya se estaba dirigiendo al dormitorio, con *Mac* trotando a su lado.

—En absoluto. Aunque tampoco hay mucho que ver en lo que se refiere a vestidos. Estoy en una fase en la que me da la impresión de que la ropa que tengo no va conmigo. ¿No te ha pasado nunca? —preguntó Jamie.

—¡Si vieras mi guardarropa! Parece que su dueña padece un trastorno de personalidad múltiple, creo que ahora lo llaman trastorno de identidad disociativo. Pero lo único que pasa es que quiero disponer de distintas opciones. —Abrió las puertas del armario de Jamie y empezó a trastear con la ropa—. Ah, mira ese vestido negro corto —dijo—. Muy bonito, pero no cuadra mucho con una cena en casa de los vecinos. Aunque parece que la otra opción posible es un vestido para un funeral.

—¡Aciertas! La última vez que me lo puse fue precisamente para eso, para el funeral de mi madre —confesó Jamie estirando la mano para tocar la manga del serio vestido azul marino.

—Lo siento —murmuró Ruby.

—No pasa nada. ¿No crees que una falda sería suficiente para satisfacer a Marie? —Jamie sacó la falda tubo beis que había utilizado para la reunión entre padres y profesores—. No es nada especial, pero no me parece que haya otra opción.

—Tengo que llevarte de compras, está claro —concluyó Ruby—. Para empezar iremos a Tal Como Vestíamos. Tienen una ropa *vintage*

estupenda. Pero a lo que vamos: sí, esa falda puede valer. Con esto. — Había seleccionado una camisa de cambray—. Y debajo de esto—. Sacó un jersey de rayas verdes y blancas—. Ponte estos zapatos, ¡me encantan! —Había elegido unos zapatos tobilleros de punta abierta, muy elegantes, que eran los favoritos de Jamie: un derroche de hacía algunos años, pero que había amortizado con creces.

—Nunca se me hubiera ocurrido mezclar todo esto —dijo Jamie—. Está clarísimo que tienes la mirada de una artista. ¿Tienes alguna idea de con qué me va a sorprender Marie en la cena? Me ha hablado de un sobrino nieto, ¿lo conoces?

Ruby negó con la cabeza.

—La verdad es que no envidio el que te veas involucrada en una de las luchas de Marie y de Helen. La del pan irlandés fue verdaderamente épica, y duró más de un año. Nessie, la hermana de Helen, se vio envuelta en ella. Aunque la verdad es que nunca hablaron directamente. La única que lo hizo fue Marie.

—He escuchado a Marie mencionar a Nessie, pero no sabía de quién se trataba —dijo Jamie.

—Es la gemela de Helen. Crecieron en Storybook Court. Sus padres se divorciaron cuando tenían once años, y el padre se trasladó a una casa más o menos cercana a la urbanización, mientras que la madre se quedó en la vecina de los Defrancisco. Nessie, o sea, «Clitemnestra» si te gustan los clásicos, se fue con papá, y Helen con mamá. Helen y Nessie nunca volvieron a hablarse.

—¡Qué triste!

—Sí, mucho. No me puedo ni imaginar la posibilidad de no hablar con mi hermana. Me gustaría que viviera más cerca. Está en Nueva Orleans —informó Ruby.

—Pues a mí me gustaría tener una hermana o un hermano. Ahora que mi madre no está, me he quedado sin familia. Bueno, ya sabes, algunos parientes con los que intercambio felicitaciones de Navidad.

—Jamie se dio cuenta de que *Mac* se había metido en su armario y estaba mirando la caja con las cosas que le habían dejado en la

puerta. Así que lo agarró, lo envió a la cama y rápidamente cerró la puerta del armario para que el gato no pudiera volver a entrar. Soltó un maullido de disgusto, pero ella no le hizo caso. Algunas veces era mejor desoír a *MacGyver*.

—¿Y qué pasó con tu padre? —preguntó Ruby.

—Un accidente de automóvil, cuando yo tenía más o menos la edad de Riley. La verdad es que apenas me acuerdo de él —respondió Jamie.

—Eso es muy duro —dijo Ruby dándole un pequeño apretón en el hombro. Jamie cambió de tema. No le apetecía emocionarse antes de lo que seguramente iba a ser parecido a una cita a ciegas en casa de Al y Marie.

—Lo que más me fastidia es que intenté por todos los medios evitar que Marie me organizara una cita. Le comenté que no quería. Creo que dije realmente «No, no, no. No». Así que podría ser que esta cena fuese solo eso, una cena.

—Los indicios apuntan a que no es así —dijo Ruby, con cierto aire pesaroso—. Marie nunca me ha contado nada acerca de su sobrino nieto, así que no te puedo dar ninguna información. Respecto al ahijado de Helen, solo lo he visto una vez. Y tampoco te puedo servir de mucho. Me pareció un tanto soso. Dijera lo que dijese, no soy capaz de recordarlo.

*Mac* empezó a ronronear con fuerza, y Jamie vio que se había acurrucado sobre la ropa que había sacado del armario.

—No necesito ningún adorno. Llevaré pelo de gato. —Le dio un empujoncito, y el minino saltó de la cama y empezó a andar por la habitación, resoplando y con la cola bien levantada—. ¿Marie tiene la costumbre de intentar colocar a todo el mundo, o es que yo soy especial?

—Hace unos años intentó buscarme pareja, pero tienes que tener en cuenta que lleva bastante tiempo sin sangre nueva en los alrededores.

—¿Y Helen? ¿Marie no ha intentado nunca buscarle pareja? —

preguntó Jamie.

—Pues no, al menos que yo sepa —dijo Ruby—. Pero Helen, al contrario que tú y el resto de nosotros, es capaz de enfrentarse a Marie, y hasta de ganar en algunos casos.

—¡Ah!

—Tengo que marcharme. Voy a hacer una tarta para el programa *Holiday baking* y no quiero retrasarme —comentó Ruby.

—Sí. La fecha es a finales de septiembre, ¿no? ¡No te va a dar tiempo! —dijo Jamie tomándole el pelo.

—¡Mañana me van a mandar los detalles! O incluso esta misma noche. Podrás venir al programa si quieres —dijo Ruby mientras se dirigía hacia la puerta.

—¿Y qué pasaría si vinieras tú también a cenar? —le preguntó Jamie agarrándola del hombro—. Te prometo que, si vienes, te ayudo con la tarta. De hecho sería capaz de hornear para ti un millón de galletas. Seguro que a Marie no le importa. Apuesto lo que sea a que ha hecho cena para una docena de personas.

—Eso tirando por lo bajo. Seguramente después mandará a Al a repartir las sobras entre los vecinos —comentó Ruby asintiendo—. Pero no me puedo presentar sin que me hayan invitado. Marie me mandaría derechita a casa.

Probablemente tenía razón. Jamie ya se había dado cuenta de que Marie no se cortaba un pelo a la hora de decir lo que pensaba ni de hacer lo que quería. La cortesía le importaba un bledo.

—Sé positiva —le dijo Ruby—. Sea como sea, lo pasarás bien. Y nadie va a estropear «El Año de Mí Misma». Si te apetece, puedes utilizar a quien conozcas solo para el sexo.



«Sé positiva, como ha dicho Ruby», se recordó Jamie al tiempo que, unas horas más tarde, llamaba a la puerta de los Defrancisco. Le abrió Marie. Movi6 la cabeza mientras le indicaba que entrara.

—Bueno, llevas falda. Pero los cuadros no pegan con las rayas. Tienes una pinta un poco *bonemia*.



Se mordió la lengua para no corregirla y decir «bohemia» en vez de *bonemia*. Le encantaba el aire alegre del atuendo que le había propuesto Ruby, pero no serviría de nada ponerse a discutir con Marie al respecto. En lugar de eso, le ofreció el ramo de flores que había comprado para agradecerle la invitación. En este caso sí que logró que asintiera en señal de aprobación.

—Al, trae un florero —ordenó Marie.

Al apareció en el vestíbulo, agarró las flores con un gruñido amistoso y desapareció con ellas en la cocina. Marie señaló hacia el sofá del cuarto de estar, ¡que estaba vacío!, y, muy aliviada, Jamie se sentó. Pero el alivio solo duró unos pocos segundos, hasta que volvió a sonar el timbre de la puerta.

—Nuestro asesor fiscal se ha roto la muñeca, y el pobre ha estado alimentándose de comida preparada durante un montón de tiempo, así que cuando me lo encontré esta mañana en el supermercado lo invité a cenar —le explicó Marie a Jamie, y después fue hacia la puerta.

«Esta mañana, ¡ya, ya!», pensó Jamie. Lo cual cuadraba perfectamente con el hecho de que ayer Marie, por medio de Al, le hubiera dicho que llevara vestido, y no ropa informal. Jamie se preguntó hasta qué punto tendría Marie confianza con el asesor fiscal, y por qué razón pensaba que podrían formar una buena pareja, si es que había alguna. Puede que creyera que a la «avanzada edad» de treinta y cuatro años, lo único que hacía falta era que conociera a alguien por pura necesidad.

En cualquier caso, el hombre al que acompañó al cuarto de estar no era cualquier cosa. Si lo hubiera visto su madre, habría dicho que tenía «muy buen aspecto», que era la frase que utilizaba para expresar su aprobación por un hombre joven. Estatura media. Peso normal. Se había esforzado con su aspecto, pues llevaba americana, aunque informal, y corbata. Se preguntó si Marie le habría indicado también cómo debía ir vestido a la cena. Lo que sí que notó Jamie es que no se sorprendió al verla.

—Te presento a Jamie Snyder. Acaba de mudarse y es vecina nuestra. Es de Pensilvania, y enseña Historia en un instituto —informó Marie.

—La verdad es que en estos momentos no soy profesora pero, por lo demás, no ha fallado en nada —dijo Jamie en tono ligeramente guasón. Marie la miró frunciendo el ceño, pero el hombre sonrió. Tenía una de esas sonrisas que transforman la cara de una persona convirtiéndola de agradable a verdaderamente atractiva.

—Y este es Scott Reid. Lleva ocho años siendo asesor fiscal de Al y mío, desde que su padre se jubiló —continuó Marie.

—Encantado de conocerte —le dijo Scott a Jamie, y después se volvió hacia Marie—. Te he traído esto. Gracias por invitarme. —Le acercó una caja de bombones.

«Muy buenos modales», pensó Jamie tomando nota. Pero no podía esperar otra cosa de una persona que tuviera la aprobación de Marie.

Marie colocó los bombones en la mesa del café.

—Voy a ayudar a Al con los aperitivos —indicó, y los dejó solos.

—¿Cómo te rompiste el brazo?, ¿o estás un poco harto de contarlo?

—No, harto no. Lo que pasa es que me da un poco de vergüenza —dijo Scott—. Me caí de la tabla de nadar.

—No tiene por qué darte vergüenza —dijo Jamie—. Todo el mundo se cae alguna vez. Por ejemplo, yo acabo de dar una clase de surf y me caí por lo menos veinte veces, alguna vez hasta antes de ponerme de pie sobre la tabla.

—¿Surfista? Supongo que sabes que somos enemigos mortales, ¿no?

—¿Y eso?

—Los surfistas consideran que el suyo es el rey de los deportes, y que los demás deben ganarse el derecho a ponerse a la cola —explicó Scott—. En cierto modo lo entiendo. Cuesta mucho tiempo de entrenamiento eso de ir de pie sobre la tabla como para soportar que

los que vamos tumbados seamos capaces de tomar olas desde el primer día, aunque básicamente parezcamos esponjas.

—Ahora que lo dices, la tabla que utilicé en mi clase era casi igual que una esponja. Mi instructora me dijo que encubría los errores mucho más que una tabla rígida. Pero, pese a todo, no paré de caerme, así que tampoco es que los oculte tanto. No obstante, me lo pasé muy bien. Me encantó.

Marie regresó, seguida de Al, que llevaba una bandeja con copas de martini llenas de un líquido dorado.

—¿Qué son?, ¿martinis de pera? —preguntó Jamie.

—¡Qué va! Son cócteles sidecar —dijo Scott riendo—. ¡Hasta has puesto azúcar en el borde, qué detalle! —exclamó al tiempo que Al le acercaba una de las copas, no sin proferir un gruñido de satisfacción.

Jamie le dio un sorbo al suyo.

—¡Mmm! Me siento como si estuviera en una fiesta de los Gatsby.

—Seguro que estos cócteles que ha preparado Al no desmerecerían si los hubieran servido en el East Egg de Long Island<sup>3</sup> —dijo Scott mostrando su acuerdo.

Puede que Ruby hubiera acertado. Scott al menos parecía tener suficiente potencial como para ser estupendo. Sabía de surf y también de Literatura, y su sonrisa era espléndida. Ahora no estaba interesada en nada serio, desde luego no en una relación sentimental. Pero puede que pudiera utilizarlo para el sexo, además de para un poco de conversación y hasta para ir a la playa, sin perder la perspectiva de «El Año de Mí Misma». Nada serio. Nada que la apartara de sus objetivos.



—Te lo has pasado bien, ¿a que sí? —dijo Ruby mientras le abría la puerta a Jamie unas horas después.

—La verdad es que sí —admitió Jamie.

—¿Era el sobrino nieto? —preguntó Ruby mientras se dirigían hacia la cocina. Ruby era una de esas personas para las que la cocina era el verdadero cuarto de estar de la casa.

—¡No, qué va! Era el asesor fiscal de Al y Marie. —Le pasó a Ruby una bolsa de papel bastante grande—. Sobras. Le dije a Al que a ti te las entregaría yo.

—¿Tomasteis cócteles? ¡Seguro que sí! Al es el «señor mezclas». Una vez me preparó un saltamontes completo, incluidas las limaduras de chocolate, y otra un *french 75*, y la espiral de la corteza de limón era absolutamente perfecta. Considera que la presentación es casi tan esencial como el contenido.

—A nosotros nos ha tocado el sidecar. De entrada no lo reconocí. Tengo que admitir que mi experiencia con los cócteles es entre baja y nula —indicó Jamie.

—¿Pero por qué estamos hablando de bebidas? Te lo has pasado bien, lo cual quiere decir casi obligatoriamente que el contable resultó un acompañante adecuado, eso como mínimo. —Ruby abrió la bolsa, aspiró el aroma y sonrió—. ¿El pollo Kiev de Marie?

—Exacto. Y una tarta de chocolate rellena.

—Sí, la que se hace con un molde de aluminio, ya sé —asintió Ruby—. ¿Pero por qué estamos hablando de comida? Dame detalles sobre él —le urgió Ruby mientras cerraba la bolsa de papel.

—Pues pienso que podría ser estupendo. Inteligente, abierto y con intereses y gustos variados, bien educado, una sonrisa muy agradable... —enumeró Jamie.

—¿Te dije que tuvieras una actitud positiva! —exclamó Ruby—. ¿Os pasasteis los números de teléfono?

—Sí. —Jamie notó que su sonrisa se expandía mucho y la controló—. Pero no voy a volverme loca. En mi agenda hay cuestiones bastante más importantes que una relación sentimental.

—¿Eso me lo estás diciendo a mí o a ti misma? —preguntó Ruby. Abrió otra vez la bolsa y sacó un táper—. He cenado hace rato, pero no puedo contenerme y voy a comer un poco. ¿Te importa?

—Por supuesto que no —respondió Jamie.

—El contable no tiene por qué interferir en el objetivo de diseñar tu futuro. Tómalo como una diversión adicional. Como el surf. —

Ruby se echó hacia atrás en la silla y se las apañó para sacar un tenedor de un cajón sin tener que levantarse.

—Bueno, vamos a ver si llama —dijo Jamie.

—Llamará —le aseguró Ruby.

—¡Ay caramba! Justo cuando has dicho eso ha vibrado el teléfono móvil —dijo Jamie sacando el aparato del bolsillo.

—No me puedo creer que tenga amistad con personas que dicen «¡Santo Cielo!» y «¡Ay caramba!» —dijo Ruby espontáneamente y sin la menor ironía.

—Es un mensaje suyo —indicó Jamie.

—No entra en el juegucito de hacerse el interesante y no mostrar atención. Me parece muy bien —opinó Ruby mientras se metía en la boca un trozo de pollo.

Jamie leyó el mensaje. Lo volvió a leer. Otra vez más. Y todavía otra.

—¿Y bien? ¿Qué dice? —preguntó Ruby. Se tomó otro trozo de pollo y Jamie le pasó el teléfono para que viera el mensaje ella misma. No se sentía capaz de repetirlo en alto con su propia voz.

Ruby leyó el mensaje, se quedó perpleja, tosió y hasta se le salió de la boca un trocito de pollo.

—Marie no... bueno, ni se me ocurre pensar qué haría Marie si leyera esto.

—No va a leerlo. Lo voy a hacer desaparecer inmediatamente. — Jamie recuperó el teléfono y lo borró; pero no sabía si sería capaz de eliminarlo de su mente alguna vez: «No cuadras del todo con mis preferencias, pero me caes muy bien, me gustas y no quisiera que te perdieras nada en lo que a placer se refiere. ¿Tienes algún amigo interesante al que le apeteciera unirse a nosotros? Esta noche estoy libre».



*Mac* no tenía muy claro cómo debía interpretar el olor que despedía Jamie esa noche. Abrió la boca para paladearlo y así poder tener más información, pero, incluso después de hacerlo, no estuvo

seguro del todo. Y, por la misma razón, tampoco estaba seguro de qué regalo debía traerle.

De todas formas, se sentía inquieto. No tenía ganas de irse a dormir. Recorrería el vecindario. Sabía que ahí fuera había otros humanos que necesitaban su ayuda.

Y el descerebrado siempre estaba pidiendo a gritos lecciones de humildad.

---

3 N. del Trad.: El East Egg es una de las zonas de Long Island en las que se desarrolla parte de *El gran Gatsby*, la famosa novela de Scott Fitzgerald.

## CAPÍTULO 9



—De acuerdo, esta suena bien —dijo Lucy—. Dice que es adicta a los crucigramas absurdos *online*. Me parece estupendo. Vamos, que me encanta. ¡Mira que es molesto que la gente diga cosas como «me gusta aprender sobre nuevas culturas, y releer a Proust»! No parece superficial. Una de sus películas favoritas es *¡Olvídate de mí!* Y tampoco pone una lista de las cosas que no le gustan de un hombre. Ni otra con los miles de millones de cosas que sí que le gustan.

—¿Pero es que no se ha enterado de que necesito tiempo para recuperarme de la mujer embarazada que estuvo a punto de parir en la confitería, además de confundirme con su novio? Te dije que tenía novio, ¿verdad? —le preguntó David a Adam. Los tres estaban en la terraza de Lucy y Adam, con el monitor puesto para estar al tanto de la niña. Lucy tenía miedo de que la más pequeña, Maya, que solo tenía tres años, tuviera una pesadilla y no pudieran oírla, pese a que cuando las tenía gritaba con tanta fuerza que seguramente era capaz de despertar a los muertos.

—Ya han pasado varios días —dijo Lucy, que seguía mirando perfiles—. Si dejamos que esperes demasiado, nunca conseguiremos que tengas otra cita.

—Hay momentos en los que hacéis que me sienta como si fuera vuestro tercer hijo —dijo David.



—Pues sí, eres como nuestro niño grande, y de paso un poco tonto —confirmó Adam—. Eso es exactamente lo que pensamos.

—Y, además, queremos que seas feliz —añadió Lucy—. Mira, aquí hay otra que está bien. Dice que ha tomado helado de fuagrás en un restaurante de gastronomía molecular. Le gusta probar cosas nuevas porque así establece nuevas conexiones neuronales. No obstante, su comida favorita con diferencia son las patatas fritas de McDonald's. Tiene pinta de ser inteligente, aventurera y con los pies en la tierra.

—A ver la foto... —intervino Adam.

—La foto no debería importar —dijo Lucy escondiendo el teléfono móvil—. ¿Acaso tú me quieres a mí por mi aspecto? —le preguntó a su marido.

—¿Hay una forma correcta de contestar a esa pregunta? —inquirió David en tono irónico.

—¡Pues claro! Toma nota —dijo, y miró a Lucy—: A mí me gusta todo de ti.

—Ya veo —murmuró David negando con la cabeza y dando un trago a su cerveza.

—Y, en cualquier caso, es una mujer muy guapa. Lo único que pasa es que no creo que eso sea lo realmente importante. — Finalmente le enseñó el teléfono a Adam, que se inclinó para mirar.

—Tiene mi aprobación —informó.

—Bueno, entonces, ¿qué le digo de su parte? —le preguntó Lucy a Adam pasando completamente de David.

—¡Oye, que soy perfectamente capaz de discurrir yo mismo lo que sea! —protestó David.

—Bueno, bueno. Entonces, ¿qué quieres que le diga? —preguntó Lucy dirigiéndose a David esta vez.

—Lo que quiero decir es que podría utilizar mis propias palabras, en caso de que quisiera hacerlo, ¡pero es que no quiero! —concluyó David sintiéndose muy cansado repentinamente. Habían pasado más de una hora mirando perfiles.

—¿Qué es lo que no te gusta de ella? Si me lo dices, buscaré otra

—dijo Lucy solícita.

David se mesó los cabellos. La única forma de acabar con la pesadilla sería salir con alguien, estaba claro. Con quien fuera. Además, quizá no estuviera siendo del todo justo basar su opinión sobre las citas vía Internet en una sola experiencia, por estrambótica que hubiera resultado. Parecía que el perfil de la chica era interesante. Y no quería pasarse el resto de la vida solo.

—Dame el teléfono.

Lucy se lo pasó con un gesto de alegría contenida. David leyó el perfil, miró las fotos y, finalmente, mandó un mensaje diciendo que estaba intentando mejorar sus conexiones neuronales por dos vías: estableciendo citas por medio de Internet y diseñando nuevos tipos de magdalenas, siempre sin incluir derivados de la carne.

—Si al final quedáis, puede que debieras llevarla a ver una película muda en el Silent Movie Theatre —sugirió Lucy—. Sería una primera cita absolutamente memorable.

—Sí, memorable desde el punto de vista del aburrimiento —precisó Adam—. Sabes que me encanta el cine, pero es que esas caras que ponen en las pelis mudas... —Torció los labios y se separó los ojos intentando representar una versión exagerada y paródica de una persona enamorada—. Las películas necesitan diálogos de verdad.

—Dijo el guionista... —señaló David.

—¡Anda ya! Ni siquiera Clarissa iría contigo —respondió Adam enfadado.

Durante un momento, el único sonido que se escuchó fue el que hacía Maya a través del monitor. David pudo captar la mirada asesina que le dirigió Lucy a su marido, como diciéndole: «¡No me puedo creer que hayas dicho eso!».

—No voy a llevar a nadie al cine mudo —informó David rompiendo el incómodo silencio—. ¿Qué pasaría si le encantara, pero terminaríamos mal aborreciéndonos el uno al otro o incluso algo peor? Tendría que eludir su presencia allá donde fuera. Y no quiero empezar por tener que evitar uno de mis sitios favoritos de Los

Ángeles.

—Tienes que pensar positivamente. —Adam le dio una palmadita en la espalda—. Has tenido una cita horrible, pero eso no quiere decir que todas vayan a ser así.

Adam tenía razón. Si terminaba saliendo con esa mujer, era casi seguro que la cosa iría mejor que en la primera cita con la embarazada, ¿o no?



Jamie se sentó en la pequeña sala multiusos del campus del Community College de Los Ángeles. La siguiente sesión de mejora personal de Groundlings no comenzaría hasta dentro de unos meses, pero encontró un curso de teatro en la universidad pública que estaba precisamente a punto de empezar, así que decidió apuntarse. ¡Experiencias nuevas! ¡Estupendo!

No obstante, a su estómago no parecía terminar de gustarle la idea de intentar actuar delante de otras personas. «Estómago, tampoco te parecía del todo bien lo del surf, y ya ves...», se dijo.

No parecía ser la única que estaba algo nerviosa. Una mujer que se sentaba unas filas más adelante se mordisqueaba la uña del dedo gordo, y un hombre que debía de andar por los setenta no paraba de mover los pies de forma casi frenética. Jamie le sonrió.

—¿Por qué se ha apuntado a esta clase?

Tardó un poco en contestar, pero finalmente le devolvió la sonrisa.

—Lo cierto es que me mudé aquí para ser actor.

—¿Hace cuánto? —preguntó Jamie intentado ocultar su sorpresa—. Yo también acabo de mudarme a Los Ángeles.

—Pues... hace exactamente cincuenta y dos años —respondió riendo—. Eran tiempos en los que tenía la cabeza completamente cubierta de pelo y pensaba que había nacido para ser estrella de cine.

—¿Y qué pasó?

—Fui a un montón de audiciones. ¡Hasta me busqué un agente! Muchos profesionales, productores, directores y demás dijeron que yo les gustaba. Pero tardé bastante en entender que eso era lo que los

productores y directores les decían a todos los agentes. —Volvió a reírse—. Hice un anuncio para promocionarme. Bueno, algo parecido, una mezcla de información real y de mensajes comerciales. Guardo una cinta de video para demostrar que digo la verdad. Solían pasarlo entre las cuatro y las cinco de la mañana (no tenía demasiado dinero, así que solo podía pagar esas horas de mínima audiencia). Y, finalmente, me di cuenta de que mis sueños hollywoodienses no iban a convertirse en realidad, así que conseguí trabajo como farmacéutico. —A medida que se iba animando hablaba cada vez más deprisa, hasta ir casi a la velocidad del movimiento de sus pies—. Afortunadamente, les hice caso a mis padres cuando me dijeron que tenía que estudiar algo y sacar un título universitario. Pero, ahora que me he jubilado, pensé que podía apuntarme a unas clases, solo por divertirme. Y, de paso, para estar algo de tiempo fuera de casa y así evitar que mi mujer se divorcie de mí. También he pensando que quizá debía haberme apuntado a las clases de pintura con acuarelas en vez de a estas pero, al fin y al cabo, a nadie le va a importar que lo haga bien o mal. —Por fin se detuvo para respirar.

—Va a ser la primera clase para todo el mundo —dijo Jamie—. Creo que todos estamos un poco nerviosos. Desde luego, yo lo estoy.

Él se acercó y le tendió la mano.

—Clifton —se presentó.

—Jamie. Me alegro de conocerte.

Se abrió la puerta y apareció una mujer bajita con el pelo muy largo de color castaño claro.

—Bienvenidos a la clase de «Introducción a la interpretación» —dijo en voz bastante alta—. Me alegra veros a todos. Si os parece, empezaremos sin más preámbulos. Vamos a presentarnos y a explicar brevemente por qué estamos en este lugar. Mi turno, que para eso soy la profe. Mi nombre es Ann Purcell. Estoy aquí porque quiero compartir mi entusiasmo por la interpretación. Soy uno de los miembros fundadores del grupo teatral Journey Theatre Ensemble de Los Ángeles, en el que actúo y, a veces, también dirijo. Esa soy yo.

¿Quién se anima?

Jamie decidió que prefería ser la primera en presentarse, en lugar de quedarse allí sentada esperando a que terminaran los demás llena de angustia, y les dijo a todos que iba a seguir el curso porque quería hacer algo nuevo, algo que no había hecho nunca. La mujer que se mordía las uñas dijo que era guionista de televisión y que pensaba que una clase de interpretación podría ayudarla a desarrollar proyectos más atractivos y viables. Clifton compartió con el grupo más o menos lo mismo que le había contado a Jamie, pero hablando todavía más deprisa. Su anuncio era lo más cercano a una actuación profesional que había hecho nadie en la clase.

—Magnífico. Todos habéis estado magníficos, de verdad —los felicitó Ann cuando terminaron—. Me encanta el espíritu aventurero que desbordáis todos vosotros. Vamos a empezar con un ejercicio de improvisación que creo que resulta muy efectivo a la hora de sacar las emociones a la superficie. Seguro que os sorprenderá lo lejos que podéis llegar si comenzáis en el punto adecuado. Jamie, ¿te importaría que empezáramos por ti otra vez?

—Pues... no, en absoluto —contestó, sin hacer caso de las protestas de su estómago.

—Estupendo. Acércate, por favor.

Jamie se puso al lado de Ann en el pequeño escenario. La sala no le había parecido tan grande cuando se presentó desde su sitio, pero de repente, allí sobre las tablas, fue como si estuvieran mirándola cientos de personas.

—Muy bien. Lo que vas a hacer es simular que estás en un cementerio visitando una tumba. Será más sencillo si, para empezar, utilizas una situación de tu vida real. Puedes hablar o no, como quieras. Simplemente imagina que estás donde te he dicho. ¡Acción!

—Ann se escondió entre bastidores dejando a Jamie sola en el escenario.

Por supuesto, la primera tumba en la que pensó fue en la de su madre. Fingió que ponía un ramo de flores encima de la lápida y se

quedó mirando al suelo de madera, esperando a que se le ocurriera algo.

—Hola, mamá —dijo, y notó que le temblaba la voz, pero no solo por los nervios, sino debido a la pura emoción. El solo hecho de decir «mamá» hizo que le escocieran los ojos y que sintiera un cosquilleo en la nariz. No se lo esperaba, ni mucho menos.

»¡Pues mira, aquí estoy en Los Ángeles nada menos! Y gracias a ti. Ya sabes, la herencia. Me voy a tomar un año para... aclararme. Para averiguar qué es lo que quiero hacer con mi vida. Sé que dirías que soy capaz de hacer, y muy bien, cualquier cosa que se me ocurra, pero las dos tenemos claro que eso no es del todo cierto. Pero ¿sabes qué? He ido a hacer surf. Y me ha encantado. Así que estoy buscando otras cosas que jamás pensé que podría hacer. Como por ejemplo esta, una clase de interpretación. ¡Increíble!, ¿verdad? Así que gracias. Muchas gracias, mamá.

Se asombró al notar que las lágrimas le corrían por las mejillas. Se las limpió con el dorso de las manos y después miró a Ann.

—Creo que he terminado.

La clase prorrumpió en un cálido aplauso.

—¡Excelente! —dijo Ann—. Te has volcado, y has dejado salir lo que llevabas dentro. Te has sorprendido a ti misma, ¿verdad?

—No esperaba ponerme a llorar, la verdad —confesó.

—Eso forma parte de la interpretación, y es algo fundamental para algunas escuelas de actores muy importantes: dejar que los sentimientos, basados en experiencias propias, afloren, aprovecharlos y transmitírselos al público, que los reconocerá como auténticos. Muy bien. ¿El siguiente?

Jamie prácticamente salió corriendo para sentarse. Clifton la felicitó levantando el pulgar, y ella se las apañó para dirigirle una mínima inclinación de cabeza. Dejar salir lo que llevaba dentro, como había dicho Ann, le había resultado fácil. Pero volver a ser ella misma no lo fue tanto. Toda esa emoción seguía anidada en todo su ser.

—Mmm, esto... enseguida vuelvo. —Se levantó, recorrió la fila

para salir al pasillo y echó a andar a toda prisa.

Se apoyó contra la pared del salón y respiró hondo un par de veces. Pese a que solo había realizado un ejercicio de interpretación, casi había llegado a la conclusión de que esa clase no era para ella. Prefería almacenar sus sentimientos, guardárselos hasta poder exteriorizarlos en el lugar adecuado, como por ejemplo un cine oscuro, viendo una película triste pero que no tuviera nada que ver con su vida, o mientras tomaba una copa de vino y se bañaba tranquilamente. Decidió irse a casa. Ya le mandaría después un correo a la profesora. Alrededor de una hora más tarde enfilaba el camino hacia su casa, dispuesta a pasar un buen rato dedicándose a acariciar a su gato. *Mac* no siempre tenía ganas de que lo tocara, pero solía adivinar si ella necesitaba de verdad abrazarlo, y se dignaba permitirselo.

Estaba a punto de meter la llave en la cerradura cuando alguien la llamó por su nombre. Miró por encima del hombro y vio a Helen, que la miraba desde la acera con cara de pocos amigos.

—¡Has dejado que Marie te organice una cita!

—No ha sido a propósito —se defendió—. Me invitó a cenar, pero no me dijo que iba a venir también otra persona.

—Bueno, pues ahora me toca a mí —dijo Helen.

—No. De verdad que no, Helen —dijo con toda la firmeza que pudo—. Si Marie me hubiera preguntado, le habría dicho que no, pero no me dio oportunidad. En realidad, ya le dije que no, tú estabas delante. Os dije a las dos que no al mismo tiempo.

En ese momento, Marie salió al porche.

—Scott me ha dicho que te mandó un mensaje, pero que no le contestaste —espetó en tono acusatorio.

«Sí, claro, es que es un perverso», pensó Jamie, pero no lo dijo.

—No quise herir sus sentimientos —mintió—. Se me da bastante mal decir a alguien que no estoy interesada, así que pensé que si no contestaba entendería el mensaje sin necesidad de plantearlo de forma explícita. —«Eso, y bloquear su número», añadió para sí. Igual

lo había captado.

—¿Qué razón puedes tener para no querer volver a hablar siquiera con él? —preguntó Marie en tono perentorio.

—Marie, ya te dije que, en estos momentos, no estoy interesada en salir con nadie —explicó procurando por todos los medios mantener la calma en la voz y en los gestos.

—En justicia, tienes que darle una oportunidad a mi ahijado —afirmó Helen mientras avanzaba hacia Jamie a través del patio.

—Helen, si Scott no le ha gustado, tampoco le va a gustar tu ahijado, está más claro que el agua —dijo Marie—. Lo sé, los conozco a los dos. —Señaló con el dedo a Jamie—. Tienes que salir de tu ensimismamiento. ¿De verdad crees que hay una persona en el mundo que sea exactamente como la que buscas? Pues no, no la hay.

Era como si no hubiera escuchado nada de lo que había dicho Jamie.

—Es bueno saberlo. Me imagino que ese es precisamente mi problema. Ya la has oído, Helen. Soy demasiado exigente. No serviría de nada organizar una cita con tu ahijado. Nos vemos después. —Se volvió hacia la puerta, la abrió lo más deprisa que pudo y se refugió dentro.

Antes de que pudiera cerrarla, no tuvo más remedio que escuchar las palabras de Helen.

—Yo creo que mi ahijado es exactamente la persona que busca. Lo que pasa es que no lo sabe porque todavía no lo ha conocido.

—¡Todavía! —gritó Jamie tras cerrar la puerta del todo—. ¡Ha dicho «todavía»! Estoy condenada, *Mac*. ¡No tengo esperanza!

El gato se acercó trotando, y Jamie lo tomó en brazos inmediatamente. Él frotó la cabeza contra su barbilla y empezó a ronronear.

—Tú eres el único chico que necesito, *MacGyver*.

Pese a todo, tres noches más tarde allí estaba entrando en Sorella, un pequeño restaurante italiano que estaba a pocas manzanas de su casa, y buscando a un hombre que se pareciera al de la fotografía que



Helen le había dado de su ahijado. Helen no renunció a insistir en que no era justo que ella no pudiera tener la oportunidad de ofrecer una posible pareja a Jamie, mientras que Marie sí que la había tenido, y Jamie acabó cediendo para no tener que seguir escuchándola, y para mantener la buena vecindad. Después de todo, y tras esa noche, Marie y Helen estarían empatadas, y Jamie sería libre para seguir con su vida.

Jamie vio a dos hombres que estaban sentados solos en sus mesas. Uno con el pelo oscuro y planta bastante atlética, y el otro rubio y el tipo de rasgos que a Jamie siempre le habían parecido una especie de prototipo de lo aristocrático: nariz aguileña y labios finos. El rubio era el ahijado de Helen. El otro parecía más accesible. Al menos no estudiaba la carta de aperitivos como si al día siguiente fuera a examinarse, y sonrió cuando lo miró, con una sonrisa de lo más agradable, y que hizo que se le formaran arrugas en las comisuras de los párpados.

¡Un momento! ¡Lo conocía! Bueno, no es que lo conociera exactamente, pero había hablado con él. Fue el día en el que estaba en la tienda de mascotas intentando escoger una correa para *Mac*. Sintió el absurdo deseo de ir a sentarse en su mesa. Aquel día le pareció muy agradable. Divertido. Pero Scott, el elegido de Marie, también era agradable y divertido al primer contacto, y mira por donde había salido el muy sinvergüenza...

Se le acercó la camarera, y Jamie le dijo que iba a sentarse con el hombre que estaba en la zona de atrás. El ahijado de Helen no levantó la vista de la carta ni siquiera cuando ella se aproximó a medio metro.

— ¿Charles?

Por fin alzó la cabeza, pero no dijo ni media palabra.

— ¡Hola! Soy Jamie. Tú eres el ahijado de Helen, ¿verdad?

— Sí. Hola.

«¡Menuda bienvenida!». Aunque inmediatamente, también pensó que lo más probable era que el ahijado de su amiga tampoco quisiera

que le concertaran una cita. Se podía imaginar perfectamente a Helen persiguiéndolo como un sabueso hasta obligarlo a aceptar que cenara con Jamie. O tal vez es que era muy tímido. Jamie se sentó.

—Helen me ha dicho que eres profesor. Yo también lo era. — Estaba segura de que Helen ya le habría puesto al día, pero en todo caso era un comienzo razonable para la conversación.

—Pero ahora te estás tomando una especie de año sabático para encontrarte a ti misma. —No dibujó el gesto de las comillas cuando dijo lo de «encontrarte a ti misma», pero como si lo hubiera hecho. La verdad es que logró que la frase sonara bastante ridícula.

—Pues sí. La verdad es que ya empezaba a estar bastante quemada con la enseñanza, y tuve la oportunidad de pasar un año por aquí —explicó Jamie—. En su momento buscaré trabajo pero, por ahora, estoy probando cosas nuevas. Por ejemplo, el otro día di una clase de surf.

—La mayoría de la gente no se puede permitir esos lujos —dijo, y lo cierto es que el comentario sonó bastante ácido.

—Cierto, absolutamente cierto. Sé lo afortunada que soy — comentó Jamie—. Mi madre me dejó una pequeña herencia, y por eso tengo esta oportunidad. Si no, no podría ni pensar en ello.

—Bueno, ya sabes por experiencia cómo son los salarios de los profesores —dijo Charles—. Entonces, en este momento eres una dama con posibles y ociosa. —Otra frase que perfectamente podría haber ido entre comillas. Además, logró que esta en concreto sonara despreciable—. Creo que esta cena deberías pagarla tú.

—¡Ah, claro! Desde luego. —Jamie no fue capaz de decir algo adecuado ante tamaña desconsideración, o por lo menos algo que no conviniera que se le trasladara a Helen palabra por palabra.

Apareció una camarera con una blusa muy bonita y falda de volantes.

—¿Qué les apetece beber?

Antes de que Jamie pudiera decir ni una palabra, Charles se lanzó sin dudar. Estaba claro que sí, que se había aprendido la carta de

memoria.

—Como entrante tomaré trufa blanca y la tapa de solomillo, y creo que una botella de Vega Sicilia Único.

No se molestó en preguntarle si quería que compartieran entrante y, aunque no lo había tomada nunca, Jamie estaba segura de que el vino que había pedido estaba fuera de su rango habitual de precio. ¡Qué despliegue de saber estar y de clase! Los ojos de Jamie se dirigieron al hombre de la tienda de mascotas. La chica con la que había quedado acababa de llegar, y se levantó para recibirla. Además, le dijo algo que seguramente hacía referencia a su buen aspecto.

—¿Y a usted qué le apetece beber? —preguntó la camarera—. Por cierto, me encantan sus pendientes. —Jaime sonrió. La camarera estaba siendo mucho más amable y bastante más cortés que el individuo que Helen le había endosado.

—¡Muchas gracias! Yo...

—Creo que también voy a pedir la brocheta —interrumpió Charles.



—¿Ya han decidido? —preguntó la camarera.

David y Annabelle se miraron y empezaron a reírse a la vez.

—Pues la verdad es que todavía no —confesó Annabelle.

—Podría ser porque todavía ni hemos mirado siquiera la carta —añadió David—. Lo siento.

—No se preocupen. Volveré dentro de un momento —dijo la camarera sonriendo, y se fue a otra mesa.

David no podía creerse la facilidad con la que fluía la conversación. No habían entrado en honduras: películas, deporte, novelas, tanto normales como gráficas... A ella le gustaba mucho Stan Sakai, y le confesó que en parte se debía a que le encantaba el que las orejas del conejo formaran un pañuelo de samurái absolutamente perfecto.

—Solo una cosa más antes de que miremos la carta —dijo Annabelle—. Hasta tú deberías reconocer que el manga, en general,

aunque podríamos poner como ejemplo *Finder*, no es algo que pueda leerse cada día. Sin ir más lejos, los lunes yo soy incapaz de tragarme las notas finales.

—Bien visto, estoy de acuerdo. Hay días en los que yo no puedo centrarme en otra cosa que, por decir algo, *Calvin y Hobbes* —respondió David.

—Sí, son los dibujos animados equivalentes a la comida tradicional hipercalórica —dijo Annabelle mostrando su acuerdo, e intercambiaron una sonrisa—. Y ahora vamos con la carta, porque si no nos van a echar a patadas.

Decidieron compartir el entrante, ya que a los dos les encantaban los mejillones a la brasa. Cuando se los sirvieron, Annabelle sacó del bolso una pequeña ampolla.

—Voy a poner un poco de MirMin, unos cuantos. ¿Te importa? —preguntó levantando las oscuras cejas. A David le gustó el ángulo que formaban al elevarse. Le daba un aspecto astuto e ingenioso.

Le miró las pestañas. Más que mirándolas, estaba admirándolas. Ni recordaba la última vez en la que había observado a una mujer tan de cerca.

—Muy bien. ¿Qué es MirMin?

—¿No has oído hablar de esto? ¡Increíble! Su nombre de verdad es Miracle Minerals, o sea, «minerales milagrosos». Llevo utilizándolo desde hace más o menos un año y sí, conozco bastante gente que dice que es un timo, pero a mí me funciona. MirMin me ha cambiado a vida, ¡como te lo digo! Antes de descubrirlo tenía muchas alergias alimentarias, algunas bastante horribles. ¿Que salía a comer fuera? Una pesadilla. Pero ahora puedo tomar todo lo que me apetece.

—¡Qué bien! ¿A qué sabe? —preguntó, agarrando el tenedor y pinchando un mejillón para arrancarlo de la concha.

—Pruébalo. —Sin pedir permiso, le puso una gota en el mejillón del tenedor—. No se puede decir que tenga excesivo sabor, pero proporciona muchísimos beneficios. No solo combate las alergias

alimentarias, sino que además elimina grasas del hígado y controla el azúcar en la sangre. También expulsa toxinas, lo que significa que aclara la piel y limpia las manchas y, lo que es más importante, reduce los dolores de cabeza, previene los tumores benignos, e incluso el cáncer, y detiene la degeneración celular.

—¡Uau! —Annabelle se había mostrado más entusiasmada al hablar de ese MirMin que de ninguna otra cosa. Se metió el mejillón en la boca... y tuvo que hacer un esfuerzo para tragárselo. El MirMin en cuestión tenía sabor salado, amargo y hasta un tanto metálico (cosa normal, por otra parte, si contenía minerales), y para redondear, un gusto general que no se podía describir con palabras, tan desagradable que tuvo claro que no quería volver a tenerlo jamás en la lengua. Se bebió un vaso de agua de un solo trago.

—¿Ves? Apenas notas siquiera que está ahí —dijo Annabelle. David asintió levemente, se sirvió otro vaso de agua y se lo bebió.

—Es importantísimo eliminar del cuerpo el mayor número posible de toxinas —continuó Annabelle animadísima—. Existen tres tipos de toxinas, ¿lo sabías? —Siguió hablando sin esperar a su contestación—. Dos de ellas son internas, y se llaman las toxinas ama y amavisha, y la otra es ambiental, y se llama garavisha. Ama procede de las malas digestiones, y se produce cuando tomas comida frita con mucho aceite, o muy fría, o sobras. —Se inclinó hacia delante y puso la mano encima de la de él—. Yo como de todo eso. ¿Puedes imaginarte lo feliz que estoy por poder tomar helados? Loca de contento. Y puedo hacerlo porque MirMin me ha curado las alergias, ya que anula las toxinas ama. Las amavisha son...

Ella seguía hablando, pero David no podía seguirla. De hecho, era como si se hubiera trasladado a otra dimensión. ¿Por qué seguía esta mujer insistiendo una vez, y otra, y otra en los beneficios milagrosos que aportaba esa combinación de minerales que sabía a rayos? Volvió a conectar con ella durante un momento. Ahora estaba diciendo que las amavisha, fueran lo que fuesen, producían flatulencias, y que si utilizabas el suplemento, adiós a los gases.

Se dijo a sí mismo que tenía que darle otra oportunidad. Era la misma con la que había mantenido una conversación tan interesante hacía apenas un cuarto de hora. Seguía teniendo esas preciosas cejas, ese abundante y atractivo pelo castaño oscuro y ese cuerpo tan bien formado. Bueno, se había dejado llevar un poco al ponerse a hablar de algo que a ella le había ido de maravilla. ¿Y qué? Tomó un mejillón que se había librado de la correspondiente dosis de MirMin para llevárselo a la boca, pero Annabelle se inclinó hacia él y lo cubrió del líquido que tenía ese sabor tan horrible sin que él lograra evitarlo.

—Solo espera un poco. De hecho, mañana ya estarás notando los beneficios. Puede que, así de entrada, te den náuseas, o que tengas que ir al baño más a menudo —dijo Annabelle—. Pero después te vas a sentir de maravilla. ¡Me encanta hablarle a la gente acerca de MirMin! Hasta he empezado a venderlo para que a mis amigos les sea más fácil adquirirlo. Y, así, algunos de ellos han empezado a venderlo a su vez. No lo hacíamos por dinero, no, pero... —Se inclinó un poco hacia delante y le apretó un poco la mano— ... la verdad es que estamos ganando muchísimo, una locura. Hasta estoy pensando en dejar mi trabajo actual. Una de mis amigas ya lo ha hecho, y le está yendo fenomenal. Está obteniendo casi el doble de lo que sacaba como peluquera, y hablo de una peluquera de un salón muy de moda y con mucho estilo, en el que le daban unas propinas fabulosas.

«Esto no es una cita», concluyó David. «Es una trampa para atraparme en un negocio piramidal».

Hizo lo que pudo para que las cosas transcurrieran lo más deprisa posible y poder irse de allí cuanto antes. Comió deprisa y sin hablar mucho. Ya estaba allí Annabelle para hablar por los dos contando una historia detrás de otra acerca de los beneficios para la salud y para las finanzas que sus amigos habían logrado por medio de MirMin. No quiso pedir ni postre ni café poniendo la excusa de que tenía que volver pronto a la confitería, lo cual era más o menos cierto, pero tampoco hubiera pasado nada si la cita se hubiera prolongado gracias a una conversación agradable, como la inicial.

Por lo menos habían quedado en un restaurante. No tenía que preocuparse de tener que llevarla a casa y rechazar una hipotética invitación a entrar. Seguramente su casa estaría llena de folletos de Miracle Minerals, que intentaría explicarle hasta la extenuación. Así que se limitó a acompañarla hasta el automóvil. Ella lo besó en la mejilla y le dijo que le apetecía muchísimo volver a verlo. Él, por su parte, murmuró algo poco o nada comprometido y se dirigió a su casa. Había ido andando, ya que el restaurante estaba a poca distancia de donde vivía.

Se detuvo delante del bar El Chivo Sediento, y decidió entrar. Le apetecía tomar algo. Había un sitio en la barra y pidió una Corona cargada con tequila. No conocía una forma mejor de agarrar una semiborrachera rápida, y eso era lo que necesitaba en ese momento.

—No me tomo un Cointreau con Red Bull desde que estaba en la universidad —dijo una mujer mientras se sentaba en el sitio al lado del suyo, que acababa de quedarse libre—. ¿Serías capaz de prepararme un *skittle bomb*? —le preguntó al camarero.

David la miró con curiosidad. Ojos pardos, pelo rubio y rizado. Le pareció vagamente familiar.

—Ya sé, ya sé. Debería sentirme avergonzada de, a mi edad, pedir una especie de golosina. ¿Sabes cómo llaman a este cóctel en Francia?

—¿*Big king* con queso?

La mujer soltó una carcajada espontánea.

—¡Por ahí, por ahí! *Retrau*. Si le quitas el queso, no deja de parecerse, porque para los reyes en Francia ya inventaron lo que inventaron en su revolución... —añadió—. Yo sé perfectamente lo que estoy haciendo aquí, ¿pero qué estás haciendo tú? Quiero decir, solo. En el restaurante parecía que te lo estabas pasando realmente bien.

David la miró asombrado.

—Perdóname. Ha sido una pregunta absolutamente fuera de lugar. A veces hago cosas así, fuera de lugar. Pero no tanto como el

tipo con el que había quedado en una cita a ciegas en el restaurante; es obvio que no me reconociste —continuó—. A ver, te cuento: menos de dos minutos después de que llegara, sin dejarme meter baza, prácticamente me obligó a que pagara la cena, ordenó dos entrantes, uno de ellos con trufas, y que además ni siquiera me invitó a compartir, y una botella de vino de precio escandaloso. Que, por cierto, tampoco me ofreció. Y, por supuesto, el segundo plato más caro de la carta. ¡El muy imbécil se sorprendió de que prácticamente saliera corriendo cuando terminamos de cenar!

—Pues mi cita, también a ciegas, mira tú por dónde, se pasó la cena intentando que me apuntara a un negocio piramidal multinivel —explicó David—. Así, de principio, parecía estupenda, y de hecho le gustaban casi todas las mismas cosas que a mí. Aunque ahora que caigo, seguramente había tomado buena nota de lo que estaba publicado en mi perfil. De entrada no me di cuenta e, iluso de mí, pensé que podríamos llevarnos bien. Pero en cuanto llegó la comida la cosa se puso pero que muy fea. Prefiero no entrar en detalles.

—Y por eso hemos terminado los dos aquí pidiendo bebidas diseñadas específicamente para agarrar un pedal rápido, aunque tampoco escandaloso —dijo. Agitó la mano en un gesto breve—. Me llamo Jamie. Siento que tu noche haya salido tan fatal.

—Y yo David. Así es la vida.

—Ese restaurante no es el primer sitio donde nos hemos visto —dijo Jamie—. Bueno, yo sí que te he visto a ti en el restaurante, pero es obvio que tú a mí no.

—¡La tienda de mascotas! ¡Estabas hablando sola! —exclamó.

Jamie sonrió.

—Y tú dijiste bobadas respecto a utilizar una correa rosa para tu perro.

—Ya me disculpé respecto a lo del rosa —le recordó David—. ¿Cómo reaccionó tu gato con la correa?

—No le gustó lo más mínimo. Y me odió por haberseme ocurrido semejante cosa, y por intentar ponérsela. No me arañó de milagro —



contestó Jamie—. Oye, por cierto, si no tienes ganas de conversación después de tu cita infernal, no me importa tomarme mi copa tranquilamente y dejarte en paz —dijo Jamie, y a él le pareció que era sincera.

—No, qué va. Me siento como si me hubiera encontrado con un antiguo camarada de guerra. ¿Eres especialista en citas a ciegas?

—Tampoco hay que exagerar. Últimamente han sido dos, bastante recientes. La verdad es que las primeras y probablemente las últimas. El caso es que soy bastante débil y no he podido decirles que no a mis dos ancianas vecinas. Pero como ahora cada una de ellas ha tenido su oportunidad de intentar colocarme con alguien, ya soy libre —respondió Jamie—. ¿Y tú? —preguntó justo en el momento en el que el camarero les servía las copas.

—Deja que pague yo esto —dijo David amablemente—. Bastante te has gastado ya esta noche.

—Gracias, eres muy amable —aceptó Jamie—. Pero si logramos llegar a la segunda, yo me encargo. No se si será una buena idea, ya veremos. —Dio un sorbo al vaso—. Mmm. Sabe como aquellos caramelos que tomaba en la universidad con forma de oso y a los que ponían vodka.

—Parece que tu experiencia universitaria fue de lo más divertida, por lo que cuentas —comentó David.

Jamie volvió a reírse.

—Pues sí, la verdad. Aunque, sorprendentemente, también aprendí unas cuantas cosas. ¿Y tú?

—Yo no he ido a la universidad. Bueno, en realidad sí, pero solamente un semestre —explicó David, e inmediatamente se preguntó si sería una de esas personas que dan por hecho que eres estúpido si no tienes una licenciatura—. Soy repostero, y se puede decir que he aprendido el oficio trabajando, además de ayudando cada año a mi madre a preparar y hornear galletas de Navidad.

—¿Y te gusta? —Su interés parecía genuino, nada impostado.

—Sí, muchísimo. De hecho, soy incapaz de imaginarme a mí

mismo haciendo otra cosa que no sea hornear galletas, tartas, magdalenas, pan de diversos tipos, etcétera.

—¿Ves? Eso es exactamente lo que yo quiero para mí. Un trabajo como ese, al que me apetezca ir todos los días. A ti te gusta ir a trabajar, ¿verdad?

—Casi siempre. —David dio un sorbo a su bebida—. Solo me agobio un poco con las fiestas, cuando apenas doy abasto. ¿Y tú qué es lo que haces, y que, por lo que me cuentas, no te gusta?

—Enseñaba Historia en un instituto —le contó—. Me gustaba bastante, sobre todo al principio, pero terminé odiándolo. Tenía que tomarme unas galletas de chocolate cada día con la comida para poder seguir adelante, una especie de recompensa gatuna o perruna, ya sabes.

—Las galletas de chocolate son muy adictivas, es verdad. Me alegra que hayas logrado superarlo.

—¡Hablo en serio! Y ahora estoy intentando encontrarme a mí misma. Ya sé que eso resulta estúpido y autocomplaciente. El tipo con el que acabo de cenar me lo ha dejado más claro que el agua. La verdad es que tengo que desarrollar una forma de explicarlo que suene un poco mejor. Pero, resumiendo, lo que pasa es que tengo la oportunidad de dedicar un año a hacer lo que quiera, y lo que más deseo es encontrar algo que me haga sentirme como tú te sientes respecto a tu trabajo de repostero. —Dio un trago a su copa—. Bueno, retrocedamos. ¿Qué me dices de ti y de tus citas a ciegas?, ¿tienes muchas? ¿Eres un adicto? —Sonrió con malicia.

David negó con la cabeza.

—Era la segunda que tenía en... bueno, en toda mi vida. La primera fue hace más o menos una semana. Resultó que ella estaba embarazada, pero que muy embarazada, tanto que por un momento pensé que se iba a poner de parto. Y eso no es todo: tenía novio, un novio que apareció mientras estábamos tomando café.

Jamie estalló en carcajadas.

—¡Madre mía! ¡Es incluso peor que mi primera cita! Parecía

estupendo, estupendo de verdad. Yo no tenía la intención de quedar con él, porque se supone que este año va a ser «El...», bueno, no importa. Sea como sea, el caso es que llegué a pensar que la cosa podría funcionar. Me apetecía mucho volver a verlo, de verdad. Y más o menos una hora después de que acabara la cena, me mandó un mensaje. Al recibirlo pensé que él sentía lo mismo que yo. ¡Pero qué va! Lo que quería era que buscara un amigo que se uniera a nosotros en un, digamos, encuentro amoroso a tres bandas, aunque... ¡me dejó claro en el mensaje que, sexualmente hablando, yo no era su tipo y que llevara «un amigo», con «o» final!

El camarero le dirigió a Jamie una mirada de interés, y David cambió de postura en la banqueta para que el tipo no pudiera verla.

—La verdad es que me he quedado sin palabras —admitió David muy serio—. Voy a contradecirme a mí mismo: se me ocurren muchas cosas que decir, pero me cuesta escoger alguna que no sea una burrada. Bueno, allá voy: ¡Menudo gilipollas!

—Bueno, para ser sinceros, tenía una escayola en el brazo y le preocupaba no ser capaz de proporcionarme suficiente... «placer». —Alargó la palabra pronunciándola más o menos como «placeeeeeer».

—Sí, yo tenía razón. Gilipollas, se me llena la boca —confirmó David. Se terminó la bebida, que le había sabido a gloria.

—¿Te apetece otra? —preguntó Jamie—. Me gustaría invitarte a una copa. Creo que te lo has ganado.

—Es tentador, pero no. Me levanto a las cinco para trabajar. Y hornear estando borracho no suele dar buenos resultados para los clientes.... Aunque alguna vez, en ese estado, he terminado dando con recetas nuevas y maravillosas, al menos desde mi punto de vista. Lo malo es que no suelo ser capaz de recordar los detalles.

—Yo también me voy entonces. Pero primero... —Señaló con un gesto los servicios de señoras—. Gracias por la copa. Puede que hayas conseguido devolverme la fe en los hombres.

—Y tú la mía. En las mujeres, quiero decir. Dada tu experiencia reciente, prefiero recalcarlo. —Sonrió y se marchó. Al salir del bar, se

preguntó si debía haberse quedado a esperarla, e incluso pedirle el número de teléfono. Pero la verdad es que ella le había dado las gracias por la copa, lo que básicamente era un punto final a la conversación.

En cualquier caso, después de su cita a ciegas, de sus dos citas a ciegas, le apetecía pasar algún tiempo exclusivamente en compañía de *Diogee*.



*Mac* se sentó encima del pecho de Jamie y se quedó mirándola con sumo interés. La mezcla de aromas que percibía esta noche le tenía bastante despistado. Parecía estar sintiendo muchas cosas a la vez. Y casi siempre se ponía otra ropa cuando se iba a dormir, pero esta noche se había dejado caer encima del edredón, con la misma que traía. Algo no iba bien. Tendría que emplearse más a fondo para encontrarle una pareja y cumplir con su misión. Los humanos era muy raros. A veces era necesario analizarlos de dos en dos para terminar de entenderlos.

Salió de la casa. Se respiraba un efluvio en el aire exactamente igual al de Jamie, una mezcla de soledad, enfado, y algo más. También podía notar un aroma que era una especie de incitación. Lo siguió, y terminó en un lugar en el que ya había estado muchas veces. La casa en la que vivían el descerebrado y el hombre solitario. Puede que la invitación que incluía su olor significara que por fin había comprendido que necesitaba una compañera humana. Y dado que Jamie desprendía ese mismo aroma, pudiera ser que ella también hubiera entendido por fin que *Mac* había encontrado un humano que sabía que sería un buen compañero para ella. Le había llevado cosas de otras potenciales parejas, por si acaso no tenía la misma opinión que él y no consideraba al solitario con el descerebrado una buena elección. Había veces en las que no se ponían de acuerdo. *Mac* nunca había sido capaz de hacerle entender que tenía que darle su comida cada vez que se la pedía, sin excepción.

Jamie y ese hombre eran los primeros de su lista. Pero también

tenía que ayudar a la adolescente que soltaba enfado, tristeza y frustración a borbotones. Los humanos, al menos la mayoría de ellos, necesitaban ayuda.

## CAPÍTULO 10



A la mañana siguiente, Jamie abrió la puerta de casa para buscar el periódico. Todavía llevaba la misma ropa que la noche anterior, aunque completamente arrugada, claro. ¿Cómo era posible que una sola copa la hubiera dejado grogui? Quizá se había quedado dormida tan deprisa para borrar de la memoria la cita tan horrible que había tenido que soportar. Aunque el encuentro en el bar con ese hombre, David, había equilibrado las cosas, al menos en parte.

Le costó unos cuantos segundos darse cuenta de que Hud Martin estaba sentado en uno de los escalones del porche, muy ocupado anudando un anzuelo. Se volvió hacia ella y la saludó con una sonrisa, eso sí, con los ojos ocultos por las gafas de sol, como siempre, pese a que el cielo estaba cubierto.

—Buenos días, cariño —dijo—. ¿Hay algo que quieras contarme acerca de esto? —preguntó dando unos golpecitos sobre un montón de cosas que había a su lado. Tampoco las había registrado hasta ese momento. ¡Menuda resaca!

Jamie se inclinó para estudiar el material: otro par de calzoncillos; dos camisetas, una mucho más grande que la otra; un bañador marca Speedo de color naranja fosforito; uno de esos aparatejos que sirven para recortar el pelo de la nariz; un calcetín morado y con dibujitos de tacos mexicanos; un cepillo de dientes bastante usado; y, para rematar, un cinturón de cuero con hebilla plateada y la palabra

«KISS».

—Es la primera vez que veo todo eso.

Hud no respondió. Se limitó a alzar las cejas. Jamie puso los ojos en blanco a modo de respuesta tan silenciosa como su acusación.

—Si hubiera robado todo eso, ¿por qué razón lo habría dejado delante de mi puerta, en el porche? No hay que ser un genio de la delincuencia para saber que la mercancía robada debe ponerse a buen recaudo.

Hud no contestó fingiendo estar muy enfrascado con el anzuelo.

—Si te apetece investigar esto, por mí estupendo. Te lo digo de verdad. Como ya te he contado, desde que me mudé aquí empezaron a aparecer cosas raras encima de mi felpudo —dijo atropelladamente Jamie—. Estas son mis teorías al respecto: creo que quien lo hace es alguien que tenía algún problema con Desmond, el anterior inquilino de esta casa; puede que algún exnovio despechado. O que me persigue un acosador, cosa que me parece poco probable. —Tuvo que pararse a respirar—. Si te digo la verdad, la cosa está empezando a asustarme. Si pudieras averiguar qué es lo que está pasando, te lo agradecería mucho.

Hud terminó por fin de colocar el anzuelo y se lo colgó en el chaleco. Después se levantó y adelantó la pierna derecha para apoyarla sobre el último escalón.

—Es curioso que no hayas sacado antes a colación esas teorías.

—¿Y por qué iba a hacerlo? —espetó Jamie—. Desde el primer momento me has dejado claro que era tu sospechosa número uno. Sola o en compañía de Ruby.

—Hasta que averiguo con certeza quién es el culpable, estoy abierto a todo. Por cierto, siempre termino descubriendo la verdad. Pero lo que no puedo hacer es cerrar los ojos a las evidencias. Y, en este caso, está claro que tienes en tu poder muchas cosas que no te pertenecen, tú misma lo has admitido.

—No «las tengo en mi poder». Simplemente están ahí —estalló Jamie.

—En tu casa —puntualizó Hud.

—¡Sí, en mi casa! Donde, por cierto, te has metido sin mi permiso —respondió Jamie desafiante.

Sabía que no debía dejarse avasallar, pero tampoco dejarse llevar por su estúpido juego. Solo se trataba de un viejo exactor que lo único que deseaba era revivir sus antiguos días de gloria. Pero la volvía tarumba con sus malignas insinuaciones y su absurdo chaleco de pesca lleno de instrumentos igual de absurdos. De hecho, le daba la impresión que lo más cerca que había estado ese individuo de una acumulación de agua, corriente o no, era una piscina.

—Muy bien, me voy —dijo Hud asintiendo. Cerró el puño y la señaló moviendo el índice, en plan advertencia—. ¡Pero no estaré lejos!

Jamie lo siguió con la mirada hasta que dobló la esquina de la manzana. Casi se esperaba que estableciera un punto de vigilancia en la acera de enfrente.

Era el momento de intentar llegar por sí misma al fondo del asunto, sin ayuda de estrafalarios exdetectives de ficción. Esta noche vigilaría el porche de entrada. Mañana por la mañana sabría con certeza quién era la persona que dejaba toda esa basura en su felpudo.



Jamie se despertó de repente. En la tele estaba James Corden, el presentador del programa de las madrugadas, lo último que recordaba era estar viendo el espacio nocturno de Colbert. Estaba claro que se había quedado dormida durante la guardia. Se puso de pie y se estiró bien para despejarse y desentumecer los músculos de la espalda, algo acalambrados. Su sofá era estupendo para estar estirada, pero no para dormir.

Se acercó rápidamente a la puerta y miró. No había nada sobre el felpudo. Bien. Afortunadamente el fallo en la vigilancia no había tenido consecuencias. Se acercó al frigorífico y sacó una gran botella de Dr Pepper, y bebió directamente de ella sin utilizar vaso. Después



trasladó una silla y la colocó al lado de una ventana desde la que podía vigilar el sendero que conducía al porche.

Incluso antes de que tuviera la oportunidad de sentarse, vio algo que se movía por la hierba del jardín.

—¿Qué? —dejó caer la botella de plástico, que le golpeó el pie, aunque ni sintió el dolor. ¡Era *Mac* el que estaba ahí fuera! ¡Fuera! Más tarde averiguaría cómo se las apañaba para salir. Pero antes tenía que descubrir qué diablos estaba haciendo.

Jamie se deslizó afuera y siguió subrepticamente a su gato en su paseo por el vecindario. *Mac* llegó hasta una casa que a Jamie le recordó a las de los hobbits. Sin dudarlo, corrió hacia la entrada del perro, pero no la utilizó para colarse dentro. Unos segundos después, Jamie oyó los ladridos de un perro, y vio su cabeza, ¡una cabeza enorme!, asomando por la puerta. *Mac* le arañó el hocico cuatro veces con las garras, e inmediatamente el animal se puso a aullar y se retiró dentro.

«Mi gato es un pequeño abusón», pensó Jamie, pero se quedó asombrada al verlo avanzar corriendo hacia un árbol muy alto, trepar por él y saltar desde una rama a una ventana semiabierta. Menos de un minuto más tarde, reapareció llevando algo entre los dientes.

—¡Oh, no! —susurró Jamie—. ¡*Mac* es el ladrón! ¡Es un gato bandido!

*Mac* trotó por la hierba del jardín, subió de un ágil salto a lo alto de la valla y después brincó al suelo. Caminó hacia Jamie, como si supiera perfectamente dónde estaba (¡o sea, que sabía le había seguido!), y dejó caer a sus pies el objeto. Era un calzoncillo deportivo, de esos que llevan sujeción para el escroto. Parecía estar húmedo. ¡Su gato le estaba llevando una prenda íntima masculina, probablemente recién utilizada!

—¡No vamos a llevarnos esto a casa! —dijo Jamie susurrando pero con tono muy severo—. Eres un gato malo. ¡Muy malo! —*Mac* empezó a ronronear sonoramente. Cuando le decía que era malo nunca le importaba lo más mínimo. A veces, como ahora, hasta

parecía disfrutar con ello.

Miró el calzoncillo. ¿Qué iba a hacer con él?, ¿volver a tirarlo al jardín de la casa? Quizá debería hacer eso, sí.

Lo agarró con dos dedos, pero antes de que pudiera lanzarlo, recibió en los ojos un chorro de luz que la cegó por completo. Se los tapó con la mano y vio a Hud iluminándola con una linterna, la linterna más enorme que había visto en su vida.

—¿Es a esto a lo que te refieres cuando dices que no sabes nada acerca de los artículos robados, cielo? —preguntó

—¡No he sido yo! —gritó Jamie—. ¡Fue él! —Señaló hacia abajo, pero *Mac* había desaparecido.

—¿Vas a optar por la locura y la presencia de fantasmas invisibles como argumento de defensa? —preguntó Hud—. Eso casi nunca funciona, muñeca. Cuando testifique diré bajo juramento que tú y yo hemos tenido varias charlas absolutamente lúcidas.

—¡Me refería a mi gato, jod...! —A duras penas logró contenerse—. Seguramente ha salido corriendo. ¡Fue mi gato el que trajo esto! —exclamó—. Lo puso delante de mí, y yo lo recogí para ver qué era. En ese momento llegaste tú con esa condenada luz. —Que, por cierto, seguía apuntando directamente a sus ojos, por lo que tenía que continuar haciendo sombra con la mano—. ¿No puedes bajar la intensidad?

—Creo que quien debe hacer aquí las preguntas soy yo —puntualizó Hud, muy en su papel—. ¿Exactamente cuántas...?

En ese momento se abrió la puerta de la casa inundando el porche con una suave luz amarilla procedente del interior.

—¿Se puede saber qué está pasando ahí fuera?

La voz le parecía vagamente familiar. Jamie se volvió a mirarlo, pero le resultó imposible ver sus rasgos con claridad. Puede que sus ojos hubieran sufrido un daño permanente debido a la potencia industrial de la luz de la linterna.

—He obtenido una prueba definitiva acerca de la identidad del ladrón de Storybook Court —informó Hud con voz de triunfo—.

Ladrona, para ser precisos. La he sorprendido in fraganti. Igual que suelo pescar a los peces cuando este condenado trabajo me permite ir de pesca.

—¿Pero es que no te vas a cansar nunca de decir esa gilipollez, Hud? ¿En cuántos capítulos soltabas la frasecita? —El desconocido, que le sonaba vagamente, abrió la cancela del jardín y se introdujo en el círculo de luz de la linterna.

—¿David? —exclamó Jamie, asombrada por enésima vez esa noche.

—¿Jamie? —David, ¡porque era David!, parecía tan sorprendido como ella misma. Lógico—. Pero ¿qué haces tú aquí?

—Vivo aquí. No exactamente aquí, es obvio, pero sí en la urbanización —respondió—. Me mudé hace unas pocas semanas.

—¿Así que conoces a esta mujer? —preguntó Hud—. ¿Y te mintió respecto a dónde vivía?

—Yo no he mentado. Simplemente no salió el tema en la conversación —protestó Jamie—. Por cierto, él tampoco me dijo dónde vivía.

Se abrió la puerta del perro y salió por ella un animal enorme con un collar esplendorosamente rosa. Se acercó con cautela hasta ponerse al lado del hombre. David lo empujó hacia el jardín y cerró la cancela.

—Quédate ahí, chico —ordenó. Después miró a Hud y a Jamie—. ¿Haréis el favor de decirme qué diantres está pasando?

—Echa un vistazo a lo que tiene en la mano —sugirió Hud—. Creo que es un artículo robado, y lo más probable es que te lo haya hurtado a ti. La he atrapado con eso aquí mismo, hace un momento.

Jamie se dio cuenta de que seguía con el puñetero calzoncillo entre los dedos, por lo que inmediatamente lo arrojó al suelo.

—Mi gato entró por una ventana, supongo que la de tu cuarto de baño, lo tomó y lo trajo aquí.

—Está claro que has entrenado al gato para que robe por ti —acusó Hud. Se volvió hacia David—. Creo que habría que informar a

la Asociación Protectora de Animales, además de a la policía, claro. También ha intentado implicar en sus crímenes a Ruby Shaffer, que nunca antes había manifestado tendencias delictivas.

—Espera un momento. ¿Un gato? —preguntó David mirando a su alrededor.

—Sí. Se ha ido. Para empezar, no debería estar fuera. Es un gato casero —explicó Jamie hablando muy deprisa—. Pero está claro que ha encontrado una ruta de escape. Tengo que comprobar la casa.

—Yo me encargo de esto —dijo Hud dirigiéndose a David. Además, le puso la mano a Jamie en el hombro, y ella se desasió de inmediato.

—No hay nada de lo que haya que encargarse —espetó.

—¿Entonces no te niegas a que busquemos en tu morada otros artículos robados, con o sin la ayuda de tu gato o de la señora Shaffer?

David se inclinó, agarró el calzoncillo y se lo guardó.

—Da igual lo que haya pasado. No es un hurto mayor, ni muchísimo menos. No tengo la menor intención de presentar cargos, así que, como acaba de decir Jamie, no hay nada de lo que encargarse —le dijo a Hud.

—Está claro que estás usando para pensar una parte equivocada de tu anatomía —indicó Hud—. Hablaré con el resto de las víctimas para comprobar si toman una decisión distinta de la tuya. —Y se marchó silbando.

Asombrados, Jamie y David se miraron a la escasa luz que llegaba desde la casa.

—Muchas gracias —dijo Jamie—. Te juro que ha sido mi gato... —Negó con la cabeza—. La verdad es que suena demasiado ridículo como para repetirlo.

—¿Quieres pasar a casa a tomar un café o algo? —ofreció David.

—La verdad es que no me importaría sentarme si vamos a continuar con esta conversación —admitió Jamie.

—Pues vamos. —Abrió la cancela, e inmediatamente Jamie no

tuvo más remedio que retroceder, empujada por el peso de dos patas de perro del tamaño de platos soperos.

—¡*Diogee*, abajo! —ordenó David. El perro no se retiró y le dio un lametón a Jamie desde la barbilla al nacimiento del pelo de la cabeza—. Lo siento —dijo. Agarró al perro del collar y lo separó de ella.

—Tranquilo, no pasa nada. No soy una de esas personas a las que le gustan los gatos y que odian a los perros. Al contrario, me encantan. —Le dio una palmadita al perro en la cabeza y por poco se cae al suelo con el frenético movimiento de la cola y de todo el cuerpo que siguió a la caricia—. Ve tú primero, *Diogee* —propuso—. Por cierto, ¿*Diogee*? ¿Qué tipo de nombre es ese?

—*DOG*<sup>4</sup> —explicó David.

—¡Ah! —dijo Jamie al entenderlo mientras pasaban a la casa—. Inteligente, aunque al mismo tiempo no excesivamente imaginativo —bromeó.

—¿Y que brillantísimo y original nombre le has puesto a tu gato?

—*Peludo* —respondió Jamie procurando mantener una expresión neutra sin conseguirlo—. No, no, la verdad es que su nombre es *MacGyver*. Aunque parece que debería haberle llamado *Robie*, como...

—... el apellido del ladrón de guante blanco apodado el Gato que interpretaba Cary Grant en la peli de Hitchcock —concluyó David adelantándose a ella.

—¡Exactamente! —exclamó Jamie—. Me encanta esa película, sobre todo la riqueza del color. El verde de las escenas nocturnas es insuperable. La verdad es que me gustan todas las de Hitchcock, tanto las de color como las de blanco y negro.

—Si te gusta el cine, es imposible que no te guste Hitchcock —intervino David—. Influyó en casi todos los directores de la siguiente generación. Tarantino no sería Tarantino sin él.

—Por ejemplo, la maleta de *Pulp fiction* es el típico *MacGuffin* de Hitchcock.<sup>5</sup> ¡Mira, *MacGuffin* sería un nombre excelente para un gato. Podría tener un *MacGuffin* y un *MacGyver*. Lo que pasa es que no creo que *MacGyver* tolerara la presencia de otro gato en la casa. Está

demasiado acostumbrado a hacer lo que le da la real gana. —Jamie dejó de hablar de repente al caer en la cuenta de que la razón por la que estaba en casa de David era que su gato le había robado cosas.

David se pasó una mano por el pelo.

—Me da la impresión de que es un poco tarde para tomar café, ¿no te parece?, ¿o eres de las que toma café a todas horas?

—La verdad es que no hace falta que me prepares nada. Solo que me permitas disculparme de nuevo, y agradecerte que no le hayas dejado a Hud que me llevara con él —dijo Jamie. David se sentó en el sofá y *Diogee* le imitó inmediatamente, así que Jamie se acomodó en uno de los sillones—. Dado que me has invitado a entrar, deduzco que has llegado a la conclusión de que no soy una acosadora degenerada. Ya es algo —añadió.

—Teniendo en cuenta que no te he dicho mi apellido y que no tenías forma de saber dónde vivía, creo que estoy suficientemente a salvo —reflexionó David.

—Pues fíjate, pensaba que era yo la perseguida por un acosador psicótico —confesó Jamie—. Desde que llegué han ido apareciendo diferentes cosas en mi puerta, concretamente encima del felpudo. Por lo que deduzco, todas las ha ido trayendo *Mac*. Así que si te falta algo más, como calcetines desparejados, una camiseta, una sandalia, un bañador Speedo... ¿Qué más? ¡Ah, sí! Un aparatejo para recortar el pelo de la nariz. Básicamente, si echas de menos cosas de tamaño pequeño, dímelo y las buscaré en la bolsa donde he ido guardando «los artículos robados», como diría Hud. O también puedes venir a casa a echar un vistazo.

—El traje de baño desde luego que no es mío, yo no uso Speedo, pero probablemente algunas otras cosas sí que lo sean —dijo David—. Yo pensaba que *Diogee* se las había comido, al menos algunas. Hasta llamé a la clínica veterinaria.

—Lo siento —se lamentó Jamie haciendo una mueca—. No me he dado cuenta de que *Mac* había encontrado una vía de escape. Todavía no me puedo creer que haya estado haciendo esto. A veces, en casa,

me traía de regalo bichejos muertos, pero esto... —Levantó las manos y después las dejó caer para mostrar su impotencia—. Tengo que irme, es muy tarde y tú, según me dijiste, madrugas mucho. Te has portado de maravilla, de verdad. Muchas gracias. Ven cuando quieras a recuperar lo que te haya quitado mi gato. Vivo en la casa que parece la de Blancanieves, al lado de la de los Defrancisco.

—De acuerdo. Iré a ver —accedió mientras la acompañaba a la puerta—. Tengo que conocer a ese gato ladrón tuyo.



La tarde siguiente, nada más llegar de trabajar, sacó a pasear a *Diogee*, aunque solo un rato, y después volvió para ducharse.

—Creo que voy a ir a recuperar mis cosas —le dijo al perro, que empezó a menear frenéticamente la cola al escuchar la palabra «ir». *Diogee* no era ni mucho menos el perro más listo del mundo, ni siquiera de los alrededores, pero había algunas palabras que parecían ir directamente a su cola y ponerla en marcha—. Lo siento, no me refería a ti. —El movimiento se hizo algo más lento, pero no cesó del todo. Al parecer, pese a haber escuchado la palabra «no», tampoco había perdido del todo la esperanza.

David agarró una enorme galleta del también enorme contenedor de plástico de la cocina y se la dio a *Diogee*.

—Volveré enseguida. —El perro empezó a mover la cola y, conforme salía a toda prisa, escuchó un profundo y patético quejido. Pero David sabía que en cuanto llegara a casa de Jamie, el bueno de *Diogee* ya estaría roncando en su cama de perro de tamaño extragrande.

Vio un cartel de papel azul brillante pegado a un árbol, aunque ese tipo de avisos o anuncios no estaban permitidos en Storybook Court. Le sorprendía que Hud no hubiera obrado en consecuencia todavía. Generalmente actuaba con enorme diligencia para hacer cumplir todas las normas, por insustanciales que fuesen.

Cuando se acercó lo suficiente como para poder leer el cartel, se dio cuenta de que no podía haber sido otro que el propio Hud quien

había puesto el aviso. Tenía que haberlo escrito esa misma mañana. Decía lo siguiente: «¡Ola de delitos en Storybook! Si le han robado algo, acérquese a la fuente. Y si ha encontrado en su propiedad artículos que no reconoce como suyos, llévelos allí. Se recogerán testimonios, y se pondrán en marcha las acciones que sean necesarias. El ladrón y todos sus cómplices serán atrapados, y pasarán entre dos y cuatro años a la sombra».

Aquello no tenía el menor sentido. ¿Por qué un ladrón iba a dejar lo que había robado en casa de otra persona? Aunque aquel poni de Riley había terminado en la puerta de la casa de Ruby. Y Zachary había encontrado el diario de Addison en la suya. ¡Qué cosas más raras! Pero estaba claro que no se trataba de una «ola de delitos», como quería presentarla Hud. Ninguna de las cosas que le habían quitado a él podían venderse ni por lo que costaba una copa en el peor bar de la zona.

Antes de llegar a la calle de Jamie vio hasta siete carteles más, pegados en árboles y vallas. Hud había echado el resto. Nunca habría pensado que el estrafalario individuo pudiera actuar tan rápido. De hecho, ya estaba sentado al lado de la fuente, entretenido con sus anzuelos y esperando tomar declaración a los posibles testigos.

Se bajó las gafas de sol hasta la punta de la nariz cuando vio acercarse a David.

—¡Aficionado a los deportes! Me alegro de verte. ¿Acaso has decidido ayudar a nuestra comunidad y declarar contra la ladrona?

—No. Ni muchísimo menos. No era más que un calzón de deporte, Hud, y bastante usado. Y ni se me ocurriría presentar cargos contra un gato —aseveró.

—Un gato entrenado por una ladrona —respondió Hud con agresividad.

David lo saludó con la mano y siguió andando. Sonrió cuando llegó al sendero que llevaba a casa de Jamie. Un gato atigrado de colores beis y castaño estaba delante de la ventana principal mirando a Hud de hito en hito. Después centró su atención en David, maulló a



modo de saludo y entró en la casa. Cuando Jamie abrió la puerta, llevaba el gato en uno de los brazos.

—Temo que salga a la calle en cuanto tenga la oportunidad. Al final encontré su vía de escape: una grieta mínima en una de las mosquiteras del porche cubierto. La he arreglado, así que no creo que te moleste más, ni al pobre *Diogee*. No te lo había dicho, pero ayer vi a *Mac* dándole unos zarpazos en la nariz a tu perro —explicó al tiempo que daba un paso atrás para dejarlo entrar—. ¿Hablo demasiado?, ¿y muy deprisa? Seguro que sí —afirmó contestando su propia pregunta.

—No pasa nada, habla como quieras —dijo David—. Y *Diogee* está bien. No he encontrado señales de arañazos de gato en su nariz.

—Me alegro. —Jamie respiró hondo—. La verdad es que ha sido un día raro, con todos esos carteles por ahí. No me nombran, pero sé que están dirigidos a mí.

—Tranquila. Nadie se toma en serio a Hud —la consoló David.

—Bueno, algo es algo. Mira, estas son las cosas que ha ido dejando *Mac* en el felpudo. —Le señaló una caja de cartón que había puesto encima de la mesa de café. Se sentó y la abrió mientras Jamie se quedaba de pie observándolo. *Mac* saltó al brazo del sofá, lo miró también y se puso a ronronear bastante sonoramente.

David asió uno de sus calcetines de Bigfoot, otro normal, una camiseta y un par de calzoncillos tipo bóxer.

—Todo esto es mío. —Después tomó la toallita de manos—. Estoy casi seguro de que esto también. —Dirigió la mirada hacia *Mac*—. Has estado muy ocupado, ¿eh?

—Te compraré otra toalla de manos. La verdad es que he utilizado esa como trapo del polvo. Fue lo primero que apareció, y no creí que perteneciera a nadie en particular. Quiero decir que sabía que no era mía, pero pensé que se la habría dejado el anterior inquilino. Bueno, ya estoy empezando otra vez a hablar demasiado.

Se había aturullado tanto que se le habían enrojecido las mejillas y le brillaban mucho los ojos. Le pareció que el nerviosismo le

sentaba bien. David acarició al gato en la papada, y el ronroneo de *Mac* se hizo todavía más audible.

—¿Y dices que nunca había hecho nada parecido? —preguntó David.

—Nunca. Aunque la verdad es que vivíamos en un piso y no salía. Todavía no puedo asimilar esto.

—¿Por qué no te sientas? Me pongo nervioso solo de mirarte. — Jamie se sentó inmediatamente—. No te preocupes no tiene la menor importancia. —Volvió a mirar dentro de la caja—. Parece que más o menos la mitad de las cosas eran mías. Me pregunto cómo escogía a sus víctimas.

—Soy absolutamente incapaz de interpretar las intenciones de un gato —aseveró Jamie—. Y las de *MacGyver*, todavía menos.

—Pues con *Diogee* es facilísimo. Le encantan unas cuantas cosas, como pasear por la calle y comer golosinas de perro, y quiere hacerlas constantemente. Salvo cuando está durmiendo.

—Ya. Más o menos como un hombre. —Jamie se dio un cachete en la cara, puso una exagerada expresión de horror y se cubrió la boca con la mano—. ¿Cómo se me ha ocurrido decir eso? —murmuró entre los dedos.

—Pues lo has dicho —corroboró David riendo—. Pero tranquila, no me ofendo. Los gatos y las mujeres son más complicados que los perros y los hombres, aunque eso no significa que sean superiores.

Jamie bajó la mano y sonrió.

—Tienes razón. De hecho, hay veces que me gustaría pensar menos —afirmó suspirando—. ¿Qué se supone que debo hacer con el resto del material «robado» que me ha traído *Mac*? —preguntó—. ¿Lo llevo a la fuente? Me gustaría que sus dueños lo recuperaran, pero si Hud intenta interrogarme otra vez, tengo miedo de hacer algo de lo que pudiera arrepentirme. Y mucho. —Apretó los dientes con gesto fiero.

—¡Me intrigas! ¿En qué estabas pensando?

—Pues, por ejemplo... empujarle a la fuente —respondió Jamie

—. En estos momentos no se me ocurre nada peor, pero dame tiempo... ¿Ves? No soy un genio del mal, capaz de organizar pequeños hurtos a costa de mis vecinos con la ayuda de mi gato. Si lo fuera, ya tendría en mente un montón de cosas que hacerle a ese individuo. Bueno, ahora que lo pienso, se me acaban de ocurrir unas cuantas más...

—Si quieres, voy contigo —se ofreció David—. Pero te advierto que no voy a tratar de detenerte si finalmente decides tirar a Hud a la fuente, o hacer que *Mac* lo arañe... digamos que en la cara. Seguro que lo disfrutaría muchísimo.

—Gracias —respondió Jamie agarrando la caja y dirigiéndose al patio—. Vamos a librarnos de esto de una vez.

—¡Oye, amante de los deportes! ¡Tú sí que eres uno de los buenos! —le gritó Hud a David en cuanto lo vio—. No creo que haya mucha gente tan comprensiva y capaz de perdonar como tú. ¡Mira que hacer amistad con la ladrona que no ha parado de llevarse cosas tuyas desde que llegó! Supongo que ayuda el que sea tan agradable a los ojos...

—Hud, Jamie ni sabía lo que estaba haciendo su gato. Se enteró anoche —aclaró David con tono cansado, al tiempo que miraba hacia atrás, a casa de Jamie. *Mac* estaba otra vez en la ventana, observando o vigilando, vaya usted a saber.

—¿Tienes la intención de enseñarme lo que hay en la caja? —preguntó Hud dirigiéndose a Jamie.

Por toda respuesta, la chica abrió la caja y sacó los bóxer, el traje de baño naranja de marca Speedo y el resto de objetos dejándolos al lado de la fuente.

—Espero que, sean sus dueños quienes sean, recuperen lo que se llevó mi gato.

—¡Hola, Lolita! ¿Tú que has robado? —le gritó Hud a Addison mientras se acercaba. La verdad es que era un tipo que se comportaba de forma muy desagradable y maliciosa.

—¡No me llames así, te lo he dicho mil veces! —gruñó Addison—.

Y no he robado nada. Esto estaba en nuestro felpudo. —Tiró al suelo una camiseta con el gran hongo de la bomba atómica, que cayó junto al resto de cosas que había dejado Jamie.

—Esa camiseta es de Zachary —dijo David, que estuvo a punto de ofrecerse a devolvérsela al chico, pero pensó a tiempo que él preferiría que fuera la propia Addison quien lo hiciera.

Addison, bastante sorprendida, se quedó mirando la camiseta.

—¿Es de Zachary? No pensaba que fuera un chico al que le pudiera gustar *Adventure time*. Más bien *Los Teleñecos*...

—¿Cuándo ha sido la última vez que habéis hablado?, ¿cuándo tenía unos siete años? —preguntó David—. Él también ha crecido, como te puedes suponer.

—De acuerdo, sea como sea... —dijo entre dientes, volvió a recoger la camiseta y se marchó con ella. Marie la sustituyó colocándose al lado de David.

—Me han dicho que al ahijado de Helen y a ti no os fue nada bien —dijo Marie dirigiéndose a Jamie—. Y Helen me ha contado que él le dijo que te mostraste antipática, o sea, más o menos lo que les pasa a las mujeres que no han conseguido casarse a tu edad. Con estas palabras.

Jamie abrió y cerró la boca varias veces, como si fuera incapaz de encontrar las palabras adecuadas para contestar.

—¿Que él dijo qué? —logró preguntar finalmente, sin salir de su asombro.

—Ese tipo es un poco rata, siempre lo ha sido, aparte de que aburre a las ovejas —indicó Marie—. No te preocupes. Supe que mi sobrino nieto está saliendo con alguien, pero nuestro dentista se acaba de divorciar. Organizaré una cita.

—¡No! ¡Marie, no! ¡Ya te he dicho que no quiero ninguna cita a ciegas con nadie, ni asesores fiscales, ni dentistas, ni ahijados, ni sobrinos nietos! ¡Nada de hombres! ¡Este es «El Año de Mí Misma»! —estalló Jamie.

—Eso es ridículo —espetó Marie poniendo cara de disgusto.

—Muchos delincuentes son incapaces de establecer relaciones normales —intervino Hud—. Son capaces de robar y de cosas peores, porque no tienen los mismos sentimientos que tenemos nosotros, la gente normal que cumple las leyes y las normas.

—Mis sentimientos y mis comportamientos son absolutamente normales —dijo Jamie entre dientes conteniéndose a duras penas—. Si tengo una caries, Dios no lo quiera, iré al dentista. Si no, cuanto más lejos esté de mí, mejor —le dijo a Marie. Después se dio la vuelta y se marchó con aspecto muy ofendido.

David la siguió.

—¿«El Año de Mí Misma»? —preguntó.

—Sigo diciendo cosas en voz alta que debería guardarme para mí —gruñó. Se sentó en uno de los escalones del porche, y David se sentó también con cierta precaución, no demasiado cerca—. A este año lo llamo «El Año de Mí Misma», pero es algo propio, personal. Al morir, mi madre me dejó suficiente dinero como para tomarme un año libre. Y, como te dije la otra noche, quiero averiguar qué es lo que realmente quiero hacer con mi vida. En estos momentos no tengo ganas de empezar ninguna relación, aunque tanto Marie como Helen han decidido que no debo pensar en otra cosa que no sea esa.

—Lo siento... lo de tu madre, quiero decir.

—Gracias. Ocurrió hace poco más de un año. El dolor fue muy intenso en su momento, y ahora que ha decrecido... en cierto modo es casi peor. Y es que los recuerdos concretos acerca de ella son como si... como si se estuvieran diluyendo, como si se estuvieran volviendo un poco borrosos, y eso no me gusta nada, me parece injusto.

—Entiendo —dijo David pensativo.

—¿Tus padres siguen vivos?

—Sí. Viven en el norte de California. Voy a verlos en automóvil al menos un par de veces al año. También tengo un hermano que vive por allí. Pero mi mujer... murió hace casi tres años. A veces no puedo recordar las cosas con tanta claridad como antes. Su modo de reírse, por ejemplo. En algunos momentos sí que me viene a la cabeza con

absoluta nitidez, pero en otros... no sé por qué, pero no.

—Eso es, eso es —confirmó Jamie asintiendo.

Seguro que, de estar viendo la escena, Adam no pararía de negar con la cabeza. Allí estaba el David de siempre, sacando a colación a Clarissa mientras estaba sentado junto a una mujer atractiva. Pero esto no se parecía en nada a aquella noche en la que habían estado en el Blue Palm. No estaba intentando empezar nada con Jamie. Simplemente hablaban, como amigos. Le gustaba charlar con ella.



*Mac* abrió la boca y aspiró con fuerza disfrutando del cambio de aroma de Jamie desde que estaba allí sentada con aquel humano. El de él también había cambiado. El olor a soledad se había reducido, y lo estaba sustituyendo algo más cálido, más apetecible.

De todas formas, no había perdido las ganas de investigar, de buscar. Adoptando su habitual cautela, se dirigió al porche, olvidándose de que Jamie había reparado la mosquitera, lo cual le bloqueaba la salida. ¡Buuf! Ni que eso fuera a detenerlo. Había sido capaz de bajar por una chimenea, así que también podría subir por otra sin excesivo esfuerzo.

Aunque su cuerpo estaba deseando entrar en acción, decidió esperar hasta que Jamie se fuera a dormir. Ese momento sería más propicio.

---

4 N. del Trad.: *Dog* es perro en inglés, y el nombre responde a la pronunciación inglesa de las letras d, o y g.

5 N. del Trad.: Alfred Hitchcock acuñó el término *MacGuffin* para referirse a un elemento de una trama cinematográfica que, en sí mismo, carece de importancia, pero que aporta continuidad argumental.

## CAPÍTULO 11



—Tengo que decirte que no voy a un espectáculo de marionetas desde que vi uno en la biblioteca de al lado de mi casa, cuando tenía alrededor de seis años —le dijo Jamie a Ruby—. Así que esto casi podría considerarse como algo nuevo.

—No dudes ni por un momento que lo será —afirmó Ruby mientras estacionaba su Volkswagen Escarabajo entre un todoterreno urbano y una boca de incendios—. *Almighty Opp* no es solo un espectáculo de marionetas. El grupo que lo ha desarrollado dice que es una especie de servicio a la comunidad. Ni siquiera voy a intentar describírtelo. Es algo que debe experimentarse por uno mismo, sin preparación.

Salieron del vehículo y cruzaron la calle.

—¡Madre del Verbo! ¿Eso es una caja gigante de trozos de pollo frito? —preguntó Jamie asombrada.

—¡Por supuesto que sí, Madre del Amor Hermoso! —se burló Ruby, que siempre disfrutaba con las expresiones de asombro de Jamie—. ¿Qué pasa, que en Pensilvania no hay restaurantes de Kentucky Fried Chicken en forma de caja y de diez pisos de alto?

—Desde luego que no, te garantizo que ni en Avella ni en ningún otro sitio al que yo haya ido —respondió Jamie.

Ruby se detuvo en una parada de autobús, entre un bazar de esos donde venden de todo y unos bloques de pisos. Una pareja de



adolescentes habían plantado en la acera sus sillas portátiles, y bebía tranquilamente sus latas de Red Bull. Ruby les dirigió una sonrisa, y ellos la saludaron con la mano.

—¿Está cerca el teatro? —preguntó Jamie.

—Está aquí. O lo estará —contestó Ruby—. Hacen la representación en la acera.

—¿Tú crees que se dedican a esto? Digamos que... ¿como un trabajo?

Jamie vio acercarse a una pareja de *hipsters* que también llevaban sillas de tijera.

—Solo hacen representaciones más o menos una vez al mes, así que lo dudo mucho. Consiguen donaciones, pero me extrañaría que ni siquiera logren cubrir los gastos con ellas. Siempre están añadiendo cosas nuevas —respondió Ruby—. Yo creo que la razón por la que hacen esto es, pura y simplemente, porque les hace felices. También es posible que quieran, si no cambiar el mundo, sí en cierto modo la vida de quienes les vienen a ver, aunque solo sea durante un rato.

—Te agradezco muchísimo que me hayas traído. —Jamie estaba ansiosa por presenciar el espectáculo, o el servicio en palabras de Ruby, y comprobar de qué se trataba. El que el grupo que lo había creado hubiera despertado de esa forma la pasión de Ruby le intrigaba.

Su amiga la tomó por el hombro y le dio un apretón.

—He descuidado tu formación en el descubrimiento de Los Ángeles, pero a partir de ahora te voy a enseñar lo que merece la pena.

—Se supone que empieza a las nueve, ¿no? —No se adivinaba el más mínimo rastro de los actores, o lo que fueran.

—La puntualidad no es una de sus prioridades —respondió Ruby—. Pero tranquila, que seguro que vendrán.

—Me pregunto si no va a salir algo mal esta noche. Hace dos días que arreglé la abertura por la que se escapaba *Mac*, sin embargo

siguen desapareciendo cosas. Le gente ha seguido llevando un montón de objetos a la fuente. No es posible que *Mac* sea el responsable, al menos por lo que se refiere a los nuevos. No me he molestado en contárselo a Hud. Retorcería cualquier argumento que le diera con tal de que cuadrara con su teoría de que yo soy el cerebro de todas las «actividades delictivas», como él dice. Por ejemplo, que soy yo quien deja cosas en los porches de otras personas para alejar de mí las sospechas. Según él, me quedo con las que realmente me interesan, y las que no las pongo en otras casas como cortina de humo. Tú sabes de sobra lo muchísimo que me apetece tener un bañador Speedo naranja fosforito, por ejemplo...

—Me da la impresión de que le hubiera dado exactamente igual que le enseñaras la grieta antes y después de arreglarla —dijo Ruby—. Según él, el gato no es tu único cómplice, no lo olvides. Seguramente piensa que he sido yo quien ha robado las cosas estos últimos días... eso si es que estás completamente convencida de que *Mac* no ha podido escaparse de tu casa. Cada vez que se cruza conmigo me mira de reojo. Está segura de que soy una de tus compinches.

—Lo más absurdo de todo es que *Mac* sí que ha robado cosas. Vi con mis propios ojos que llevaba los calzoncillos de deporte de David. Es verdaderamente curioso que haya alguien más que esté hurtando al mismo tiempo que mi gato.

—Puede que *Mac* tenga un *copycat* —sugirió Ruby al tiempo que rozaba el índice y el pulgar de la mano derecha y los movía—. ¿Lo entiendes? Un *copy cat*.<sup>6</sup>

—La verdad es que no, no lo capto. ¿Crees que serías capaz de explicármelo? Solo soy una pobre niña, ingenua e inocente —dijo Jamie, moviendo las pestañas a toda velocidad—. Pero bueno, en serio, es una cosa rarísima.

—Sí —admitió Ruby—. Allá en tu casa nunca te había pasado nada parecido, ¿no?

—No. De ser así, ya te lo habría contado. Espero que no te

importe que te utilice para calmarme, para pedirte consejo y para atiborrarme a galletas —dijo Jamie con tono esperanzado.

—¡Qué va! Lo hago encantada —respondió Ruby—. Cuando trabajo la gente con la que estoy se convierte en algo así como mi familia. Pero al acabar la filmación, y aunque todos decimos que nos mantendremos en contacto y todo eso, la verdad es que nunca lo hacemos, a no ser que coincidamos en otro proyecto. Así que puedo dedicarle tiempo a alguna amiga que no trabaje en la industria cinematográfica; además, la próxima película en la que voy a colaborar no entra en periodo de producción hasta dentro de unos meses.

Jamie echó otro vistazo a su alrededor.

—No te preocupes, que seguro que vienen —la tranquilizó Ruby—. ¿Has vuelto a ver a David mientras vigilas la fuente?

—Pues no —respondió Jamie—. Seguramente no le ha desaparecido nada desde que le devolví lo que me había traído *Mac* de su casa. De ser así, seguramente habría venido a verme, ya que era yo la que lo tenía todo.

—Parece como si las fuerzas del universo se hubieran confabulado para uniros a vosotros dos: os encontráis en la tienda de mascotas, coincidís en el mismo restaurante en vuestras citas a ciegas, que por cierto terminan fatal las dos, y os juntáis en el bar sin poneros de acuerdo —reflexionó Ruby—. Y, para poner la guinda en el pastel, tu gato no para de robarle cosas.

—Pude sobrellevar sin problemas lo de ayudarte a decorar tu casa para la Navidad en septiembre —dijo Jamie—. De hecho, hasta lo pasé bien. Pero si vas a empezara hablar de que el puñetero universo tiene intenciones respecto a mí y las pone en práctica, la cosa se va a poner muy difícil entre las dos...

Ruby levantó las manos en señal de inocencia.

—Muy bien, muy bien. Lo cual no elimina el hecho de que David sea un hombre estupendo. Y tú también seas una chica fantástica. Ni mucho menos quiero ser como Marie y Helen, pero...

—Pues entonces déjalo —rogó Jamie—. Créeme cuando te digo que ahora no quiero tener nada con nadie. Por estupendo que sea. Y estoy de acuerdo, David tiene toda la pinta de ser un hombre excelente. Es divertido, agradable, no insinuó nada ni siquiera mínimamente obsceno ni pervertido a las pocas horas de conocerme, y hasta me invitó a una copa después de mi cena con ese asqueroso gorrón.

—Y tiene un trasero de diez —remató Ruby.

—Sí, de acuerdo, es atractivo desde todos los puntos de vista —admitió Jamie—. Pero en serio, no me interesa.

—Lo sé. Y de verdad, lo he entendido, del todo. Lo que pasa es que conozco a David desde hace muchos años, y me gustaría que fuera feliz. Ha pasado unos años horribles, muy duros. Y aunque a ti te conozco solo desde hace unas pocas semanas, también me gustaría que fueras feliz. Os puedo imaginar perfectamente juntos. No me da la impresión de que David interfiriera en tu búsqueda de lo que quieres hacer con tu vida. Más bien creo que te apoyaría y te animaría.

Jamie quería dejar el tema a toda costa.

—Hoy he hablado con una persona de la administración de la universidad, y me dejan aplicar la tarifa que pagué por la clase de interpretación a otra de maquillaje para efectos especiales —le contó Jamie—. Estoy siguiendo tu consejo de probar cosas nuevas. Además, así podré hacerme un disfraz increíble para Halloween.

—¡Mira, aquí llegan! —exclamó Ruby señalando a dos hombres en bicicleta, disfrazados de payasos, que se acercaban hacia ellas por la calle. Las dos bicis llevaban detrás una especie de carros pequeños cubiertos por lonas.

«Puede que el universo sí que esté de mi parte», pensó Jamie. «Ahora Ruby no tendrá oportunidad de meter a David en la conversación». Los dos hombres se detuvieron junto a la parada del autobús y empezaron a sacar el material invitando a Jamie, a Ruby y a los demás a que los ayudaran.

Sintió una punzada de excitación cuando empezaron a montar el escenario, que tenía dos grandes tarimas, un cañón de confeti y una colección de marionetas grandes y maravillosamente extrañas. Para hacer eso, es decir, ir a un vecindario tranquilo y apartado sin apenas hacer publicidad a armar un espectáculo que, casi con toda probabilidad, no se sostenía económicamente por sí mismo, estaba claro que lo hacías por pura afición. Si esos dos hombres habían encontrado algo que realmente les gustaba, y muchísimo, ella también sería capaz. Y por eso no deseaba despistarse. Así que, de momento, nada de hombres; a disfrutar de su regalo durante el año. Y sobre todo, nada de David, porque le parecía que podría ser una distracción, aunque de hecho, una distracción de lo más placentera.



—Addison me ha devuelto mi camiseta —le contó Zachary a David mientras paseaban juntos a *Diogee*—. Me dijo que había aparecido junto a la puerta de su casa, y que tú le habías dicho que era mía.

Ya habían pasado varios días desde que Addison había llevado la camiseta a la fuente. La verdad era que se había tomado su tiempo para devolverla. Evidentemente, eso no se lo iba a contar a Zachary. De hecho, se dio cuenta de que el chico procuraba mantener un tono de voz ligero y desinteresado, aunque no dejaba de sonreír en ningún momento.

—¿Y qué tal está esa arpía? —Le resultó imposible no tomarle el pelo un poco.

—¡No es una arpía! —protestó Zachary. David no le recordó que fue él el primero en llamar arpía a Addison—. En su diario...

—Que tú no has leído... —puntualizó David. *Diogee* se detuvo bruscamente a dejar su marca sobre una mata de hortensias.

—Lo único que hice fue ojearlo, sin pararme a leerlo. Bueno, en cualquier caso en algunas páginas sonaba verdaderamente cabreada y molesta, y lo entiendo, pues pude ver la cantidad de faenas que le hace su novio. Pero otras veces resulta bastante divertida. Y había un

par de poemas muy profundos, de verdad.

Estaba más colado por ella de lo que David había pensado.

—Parece que también le gusta mucho *Adventure time*. Reconoció el hongo nuclear nada más verlo. ¿Terminasteis hablando de la serie?

—Pues sí —dijo Zachary—. Tiene la teoría de que la bomba nuclear acabó produciendo mutaciones, y que el monstruo de cieno que hay alrededor de Simon y Marcy son en realidad humanos mutantes. La verdad es que no estoy muy de acuerdo, pero por lo menos tiene sentido.

—Puede que tenga que verla otra vez —comentó David.

—Pues sí, deberías. —Lo normal habría sido que, durante el resto del paseo, Zachary le hubiera explicado a David con pelos y señales en qué detalles tendría que fijarse cuando volviera a ver los capítulos, pero no fue así—. También hablamos de Ms. Marvel, ya sabes, Kamala Khan. Creo que le sorprendió bastante que hubiera leído sus cómics. Ya sabes que hay un montón de comentarios en Reddit de tipos que dicen que nos están metiendo la diversidad como la comida a las ocas. Ms. Marvel fastidia a algunos grupos minoritarios. ¡Y también a las mujeres! Que no son un grupo minoritario, ni mucho menos. Los dos creemos que Kamala es un personaje doble parecido a los de Peter Parker y Spiderman, y que las relaciones entre los dos superhéroes y sus fachadas son igual de complejas.

David empezó a desconectar. Sabía que si Zachary empezaba a hablar de cómics la cosa podía no terminar nunca. De hecho, a veces los leía, e incluso entraba en algunas páginas web en las que se hacían comentarios acerca de ellos. Pero hoy sentía demasiada curiosidad acerca de lo que estaba pasando entre Addison y Zachary. Le daba la impresión de que su chico había ganado bastantes puntos defendiendo a Ms. Marvel.

—¿Y desde entonces la has visto en el instituto? —preguntó.

La sonrisa de Zachary se diluyó.

—Sí, en Lengua. Pero apenas tenemos tiempo entre clase y clase, así que es difícil hablar con nadie. Y en la hora de la comida... ya

sabes cómo funciona eso. Todo el mundo se sienta siempre con la misma gente. Addison se sienta con su novio.

—Pues aquel día que tiró el teléfono por la ventana parecía que iba a darle la patada —comentó David...

—Sí, ya... —Zachary se encogió de hombros—. Yo pensaba que lo había hecho. Y en su diario parecía que eso era lo que quería hacer. —Esta vez David no dijo nada acerca de la lectura prohibida—. Pero hoy se ha pasado la mitad del tiempo de la comida sentado a su lado dándole patatas fritas, así que supongo que si rompieron, han vuelto a hacer las paces.

—Las cosas cambian, chico. No me digas que no te acuerdas de que MJ tenía novio cuando conoció a Peter Parker —le recordó David.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó el chico en voz muy alta, tanto que *Diogee* se detuvo y empezó a mirar y oler a su alrededor para ver qué pasaba—. Yo no... me da igual si tiene novio o no. Salvo que lo describe como si fuera un imbécil, y no puedo entender que no prefiera estar con alguien que la trate mejor.

—Nadie debería permanecer con alguien que lo trate mal —dijo David con convicción.

—¡Desde luego! Por eso me fastidió verla caracoleando a su alrededor —dijo Zachary.

—Lo entiendo —David se preguntó si Zachary habría logrado convencerse a sí mismo de que eso era lo que le pasaba.



*Mac* jugueteaba con *Mousie*, pero aunque el muñequito olía tan maravillosamente como siempre, él no terminaba de sentir el habitual y placentero frenesí. Estaba claro: el problema era de los humanos. Todos eran igual de estúpidos. Al principio echaba la culpa a sus narices, unos órganos que no merecían llamarse así de ninguna manera, sino «amasijos faciales» o algo parecido.

Pero ahora, con la experiencia, sabía que no se podía atribuir únicamente a su casi inexistente sentido del olfato. Por fin había conseguido que Jamie y el hombre que consideraba más adecuado

como compañero se juntaran. Se habían sentado juntos al lado de la casa, e inmediatamente se había dado cuenta de que el olor a soledad los abandonaba a ambos. ¡Inmediatamente! ¡Y a los dos a la vez! También había podido percibir la atracción que se establecía entre ellos. En ese momento estuvo seguro de que había completado su misión.

Pero después... ¡nada! Desde entonces no habían vuelto a juntarse. ¿Por qué? No podía comprenderlo. Si hay algo que te hace sentirte bien, quieres tener más. Como por ejemplo el atún. El atún le hacía sentirse bien, y por eso quería más. O como *Mousie*. Jugar con *Mousie* le hacía sentirse bien. Al menos casi siempre. Podía entretenerse con el muñeco en cualquier momento del día, salvo cuando Jamie lo guardaba en una caja con pestillo. Un pestillo que *Mac* todavía no había aprendido a abrir.

Los dos jovencitos, esos que estaban casi tan desesperados como gatitos recién nacidos, lo estaban haciendo igual de mal. Con ellos había pasado exactamente lo mismo. *Mac* había conseguido que se conocieran, y que estuvieran cerca el uno del otro. Lo sabía. Podía notar sus respectivos olores, el del uno en el otro y viceversa. Y también que ambos se sentían felices juntos. ¿Pero se buscaban para volver a estar unidos? ¡Qué va! Y es que eran humanos, que apenas sabían cómo mantenerse vivos sin ayuda. Absolutamente bobos.

Menos mal que, por lo menos, la niña y la humana que se encargaba de prestar ayuda a todos los demás humanos no necesitaban más de *Mac*. Fuera como fuese, se habían dado cuenta de que estaban mejor juntas, y lo ponían en práctica.

*Mac* dio un bufido de impaciencia. Tendría que salir esta noche de nuevo para tratar de arreglar las cosas. Sabía que no disfrutaría de verdad de *Mousie* hasta que lo hiciera.

Fue trotando hasta la habitación de Jamie, que dormía plácidamente, sin darse cuenta de lo mal que hacía las cosas. Agarró algo del suelo, un objeto que sin duda podría ser olido hasta por un «amasijo facial humano». Después volvió al cuarto de estar, se metió



en el hogar de la chimenea y empezó a subir despacio por el hueco. Los humanos adultos tendrían que estarle agradecidos de que se preocupara tanto por ellos. Y, desde luego, Jamie mucho más por el hecho de que fuera su humana. Aunque tuviera que salir cada noche durante el resto de su vida, la ayudaría a darse cuenta de que tenía que ser feliz, y también la manera de conseguirlo.

Fue directamente a casa del hombre. La ventana de siempre estaba cerrada. Sin problemas: utilizaría la puerta del descerebrado. Esperó un momento para estar seguro de que el perro no estaba al otro lado de la puerta, y se coló dentro.

El inagotable productor de babas no estaba a la vista. Mejor. Esa noche *Mac* no tenía cuerpo para jugueteos. Subió subrepticamente las escaleras, hasta llegar a la habitación en la que dormía aquel hombre. Allí estaba, enrollado alrededor de una almohada enorme. A *Mac* le gustaría tener una almohada como esa. Ya se las apañaría para llevársela a casa en otro momento, pero esta noche tenía que trabajar.

Trepó a la cama. Quería estar seguro de que el hombre fuera capaz de encontrar el regalo que le estaba haciendo. Así que avanzó y le dejó la prenda sobre el pecho. Y después... ¡el caos total!

El hombre se despertó de repente. El descerebrado empezó a ladrar como un poseso.

*Mac* tenía que salir pitando de allí. Saltó de la cama y se escondió en el cuarto de baño. Entonces recordó que la ventana estaba cerrada, pero ya era tarde, aunque solo fuera por un segundo. Bueno, daba igual. *Mac* era un maestro abriendo puertas, ventanas y lo que fuera. Se subió al antepecho y empezó a patear el pestillo.

Demasiado lento esta vez. El hombre estaba encima de él, y lo agarró entre las manos. *Mac* luchó, pero el hombre lo sujetó con fuerza, y no se inmutó cuando le dio un arañazo de advertencia.

—No te resistas —dijo el hombre—. Esta vez te he atrapado con las manos en la masa, *MacGyver*.

---

6 N. del Trad.: La palabra *copycat* significa «imitador» en inglés. Si se separan *copy* y *cat*, el significado varía, y pasa a ser «copia de un gato».

## CAPÍTULO 12



Jamie se despertó al oír que llamaban. Miró su reloj despertador y vio que pasaban unos minutos de la una de la mañana. Aunque a ella le parecía como si llevara varias horas durmiendo, lo cierto es que no había descansado más que media hora. De todas maneras, era tardísimo para tocar a la puerta.

Pero, fuera quien fuese la persona que lo hacía, estaba claro que no pensaba lo mismo que ella. La llamada no cesó, e incluso se volvió más insistente. Jamie se colocó los *jeans* que se había puesto para el espectáculo de marionetas y no se cambió la camiseta que utilizaba de pijama. Se dirigió a la puerta, pero inmediatamente se dio la vuelta y agarró el teléfono móvil de la mesilla. Marcó el 91. Si se trataba de algo raro y ahí fuera había algún perturbado, todo lo que tendría que hacer sería apretar otra vez el 1 y esperar a que apareciera la policía.

—¿Quién es? —gritó Jamie intentando poner una voz que sonara a que medía uno noventa. Su preciosa puerta no tenía mirilla.

—Soy David —respondió—. Perdona por haberte despertado. Tengo a tu gato.

—¿Mac? —Por la noche dejaba de pensar en él. Abrió la puerta y, en efecto, vio a David, con pinta muy desaliñada. A *Mac*, con pinta de furia. Y a *Diogee*, con pinta eufórica.

Estiró los brazos para agarrar al gato, pero David dio un paso

atrás.

—Creo que sería preferible que lo dejara yo en el suelo —propuso—. Está... bastante agitado.

—Pasa —dijo al tiempo que abría la puerta de par en par. David entró y esperó a que Jamie cerrara para dejar en el suelo a *Mac*, que se metió a toda prisa en la habitación de Jamie—. No me cabe en la cabeza que se haya podido escapar. Recosí y cerré el hueco de la mosquitera a conciencia, y además puse un parche. —Se acercó hacia el porche y comprobó si había algún otro hueco—. ¿Ves? Está perfectamente cerrado.

Miró hacia arriba y vio una señal muy evidente en el antebrazo de David.

—¡Y encima te ha arañado!

—No te preocupes, no ha sido nada —dijo David quitándole importancia.

*Diogee* no paraba de gimotear y de tirar de la correa. Estaba claro que pedía atención. Jamie se arrodilló delante de él y lo acarició.

—Siento mucho no haberte hecho caso. Lo siento. Lo siento. —*Diogee* se echó inmediatamente de espaldas y Jamie, obedientemente, empezó a acariciarle la tripa—. Voy a curarte ese arañazo. No quiero que se te infecte —le dijo a David, y se puso de pie. *Diogee* le golpeó la pierna con su pata, pero no lo suficientemente fuerte como para detenerla.

—*Diogee*, acuéstate —ordenó David.

—¿Quieres quitarle la correa? —preguntó Jamie.

—¿No te importa?

—¡Claro que no! No puede romper nada.

Después de quitarle la correa, Jamie dirigió la comitiva hacia el cuarto de baño.

—Lávate el arañazo mientras busco la Neosporina.

—No es necesario... —empezó a protestar David.

—¡Hazlo! —dijo Jamie con tono imperativo. Y él obedeció. La chica pasó a su lado y empezó a buscar en el cajón de las medicinas.

Estaba tan cerca que podía aspirar su aroma. Olía bien a jabón, a hombre y puede que un poquito a vainilla—. Entonces, eh..., ¿dónde has encontrado a *Mac*? —preguntó intentando distraerse—. Tengo que averiguar cómo demonios se ha escapado.

—Estaba en mi habitación —respondió.

—¡Madre del Verbo! No sé qué le está pasando. Como siga así, va a conseguir que me expulsen de Storybook Court. —Jamie encontró por fin la Neosporina, cerró el cajón y por fin pudo separarse de David.

—No te preocupes. No pienso denunciarte a Hud. —David cerró el grifo y Jamie se estiró para alcanzar una toalla, de modo que le rozó el brazo, fuerte y sólido, con el pecho. En ese momento se dio cuenta de que no llevaba puestas las bragas, ya que se había colocado los pantalones a toda prisa. El cuarto de baño era condenadamente pequeño. Le dio la toalla y se sentó sobre el borde de la bañera.

—¿Ha conseguido quitarte algo? —preguntó.

—Eh..., no. Pero sí que me ha traído una cosa. He pensado que podría ser tuya. —David metió la mano en uno de los bolsillos delanteros de sus *jeans* y sacó unas bragas rosas, con dibujos de pequeños extraterrestres verdes.

—Sí, son mías. —Jamie se levantó casi de un brinco, se las arrancó de las manos y se las guardó a su vez en uno de los bolsillos de los pantalones. Notó que le ardían las mejillas, así que seguro que se había sonrojado. No le gustaba nada ruborizarse. Desenroscó el tubito de pomada antiséptica y puso una cantidad bastante abundante en el brazo de David. Inmediatamente se preguntó por qué no le había pasado el tubo a él, porque ahora lo lógico sería que ella misma le aplicara la pomada. ¿Sería muy extraño? Antes de que pudiera decidirse, David se la administró él mismo.

—¿Ponemos una tirita? —preguntó Jamie.

—No es necesario, con esto basta —respondió David. Salió del cuarto de baño, pero se detuvo en cuanto llegó a la sala de estar. Jamie se puso a su altura y soltó una risita. *Diogee* estaba tumbado en

el sofá, lo mismo que *Mac*. Prácticamente estaban pegados, nariz con nariz, mirándose fijamente y sin moverse.

—No me puedo creer que *Diogee* se haya quedado ahí quieto, sin salir pitando en dirección a la puerta —dijo David hablando muy bajito—. Normalmente es un cobardica.

—Pues lo que yo no me puedo creer es que *Mac* haya dejado las garras quietas —confesó Jamie—. Seguramente están llevando a cabo algún tipo de negociación o de competición. Vamos a dejarlos, a ver qué pasa.

David no se movió.

—Mi abuela me solía leer un cuento acerca de dos animales enfadados el uno con el otro que se pelearon. Cuando terminaron, lo único que quedaron fueron los restos de ambos.

—¡El perro de cuadros y el gato multicolor! Estaba en un libro que compró mi madre en una liquidación de un garaje —dijo Jamie, encantada de acordarse—. Aunque creo que si fueran a hacerse pedazos, habrían empezado ya, ¿no te parece? —Al llegar a la cocina abrió el frigorífico—. ¿Qué te apetece? ¿Una cerveza? Yo voy a tomarme una.

—Sí, me parece bien.

Jamie le pasó una Corona y se sentaron a la mesa. Resistió la urgencia que le entró de cruzar los brazos sobre el pecho. Ya había visto lo que había visto, así que era demasiado tarde. Por otra parte, la camiseta no era excesivamente fina, así que tampoco habría podido fijarse demasiado.

—Dentro de muy pocas horas tienes que ir a trabajar. No te sientas obligado a quedarte. Si quieres, puedes tomarte la cerveza por el camino, ya que vas a ir andando, no en auto.

—¿Qué pasa? ¿Me estás echando? ¿Ahora que me estoy recuperando de los terribles arañazos que me ha infligido tu gato, y que todavía tengo una fiebre altísima? —preguntó David burlón y sonriente—. Me fui a la cama pronto. Ya he dormido un buen rato.

—Puedes quedarte todo el tiempo que quieras —dijo Jamie

dándole un sorbo a la cerveza—. No sabes lo que siento que *Mac* se haya colado otra vez en tu casa. Estaba segura de que la mía ya era para él como una prisión de alta seguridad. Pero, visto lo visto, tiene más sentido pensar que ha encontrado una vía de escape, en lugar de que sea otro, humano o animal, quien esté robando cosas y redistribuyéndolas al azar por el barrio.

—Sus robos le están haciendo un favor a mi vecino Zachary. Va al instituto con Addison y está absolutamente colado por ella. Sabes de quien te hablo, ¿verdad? La hermana mayor de Riley.

—Sí, la conozco —dijo Jamie—. ¿Y el chico al que le gusta la ha conocido?

—¡Claro! —dijo David riendo—. Se conocen prácticamente desde que nacieron. Y él sabe muy bien que tiene muy mal humor. Pero a esa edad las hormonas son muy poderosas. Además, quién sabe, quizá si no tuviera un novio tan imbécil, tampoco estaría tan enfadada todo el tiempo. Al menos esa es la teoría de Zachary.

—Puede que tenga razón —dijo Jamie levantando las cejas—. ¿Zachary conoce a su novio?

—Le ha visto con Addison en el instituto, y también leyó el diario de la chica, al menos un poco —dijo David.

—¿Su diario? ¡Espera un momento! Tiene que ser el que se encontró el diario en su puerta. Cuando Ruby se lo devolvió sin que ella se diera cuenta, yo estaba en casa de las chicas.

—Sí. Fui yo el que le pedí a Ruby que lo hiciera. Zachary pensó que si se lo devolvía él, la chica se enfadaría al pensar que lo había leído. Cosa que había hecho, por cierto —comentó David.

—¿Por eso dices que *Mac* le ha hecho un favor? ¿Crees que fue *Mac* el que le robó el diario? —rezongó Jamie—. Sí, seguramente fue él. Y también el poni de Riley. Me da miedo pensar en cuántas casas se ha metido.

—No estaba pensando en el diario cuando lo dije, sino en la camiseta de *Adventure time* de Zachary, que desapareció también. ¿Recuerdas? Addison la llevó a la fuente cuando nosotros estábamos

allí —dijo David—. Le indiqué que era de Zachary y ella se la devolvió. Y así se pusieron a hablar de ese y de otros cómics. Creo que es la primera vez que conversaban de verdad después de tantísimos años de ser vecinos. Te garantizo que a Zachary ni se le ocurriría denunciar a *Mac*, todo lo contrario. Más bien pediría que le dieran una medalla.

—¿Qué crees que debo hacer? ¿Ir de puerta en puerta disculpándome y confesando que mi gato es un ladrón?

—Lo que yo creo es que deberías encontrar la nueva vía de escape de *Mac* y sellarla —respondió David—. Y tranquila, que todo se olvidará. La cosa solo parece preocuparle a ese mastuerzo de Hud. Si quieres te puedo acompañar para ayudarte a averiguar qué está haciendo ahora para escaparse.

—Eso estaría bien. Otro par de ojos beneficiarían, la verdad.

—De acuerdo, entonces nos vemos mañana después del trabajo, alrededor de las tres y media si te viene bien. —David se acabó la cerveza—. Vamos a ver qué tal les va a ese par de matones. No me puedo creer lo que está pasando entre ellos. ¡Parecían el perro y el gato del poema!

—Pues ninguno de los dos ha movido ni un solo músculo —comentó Jamie mientras volvían al cuarto de estar—. ¡Increíble lo de *Diogee*! Yo no he sido capaz de lograr mantenerle la mirada a *Mac* jamás, siempre termino retirándola. Pero ahí está, aguantando como un campeón. Deberías traértelo mañana.

—Muy bien. Pues nada, nos vemos mañana. —David volvió a colocarle la correa al perro, y tuvo que tirar de él con todas sus fuerzas para llevárselo, pues pretendía a toda costa seguir mirando a *Mac*.

—¡Gracias por traer a *Mac*! —insistió Jamie—. Espero que puedas dormir algo antes de irte a trabajar.

—Seguro que sí. ¡Me gusta tu camiseta! —fue lo último que dijo antes de cerrar la puerta.

Esperaba que aludiera de verdad a la camiseta, y no al hecho de



que no llevara sujetador. Aunque la verdad es que Vinnie, Jules y los minions eran muy divertidos, así que quizá solo se refiriera a ellos.

Se dejó caer en el sofá al lado de *Mac*.

—No haces nada más que crear problemas —le riñó—. Pero te quiero, a pesar de todo —confesó acariciándolo en la cabeza con la mejilla. El gato comenzó a ronronear de inmediato.

—Bueno, volvamos a la cama. Aunque la que voy a volver soy yo, no tú —aclaró agarrándolo en brazos y llevándolo al dormitorio—. Por favor, sé bueno por una vez y quédate aquí, porque si no voy a tener que ponerte la correa a la hora de dormir. Si hace falta me la ataré a la muñeca.

*Mac* se colocó exactamente en el centro geométrico de la cama. Jamie suspiró, se quitó los *jeans* y se situó donde pudo. Pero había perdido el sueño por completo.

—Tenías un montón de cosas para llevarte, pero precisamente tuviste que escoger unas bragas. Muchísimas gracias, *MacGyver*.

Bueno, la verdad es que ella también había visto la ropa interior de David, pues resultó que los calzoncillos eran suyos. Estaba segura de que le sentarían de miedo.

Dio un pequeño gemido, se acomodó en su sitio favorito de la cama y se cubrió la cabeza con la almohada. No quería pensar en el aspecto de David en calzoncillos. Lo que quería y necesitaba, era desarrollar un sistema para mantener a *Mac* en casa. Eso, y también el siguiente paso que daría de cara a descubrir cuáles eran sus verdaderos sueños.



—Espero que cuando dije «bonita camiseta», ella pensara que de verdad quería decir que la camiseta era bonita —iba diciendo David, no sabía si a sí mismo o a *Diogee* mientras caminaban hacia su casa. Inmediatamente después de decirlo se dio cuenta de que era fácil imaginar que en realidad se refería a su magnífico aspecto sin sujetador, y que la referencia podía resultar poco apropiada. De todas formas, realmente era imposible no notarlo. O al menos le había sido

imposible a él.

—Por lo que se refiere a ti, muchacho, estoy muy orgulloso de que hayas sido capaz de mantener a raya a ese gato sin resultar lesionado... ni huir —continuó David. A veces pensaba que hablaba demasiado con su perro. Pero bueno, si tienes perro, lo lógico es hablar con él, ¿no? Estaba seguro de que Jamie hablaba con *MacGyver*.

Cuando llegaron a casa, David se fue directamente a la cama, pues tenía que levantarse dentro de pocas horas. Oyó cómo *Diogee* se dejaba caer con todo su peso sobre la gigantesca almohada soltando una especie de suspiro de gusto. Al cabo de unos momentos, el perro roncaba como un oso.

Pese a la oscuridad reinante, en su cerebro todas las luces estaban encendidas. Era curioso, ¿o más bien raro, asombroso, extravagante?, el que *MacGyver* le hubiera dado a Zachary algo de Addison y también viceversa. ¿Cuál era la probabilidad de que tal cosa ocurriera por pura casualidad? En Storybook Court había treinta y tres casas.

Jamie tenía un aspecto estupendo con esa camiseta. Esa certeza, junto con la imagen de la chica, se adueñó por completo de sus pensamientos. Intentó librarse de ella.

¿Por qué se habría llevado *Mac* tantas cosas suyas? Por lo que pudo ver en el montón de la fuente, la mayoría de los objetos le pertenecían.

Jamie tenía un aspecto estupendo con esa camiseta.

Durante por lo menos quince segundos intentó dejar de pensar en eso. La camiseta era muy graciosa, le encantaban esos muñecos amarillos. Además, llevaban plátanos en vez de armas. «Plátano», repitió varias veces, intentando imitar la forma de hablar de los minions. Había visto todas las películas de esos dibujos animados, y bastantes veces, porque a Maya, la hija pequeña de Lucy y Adam, que además era la ahijada de David, le encantaban. Por lo menos tenía buen gusto para las películas. Tras ver la primera media hora de *Norman del norte* se puso a llorar hasta que la quitaron.

Jamie tenía un aspecto estupendo con esa camiseta.

Estaba claro que no era capaz de controlar a su propio cerebro. También estaba seguro de que le sentarían de miedo esas braguitas con los extraterrestres diminutos. Su mente empezó a componer imágenes, así que gruñó y se puso la almohada encima de la cabeza. ¡No iba a ser capaz de dormirse si seguía en ese plan!



La tarde siguiente Jamie era incapaz de estarse quieta. Agarró el cuaderno, pues quería añadir algunas cosas más a su lista de «me gusta», entre ellas la de crear una cicatriz falsa, que era lo que había hecho por la mañana en clase, y también a *Almighty Opp*, aunque todavía estaba intentando encontrar la manera de describir lo que había visto. ¿Terapia con marionetas? ¿Esclarecimiento mental con marionetas? Los dos actores que desarrollaron el espectáculo, Jeffrey y Kranko, parece que lo que deseaban era ayudar a la gente a conectarse con ellos y entre ellos, y crear... alborozo. «Alborozo» era la única palabra que se acercaba a lo que había sentido. Lograr algo parecido a eso debía de ser algo estupendo. No se refería a crear un espectáculo de teatro en la calle, cosa que le parecía fuera de su alcance, así que mejor no pensar en ello. Se refería a dedicarse a algo que lograra conectar a distintas personas y hacerles felices.

Apartó el cuaderno. Le venían a la mente un montón de ideas y pensamientos, pero no tenía suficiente paciencia como para escribirlos, al menos en ese momento. En lugar de eso, se acercó al porche cubierto y volvió a comprobar la reparación que había hecho. Tenía claro que *Mac* no podía haber sido capaz escaparse por ahí.

Paseó sin rumbo por la casa, entró en la cocina y abrió el frigorífico. Volvió a cerrarlo, después lo volvió a abrir, sacó un pepinillo y se lo comió, aunque en realidad no tenía hambre. Después se tomó una galletita salada para eliminar el sabor del pepinillo, pero finalmente decidió que lo que tenía que hacer era lavarse los dientes.

Mientras se los lavaba se miró en el espejo. ¿Debía cambiarse?,

llevaba puesta una camiseta rosa muy básica, con cuello en pico, y unos chinos. Nada especial... ¡Un momento! ¿Por qué estaba siquiera pensando en cambiarse? ¿Qué más daba la ropa que llevara encima? Lo único que pasaba era que su vecino iba a acercarse para ayudarla a averiguar cómo se escapaba su gato. Iba vestida adecuadamente. Llevaba sujetador. Estaba presentable. Con eso era más que suficiente.

De todas formas, fue al dormitorio, abrió la puerta del armario, miró la ropa de unas cuantas perchas y, finalmente, cerró la puerta con decisión. ¡No iba a cambiarse! Estaba claro: esa era una de las razones por las que «El Año de Sí Misma» no podía incluir hombres. Un individuo atractivo iba a venir a ayudarla, y la relación amistosa y solidaria entre vecinos no tenía nada que ver con salir, ni con citas, ni con rollos sentimentales. Se centraría en los asuntos importantes. Como su lista, por ejemplo.

Vio a *Mac* en el rincón soleado en el que dormitaba y se acercó a abrazarlo. El gato lo permitió durante unos dos segundos, y enseguida se apartó. A *Mac* le gustaba que lo acariciaran y lo mimaran, pero solo cuando él estaba de humor para ello. O cuando sentía pena por ella.

Jamie agarró el teléfono móvil y buscó en Internet el poema del perro con la piel a cuadros y el gato multicolor. Comprobó que se llamaba *El duelo*. Se le había olvidado el título, y se preguntó si David lo recordaría. ¡Ya estaba otra vez! Ahora no se trataba de pensar en ropa, pero sí en él. ¡Era ridículo!

Respiró hondo y salió al patio delantero. Debía empezar a buscar la ruta de escape de *Mac* ella sola. David había sido de lo más amable al ofrecerse, pero lo podía hacer sin su ayuda. No obstante, antes de que pudiera empezar la inspección, Marie apareció en su porche.

—Échale un vistazo a tu correo electrónico —dijo.

—¿Por qué? —preguntó Jamie. No le gustó nada cómo la miraba Marie. En sus ojos había un brillo ansioso.

—Porque Fred Hernández, que es nuestro dentista, me acaba de

mandar uno y me ha dicho que también te iba a escribir —dijo Marie.

Jamie cerró los ojos, contó hasta tres y los volvió a abrir.

—Marie, por favor, no le des mi dirección de correo electrónico a nadie sin pedirme permiso antes. Te he dicho, y te lo he dicho muy claro, que no estoy interesada en quedar con tu dentista, ni con nadie. Por favor, mándale otro correo y dile que te habías equivocado.

—No importa que se lo digas, Jam.

Jamie miró hacia atrás y vio a David acercándose. Le guiñó el ojo muy deprisa e inmediatamente le pasó el brazo por los hombros y la acercó contra sí.

—Jamie y yo hemos salido juntos un par de veces. No queríamos decirles nada a los vecinos y amigos del barrio por si acaso la cosa no terminara de funcionar. Pero ya no creo que debamos preocuparnos por eso...

Marie los miró con los ojos entrecerrados.

—¿Qué habéis salido juntos un par de veces? —repitió—. ¿Y adónde fuisteis? —El tono de voz se pareció bastante al que utilizaba Hud Martin.

—Pues a los Estudios Universal. Sé que es algo muy de turistas, pero como Jamie se acaba de mudar a Hollywood... Además, ella estaba deseando ver el Bates Motel. Le encanta Hitchcock —afirmó David.

—No es que me encante, es que soy una absoluta fanática. ¡Veo sus pelis una y otra vez! —completó Jamie sintiéndose un poco aturdida. No tenía las más mínimas ganas de quedar con el dentista de Marie, pero tampoco le terminaba de gustar la idea de que David tomara las riendas del asunto—. También hemos ido a tomar una copa a ese bar que hay a unas manzanas de aquí. ¿Cómo se llama...? —El calor de su cuerpo empezaba a inundarla, y se distrajo.

—El Chivo Sediento —la ayudó David—. Aunque no te lo creas, Jamie se tomó un cóctel *skittle bomb*. Me dijo que le recordaba esos caramelos masticables cargaditos de vodka y con forma de ositos que metía a escondidas en su habitación del colegio mayor, cuando iba a

la universidad.

—¡Eres un charlatán! —le riñó Jamie.

Marie los miró de hito en hito, primero a uno y después al otro, y finalmente inclinó la cabeza y asintió.

—Muy bien. Le diré a Fred que has empezado a salir con alguien —dijo dirigiéndose a Jamie—. Pero si lo vuestro no funciona, saldrás con él. Ya tienes treinta y cuatro años, no lo olvides. —Y dicho esto, volvió a su casa.

Jamie empezó a separarse de él.

—No, quédate así un minuto —sugirió David—. Marie lo ve todo.

—Tienes razón, ya lo he comprobado. —Jamie se volvió para poder mirarlo—. ¿Me habías llamado Jam alguna vez antes?

—No, pero pensé que resultaría más convincente. Imaginé que, si de verdad estuviéramos saliendo, habría empezado a llamarte con un diminutivo agradable —explicó—. No tuve demasiado tiempo para pensarlo. Lo de Jam me sonó bien como diminutivo, ¿no? ¿No te ha gustado?

Jamie casi no pudo evitar la sonrisa que, sin pedirle permiso (como Marie, como David, ¡como todo el mundo allí!) estaba empezando a formarse en sus labios.

—La verdad es que creo que no necesitaba que me rescataran.

David hizo una mueca.

—Lo siento si he sido un tanto atrevido. Creo que lo he hecho porque estoy pasando por algo muy parecido: mis amigos no paran de darme la brasa para que salga con mujeres. Y pensé que igual podría ayudarte; eso ha sido todo.

—Sí que me has ayudado —terminó admitiendo Jamie—. Es una suerte que coincidiéramos en ese bar, porque así has podido utilizar detalles convincentes, como tú dices. Sin ellos creo que no se lo hubiera creído, aunque lo de Hitchcock ha sido una buena jugada por tu parte. Si llega a interrogarme al respecto, habría podido contestar sin problemas. —Alzó la cabeza y le dedicó una sonrisa, para el caso de que Marie todavía estuviera espiando—. ¿Crees que ya podemos

entrar para averiguar cuál es la vía de escape del gato?

David asintió, la besó ligeramente en la sien y retiró el brazo con mucha suavidad. Aunque ya no la estaba tocando, Jamie podía seguir sintiendo su calor a través de la piel.

—¡Oye, no te has traído a *Diogee*! —Simplemente quería decir algo para librarse de la turbación que sentía, y eso fue lo primero que se le vino a la cabeza.

—Al final decidí dejar que Zachary lo sacara a dar una vuelta.

—Bien, pero te dije en serio que podía venir, no por compromiso, que lo sepas —dijo Jamie, e inmediatamente cambió de tema—. Precisamente iba a dar una vuelta alrededor de la casa cuando me abordó Marie.

—Pues adelante. —Empezaron a andar—. Puede que también les diga a Lucy y a Adam, mis mejores amigos, que he comenzado a salir contigo. Si no te importa, claro. Lo único que hacen cada vez que los veo es enseñarme perfiles de mujeres en esos sitios de Internet. ¡No se cansan! Y ya sabes cómo fueron mis dos primeras citas.

—¿Por qué no? —aprobo Jamie encogiéndose de hombros—. Así también podrás beneficiarte de la mentira.

—¡Es tremendo! Mira, hoy he recibido un montón de mensajes de una de las mujeres que Lucy ha escogido para mí. Yo le mandé solo un mensaje, pero ella me ha enviado más de diez, sin que yo haya contestado ninguno. Y no es que pretendiera no hacerle caso, aunque solo fuera por educación. ¡Es que estaba trabajando!

—La verdad es que más de diez parecen demasiados, sobre todo si no hay intercambio —dijo Jamie dándole la razón.

—¡Ya lo creo! Lo cierto es que no decía nada raro en ninguno de ellos, pero es el número lo que me preocupa. Creo que ya no me apetece quedar con ella.

—Sí, lo entiendo. Pero a lo mejor lo único que pasa es que le gusta mucho tu perfil y está entusiasmada y con muchas ganas de conocerte. —Quería ser justa con esa desconocida. David y ella no estaban saliendo, así que no tenía ningún motivo para sentir esas

punzadas de celos. Porque las sentía...

—Puede ser —concedió.

—Bueno, todas esas ventanas parece que están bien cerradas, no veo ningún hueco, ¿y tú?

—Yo tampoco veo nada. Aunque... espera. ¿Ves esas lilas californianas? —dijo David indicando los arbustos que crecían debajo de la ventana del dormitorio—. ¿No te da la impresión de que los ápices están un poco doblados, como si hubiera caído algo sobre ellos? O como si un gato hubiera saltado desde el tejado.

—Puede, sí... Pero entonces seguimos teniendo el mismo problema. ¿Cómo ha podido salir para subirse al tejado?

Dieron una vuelta completa a la casa sin descubrir ninguna posible vía de escape para *Mac*.

—Habrá que buscar desde el interior —sugirió Jamie.

Empezaron por el cuarto de estar. *Mac* decidió mostrarse sociable y fue tras ellos durante la búsqueda ronroneando alegremente.

En ese momento el teléfono móvil de David empezó a vibrar.

—Perdona, tengo que mirar quién es. Atiendo las llamadas del gerente de la confitería cuando no está, como hoy. —Abrió el teléfono, pero lo cerró casi inmediatamente.

—¿Todo bien? —preguntó Jamie.

—Era ella... MsRight347. Dice que acaba de darse cuenta de que mi perfil no dice nada respecto a si quiero tener hijos o no, y que tenía curiosidad por saberlo.

—¡Ah! Supongo que para bastante gente lo de no querer tener hijos puede ser un problema grave —reflexionó Jamie, que seguía procurando mantener la mente abierta respecto a la mujer en cuestión, pese a que en cierto modo no le gustaba. Bueno, eso de que no le gustaba era demasiado categórico. Aunque seguro que tenía que ser bastante aburrida. ¿MsRight347? ¿De verdad que no había sido capaz de encontrar una denominación más interesante?

Jamie no le comentó nada a David sobre su opinión acerca del nombre.



—¿Es normal interesarse por ese tipo de cosas así, de entrada? Es que yo nunca he quedado con nadie vía Internet. La verdad es que en Avella nos conocemos todos. O eso parece, al menos. Pero secretos hay, te lo aseguro. —Mientras hablaban, seguían buscando posibles vías de escape para *Mac*.

—Pues no lo sé, la verdad. Con las dos primeras no pasó. No habría estado mal que la embarazada hubiera preguntado si me apetecía tener hijos y me hubiera dado alguna pista... —comentó sonriendo—. De todas maneras, yo considero que lo normal sería esperar a ver si las cosas pueden ir en serio o no antes de hablar de tener niños. Vamos, creo yo.

—Pues yo tampoco lo veo tan raro, la verdad —le contradijo Jamie—. El espermatozoide no tiene fecha de caducidad. Supongo que si estás convencida de que quieres tener hijos, lo lógico es que no quieras relacionarte, ni siquiera salir, con alguien que no quiera tenerlos bajo ningún concepto. No obstante, me da la impresión de que, de ser así, debería haberlo puesto en el perfil. —¡Exacto! Eso era lo adecuado. Y también es verdad que las mujeres tenían que pensar en cosas en las que, habitualmente, los hombres no pensaban.

—Puede que lo haya puesto. Lo leí muy deprisa —confesó David—. Le mandé un mensaje porque, si no lo hubiera hecho, Lucy y Adam seguirían dale que te pego buscando alguna mujer adecuada para mí, y la cosa ya me puede. ¿Entonces de verdad que no te parece mal que les diga que tú y yo estamos saliendo?

Jamie se obligó a sí misma a seguir diciendo cosas apropiadas y correctas.

—No hay problema. Pero si en algún momento cambias de idea y quieres que vuelvan a ayudarte a buscar perfiles adecuados, les dices que lo hemos dejado. A ver, lo que quiero decir es que te apuntaste a la página de citas. Puede que sigas queriendo encontrar a alguien.

—Pues sí que quería. Hace unas semanas, al pensar en la posibilidad de pasar solo el resto de mi vida, me asusté. Vamos, que no me gustó nada —admitió David—. Pero eso de conocerse por

Internet no es lo mío. Prefiero tratar con gente a la antigua, simplemente intimando. Por cierto, si tú terminas relacionándote con alguien que te interese, me lo dices y acabamos con la farsa.

—La verdadera razón por la que esta mentira me parece bien es, precisamente, que no quiero sentir algo por nadie, ni salir con nadie —le recordó Jamie—. No veo ningún sitio por el que *Mac* haya podido escaparse.

—Ni yo —confirmó David—. Puede que debieras leer el correo del dentista de Marie, aunque solo sea para asegurarte de que no te apetece conocerlo.

Jamie le miró a la cara. ¿Había cambiado de idea?, ¿tan pronto? ¿Estaba intentando escabullirse de la farsa de que estaba saliendo con ella?

—De acuerdo. Déjame ver. —Sacó su teléfono móvil, abrió el correo electrónico y encontró un mensaje que tenía que ser del dentista—. El «asunto» es «Mis necesidades». ¡Qué prometedor!, ¿verdad?

El teléfono de David vibró de nuevo, y él lo volvió a mirar.

—Otro mensaje de la mujer con nombre de vuelo, MsRight347. Insiste en saber si quiero tener hijos, cuántos y si tengo preferencia por los niños o por las niñas.

—¡Alucinante! ¿Quieres saber lo que dice el correo del dentista? Pues es nada menos que un listado de las cualidades que debe tener la mujer con la que salga. Entre ellas incluye que tenga trabajo, y que tenga vehículo. Esas son obligadas, entre otras.

—Supongo que está intentando evitar «Lolitas» —dijo David—. Tiene su lógica.

Jamie levanto la mano con el dedo índice extendido para que la dejara continuar.

—Debe medir menos de 1,73. Melena hasta media espalda, aunque sabe que yo llevo el pelo más corto, pero dice que «eso se puede arreglar». —Cerró el teléfono móvil—. Bueno, ya he leído bastante. Ni siquiera lo conozco y ya está decidiendo qué es lo que

tengo que cambiar de mi aspecto y de mi vida.

El teléfono de David volvió a vibrar.

—¡Madre mía, otra vez! —Leyó el mensaje—. Quiere saber qué me parece el nombre de Charlotte para «la niña», posiblemente para que utilicemos el diminutivo Charley, y Ethan para el niño. —Miró a Jamie—. ¿Crees que sigue haciendo preguntas razonables?

—Pues, no tengo mas remedio que decir que no. —Jamie sintió una pequeña oleada de alegría al saber que David no iba a terminar saliendo con esa mujer. Intentó que no se le notara, pues no era asunto suyo. Aunque, en realidad, se estaban haciendo amigos, y los amigos no deben permitir que sus amigos salgan con personas que están locas.

—Mira, voy a mandarle un mensaje diciéndole que acabo de empezar a salir con una vecina, y que quiero ver qué tal nos va. —Sonrió—. Me estás viniendo muy bien.

Ella le devolvió la sonrisa.

—Y tú a mí. El dentista debería darte las gracias. Si hubiéramos quedado para cenar, probablemente le habría clavado el tenedor en el corazón antes de que pasaran diez minutos.

—Oye, estoy pensando que, ya que vamos a fingir que estamos saliendo, podríamos ir juntos a algún sitio —propuso David—. Y es que Marie lo ve todo, y se entera de todo. Y mis amigos querrán que les cuente los detalles.

—Me parece bien que vayamos a algún sitio. ¿Qué me ofreces?

—Sé que te gustan las pelis antiguas, ¿pero de verdad te gustan las muy, muy antiguas? —preguntó David—. Porque si es así, conozco el sitio perfecto, es uno de mis favoritos.

A Jamie se le aceleró el pulso, como si le estuviera proponiendo salir de verdad.

—Si es uno de tus sitios favoritos, me apetece conocerlo.

—Es The Silent Movie Theatre. Un cine donde solo ponen películas los viernes y los sábados. Mudas, por supuesto. ¿Te viene bien el viernes?

—Claro. Me encantan las pelis antiguas, ya sabes, pero no he visto ninguna muda. Bueno, solo algunos trozos en la tele. Y como estoy a la búsqueda de experiencias nuevas que me puedan gustar, esta me suena muy bien.

—Pues te recojo a las siete. Si te parece, te doy mi número, para el caso de que quieras enviarme unos test psicológicos antes —dijo David muy serio.

Jamie le pasó su teléfono móvil.

—Ponlo en la lista de contactos. Soy tu falsa novia, así que está clarísimo que tengo que tener tu número.

*Mac* se estiró a fondo. Esa noche se sentía satisfecho, y cedió a la pereza. Jamie y ese hombre, David, habían pasado bastante tiempo juntos, y los dos olían a felicidad. Además, esta vez David no había traído al descerebrado. La otra noche, cuando el perro estuvo en su casa, *Mac* tuvo que apelar a todo su autocontrol para no utilizar las garras. No quería distraer a Jamie y a David mientras realizaban su actividad de cortejo, y el descerebrado seguro que habría llorado como un bebé gato si lo hubiera arañado.

Esa noche no le habría importado quedarse en casa. Pero tenía que ponerse al día con el trabajo de los todavía no adultos, que no pudo terminar anoche, cuando lo capturó David. ¡Mira que dejarse apresar! Todavía no podía creerse que un humano hubiera sido lo bastante rápido como para atraparlo. Por lo menos sirvió para que Jamie y David se juntaran. Era casi como si lo hubiera planeado así.

También debía hacerle una visita de cortesía al descerebrado. Ese chucho tenía que tener muy claro que el hecho de que *Mac* hubiera mostrado compasión por él la otra noche no significaba que lo fuera a tolerar, ni siquiera un poco. Si *Mac*, *Diogee*, Jamie y David iban a compartir su territorio, el territorio de *MacGyver*, *Diogee* tenía que tener muy claro el estrato social que iba a ocupar en la manada: el último, por supuesto.

## CAPÍTULO 13



— ¿Qué te parece este? —Ruby sostenía entre las manos un vestido línea A de color amarillo, con grandes solapas que se unían en el cuello—. Es discreto, pero a la vez sexi. Parecido a cualquiera de los que llevaría Megan Draper cuando todavía era secretaria de Don y estaba deseando liarse con él.

—Adorable, pero a mí no me sienta nada bien el amarillo —dijo Jamie—. ¿No te parece que resultaría demasiado obvio llevar un vestido *vintage* como ese a The Silent Movie Theatre? No quiero que parezca que llevo un disfraz.

—No lo parecerá en absoluto. Sería perfecto. Seguro que a toda la gente que te viera en el cine le encantaría. Y seguro que habrá más personas que lleven ropa *vintage*. —Ruby siguió mirando las perchas de la tienda—. ¡Ooh! ¡Mira esta falda! —Le enseñó una falda corta de patinadora, estampada con dibujos de perritos calientes y hamburguesas, como si fuera el escaparate de un restaurante de comida rápida de los cincuenta.

—Creo que te va a ti más que a mí —dijo Jamie medio en broma, medio en serio.

—Puede que tengas razón. Me la voy a probar. —Ruby siguió buscando en el expositor—. Esta es. Definitivamente. —Le enseñó una falda plisada de largo *midi*, verde pino, con adornos de hojas color violeta que no agobiaban el diseño en absoluto. Nada que ver

con el amasijo de perritos calientes y hamburguesas de la que le había enseñado antes.

— ¡Me encanta! — balbuceó Jamie.

— Con esto — indicó Ruby en tono triunfal mostrándole una blusa negra de cuello barco. Perfectamente la podría haber llevado Audrey Hepburn en *Sabrina*.

— Me encanta — repitió Jamie, aunque sin entusiasmo.

— ¿Pero? — preguntó Ruby.

— Un aspecto importante de «El Año de Mí Misma» consiste en vestir la ropa que yo quiera, sin preocuparme de lo que piensen los demás. Y si me pongo ese conjunto sé que bastante gente se va a quedar con la boca abierta. No sé si me apetece, la verdad. Tendría que llevar el peinado adecuado, el lápiz de labios adecuado, etcétera. No podría lucirlo si no lo combinara con todo lo demás. ¡Mucho trabajo!

— Tienes toda la razón, así que hazlo, armonízalo con todo lo demás. Seguro que te lo pasas bien. Yo te ayudaría con el peinado y el maquillaje. Te vendría bien una caída con rizos tipo Veronica Lake y carmín rojo chillón. Tengo el color perfecto — afirmó Ruby.

— No sé si... — dudó Jamie.

— Sí que lo sabes. Tienes la típica expresión de deseo de cuando te encantan una, o varias, prendas — afirmó Ruby.

— Pero es que no es una cita de verdad. No es más que una representación. ¿No quedaría muy raro que fuera tan arreglada?

— ¿Sabes lo que te digo? Que, cuando te vean, todas las mujeres del teatro se reprocharán a sí mismas no haber elegido ropa retro — dijo Ruby con convicción—. Además, estarás guapísima.

— ¿Y no crees que David se preguntará por qué me he arreglado tanto?

— Te olvidas de algo básico: los hombres no se paran a analizar las cosas. O al menos no buscan el significado secreto de un determinado tono de carmín. Lo único que pensará David será que tienes un aspecto estupendo, pero no empleará ni un segundo en

intentar interpretar el significado de tu vestimenta.

—Bueno, voy a probármelo.

—Te acompaño. Yo me voy a probar la falda con el estampado de hamburguesas.

Los dos pequeños probadores de la tienda estaban uno al lado del otro, así que pudieron seguir hablando mientras se cambiaban.

—¿Has visto ese vestido de niña pequeña con dibujos de faunos y una enagua de tul? —le preguntó Ruby—. Es muy apropiado para Riley. Aunque seguro que la nena preferiría que tuviera ponis en vez de faunos. Seguro que encuentro el material adecuado para hacer una «versión ponis». Aunque lo que no sé es qué tal le sentará a su madre.

—¿Y si se lo regalas por Navidad? —sugirió Jamie mientras se bajaba los pantalones—. No creo que a su madre le importe que le hagas un regalo. Por cierto, ¿la conoces?

—Solo de vista. Por lo que me han dicho Riley y Addison, sé que tiene dos trabajos. Creo que tendría ir a presentarme, dado que últimamente Riley pasa mucho tiempo en mi casa. Addison sabe dónde está, pero debería asegurarme de que a su madre le parece bien.

—Tienes razón, y además estoy segura de que no lo encontrará mal, todo lo contrario. Hay un montón de gente en el barrio que responde por ti, y me incluyo —dijo Jamie—. Con quien no debe hablar es con Hud.

—Hablando de Hud, últimamente está disfrutando de lo lindo —comentó Ruby—. Tiene una misión que cumplir.

—Sí, con el puesto de control en la fuente —dijo Jamie mostrando su acuerdo. Se puso la falda, que le sentaba perfectamente, y le llegaba justo por debajo de las rodillas—. Vi al dueño del bañador Speedo cuando lo recuperaba. Le calculo cuarenta y tantos. Está perdiendo pelo y echando un poquito de tripa.

—Brett Morris —informó Ruby—. Vive en la casa que tiene foso. Es buena gente, aunque tenga mal gusto con los bañadores. Está

pasando por un proceso de divorcio bastante complicado.

—Pues parecía como si Hud le estuviera haciendo un historial personal completo. Calculo que estuvo preguntándole durante más de una hora —dijo Jamie. Agarró la blusa, que se adaptaba bien a su cuerpo y formaba un conjunto muy armónico con la falda. Pasó la mano por ella para probar su textura y se dio la vuelta para ver cómo le quedaba por detrás.

—Mi falda es un poco corta —dijo Ruby—. ¿Tú qué tal vas?

—Me llevo las dos cosas. —Estaba claro: ahora que se las había probado, no iba a marcharse de la tienda sin comprárselas.

—¡Bravo! —gritó Ruby.

El teléfono móvil de Jamie vibró cuando estaba colgando la falda en su percha. Leyó el mensaje y se echó a reír.

—¿De qué te ríes tanto?

—David acaba de mandarme un mensaje. Dice que quiere saber si tengo tatuajes, porque sería incapaz de pasar ni un minuto con una mujer que no se preocupa lo suficientemente de su cuerpo y no lo adorna. Y también dice que, si no tengo ninguno, pero en un futuro próximo me apeteciera hacerme un mínimo de tres, todavía se plantearía la posibilidad de ir conmigo al cine. —Jamie no podía continuar debido al ataque de risa. Dejó de leer, respiró hondo y se las arregló para seguir—. Dice que, muy generosamente, si nos terminamos entendiendo, hasta podría considerar la posibilidad de pagar una parte del coste de los tatuajes, porque quiere asegurarse de que no sean una chapuza.

—¿Y eso es de David?, ¿de David, David? —preguntó Ruby.

—Solo está bromeando y tomándome el pelo —explicó mientras se vestía—. Le leí parte del correo electrónico que me mandó el dentista de Marie, ese del que me ha rescatado David. El individuo tenía una lista de requerimientos completísima. Y había algunos, como por ejemplo la longitud del pelo, que «podríamos negociar».

—¿Se lo has contado a Marie?

—¡No, para nada! No quería empezar una conversación en la que



sé que me diría que soy demasiado quisquillosa, y que un dentista es un magnífico partido. En estos momentos piensa que David y yo estamos saliendo, y no sabes hasta qué punto me viene bien que lo esté creyendo así —concluyó Jamie mientras salía del probador.

—No te enfades, ¿eh? —le pidió Ruby al salir a su vez del diminuto espacio—, pero ¿qué pasaría si, bueno, si David y tú comprobáis que entre los dos hay buena química y os lo pasáis muy bien? ¿Contemplas siquiera la posibilidad de salir con él de verdad?

—Por favor, no te pongas en el mismo plan que Marie y Helen —gruñó Ruby—. Créeme cuando te digo que quiero tener tiempo para mí misma.

—¡Pues claro que te creo! Y lo entiendo perfectamente. Pero seguro que cuando decidiste que tenías que averiguar cómo enfocar el resto de tu vida no había nadie alrededor tan interesante como David. Es un hombre muy especial. Solo te digo que deberías tenerlo en cuenta —añadió Ruby rápidamente.

—Y yo te digo que tengo por delante un año en el que, lo único que me apetece hacer, es explorar y tratar de descubrir qué es lo que quiero hacer con el resto de mi vida. Un año. Eso también es muy especial —sentenció Jamie.



Cuando *Diogee* se detuvo a hacer pis, David aprovechó la parada para leer el último mensaje de Jamie. No habían parado de intercambiar mensajes desde que, esa misma mañana, le había enviado el de los tatuajes. Jamie le había dicho que, cuando fuera a buscarla, le llevara por favor sus últimas cinco declaraciones de la renta y del patrimonio. Quería estar segura de que iba a poder pagarse su entrada del cine, y lo que tomaran después, si es que lo hacían. Sonrió y se estrujó la cabeza para buscar una respuesta a la altura. Podría decirle que quería ver su permiso de conducir, porque pensaba que un hombre tenía que ser por lo menos diez años mayor que la mujer con la que estuviera saliendo, y que por eso necesitaba una prueba fehaciente de su fecha de nacimiento.

—¡David, arriba las manos!

*Diogee* soltó un rugido de bienvenida al ver a Zachary acercarse por la calle a paso ligero. A David le pareció que llevaba una camisa nueva, pero no hizo el más mínimo comentario, pues de ninguna manera quería avergonzar al chico.

—¿Cómo te va? —preguntó.

—Pues mira... necesito que Ruby vuelva a dejar una cosa en casa de Addison sin que ella se dé cuenta —dijo Zachary algo azorado—. Bueno, la verdad es que estoy casi seguro de que es de Addison. —De uno de los bolsillos de la cazadora sacó un sujetador con dibujitos de guepardos, y lo volvió a guardar inmediatamente—. Estaba encima de mi felpudo, lo mismo que el diario.

«El gato de Jamie es diabólico», pensó David.

—Supongo que no estás seguro de que sea de Addison, ¿no? Están apareciendo cosas muy raras en sitios insospechados. Igual deberías dejarlo en la fuente, sin más —sugirió David.

—¡Ardilla! —exclamó Zachary, justo a tiempo para que David pudiera preparar «el tirón del destrozahombros».

—Gracias. ¿Entonces vamos a la fuente?

—Si fuera suyo, ¿no crees que le daría vergüenza tener que recogerlo allí? La gente podría verla. Y seguro que el pesado de Hud le haría un montón de preguntas personales embarazosas —reflexionó Zachary.

—Si hay alguien que puede manejar a Hud con éxito, esa es Addison. Me encantaría escuchar la conversación. —A Zachary no parecía divertirle el asunto—. De todas formas, entiendo que no quieras que tenga que soportar el que todo el mundo vea su ropa interior. A lo mejor podrías decirle que has encontrado ese sujetador en tu felpudo, y que has pensado que ella igual sabe de quién es. Podrías meterlo en una bolsa para que la cosa no fuera tan rara.

—Podría ser —dijo Zachary—. ¿No crees que se enfadaría muchísimo si fuera suyo? Puede que no le guste que yo lo haya visto.

—No es algo tan diferente a la parte de arriba de un bikini.

Seguro que has visto a Addison en bikini —indicó David.

—Últimamente no —dijo Zachary, que se ruborizó de inmediato—. Hace bastante que no voy a la piscina.

David lo entendió. Seguramente el estirón que había dado le hacía sentirse algo incómodo con su aspecto actual. Él mismo se acordaba muy bien de esa sensación.

—No creo que le sienta mal, la verdad. Pero si crees que es mejor, le puedo pedir a Ruby que le diga que se lo ha encontrado y que está intentando averiguar de quién es.

—No. Se lo diré yo —decidió Zachary tocando el bolsillo donde guardaba la prenda—. Voy ahora mismo. —Se dio la vuelta y se alejó por la calle.

—Ya me contarás qué tal te va —le dijo David mientras se alejaba. El teléfono vibró otra vez, y sonrió al comprobar que era otro mensaje de Jamie. Miró la hora. Faltaban tres para que la recogiera. Se dio cuenta de que sentía cierto nerviosismo, algo que no le pasaba desde hacía muchísimo tiempo. «Solo se trata de algo que nos viene bien a los dos», se recordó a sí mismo. Sí, claro, pero estaba deseando verla esa tarde. ¿Por qué no iba a estarlo? Iba a ir a uno de sus lugares de ocio favoritos con una mujer que le hacía reír.

No obstante, cuando le abrió la puerta de su casa le entraron ganas de cualquier cosa menos de reírse. No se esperaba eso. Tenía un aspecto impresionante, con una camisa que permitía apreciar sus curvas y el pelo cayéndole sobre los hombros formando suaves rizos. Tardó unos segundos en darse cuenta de que todavía no había dicho nada.

—Estás guapísima.

—Gracias. Gracias —repitió—. Ruby me ha dicho que a ese sitio al que me vas a llevar a veces la gente va con ropa *vintage*. —Se pasó las manos por los lados de la falda. Parecía nerviosa.

—Sí, es verdad. Estás perfecta. —Sonrió—. ¿Quieres que pasemos despacito delante de la casa de Marie y Al de camino a mi automóvil?

Ella le devolvió la sonrisa.

—¡Por supuesto! No me importaría que también nos viera juntos Helen. Me da la impresión de que le cuesta dar su brazo a torcer tanto o más que a Marie. —Salió y echó las llaves.

—Acabo de darme cuenta de que mis declaraciones de impuestos están en la otra americana. Pero te prometo que puedo comprar las palomitas, siempre y cuando sean las pequeñas, y que las compartamos, claro —explicó.

—Acabo de darme cuenta de que mis tatuajes están en mi otro cuerpo —dijo Jamie devolviéndosela. Le agarró de la mano mientras avanzaban por la acera—. ¿Te parece bien? Es la primera vez que tengo un novio falso.

—Por mi parte, ningún problema. —Le apretó ligeramente la mano, y le sorprendió la cantidad de tiempo que hacía que no tocaba a alguien. Sí, claro, alguna vez había estrechado las manos de alguna mujer, o había rozado las de alguna cliente, o incluso le había dado algún abrazo rápido a Lucy, pero esto era completamente distinto. Era una representación, pero no dejaba de ser diferente.

Al soltó un gruñido de aprobación cuando pasaron a su altura. Estaba regando la hierba del jardín a la antigua, con manguera.

—Creo que he visto moverse los visillos de la cocina —susurró David al oído de Jamie. Pudo captar un leve aroma de su perfume, que tenía un toque silvestre, puede que de madera de sándalo con una pizca de cítricos.

—Aunque Helen no nos vea, estoy segura de que Marie hará correr la noticia —respondió Jamie en voz baja—. Cuando me mudé aquí, me dio la impresión de que se aprendieron de memoria mi solicitud de alquiler.

—¿Dices que no has visto nunca una película muda? —le preguntó David mientras avanzaban por la calle lateral en la que había aparcado. Uno de los problemas de Storybook Court era que ninguna casa tenía garaje.

—Solo algunos fragmentos en la tele —respondió Jamie—. Chaplin, Buster Keaton y así.

—Es una experiencia completamente distinta —dijo David desbordando entusiasmo—. La primera vez que fui a The Silent Movie Theatre el intérprete del piano y el órgano, Bob Mitchell, tenía más de ochenta años. ¡Había acompañado con música algunas películas cuando las estrenaron! Me encantó verlo, casi tanto como la propia película. Se metía por completo en su actuación. ¡Hasta se disfrazó para el pase de la noche de Halloween de *El gabinete del doctor Caligari!*

—Me habría gustado verlo, de verdad —dijo Jamie—. Últimamente he pensado mucho en los trabajos de las personas, desde que estoy intentando averiguar qué es lo que quiero hacer. ¿Te imaginas a ti mismo horneando tartas cuando tengas ochenta años?

—Pues... creo que sí. No me apetecerá trabajar a tiempo completo, pero puede que siga intentando desarrollar recetas nuevas de tartas u otros postres para comidas familiares, o para llevarlos a fiestas.

Llegaron al Ford Focus, le soltó la mano a Jamie y le abrió la puerta para que subiera al automóvil. En ese momento se dio cuenta de que habían seguido caminando los dos de la mano incluso después de pasar delante de las puertas de Marie y de Helen. No lo había pensado hasta ahora.

—¿Qué tal vas con la búsqueda? ¿Tienes ya alguna idea acerca de lo que podrías querer hacer? —preguntó David mientras torcía en dirección a Gower.

—No, todavía no, al menos desde el punto de vista profesional. Pero he descubierto que me encanta el surf. Me hice adicta después de una sola clase. Ruby me está animando a que pruebe cosas que no haya hecho nunca. Pensaba que mi planteamiento de búsqueda era demasiado estrecho, y tenía razón. Ahora estoy absolutamente abierta a lo nuevo, y por eso me encantó tu sugerencia del cine mudo.

—¡Mira que si terminas decidiendo que quieres acompañar las películas al piano! —dijo David—. Sería de lo más práctico, y con enormes posibilidades de crecimiento. ¡Solo hay una sala en todo el

país!

—Sí, alguna vez tendré que pensar en los aspectos prácticos del asunto —respondió Jamie riendo—. Pero de momento, no es necesario. Estoy solo en fase de exploración.

—Me encanta esa actitud —confesó David—. Nos resulta más sencillo quedarnos atrapados en nuestra rutina, hacer lo de siempre, ir a los mismos sitios. Eso es lo que yo llevo haciendo... durante los últimos años. —Había estado a punto de decir que desde la muerte de Clarissa, pero esta noche no quería hablar de ella, pese a que Jamie ya sabía que era viudo—. Salgo de vez en cuando con Lucy y Adam, los amigos de los que te he hablado, ya sabes, los que me convencieron de que pusiera un perfil para buscar citas en Internet. Saco a pasear a *Diogee*. Voy al cine. Leo. Y a empezar otra vez por el principio.

—No hay nada de malo en disfrutar de lo que te gusta —intervino Jamie—. ¿Tus amigos tienen niños?

—Sí. Dos. Soy el padrino de la pequeña.

—¿Y habéis logrado mantener la amistad igual que antes? —preguntó—. Cuando mis amigas tuvieron hijos, la verdad es que nos alejamos bastante.

—Puede que ayude el hecho de que mis horarios son diferentes a los de los trabajos normales. Yo tengo las tardes libres, y Adam es guionista de televisión, así que hay bastantes periodos al año en los que también está libre —explicó David—. Así que llevamos juntos a los niños al parque, y también salimos mucho los tres, con Lucy quiero decir. Funciona bastante bien. No me siento como un intruso, en ningún momento. Además, creo que Lucy anima a Adam a que salga a tomar copas conmigo de vez en cuando. Se preocupa por mí.

Eso era algo que David no habría dicho si se tratara de una cita de verdad, porque se habría obligado a decir cosas positivas, y nada más. Y lo de dar a entender que su estado era lo suficientemente patético como para demostrar que sus amigos se preocupaban por él no era nada positivo.

—¿Que se preocupa por ti?

—Sí, pero solo por el hecho de que pase demasiado tiempo solo. Después de la muerte de Clarissa... —¡Ya estaba hablando de ella! Ridículo.

—No puedo ni imaginarme lo que debe de ser una pérdida de ese calibre —dijo Jamie mientras asentía para demostrar su comprensión—. Con uno de tus padres, te lo puedes esperar. Es horrible, te rompe el corazón, pero sabes que sigues teniendo por delante toda la vida.

—Sí. ¿Has seguido buscando por dónde se escapa *Mac*?

—¡Menudo cambio de tema! ¡Magistral! Casi ni me he dado cuenta... —dijo Jamie en tono afectuoso y también burlón—. Si no te apetece hablar de ella, lo entiendo perfectamente. Pero si quieres, hazlo, con toda tranquilidad y libertad. A veces, hablar de mi madre me hace sentirme mejor, quiero decir, hablar de las pequeñas cosas cotidianas.

—¿Cómo cuáles? —preguntó David muy interesado.

Jamie inclinó ligeramente la cabeza hacia un lado, como si estuviera decidiendo si contestar o no a su pregunta.

—Pues... que pensaba que yo era perfecta en todo. —Rio con ganas—. Me da la impresión de que eso no es una pequeña cosa cotidiana. Siempre procuraba no desilusionarme o desanimarme. Sabía que yo no era perfecta, claro, pero siempre se ponía de mi lado, incluso cuando hacía cosas estúpidas.

—Debía de ser estupenda —dijo David.

—Sí que lo era —confirmó Jamie—. Cuéntame algo sobre tu esposa... si te apetece, claro.

—Clarissa me escuchaba. Y recordaba lo que decía, aunque apenas tuviera importancia. Por ejemplo, le conté algo que me pasó a los cinco años, en unas Navidades. Papá Noel me regaló la mochila de los cazafantasmas, que me hacía una ilusión tremenda. Y fue mi hermano y la rompió antes de que yo pudiera jugar con ella ni una sola vez. Ni siquiera sonaba el lanzador de protones —contó David—. Años después de hablarlo, abrí uno de los regalos de Navidad, ¡y

ahí estaba la mochila! ¡La original de los ochenta! Y hacía el ruido y todo.

—Debía de ser estupenda —dijo Jamie.

—Sí que lo era. —Jamie tenía razón. Contarle esta anécdota de Clarissa le había hecho sentirse bien.

David encontró un sitio para aparcar bastante cerca del cine.

—Vamos a sentarnos primero. Hay un par de sitios en una buena fila que son mucho más cómodos que los demás. —La precedió y entró por el pasillo—. ¡Estupendo, uno de ellos está libre! Ahora, creo que me toca cumplir mis promesas: te dije que te invitaría a palomitas pequeñas. Además, hay un grifo de agua, gratis, claro, en el vestíbulo, así que la bebida no va a ser ningún problema.

—Pues he visto que tienen magdalenas en el bar —dijo Jamie en falso tono indiferente.

David negó con la cabeza enfáticamente.

—De eso nada. No puedo permitir que mi novia falsa tome magdalenas de otro. Además, seguro que las de aquí son industriales. No voy a comprar. Si quieres magdalenas, te haré magdalenas. ¿Qué te parece si intento ganar algunos aperitivos?

—¿Ganar? ¿Cómo? —preguntó Jamie—. Igual puedo conseguirlos yo.

—¿Tienes buena memoria?

—Bastante buena, sí.

—Bien. Pues para ganar tienes que acertar el nombre de todos los actores y actrices de las fotos que están colgadas en la pared. Voy a prepararte. Empecemos por los fáciles. Ya conoces a Charlie Chaplin y a Buster Keaton. ¿Reconocerías a alguien más?

—Bueno... sí, Louise Brooks, pero solo por el pelo —dijo Jamie dubitativa.

—Vamos bien. Este es Fatty Arbuckle. —Repasaron varias veces la larga fila de fotografías, recitando los nombres una y otra vez, hasta que Jamie fue capaz de identificarlos a todos. Cuando el presentador de esa noche salió al escenario y preguntó si alguien aceptaba el reto



de reconocer los nombres de las estrellas, David inmediatamente se puso de pie y señaló a Jamie.

—Muy bien, usted —dijo el hombre al tiempo que la apuntaba—. Levántese y conteste en voz alta, por favor.

Jamie se puso de pie, se aclaró la garganta y pronunció correctamente todos los nombres. El presentador le recitó un surtido de aperitivos.

—Le he pedido los tamales picantes.

—¡Oye, que he sido yo la que ha ganado! —protestó Jamie.

—Sin mí ni habrías tenido la más mínima posibilidad —sentenció.

—De acuerdo. Podemos compartirlos. —Abrió la caja, agarró un tamal y lo acercó a los labios de David. Se miraron a los ojos durante un buen rato, y Jamie se sintió tremendamente sorprendida. Cuando iba a retirar la mano, él abrió la boca y ella acercó el tamal.

El gesto no tuvo nada de falso. Fue muy, pero que muy real e íntimo. Y extraordinariamente sexi.



—*Mac*, me pasa algo que no está nada, pero que nada bien —dijo Jamie dirigiéndose a su gato. Estaba echada en el sofá, con los pies apoyados en el brazo. *Mac* estaba sentado sobre su estómago toqueteando con las garras su camiseta de dormir de los minions, que era demasiado fina para que la palpara el gato. Notaba perfectamente sus garras, pero no lo detuvo. No quería que saltara al suelo y se marchara. ¡Estaban en mitad de una conversación!

»A ver, te cuento. Se suponía que iba a ser una cita falsa. Falsa. Y sin embargo, le obligué a que fuéramos de la mano, algo lógico, ya que el objetivo era convencer a Marie y a Helen de que la cita iba en serio. Pero después de que pasáramos por sus casas, no le solté. ¡Es que ni se me ocurrió! Seguro que se preguntó por qué lo hacía, pero fue demasiado cortés como para retirarla.

Jamie acarició a *Mac* por debajo de la barbilla y el gato ronroneó tan fuerte que pudo sentir la vibración.

—Después le puse en la boca un tamal. Seguro que no lo sabes, porque eres un gato, pero ponerle la comida en la boca a un hombre es una señal de flirteo. No es igual que cuando te doy a ti un trozo de tu comida de salmón con la mano. No tiene nada que ver. Cuando una mujer le pone un trozo de comida en la boca a un hombre, le está mandando una señal. ¡Y yo no tengo ningunas ganas de ir por ahí mandando señales! Porque no quiero un novio. Y David no quiere una novia. Esa es la razón principal por la que hemos salido juntos.

Suspiró, y *Mac* subió y bajó debido a la intensidad del movimiento al respirar.

—Te lo acabo de decir, me pasa algo que no está nada, pero que nada bien. Pero a ti te da igual, me lo perdonas. Y esa es solo una de las muchas razones por las que te quiero.



*Mac* frotó la mejilla contra el estómago de Jamie. Esta noche olía algo menos a soledad. Su aroma transmitía un poco de ansiedad, pero no le preocupaba demasiado. Estaba seguro de que, si fuera a casa de David, él también olería mejor.

Lo había hecho bien. Hoy iba a tomarse la noche libre, se lo merecía. Ya iría mañana a ayudar al resto de la gente que vivía cerca, y que lo necesitaba. Había muchos humanos que no tenían la capacidad de socorrerse a sí mismos, o que no sabían cómo hacerlo. Pero esta noche se iba a quedar ahí disfrutando de las caricias de Jamie en ese sitio, al lado de la barbilla, que tanto le gustaba. No había prestado la menor atención a lo que le decía, pero sí que había escuchado las palabras «comida de salmón». Un motivo más para quedarse donde estaba. Le encantaba la comida de salmón.

## CAPÍTULO 14



David sonreía mientras añadía huellas negras de gato a la cobertura de crema de vainilla de una partida de magdalenas. Magdalenas de mermelada<sup>7</sup> para Jamie. Tenía la intención de llevárselas después del trabajo. Y es que si había que ser un buen falso novio, lo iba a ser, con todas sus consecuencias. Le daría a Al y a Marie unas cuantas magdalenas y se aseguraría de que supieran que las había hecho especialmente para «su» Jam. Estaba seguro de que a Jamie le divertiría que se mostrara tan comprometido.

Oyó pasos que se acercaban a la cocina de la confitería, se asomó y vio a Lucy. Perfecto. Utilizaría la prueba de las magdalenas para demostrar que estaba entusiasmado por el hecho de salir con Jamie, y ella se lo contaría a Adam con pelos y señales. Todo esto no quería decir que David no quisiera volver a tener ninguna otra cita de verdad, pero el sistema *online* se había acabado. Y también se había acabado el que sus amigos le buscaran con quién salir. Ahora que se sentía preparado de verdad para conocer a alguien, probablemente le llamarían la atención otras mujeres, se fijaría más y captaría mensajes como el de la chica de la consulta veterinaria, que no le cabía duda de que había intentado flirtear con él. Cuando tuviera que suceder, ya sucedería.

—¿Qué pasa? —le preguntó a Lucy cuando entró en la cocina. Como si no lo supiera. Estaba seguro de que quería detalles acerca de

esa mujer con la que David había empezado a salir.

—Pues que acabo de dejar uno de los paquetitos en la guardería y otro en la escuela infantil. Así que ahora tengo algunas de esas preciosas horas que puedo utilizar para mí misma, y he decidido empezarlas con azúcar y cafeína —explicó Lucy—. ¿Qué estás haciendo? ¿Puedo comerme una?

—Claro. Son magdalenas cubiertas de vainilla con mermelada de arándanos. En realidad las estoy haciendo para Jamie, la mujer que he conocido en mi urbanización. Salimos ayer por la noche, y he conocido también a su gato, así que he pensado que el toque de las huellas le puede gustar —dijo mientras estampaba otra en una magdalena.

—Así que usando la artillería pesada, ¿eh? No hay mujer que sea capaz de resistirse a tus magdalenas —dijo Lucy tomando una—. Podría decirse que no es ético. Algo así como utilizar una poción amorosa.

—Mis magdalenas son buenas, lo sé. Pero tampoco tanto —protestó David.

—Son condenadamente buenas. —Lucy pasó la lengua por el glaseado—. Los dos sabemos que quiero detalles. Así que canta. ¿Cómo la has conocido? ¿Qué aspecto tiene? ¿Adónde fuisteis anoche?

—¿Recuerdas que te conté que hablé con una mujer en la tienda de mascotas? —Lucy asintió—. Bueno, pues esa es la mujer. Yo por entonces no sabía que éramos casi vecinos. Jamie, se llama Jamie. El caso es que terminamos en el mismo bar la noche de mi cita con esa mujer del negocio piramidal de complementos alimentarios a base de minerales, y que sabían a rayos. Ella, Jamie, había tenido también una cita a ciegas horrorosa, ¡y en el mismo restaurante que yo! Hablamos, tomamos una copa... Yo aún no sabía que los dos vivíamos en Storybook Court. Hasta que su gato entró por la ventana en mi cuarto de baño y se llevó mis calzoncillos de deporte. ¡Sí, no te rías! Por su parte, Jamie estaba intentando atrapar al gato, porque se

suponía que no debía salir de la casa, es un gato casero. Así que conseguí agarrarlo, ella me devolvió los calzoncillos, y le devolví las bragas y... terminé invitándola a salir.

Lucy no pudo refrenarse más y estalló en carcajadas.

—¡Me encanta, qué historia! Y ahora entiendo lo de las huellas en las magdalenas. —Empezó a cantar el estribillo de la canción de John Travolta y Olivia Newton-John instándole a que le contara más cosas —. *Tell me more! Tell me more!*

David levantó las manos con gesto burlesco desesperado.

—¡Ya te lo he dicho muchas veces, nada de *Grease* antes del mediodía! Me sienta mal. Jamie se ha mudado aquí hace muy poco. Es de una ciudad pequeña de Pensilvania. Era profesora, pero no le gustaba su trabajo y quería darle un cambio radical a su vida, así que está intentando averiguar qué es lo que de verdad le gusta hacer. Está probando muchas cosas nuevas, como el surf, la interpretación, el maquillaje de efectos especiales...

—Suena un tanto excéntrico —dijo Lucy levantando las cejas.

—Sí, entiendo que pueda parecerlo. Pero no es que quiera ganarse la vida y hacer carrera con ninguna de esas cosas. De momento está explorando, experimentando. Es muy interesante —dijo David. Era verdad que admiraba la forma en la que Jamie se implicaba en su búsqueda.

—¿Y es guapa? —preguntó Lucy.

Antes de contestar, David repasó mentalmente su aspecto las veces que la había visto. Descalza, con el pelo revuelto y vestida solo con la camiseta que se ponía para dormir. Arreglada como una estrella de Hollywood de los cincuenta el día que habían quedado para ir al cine mudo. Con la ropa normal durante su encuentro en la tienda de mascotas.

—Sí, muy guapa.

—Este relleno de mermelada es una maravilla —aprobó Lucy—. Sigue contándome. Quiero saberlo todo sobre ella.

—He comprado la mermelada en el Mercado de Granjeros

Artesanales de Hollywood. Es de una granja que se llama El Vergel de las Frutas Prohibidas. Todas sus bayas tienen un tiempo de crecimiento más largo de lo normal, porque en las Rocosas...

Lucy le dio un puñetazo un poco por debajo del hombro.

—Sabes perfectamente que cuando dije «ella» no me refería a la mermelada. ¿Adónde la llevaste?

—Fuimos a ver *La viuda del predicador*, de Dreyer. Ella nunca había visto una película muda completa, y sentía curiosidad.

—Espera, espera un momento... ¿La llevaste en vuestra primera cita a The Silent Movie Theatre? ¿Y qué pasa con aquello que hablamos de que no querías que tu lugar de ocio favorito se contaminara si llevabas a una mujer a la que acabaras odiando? Fuiste precisamente tú quien dijo eso cuando yo te lo sugerí —le recordó Lucy.

—No creo que sea una persona a la que pueda terminar odiando, vayan las cosas como vayan. Aunque dejáramos de salir en algún momento, pienso que seguiríamos siendo amigos. —De hecho, en este momento eso es lo que eran, amigos.

—¿Y cuándo vamos a tener Adam y yo la oportunidad de conocer a esta mujer a la que ya has decidido que hasta puedes llevar al cine mudo, y para la que preparas magdalenas con tanta dedicación? —preguntó Lucy en tono exigente.

—Dejadme que salga con ella unas cuantas veces más antes de que tenga que enfrentarse a la Inquisición —respondió David.

—¡Oye, que yo no soy una inquisidora! Me intereso por ti, y por la gente que se relaciona contigo —protestó Lucy—. Solo me gustaría asegurarme de que es lo suficientemente buena para ti.

—Sí que lo es —aseguró—. Pero, en todo caso, ya os la presentaré en algún momento.

—Ya, en algún momento —repitió Lucy—. Conociéndote, eso suena a que falta bastante. De todas formas, creo que todavía no estáis en la fase de alternar con los amigos —reconoció. Agarró una caja de cartón de la confitería y empezó a llenarla de magdalenas—.

Voy a llevarme unas cuantas, ¿sabes?

—¡No te lleves más de las de las huellas de gato! Prueba esas, son de café con una cobertura de donut —propuso, señalando una bandeja cercana.

—Magdalenas cubiertas de donut... ¡Eres perverso! Y por eso me gustas tanto —afirmó Lucy terminando de llenar la caja—. Me alegro de que tuvieras por fin una cita agradable, cariño. Ya iba siendo hora, te lo merecías. —Se marchó escaleras abajo, casi corriendo.

Unas horas más tarde, cuando estaba llegando a casa con la caja de las magdalenas que le iba a llevar a Jamie, vio a Zachary sentado en los escalones del porche, con *Diogee* a su lado. David sintió una pequeña punzada de decepción, pues estaba deseando ir a casa de Jamie, pero estaba claro que Zachary quería hablar.

—Hola, Zachary. Hola, *Diogee*.

—Piensa que soy un pervertido —casi exclamó Zachary con voz entrecortada.

—¿Cómo? —preguntó dando un paso atrás para resistir el habitual y efusivo saludo del perrazo.

—Hice lo que habíamos pensado. Puse el sujetador en una bolsa y le pregunté a Addison si sabía de quién podía ser. Lo miró, me llamó pervertido y me cerró la puerta en las narices —explicó el chico—. ¡No es justo! Cuando ella me dio la camiseta, lo único que hice yo fue darle las gracias.

—Se le pasará —pronosticó David, aunque añadiendo para sí «probablemente»—. Ya la conoces, tiene un prunto bastante radical. —Acarició las orejas de *Diogee*, e inmediatamente se puso a rascarle la tripa cuando adoptó su habitual postura panza arriba.

—Fue cuando estuvimos hablando de *Adventure time*, y de Ms. Marvel, y de todas esas cosas... —Zachary se quedó sin palabras.

—Sí, te entiendo. No te explicas cómo es posible que un día mantengáis una conversación de lo más interesante y al siguiente te dé con la puerta en las narices —dijo David—. Pero has leído... —Aquí decidió no tomarle el pelo en absoluto a Zachary, dadas las

circunstancias—... unas cuantas páginas del diario de Addison, y sabes que es muy emotiva. Te repito que, en cuanto reflexione, se le pasará.

Zachary pareció recuperar la esperanza, al menos un poco.

—Puede que, como su novio es tan imbécil, dé por hecho que todos los chicos son iguales que él. Pero ya se dará cuenta de que yo no soy así. Si es que consigo volver a hablar con ella alguna vez.

—¿Así que quieres hablar con ella otra vez? —preguntó David. Sentía curiosidad por saber si Zachary iba a ser capaz de admitirlo.

—Ya sabes, somos casi vecinos. Y nos gustan cosas parecidas. Estaría bien tener a alguien con quien pasear por aquí de vez en cuando. —Cruzó su cara un gesto de culpabilidad—. Bueno, *Diogee* y tú sois estupendos, no os estaba despreciando.

—No te preocupes. No nos hemos ofendido —lo tranquilizó David—. ¡Oye!, ¿quieres ganarte unos dólares y sacar a pasear tú solo a *Diogee*? Tengo que entregar unas magdalenas, y si tengo que sujetarlo y llevar la caja al mismo tiempo, puede pasar cualquier cosa.

—Vete a recoger tu correa, *Diogee* —ordenó Zachary, y el perro pasó a toda prisa por su hueco de la puerta—. No hace falta que me pagues.

—Tendría que hacerlo a quien me paseara el perro, así que te pagaré a ti. Siempre viene bien disponer de un poco de dinero extra, ¿verdad? —dijo, y le dio al chico un billete de veinte dólares.

—¡Esto es mucho! —protestó Zachary.

—Cánsalo para ganártelo —dijo David. La verdad es que era difícil fatigar al animal.

*Diogee* volvió a atravesar el hueco del perro como una exhalación, y Zachary le abrochó la correa llena de babas.

—¡Luego nos vemos! —gritó mientras el animal tiraba con fuerza de él, en dirección a la cancela.

David entró en casa. Hornear era un trabajo que hacía sudar mucho. Se daría una ducha antes de ir a casa de Jamie.





Jamie no podía dejar de sonreír mientras aparcaba el automóvil. De hecho, había estado sonriendo durante todo el camino, tanto que hasta le dolían las mandíbulas. Se había pasado varias horas en un salón de videojuegos. No había ido a un sitio semejante desde los trece años cuando solía ir a uno con el primer chico con el que había salido en su vida, un tal Bobby Martin.

«Me pregunto que habrá sido de él», pensó mientras caminaba hacia su pequeña casita como la de Blancanieves. Se fue de la ciudad al final de séptimo. Su marcha le rompió el corazón. En ese momento, cuando dobló la esquina, vio a David, que se alejaba andando de su casa.

—¡Oye! ¡Hola! ¿Habías venido a verme?

Él se volvió y la saludó con la mano.

—Sí —respondió—. Te he hecho unas magdalenas.

—¿De verdad? ¡Qué bien! Eres muy amable —dijo Jamie cuando se encontraron.

Al soltó un gruñido. Estaba plantando bulbos en el jardín.

—He hecho un par de ellas más para Marie y para ti —le informó David.

Al dejó en el suelo la especie de azada que estaba utilizando para plantar.

—¡Marie! —llamó.

Solo unos instantes después, Marie asomó por la puerta.

—¿Qué pasa?

—Nos ha traído magdalenas —informó Al señalando con la barbilla en dirección a David.

—Me alegra que no haya venido ese perrazo —dijo Marie—. No creas que no me di cuenta de lo cerca que estuvo de soltar la plasta en mi jardín hace unos días.

—Pero no lo hizo —puntualizó David. Le mostró una caja con el papel de envolver de la confitería, atada con un cordel—. He hecho unas magdalenas para Jamie, y pensé que igual os apetecerían también a ti y a Al. ¿Dónde las pongo?

Sin decir palabra, Marie desapareció de nuevo, y David miró a Jamie.

—¿Crees que eso significa que no quiere magdalenas, o que...?



—Tranquilo, volverá —dijo Al poniéndose de pie y sacudiéndose las manos en las rodillas de los *jeans*. Solo un momento después, apareció de nuevo Marie en la puerta llevando una pequeña bandeja de cristal y colocándola sobre la valla del porche.

David se acercó y puso cuatro magdalenas en la bandeja.

—Están rellenas de mermelada. Mermelada para mi Jam. —Volvió la cabeza hacia atrás y le guiñó un ojo a Jamie.

«¡Mermelada para mi Jam!». No se podía creer que hubiera dicho eso. Realmente sí que se había comprometido para convencer a Marie de que Jamie no necesitaba de sus servicios de celestina. Después David colocó otras dos magdalenas en la bandeja.

—Estas son para Helen. Sé que le gusta mucho el dulce. —No se había olvidado de que también tenían que convencer a Helen de que estaban saliendo juntos para que no le diera la tabarra a Jamie.

—¡Helen, magdalenas! —gritó Al.

—Helen no necesita magdalenas —espetó Marie—. Ella y Nessie son gemelas. No hay ninguna razón para que no esté igual de delgada y de atractiva. —Helen abrió la puerta en ese momento—. No te vienen nada bien, pero David te ha traído un par de magdalenas.

David volvió junto a Jamie y la besó en la mejilla. Sabía que la besaba porque si fuera su novia de verdad, era lógico que lo hiciera. Pero el cuerpo no parecía haber captado el hecho de que David y ella estaban fingiendo, pues la invadió un acaloramiento repentino.

—He puesto huellas en la cobertura, en honor a *Mac* —dijo, y abrió la caja para enseñárselas.

—¡Me encantan! ¿Quieres pasar y nos tomamos una o dos? —preguntó Jamie.

—Claro. ¡Espero que os gusten! —les dijo a Marie, Al y Helen, que

estaba ya en el porche de los Defrancisco.

—Seguro que van a dejar de buscarme pareja de una santa vez — afirmó Jamie mientras caminaban hacia su casa—. Les acabas de demostrar que eres el mejor novio de la historia. Gracias por el gran esfuerzo.

—De nada —respondió David. *Mac* se puso delante de ellos mientras se dirigían a la cocina—. Pero probablemente vaya a necesitar que me devuelvas el favor.

—¿Cómo?

—Lucy ya ha empezado a presionarme para conocerte. Quiere asegurarse de que eres lo suficientemente buena para mí —explicó. Se sentó, y *Mac* saltó a su regazo inmediatamente.

—Yo creo que no lo soy —indicó Jamie—. Tengo claro que soy absolutamente incapaz de competir con un montón de magdalenas rellenas de mermelada y cubiertas con huellas de gato. Ni siquiera tengo un diminutivo adecuado para ti.

—Pues mira, eso te lo agradezco. Reconozco que el que yo te he puesto bordea la cursilería —reconoció David mientras acariciaba a *Mac* detrás de las orejas.

—¿Quieres café? Me encanta el café, pero yo para tomarme las magdalenas tengo que ponerle leche. También tengo zumo, y cerveza...

—Me apetece un café —dijo David—. ¿Qué has estado haciendo hoy? Me pareció que estabas muy contenta cuando nos encontramos en la calle.

—Seguro que no lo adivinarías ni en un millón de años —dijo Jamie con expresión juguetona.

—Me tienes intrigado —confesó David—. ¿Espeleología?

—Casi. Aunque bastante más interesante, y mucho menos peligroso. —Empezó a hacer el café—. He estado jugando a Mortal kombat II, a Crazy taxi y a Skee ball.

—¿Has encontrado una máquina del tiempo, o qué?

Jamie pensó un momento mientras estaba en el salón, y volvió a

dibujársele una sonrisa en la cara.

—Casi. Encontré un sitio de se llama Royce Arcade Warehouse.

—¿En serio? ¿Has ido allí? —dijo David negando con la cabeza—. Adam y yo llevamos diciendo años que vamos a ir y tú, que como quien dice acabas de llegar, ya has estado.

—¡Y no sabes lo bien que me lo he pasado! Es como una especie de garaje, con una puerta deslizante hacia arriba. Todas las máquinas están juntas. El sitio está lleno de padres y abuelos, y también hay algunas madres y abuelas, pero pocas. Van de máquina en máquina enseñando a los críos a lo que jugaban ellos de pequeños —le contó Jamie—. ¡Conocí al señor Royce! O al menos así lo llama la gente. Royce es su nombre de pila, Royce D’Orazio. Estableció el negocio en su propio garaje. En realidad, antes de montarlo se dedicaba a coleccionar máquinas de videojuegos. Después empezó a repararlas, y a alquilarlas. Todavía sigue haciéndolo, además de abrir el sitio los sábados, como ya sabes. ¡He jugado durante horas por los tres pavos que cuesta entrar! Es la primera vez que no he tenido que preocuparme de juntar monedas de veinticinco centavos.

—Me das mucha envidia —confesó David.

—La próxima vez vamos juntos —prometió Jamie. ¡Vaya! ¿Sería demasiado? En la cocina no había espectadores, y su afirmación había sonado muy sincera, no como la de una novia falsa, sino de verdad. David y ella se estaban haciendo amigos a toda prisa.

—Cuando quieras —dijo David. No parecía pensar que se había pasado. Mejor.

Jamie le ofreció el café y se sentó con su vaso de leche. Tras darle el primer bocado a la magdalena, cerró los ojos con expresión de placer.

—¡Y yo que pensaba que el salón de juegos era insuperable!

*Mac* se alejó del regazo de David, dando un maullido que sonó agraviado.

—¡Uy, lo siento, «su alteza»! —dijo Jamie, y miró a David—. No le parece bien que tome leche si no le doy a él un poco primero. —

Agarró un platito hondo, echó en él un poco de leche y lo colocó en el suelo para el gato, que saltó y empezó a lamerlo con fruición—. Cuando me lo quedé no sabía que la mayoría de los gatos no digieren bien la leche. Sin embargo, a él le encanta y no le sienta mal nunca, así que forma parte de la minoría afortunada de mininos que no tienen intolerancia a la lactosa.

—La verdad es que es único en muchos aspectos —comentó David.

—Sí —espetó Jamie casi gruñendo—. Es una forma amable de decirlo. Por cierto, ¿dónde está tu bestezuela? Hablaba en serio cuando te dije que podías traerlo cuando quisieras.

—Lo está paseando Zachary. Necesitaba hacer algo el pobre chico. Me lo encontré sentado en los escalones de mi porche, como si estuviera esperando a que llegara el fin del mundo —contestó David.

—¿Qué le pasaba?

—¿Te acuerdas de que te dije que había encontrado el diario de Addison, y que después apareció su camiseta encima del felpudo de la casa de la chica? —preguntó David.

—Sí, y que terminaron manteniendo una conversación de lo más interesante sobre la serie de la camiseta —continuó Jamie. Dio otro mordisco a la magdalena dejando que la mantequilla caramelizada de la cobertura se deshiciera en la lengua. David tenía mucho talento.

—Exacto. Pero entonces Zachary encontró en la puerta de su casa un sujetador que pensaba que era de Addison —continuó.

—¿Reconoció su sujetador? —Jamie estaba un poco sorprendida.

—Me dijo que estaba casi seguro de que era de ella. Puede que alguna vez llevara los tirantes al aire y él se acordara del dibujo. Cuando tienes catorce años, ver los tirantes del sujetador de una chica por la que estás colado es razón suficiente como para que tu imaginación eche a volar, sobre todo si tiene dibujitos de huellas de guepardo, como es el caso —razonó David—. Sea como sea, Zachary decidió intentar devolvérselo, eso sí, metido en una bolsa, para que resultara menos embarazoso para ella. Pero Addison lo llamó

pervertido y le cerró la puerta en las narices.

—¡Vaya por Dios! ¡Pobre chico! ¿Crees que puede haber alguna posibilidad de que le guste a ella? Lo de cerrarle la puerta de golpe e insultarlo no tiene por qué significar que no le guste. De hecho, hasta podría querer decir exactamente lo contrario. A veces resulta difícil interpretar adecuadamente a las adolescentes.

—A mí me da la impresión de que todas las mujeres son difíciles de interpretar... a veces —dijo David pensativo.

—Yo me he pasado mucho tiempo intentando averiguar lo que pensaban los chicos. —Empezó a hablar como una adolescente—. «¿Qué quería decir cuando me pidió una hoja de papel? Se la podía haber pedido a Sarah, que está sentada a su lado. El que me la haya pedido a mí tiene que significar algo». —Se rio—. Tardé bastante en darme cuenta de que la mayoría de los hombres no piensan demasiado antes de hacer las cosas.

—¿Estás diciendo otra vez que los hombres somos como los perros? —preguntó David, aunque su pregunta sonaba más a divertida que a ofendida.

—Puede —admitió Jamie—. Pero no en el mal sentido. Yo, por ejemplo, hablo sola mucho. No me refiero únicamente a reflexionar, sino a charlar conmigo misma, no sé si me explico.

—Ponme un ejemplo.

—¡De eso nada! —Jamie negó moviendo la cabeza con tanta decisión que los rizos ondearon—. Pensarías que estoy como una cabra.

—¡Vamos! —la animó David—. Estamos en una situación única, y probablemente irrepetible. Simulamos que somos novios, así que podemos contarnos cosas que una pareja de verdad no estaría en condiciones de compartir. Al menos durante mucho tiempo.

¿Por qué no ser sincera? No había ninguna razón para no serlo, al menos con él.

—Bueno, bueno, voy con un ejemplo. Cuando te dije antes que la próxima vez iríamos juntos al salón de juegos, mi cerebro empezó

inmediatamente a formar pensamientos absurdos. «¿Y si eso ha sonado como si quisiera convertirme en su novia de verdad? ¿Y si ha sonado como si diera por hecho que puedo hacer planes por él?».

—Si algo de lo que hicieras no me gustase, te lo diría —le aseguró David.

—¿Ves? —exclamó Jamie—. Eso que acabas de decir es muy típico de los hombres. Los hombres no analizan lo que van a decir hasta que se vuelven locos.

—¿Y si dejamos de pensar durante un momento? ¿Ver un rato de televisión que no nos obligue a reflexionar, y puede que pedir una *pizza*? —propuso David—. Y, por favor, no te pongas a analizar nada de lo que he dicho: me refería a ver una peli o una serie en Netflix.

—Pues sí, me apetece —aceptó Jamie—. Y quiero decir que me apetece ver la tele y pedir una *pizza* después. ¿Te gustan los bordes de la *pizza*?

—Pues creo que son la mejor parte, si exceptuamos el queso, claro —informó David.

—Excelente. Puedes tomarte los míos. Me resultan demasiado pastosos, pero no me gusta tirarlos —dijo Jamie.

—Somos la perfecta pareja falsa —opinó David—. Y con eso quiero decir que empieza a resultarme divertido engañar contigo a tus vecinos y a mis amigos.

—Estoy de acuerdo. Y con eso quiero decir que pienso lo mismo.



*Mac* se despertó de repente algo desorientado. Pensaba que había escuchado gritar a Jamie desde algún sitio en el que no podía ayudarla. Pero enseguida se dio cuenta de que estaba en el sofá, hecho un ovillo entre David y Jamie, y que ella olía muy bien, a felicidad, y sin el más mínimo aroma a soledad. Y David olía igual que ella.

No obstante, algo tiraba de él. Tenía otras misiones que cumplir. Esa misma noche, cuando Jamie ya estuviera durmiendo, tendría que salir. No podía descansar hasta haber ayudado a todos los humanos

que lo necesitaban.



---

7 N. del Trad.: La autora hace que David juegue con la palabra inglesa *jam*, que significa mermelada, y el nombre de la protagonista, Jamie. En algún caso a lo largo de la novela, David utiliza el diminutivo Jam para referirse a ella.

## CAPÍTULO 15



— Estaba pensando que esto es como un día habitual de Mary y Rhoda,<sup>8</sup> aunque yo creo que las dos nos parecemos mucho más a Rhoda que a Mary—le dijo Jamie a Ruby al tiempo que entraba a tomar café a su casa a la mañana siguiente—. Me encantaba el que cada una estuviera yendo constantemente a casa de la otra.

—Me da la impresión de que eres demasiado joven como para saber siquiera quiénes eran Rhoda y Mary —se extrañó Ruby—. De hecho, yo solo he visto esa serie cuando la han repetido.

—A mi madre le gustaba, y a mí también. La veíamos por la noche cuando la reponían en algún canal de cable. ¿Sabes una cosa? Yo soy un poco como Mary, que se ha mudado a otra ciudad y está deseando dejar su propia huella. Solo me falta un sombrero para lanzarlo al aire.

—Tranquila, ya te buscaré yo uno —aseguró Ruby—. ¿Has vuelto a ver a David después del cine mudo?

—Pues... sí, la verdad. —Jamie no podía creérselo, pero se dio cuenta de que estaba sonriendo incluso con más ganas que cuando volvía del salón de videojuegos—. Me preparó magdalenas de mermelada. A veces usa el nombre de Jam, ya sabes, diminutivo de Jamie y también «mermelada». ¡Y hasta les puso huellas de gato en el glaseado!

—Espera, a ver si lo adivino... ¿es porque tienes un gato? —dijo

Ruby un poco secamente.

—Sí, perdona que te haya explicado lo obvio. Me merezco tu reacción. De todas formas, ha sido muy amable, ¿verdad?

—Mucho, es verdad —confirmó Ruby—. David es un hombre estupendo.

—Lo cierto es que se está convirtiendo en un falso novio inigualable —dijo Jamie dando un sorbo al café de su taza con forma de reno.

—Podría ser...

Una llamada a la puerta interrumpió a Ruby.

—En cuanto pueda terminaré de decirte lo que estaba pensando —dijo. Un momento después volvió a entrar en la cocina con Riley y Addison—. El profe de Addison tiene un compromiso oficial y no va a dar clase, y Riley quería estar con su hermana —explicó Ruby. Sirvió café en una taza y se lo ofreció a Addison—. Tengo leche, y azúcar, y lo que quieras.

Addison soltó un gruñido muy semejante a los de Al.

—¿Te importa que te deje un rato sola con ella?

—Pues claro que no. Riley puede quedarse. Estábamos pensando hacer un pequeño colegio para *Paula*.

—Gracias. —Addison dio un largo trago al café, sin ponerle leche ni azúcar—. ¡Qué bien, Ri-Ri!, ¿verdad? —le dijo a su hermanita, con una voz mucho más clara y alegre de lo que Jamie habría podido esperar de ella—. ¿Has visto a Zachary rondando por nuestra casa últimamente?

—¡Sí! —dijo alegremente Riley—. Paseando al perrazo.

—¿Al lado de casa?, ¿o por la acera? —preguntó Addison. Su tono se volvió un tanto afilado.

—Por la acera —contestó Riley, e inmediatamente se afanó con el donut que le había servido Ruby.

—¿Quieres una tostada, Addison? —preguntó amablemente Ruby. La chica negó con la cabeza.

—Creo que Zachary puede ser un mirón —espetó—. En mi puerta

apareció una camiseta suya, y se la devolví. Pero esta mañana ha vuelto a aparecer. Y ayer me dijo que «se encontró» un sujetador que pensaba que podría ser mío. ¿Por qué iba a pensar que era mío, y no de otra? No creo que haya tenido ocasión de ver mi ropa interior.

—Se ha escrito un crimen... —dijo Ruby entre dientes.

Addison frunció el ceño y su voz se volvió ronca y adusta.

—¿Cómo?

—Nada, no importa. Lo único que quería decir es que últimamente están pasando cosas raras en el barrio. Por eso Hud ha colocado una especie de estación de policía junto a la fuente, precisamente porque han aparecido cosas en lugares inexplicables.

—Te lo voy a contar por si te hace sentir mejor: seguramente ha sido mi gato el que ha dejado la camiseta en tu felpudo, las dos veces, y también el que se llevó tu sujetador, y no Zachary. Ya lo he descubierto una vez en plena faena. Pensé que había averiguado cómo se escapaba por la noche, pero seguro que ha encontrado otra manera, porque siguen apareciendo y desapareciendo cosas —explicó Jamie—. Según venía para acá he visto a la hermana de Helen. Aunque no la conocía, no podía ser otra. Está más delgada, y se tiñe el pelo, al contrario que Helen, que se lo deja crecer gris. Pero está clarísimo que son gemelas. Estaba dejando en la fuente una muñeca pequeña, y Hud tomaba notas a su manera en el cuaderno.

—Entonces supongo que Zachary no es una especie de perverso —reconoció Addison.

—¿Qué es un perverso? —preguntó Riley, al tiempo que le ofrecía un trozo de donut a Paula manchando la boca de plástico y el pelo del poni.

—Nada importante, no te preocupes. En ese caso, me limitaré a devolverle la camiseta... otra vez —dijo Addison perdiendo el tono agrio de antes—. Puedes traer a Riley cuando te hartes de ella —dijo Addison según se iba.

—Riley, ¿te importa que tome una foto de Paula? —preguntó Jamie sacando el teléfono móvil.

—A *Paula* le encanta que le hagan fotos —contestó Riley con una amplísima sonrisa. Jamie empezó a sacar fotos asegurándose de que captaba los restos de la rosquilla en la boca del poni e intentando que pareciera que había estado comiendo—. ¿Desde cuando tienes tu poni?

—Desde siempre. *Paula* vio a mamá en una tienda y le dijo que quería estar conmigo. Yo todavía vivía en la tripita de mamá, pero *Paula* es muy lista, y sabía que yo estaba allí —contó Riley muy seria. Jamie tomó más fotos de Riley y el poni. Estaba claro que *Paula* hacía muy feliz a la nena.

—¿Podemos jugar otra vez al rodeo? —pidió Riley mirando esperanzada a Ruby.

—¡Pues claro! —Los ojos de la niña resplandecieron. También estaba claro que Ruby la hacía muy feliz. ¡Y pensar que había sido el loco ladrón de su gato el que las había puesto en contacto!



«¿Te apetece ir conmigo al Museo de Tecnología Jurásica?».

Jamie se quedó mirando el texto del mensaje que acababa de escribir y de enviarle a David. Solo era su falso novio, así que no tenía por qué romperse la cabeza pensando si iba a molestarle que tomara la iniciativa y le invitara a ir a algún sitio con ella.

«Otro de los sitios de los que he oído hablar y al que me apetece ir, pero que no he ido nunca. ¿Cuándo?».

Sonrió y contestó de inmediato. «Abierto hoy de 14:00 a 20:00. De 12:00 a 18:00 de viernes a domingo».

«¿Te recojo a las tres?».

«Estupendo». Jamie dejó el teléfono en la mesa intentando librarse de la expectante agitación que la embargaba. El sentimiento de «expectante agitación» no era algo adecuado en relación con un amigo, y eso era lo que iba a hacer, ir a un sitio con un amigo.

Paseó de la sala de estar a la cocina, y después volvió. *Mac* estaba echando una siesta en una zona soleada, y tenía un aspecto tan plácido que, aunque le apetecía, no quiso despertarlo para jugar un

rato. En vez de eso, sacó del armario un enorme trozo de cartón naranja para hacer carteles y lo colocó encima de la mesa de la cocina. Había decidido hacer lo que un artículo que había leído llamaba un «póster creativo», refiriéndose a una colección de citas, fotografías y lo que fuera que le pareciera inspirador. Se suponía que podría ayudarla a averiguar lo que quería hacer realmente con su vida.

Jaime sacó también el ordenador y empezó a buscar fotos de surfistas. Había ido a dos clases más, y le encantaba la sensación que la embargaba cuando hacía surf. Bueno, no la parte inevitable de las magulladuras y moratones, pero sí la velocidad y el sentimiento de logro. Había fotos extraordinarias en Internet, y muchas de ellas captaban la maravilla que suponía ir por encima de una ola, subida a la tabla. Aunque quizá no fueran adecuadas para su póster, pues ella aún no era capaz de lograr nada que se pareciera ni siquiera un poco a eso, claro.

Agarró el teléfono móvil y abrió el archivo de la galería, en el que estaban todas las fotos que había sacado desde su llegada a Los Ángeles. Inmediatamente le llamó la atención una de Kylie, en la que su profesora ni siquiera estaba en el agua, sino en la arena, de pie sobre la tabla indicándole a Jamie cuál era la postura correcta. Le brillaban los ojos, toda la cara era una sonrisa genuina. Se notaba perfectamente que estaba disfrutando.

Jamie descargó al ordenador todas las fotos de Los Ángeles y volvió a abrir la de Kylie. Era magnífica, aunque sonara un poco pedante que fuera ella la que lo pensara. ¿Y si la ampliaba? Jamie se preguntó cómo quedaría si le aplicase el tratamiento de tinte color. ¡Era magnífico, lo sabía por experiencia! Le encantaban esas películas antiguas, con gran saturación de los colores. Se notaba que eran falsos, pero parecía como si hubieran empleado una descarga eléctrica a los actores y a los paisajes, que se transformaba en pura emoción.

Había aprendido algo en la universidad acerca de los tratamientos

de edición digital, pero de eso ya hacía mucho. Estaba claro que necesitaba ponerse al día. Buscó en Google y encontró un tutorial en YouTube que le condujo a otro, y después a otro. Una llamada a la puerta la sacó de su estado de concentración absoluta. Apenas podía creerse lo que vio cuando miró el reloj: ¡pasaban unos minutos de las tres!

Jamie corrió hacia la puerta y la abrió. Allí estaba David, con su sonrisa habitual.

—¡Perdona! No estoy preparada... creo que resulta obvio. —Ni siquiera llevaba calzado—. No tardo nada. Es que me he entretenido con una cosa y se me ha ido el santo al cielo.

—No hay prisa. Me dijiste que hoy el museo no cierra hasta las ocho. Por cierto, no me explico cómo has encontrado tan rápido la información acerca de ese museo. No es excesivamente conocido.

—¡Pues por Internet! ¿Dónde si no? —respondió Jamie, que se dio cuenta de que David llevaba una pequeña bolsa de la confitería—. ¿Es para mí? —dijo extendiendo la mano, pero él la retiró juguetón—. ¡No se toca! Son para tu gato ladrón. Durante un rato en el trabajo me he puesto en modo experimental, y he decidido hacer alguna golosina para gatos.

La segunda vez que pronunció la palabra «gato», *Mac* empezó a frotarse contra sus tobillos. David sacó una pequeña galletita con forma de pez y se la ofreció a *MacGyver*.

—¡Vaya! Solo la ha olido dos veces antes de comérsela. Eso significa que le concede cinco estrellas, su calificación alimentaria máxima —dijo Jamie—. Como si estuvieras en tu casa. Estaré preparada en dos minutos.

—No hay prisa —repitió David.

No obstante, Jamie se apresuró. Fue rápidamente hacia su dormitorio y se miró en el espejo de cuerpo entero que estaba en la parte interior de la puerta del armario. Tenía el pelo hecho una maraña. No podía evitar la mala costumbre de pasarse la mano por él cuando estaba pensando. Pero, salvo eso, no había problemas con su

aspecto. Llevaba tanto sus *jeans* preferidos como su camiseta favorita de Etsy. Se puso unas sandalias, hizo lo que pudo con el caos de rizos, se aplicó un poco de carmín y regresó.

Estaba dándole galletitas a *Mac* al tiempo que observaba la fotografía con la que había estado experimentando en el ordenador.

—Espero que no te importe que haya estado mirando esto. ¿Era en lo que estabas trabajando cuando llegué?

Jamie asintió.

—Perdona que te...

—Me gusta lo que estás haciendo —la interrumpió haciendo un gesto para indicarle que no hacía falta que se disculpara—, intentando que parezca un fotograma de una película en technicolor de los cincuenta. ¿Es tu profe de surf?

—La misma. Creo que el color realza sus características naturales, que son de por sí extraordinarias —explicó Jamie—. Es como si el color le hiciera cobrar vida y naturalidad; y es que ella, en persona, tiene una enorme vitalidad y espontaneidad. Cuando da clase es exuberante y estupenda. Bueno, y también cuando no da clase.

—Pues lo has captado —dijo David asintiendo—. ¿Tienes más?

—Desde que llegué he sacado montones de fotos, pero esta es la primera con la que me he puesto a hacer edición digital, en plan prueba. —Dicho eso, se trasladó a la carpeta que había creado para poder pasar las demás fotos.

—¡Estas son muy buenas! Has reflejado realmente a la verdadera Ruby en esta en la que está trabajando en el establo de juguete para el poni. —Detuvo el pase automático para poder mirarla mejor—. Es como si fueras capaz de extraer la esencia de la mayoría de la gente. Aunque también me gusta la de la rata en la palmera, porque aunque el tema es un poco asqueroso, capta la atención sin remedio.

—¡Esa rata me tomó por sorpresa! —dijo Jamie riendo—. Y me gustó el contraste. Pero sí, es cierto, me gusta sacar fotos de las personas. Y casi todas son de gente que parece disfrutar con lo que está haciendo. —Pasó a la siguiente—. Como este hombre, que se



gana la vida en la playa de Venice... ¡dando malos consejos! Había un montón de gente en el paseo que parecía muy contenta de estar allí escribiendo nombres en granos de arroz y otras cosas de lo más variopinto. Probablemente terminé sacándoles fotos porque lo de averiguar qué es lo que quiero hacer es lo que tengo siempre ahí guardado, dentro de mi cerebro y muchas veces sin ser consciente de ello. Y otras muchas siéndolo.

—¿Vas a editar alguna otra? —*Mac* saltó a la mesa, pisó el teclado y bloqueó la visión de la mayor parte de la pantalla. David logró apartarlo ofreciéndole otra de las golosinas para gatos que había traído y miró la siguiente foto. Era la de Wonder Woman frente al Teatro Chino.

—Pues ni siquiera había pensado en ello —respondió Jamie, pero en ese mismo momento ya estaba pensando en cambiar los ojos de la superheroína a un morado fuerte, pintarle los labios con un color rojo sangre y lograr que el pelo tuviera el tono brillante y negro azulado del ala de un cuervo. También haría algunos cambios en la ropa de los turistas que se arracimaban alrededor de Wonder Woman, como el vestido color lavanda de la niña rubia que estaba en primera fila y...

—Estás pensando en eso ahora, ¿a que sí? —preguntó David—. ¡Casi soy capaz de ver las ideas dando saltos en tu mente! ¿Quieres que aplacemos lo del museo para que puedas trabajar un rato más en esto?

Jamie pensó que esa propuesta jamás habría sido capaz de hacérsela «el hombre protegido por plástico transparente», ni en un millón de años.

—No. El museo solo abre unos pocos días a la semana. Además, estamos al comienzo de nuestra relación, de nuestra falsa relación quiero decir, así que debemos estar juntos el mayor tiempo posible. Si queremos que la cosa resulte convincente.

—¿Juntos en un museo? Si yo quisiera resultar convincente, nunca... —David dejó de hablar de repente.

—¿Nunca qué?

—Entonces deberíamos salir ya. Tardaremos dos veces más en llegar a Culver City si nos encontramos con la hora punta de tráfico —respondió David.

—Estoy lista, vámonos cuando quieras. —Jamie cerró el portátil para que *Mac* no pudiera volver a andar por encima del teclado—. Pero ¿qué ibas a decir acerca de ser convincente? No podemos dejar que Helen, o Marie, o tus amigos, puedan llegar a sospechar.

—Pues iba a decir que... si quisiera resultar de verdad convincente, no te dejaría salir de la cama, estando yo también, claro, por lo menos durante los dos primeros meses —confesó David.

—¿O sea que a cambio de unas pocas magdalenas de mermelada se supone que ya debería estar acostándome contigo? —bromeó Jamie intentando mantener la voz tranquila, a pesar de que su estómago había dado un vuelco como si fuera en una montaña rusa solo de pensar en acostarse con David.

—¡Oye, que también te he invitado a una copa! —le recordó David mientras se dirigían a la puerta—. Y te he llevado al cine mudo. ¡Y hemos cenado juntos!

—No, eso último no es verdad —protestó Jamie.

—¿Cómo que no? *Pizza*, la mía con el doble de los bordes —le recordó David—. Bueno, la verdad es que quizá todavía no toque. No he conseguido ni mis trufas blancas ni un vino excelente.

—Ya veo que no eres un hombre fácil. Y eso es algo que conviene saber acerca de un falso novio —comentó Jamie. Inmediatamente dejó el tema. Su estómago tenía que recuperarse del rizo de la montaña rusa.



Las exposiciones del Museo de Tecnología Jurásica eran extrañas y fascinantes, pero David se sorprendió muchas veces mirando a Jamie, en lugar de a los extraños objetos allí desplegados. Desde el preciso momento en el que habían empezado a hablar, bueno, en el que él había empezado a hablar acerca de si la falsa pareja que

formaban debía estar o no acostándose, David no paraba de pensar en hacer el amor con ella. No es que no se le hubiera pasado por la cabeza antes, aunque de manera esporádica; lo que ocurría era que ahora no dejaba de pensarlo. Y los *jeans* que llevaba ella no ayudaban nada. Se adaptaban a cada curva o, mejor dicho, las realzaban.

Jamie leyó en voz alta el título del siguiente expositor:

—«El mundo está unido con lazos secretos». —Se volvió a mirarlo—. ¡Me encanta! Es muy poético. —Observó atentamente las figuras de cera blanca, que estaban suspendidas en agua dentro de globos de cristal—. Hay imanes dentro de esas figuras humanas de cera, y esa manivela mueve otro imán central, de modo que esta máquina en cierto modo se puede utilizar para adivinar, o incluso diseñar, el futuro. O eso creo. Este sitio me hace dudar de todo, pero al mismo tiempo creer en todo. Me alegro mucho de haber venido.

—Yo también. —Había sido magnífico recibir su mensaje. Se había dado cuenta de que su círculo de amigos se reducía a Adam y Lucy, y a Zachary, claro. Desde la muerte de Clarissa había rechazado tantas invitaciones que, como era lógico, estas habían dejado de llegar. Al empezar a ver asiduamente a Jamie se había dado cuenta de que estaba preparado para incluir en su vida a más personas.

—Lo siento. Perdóneme —dijo un chico británico de veintitantos que llevaba un sombrero horroroso imitando una empanada de cerdo. Las salas del museo eran pequeñas, y no había espacio para demasiada gente. David se acercó a Jamie para dejarle pasar, sin poder evitar que lo apretujara. Notó el aroma de su jabón, o quizá de su champú, dulce y con un toque cítrico. Ese mínimo detalle lo condujo a pensar en el sexo de nuevo.

De una de las salas que habían visitado ya, llegó el sonido de unos estridentes ladridos y gruñidos. El expositor incluía la cabeza de un zorro disecada con técnicas de taxidermia y colocada dentro de una caja de cristal. Unas gafas especiales permitían que los visitantes miraran dentro de la cabeza. Pero en lugar de la laringe con las cuerdas vocales vibrando, lo que se veía con las gafas era la figura de

un hombre emitiendo los sonidos que correspondería emitir al zorro, pero que no sonaban a zorro en absoluto.

—Ahora que he visto que los hacía un hombre, no soy capaz de decir si esos sonidos son más o menos perturbadores —comentó Jamie mientras sonaba el falso ladrido.

—Más. Yo creo que mucho más —opinó David. Hizo un esfuerzo y se separó un paso. No tenían cerca nadie que pudiera reconocerlos, ni Marie, ni Helen, ni Adam, ni Lucy. Así que no había ninguna razón para seguir con el numerito de los novios. Salvo que se moría por seguir junto a ella respirando ese aroma.

—Creo que necesito un descanso. Empieza a dolerme el cerebro. He visto que hay un salón de té en la segunda planta. ¿Te apetece que vayamos? —preguntó Jamie.

—Claro. —David la siguió por uno de los estrechos pasillos, y después subieron un corto tramo de escaleras. El saloncito estaba vacío, pero al cabo de unos segundos apareció una mujer vestida de gris y negro, y ya con dos vasos de té caliente, como si se los hubieran pedido por adelantado... o lo hubiera adivinado. Les indicó una mesa de madera oscura con un tapete en el centro. Sin decir una palabra, colocó en ella los dos té y desapareció. Unos segundos más tarde volvió a surgir, esta vez llevando un plato de galletitas que dejó sobre la mesa desvaneciéndose de nuevo.

—Apuesto lo que sea a que le gusta su trabajo —dijo Jamie riendo—. No creo que nadie pueda acabar trabajando en un sitio como este si no te gusta. Me habría encantado sacarle una foto, pero no puedo usar el teléfono móvil. —Estaban prohibidos en todo el espacio del museo—. Y también me gustaría mucho conocer a la persona que diseñó estas exposiciones. Sin duda tiene que ser un proyecto lleno de pasión.

—Sí —dijo David asintiendo para reafirmar su acuerdo—. No es un lugar pensado con el objetivo de ganar dinero. Puede que al final esté obteniendo beneficios, pero tiene toda la pinta de que el que lo montó lo que quería era llevar a la práctica su visión de las cosas.

—Admiro esa actitud. Me dan envidia las personas que tienen visiones tan poderosas como para conseguir llevarlas a cabo —afirmó Jamie—. Yo me lo estoy pasando bien explorando, pero lo único que hago es mariposear de aquí para allá. Sobre todo me limito a ver, y muchas veces a anhelar cómo algunos otros viven la vida que quieren vivir.

—Y también sacas fotos. Dejas constancia de ello. Los valoras — corrigió David—. Eso es lo que yo veo. Veo enfoque, concentración, y lo veo incluso en un espacio de tiempo tan corto como el que llevas aquí. Soy perfectamente capaz de imaginarte creando algo parecido a uno de los expositores que hemos visto, el de «Humanos en Nueva York».

—¿Lo dices en serio?

—¡Claro que lo digo en serio! Serías capaz de concebir una serie de fotos de personas haciendo lo que les gusta, o más que eso, lo que disfrutan haciendo, sea enseñar surf o crear un sitio como este — insistió David—. La verdad es que creo que ya has empezado. Y hablaba muy en serio cuando te dije que el tratamiento que le habías dado a la foto de tu profesora de surf era magnífico. Podrías empezar con un blog, o publicándolas en Instagram, o en Facebook.

—¿Te imaginas lo extraordinario que sería que el venir a sitios como este formara parte de mi trabajo? —preguntó Jamie. Sus ojos pardos brillaban de entusiasmo, y se le había enrojecido la cara. Le apeteció pasar los dedos por sus mejillas para sentir la tibieza de la piel.

—Si te vieras a ti misma ahora, estoy seguro de que te gustaría sacarte una foto —afirmó David intentando alejar de él los pensamientos que casi le obligaban a acariciarle la cara. Y los pechos. Y el... ¡Ojo!, eran amigos que se estaban haciendo un favor mutuo simulando pasar por algo más que amigos. Tendría que darse de bofetadas hasta que esa idea se le quedara bien grabada, como hacían en los internados ingleses del siglo XVIII.

Jamie se inclinó y apoyó la mano sobre las de él.

—Gracias, David. Simplemente gracias. Estaba ahí, delante de mí, pero no sé si habría sido capaz de darme cuenta sin tu ayuda. —Le apretó la mano, y después dio un sorbo al té—. Cualquiera sabe si seré capaz de convertir eso en un trabajo de verdad, lo mismo que ha hecho el autor de «Humanos en Nueva York». ¿Pero a quién le importa? Voy a empezar a publicar las fotos en algunas redes sociales, porque las personas que hay en ellas me han inspirado a mí, así que podría ser que estimularan también a otros. —Se detuvo para respirar, después del aluvión de palabras—. Oye, ¿te importaría que te sacara una fotos mientras horneas? Estoy segura de que debes de formar parte de la serie de personas que están haciendo lo que les gusta hacer.

—Cuando quieras —aceptó David.

—Pues ahora estaría bien —respondió.

Alrededor de una hora y media más tarde estaban en el sótano de la confitería. En ese momento vertía una cucharada sopera de sake en una cacerola en la que hervían una buena cantidad de ciruelas deshuesadas.

—Hay que poner solo una cucharada de sake —le dijo a Jamie, que seguía sacando fotos de todo el proceso—. La cosa es lograr que se note el toque de alcohol, pero que no sea el sabor dominante. —Siguió mezclando, y después extrajo parte de la mixtura con una cuchara.

—¿Quieres hacer de probadora? —Jamie dejó el teléfono móvil y se aproximó a él, que le acercó la cuchara a los labios—. Quizá deberías soplar un poco primero —sugirió.

Cuando ella hizo lo que le había sugerido, no dejó de mirarle los labios, y claro, volvió a pensar en el sexo. Se sentía como un adolescente. Todo lo que hacía lo llevaba al sexo. No obstante, seguro que la forma de probar poco a poco la mezcla con los labios y la lengua para asegurarse de que no quemaba habría excitado hasta a un octogenario.

—Creo que admitiría un poco más —opinó Jamie.

David se alegró de tener la oportunidad de volverse. Añadió otra cucharada de sake a la sartén y mezcló con intensidad.

—¿De dónde sacas las recetas? —preguntó Jamie al tiempo que volvía a sacarle fotos.

—Algunas veces me inspira el hecho de hacer una tarta, o unas galletas, o lo que sea, para una persona en particular —respondió David—. Como por ejemplo unas magdalenas de mermelada que he hecho hace poco.

Jamie sonrió, pero no dejó de tomar fotos.

—¡Ah, ya! Interesante. ¿Y otras veces?

—Me gusta ir a tiendas pequeñas y ver productos originales que puedan ofrecer. Para esta, por ejemplo, vi *wasabi*, semillas de sésamo y ciruelas en un mercado pequeño de Sawtelle Boulevard. Me apeteció desarrollar algo con todo eso, y me decidí por unas magdalenas de almendras que permitieran expresar los demás sabores. Estoy haciendo magdalenas de licor para un bar que hay cerca de aquí, y de ahí me ha venido la idea del sake. Sake con ciruelas para que también destaque el sabor de las semillas de sésamo. —Esta vez fue él el que probó la mezcla—. Ya te imaginarás que cuando cocino para el público, utilizo una cuchara nueva cada vez. Pero dado que eres mi falsa novia, he supuesto que no te importará que esta vez no la haya cambiado. —Puso otra cucharada de sake.

—Creo que no. A pesar de que te niegas a acostarte conmigo hasta que te invite a una buena cena, no creo que pase nada porque intercambiamos las cucharas —bromeó Jamie.

David no contestó y se concentró en la actividad culinaria.

—Creo que ahora sí que está bien. —David añadió a la mezcla una medida de harina de maíz y un poco de azúcar—. Necesito otra prueba de sabor. ¿Suficientemente dulce? —preguntó acercándole la cuchara.

—Un poquito más —sugirió Jamie tras probar. Agregó un poco de azúcar y apagó el fuego. Después abrió el horno para comprobar

cómo iban las magdalenas—. Están casi listas. Tendremos que esperar a que se enfríen un poco para empezar a hacer los agujeros, que en realidad serán una especie de conos en los que meter el relleno. ¿Brindamos con sake mientras? Si te parece, esta vez utilizaremos vasos en vez de una cuchara sopera.

—Aquí abajo no tengo vasos de verdad. —Encontró dos recipientes de medir de cristal, vertió en ellos sendos chorritos de sake, equivalentes a una medida de bar, y le pasó uno a Jamie.

—*¡Kampai!* —exclamó entrechocando su vaso con el de ella.

—*¡Kampai!* —repitió ella, y se acomodó en una de las mesas de madera—. ¿Me puedo sentar aquí?

—Pues claro —dijo colocándose al lado a su vez—. ¿Sabías que la traducción literal de este brindis tradicional japonés es «¡Estás cansado!»? Es un reconocimiento importante, porque en la cultura japonesa se valora mucho el trabajo duro.

—Tiene bastante más sentido que decir «¡Tienes barro en el ojo!»,<sup>9</sup> como hacemos nosotros —opinó Jamie dando un sorbo, y él se dio cuenta de que lo miraba muy fijamente.

—¿Tengo algo en la cara? No dejas de mirarme.

—Perdona —se disculpó Jamie pestañeando algo azorada—. Estaba pensando qué tipo de técnica voy a utilizar para editar tus fotos. No tengo claro que deba usar el tecnicolor con todas ellas. He visto en Internet esa que lo vuelve todo un poco vaporoso... Igual la pruebo. —Inmediatamente negó con la cabeza—. Bueno, bueno, no. Deduzco por tu expresión que no te seduce lo más mínimo.

—Yo no he dicho eso —protestó David. Pero el caso es que tenía razón. Le daba un poco de vergüenza aparecer vaporoso en fotos tuyas, tomadas trabajando. Tenía claro que no se las enseñaría a Adam, pues no pararía de tomarle el pelo.

—También he visto un programa que sirve para dar un toque años ochenta, con colores tipo neón —propuso.

—¡Eso ya es otra cosa! Como Billy Idol, pero en plan repostero —dijo David con entusiasmo, y se puso a cantar a gritos el estribillo de



*Rebel yell*. Mientras ella se reía, le dio un beso, solo uno, y muy rápido.

—¡Vaya...! —Jamie no parecía saber cómo reaccionar.

—Has sido tú la que ha dicho que la falsa pareja que forman Jamie y David habría tenido que besarse ya —le recordó—. Si tengo que besarte delante de Marie y de Helen, no quiero que parezca antinatural. —Era una explicación más presentable que decir que no había podido evitarlo.

—Ya, ya... —dijo ella asintiendo pero con expresión dubitativa—. ¿Y en qué circunstancias crees que va a ser necesario que me beses delante de Marie y de Helen? —Su voz sonaba divertida, pero aún parecía un poco desconcertada.

—Pues, por ejemplo, si te acompaño a la puerta después de que cenemos, y ellas están o en el porche o espiando por la ventana —repuso David.

—Sí, siempre están espiando, lo ven todo —reconoció Jamie. Se acercó un poco más, inclinó la cabeza y le besó con todas las de la ley. No fue un beso rápido, ni robado. Fue largo y dulce, y sintió como todo su cuerpo se ponía en ebullición. Cuando se separó, se puso de pie casi de un salto y se concedió una ración generosa de sake, no una de bar como la que él le había servido antes—. Eso ha sido algo más que un beso de buenas noches, ¿no crees? —preguntó mientras estaba de pie.

David se levantó, le quitó de las manos el vaso de medir, la atrajo hacia sí y la besó de la manera que llevaba deseando besarla durante todo el día; además, le acarició a espalda con suavidad, moviendo las manos hacia abajo. Cuando una de ellas se deslizó sobre su trasero, Jamie dio un paso atrás.

—Eso no —dijo, con voz algo entrecortada—. No debes tocarme las nalgas delante de nuestras vecinas ancianitas...

—De acuerdo, de acuerdo —accedió David. Su cerebro fue incapaz de decir algo más en ese momento. Al final, consiguió balbucear entre dientes—. Déjame ver si las magdalenas se han

enfriado lo suficiente como para poder ponerles el relleno.



*Mac* empezó a ronronear incluso antes de que a Jamie ni siquiera le hubiera dado tiempo a abrir la puerta. No había ni el más mínimo rastro del olor a soledad que había tenido durante tantísimo tiempo, incluso cuando vivía con ella otro humano.

Cuando entró, frotó la cabeza contra su pierna, y ella lo agarró inmediatamente y empezó a acariciarle. Sabía que había estado con David, el humano del descerebrado. También podía oler eso. La verdad es que había escogido bien. Jamie debería dejarle que tomara todas las decisiones relativas a su vida. Para empezar, debería comer muchas más sardinas y compartirlas con él. Le encantaba lo crujientes que estaban las espinas.

Había completado su misión. El olor de su humana era el más feliz que le recordaba, y se sintió como si llevara toda la tarde restregándose con hierba gatera. A *Mac* le encantaba esa sensación, y quería más. Mucho más. Y sabía cómo conseguirla. Solo tenía que esperar a que Jamie se quedara dormida.

---

8 N. del Trad.: La autora hace referencia al programa de la televisión estadounidense de los años setenta del siglo XX, llamado *The Mary Tyler Moore show*. El personaje de Rhoda lo encarnaba la actriz Valerie Harper, que posteriormente desarrolló su propio programa televisivo utilizando dicho personaje. En el año 2000 se estrenó una película, *Mary and Rhoda*, que apenas tuvo difusión fuera de los Estados Unidos.

9 N. del Trad.: Tanto en Inglaterra como en los Estados Unidos, es tradicional utilizar la expresión del texto para brindar.

## CAPÍTULO 16



Jamie dejó de trabajar cuando sonó una llamada en la puerta principal. Había estado probando soluciones para intentar editar una de las fotos que había sacado de David, con la intención de convertirla en algo parecido a la portada de uno de los álbumes de Billy Idol, coloreando de rojo y en diagonal parte de su cara. Había conseguido abrir tutoriales ocultos de iPhone que explicaban trucos para la cámara, y se había descargado aplicaciones para experimentar con ellas.

Cuando abrió la puerta, allí estaba Ruby.

—He traído cafés con hielo. No puedo tomar café caliente después del mediodía —explicó.

Jamie se dio cuenta de que el sol ya estaba bastante alto en el cielo.

—¿Qué hora es?

—Poco más de la una.

—¡Pues pensaba que eran las diez más o menos!. Me he levantado a las seis. ¡No me puedo creer que haya estado trabajando tantas horas! —exclamó Jamie.

—Quítate de en medio y déjame entrar, anda, porque si no Hud va a venir a interrogarnos inmediatamente —ordenó Ruby.

Jamie obedeció dando un paso atrás. Después de que Ruby pasara junto a ella, Jamie se quedó con la boca abierta. ¡El borde de la fuente

estaba lleno de cosas! Normalmente solo había un par de ellas, pero hoy debían de ser más de veinte. Con una sola mirada, y rápida, pudo distinguir ropa interior de tamaños, estilos y colores de lo más variopintos; un vestido de muñeca; una camiseta del rapero Kanye y un pendiente de aro bastante grande del que colgaban adornos que esperaba que fueran de bisutería, y no joyas de verdad. Bajo ningún concepto quería que *Mac* empezara a llevarse cosas valiosas. Un par de personas paseaban mirando el revoltijo de objetos.

—¡Cierra la puerta, deprisa! —la apremió Ruby.

Pero era demasiado tarde.

—¡Alto ahí, señorita! —gritó Hud cuando Jamie empezaba a cerrar la puerta—. Me estaba preguntando dónde habríais estado tú y tu gato esta noche, digamos desde el anochecer hasta el amanecer —dijo cuando llegó a la puerta. Después miró por encima de su hombro—. Y también tu cómplice.

—Yo llevo en casa desde la diez y media de ayer por la noche, más o menos —respondió Jamie—. Y mi gato... —Miró todo lo que había junto a la fuente—. Pues parece que mi gato ha estado muy ocupado llevándose cosas de las casas. Estoy intentando averiguar cómo se las apaña para salir por la noche, y así poder evitar que haga lo que hace. Pero hasta ahora no lo he conseguido. Espero tener más suerte en un futuro próximo.

El hombre divorciado que tenía el traje de baño fluorescente de marca Speedo pasó muy deprisa por delante de ellos y dejó en el montón una media de seda.

—Ha aparecido en mi porche esta mañana —le gritó a Hud mientras se alejaba a toda prisa.

—¿Por qué no me cuentas la verdad de una vez? Sabes perfectamente que tu gato no puede estar detrás de todo esto —dijo señalando con el dedo en dirección a la fuente—. Sin ayuda, de ninguna manera. —Se bajó las gafas y la miró largamente; después, dirigió la mirada hacia Ruby.

—El detective eres tú. O por lo menos ese era el papel que hacías

en la tele —afirmó Ruby—. Se supone que debes seguir pistas y conseguir pruebas. No deberías necesitarnos a nosotras para nada. Por lo menos si eres tan bueno como te supones que eres.

—Te crees que puedes llevarte la carnaza sin morder el anzuelo. Y puede que sí que seas capaz de hacerlo... aunque solo unas pocas veces. Pero al más mínimo error, estarás acabada —contestó Hud—. Y allí estaré yo para demostrarlo. —Se marchó andando con aires de superioridad.

Jamie cerró la puerta.

—Tengo que averiguar cómo se escapa este sinvergüenza de *Mac*. Intento mantenerme despierta para descubrirlo, pero es demasiado escurridizo.

—No te preocupes, de verdad. No hace ningún daño, todo lo contrario: está aportando diversión y novedades al barrio. —Ruby dejó los cafés sobre la mesa de la cocina—. ¿En qué estabas tan entretenida como para haberte hecho perder la noción del tiempo?

—En esto. —Jamie colocó el ordenador de forma que su amiga pudiera ver la foto de David.

—¡Me encanta! —exclamó Ruby.

—Ayer saqué varias fotografías de David mientras preparaba magdalenas, y fue él mismo el que me dio esta idea. Vio esa foto de Kylie con la que he estado trabajando, y dijo que debería pensar en hacer una serie de fotografías de distintas personas mientras hacen su trabajo. De personas a las que les gusta de verdad lo que hacen para ganarse la vida. Una especie de vuelta de tuerca a «Humanos...

—... en Nueva York» —completó Ruby—. ¡Es una idea brillante! —Su teléfono móvil vibró y le echó un vistazo—. Addison me pregunta si Riley se puede quedar en mi casa esta tarde. —Tecléo la respuesta.

—Estoy segura de que has dicho que sí.

—¡Por supuesto! Me encanta que venga. La visión del mundo de una niña de cuatro años es todo un descubrimiento. Entonces, ¿vas a seguir sacando fotos de gente trabajando?

—Sí. Quiero volver a hablar con gente, saber qué es lo que piensan y lo que quieren conseguir cuando hacen lo que hacen — explicó Jamie—. Podré hablar con Kylie durante mi próxima clase, y supongo que también con el resto de personas a las que fotografié en la playa. Siempre y cuando lleve suficientes billetes de dólar, claro. Todos quieren cobrar, y me parece normal.

—David te ha dado una idea magnífica. ¿Cuántas veces has salido ya con él?

—No estoy saliendo con él —rectificó Jamie—. Simplemente voy por ahí con él. Así sus amigos dejan de darle la paliza para que tenga citas a ciegas, y a mí me dejan también tranquila Marie y Helen. Quiero decir que, sin ir más lejos, tú y yo nos hemos visto prácticamente todos los días desde que me invitaste a la decapitación, que no se quedó solo en eso, del pobre hombre de jengibre. No veo que haya ninguna diferencia sustancial.

En fin, si es que no se considerasen sustanciales los besos de ayer. Al pensar en ello, Jamie notó la oleada de calor que le llegaba hasta la cara y, en general, a todas las partes del cuerpo.

Ruby la señaló con el dedo.

—¿Te has acostado con él!

—¿No, de ninguna manera! —gritó Jamie. Ruby enarcó las cejas mostrando su expectación—. Nos besamos unas cuantas veces — admitió Jamie—, pero solo para que nos saliera con naturalidad si teníamos que hacerlo delante de alguien.

Ruby estalló en carcajadas. Solo al cabo de un buen rato consiguió dejar de reírse.

—¿Mira que sois ridículos! ¿Cuándo vais a admitir que ninguno de los dos lo hace para que la gente deje de buscaros pareja?

—¿Cuándo fue la última vez que intentaste decirle que no a algo a Marie? —replicó Jamie—. ¿O que te viste atrapada en una contienda entre ella y Helen? El que David y yo finjamos que estamos saliendo juntos ha resuelto el problema sin daños colaterales.

—¿Noticia de última hora! No estáis fingiendo —afirmó Ruby

poniendo voz de presentadora de televisión.

—Sí que estamos fingiendo. Sabes perfectamente que este año quiero centrarme en mí misma —dijo Jamie con voz cansada—. Ahora tengo este estupendo proyecto...

—Gracias a una idea de David —le recordó Ruby.

—Sí, es verdad, de David. Que todavía no está preparado para salir con nadie. Aún sufre la pérdida de su mujer. —Jamie agarró el vaso de café y dio un trago largo, aunque tan deprisa que estuvo a punto de atragantarse con un cubito de hielo.

—Mira, Jamie, tengo que decirte que Clarissa y yo éramos muy buenas amigas. Era una mujer maravillosa, y su pérdida afectó muchísimo a David, le rompió el corazón. Pero te garantizo que no haría «prácticas de besos» contigo si no estuviera preparado para tener otra relación. Y tú no harías «prácticas de besos» con él si estuvieras completamente decidida a no tener ningún hombre en tu vida. Seguro que lo sabes, aunque no quieras admitirlo.

—¡Escúchame! Es verdad que disfruté besándolo, y que siempre me lo paso bien cuando vamos juntos a algún sitio. Me gusta, y es estupendo contar con un buen amigo por aquí. Pero eso no significa que tenga la más mínima intención de preguntarme si va a sentirse celoso o no en el caso de que una noche cualquiera tenga la intención de ver, para entrevistarlos, a los que hacen el espectáculo de las marionetas. O de preguntarme a mí misma si ha cenado o no porque yo no estaba allí para cocinar lo que fuera.

—Con David no tendrías que preocuparte por esas cosas, te lo puedo asegurar —afirmó Ruby—. Y, de todas formas, yo no estoy diciendo que os vayáis a vivir juntos, ni nada semejante. Me refiero más bien a una relación de «amigos con derechos». Ahora se dice así, ¿no? Y, por supuesto, con la capacidad de crecer en un futuro, próximo o lejano, ya veríamos.

—A mí me va bien mantener las cosas tal como están ahora —insistió Jamie—. Y a David también. Nos ayuda a los dos.

—¿Te va bien no volverlo a besar? —instó Ruby—. Una vez que



has hecho las «prácticas», ya no hay ninguna razón para que vuelvas a hacerlo, ¿no?

Jamie procuró ocultar el hecho de que la idea de no besar nunca más a David contribuía a enfriarla bastante. Y fingió.

—Exactamente.



Cuando David volvió a casa después del trabajo, *Diogee*, como siempre, lo recibió con la correa en la boca. Ni se molestó en intentar convencer al animal de que le concediera un par de minutos de descanso. Siempre perdía ese tipo de enfrentamientos... pese a que él era el macho alfa de la manada.

Abrochó la correa y le permitió arrastrarlo hasta la calle. Solo unos segundos más tarde Zachary salió de su casa y se acercó a ellos corriendo.

—Hoy no puedo ir con vosotros, chicos —dijo, y volvió la cara para que *Diogee* no le pasara la lengua por los labios. El perro ya había plantado las patas delanteras sobre los hombros del chico.

—¿Y eso por qué? —preguntó David al tiempo que tiraba de la correa—. ¡Abajo, *Diogee*! —ordenó. Normalmente, el perro se limitaba a darle uno o dos lametones a Zachary, pero hoy parecía querer bañarlo. Puede que fuera debido al olor que emanaba. Era como si se hubiera duchado con uno de esos cócteles dulces que llevan parasoles en miniatura y luego se hubiese aplicado una loción bronceadora de coco.

—¡Vaya, me quiere lamer la boca! —exclamó el muchacho echando la cabeza hacia atrás hasta que David logró por fin que el enorme perro se pusiera de nuevo a cuatro patas—. Addison y yo vamos a hacer juntos el trabajo de Lengua.

Eso explicaba el aroma. Estaba claro que Zachary había descubierto la colonia.

—Supongo que eso significa que ya no te considera un pervertido. —David le dio una palmadita en la cabeza a *Diogee* como recompensa por mantener la lengua simplemente colgando de la boca.

—Mi camiseta volvió a aparecer encima de su felpudo, y vino a devolvérmela —explicó Zachary—. Me dijo que, como habían desaparecido un montón de cosas de mucha gente, y después habían vuelto a aparecer en las puertas de otros, no tenía motivo para ofenderse conmigo por lo de su sujetador. Todavía sigo sin saber por qué agarró semejante enfado la primera vez, ya que lo único que hice fue restituirle el sujetador, y muy discretamente. ¿A quién se le ocurriría pensar que se lo iba a devolver de ser yo el que se lo hubiera quitado? Bueno, sea como sea, empezamos a hablar sobre el trabajo de Lengua que tenía pendiente, y yo también, y decidimos hacerlo juntos.

—¿Eso quiere decir que ha mandado a la porra a su novio? —preguntó David.

—No. Al menos si tengo que fiarme de lo que he visto a la hora de la comida. De todas maneras, no es que vayamos a salir, ni nada de eso. Solo vamos a hacer un trabajo juntos —insistió Zachary—. Puedo ir con vosotros hasta su casa. ¡Vamos, perrazo!

—A ver, Zachary... —David trató de discurrir una forma de decirle con cierto tacto lo que tenía que hacer—. Igual deberías rebajar un poco el aroma de la colonia —consiguió afirmar finalmente. Fue lo mejor que se le ocurrió.

Zachary se puso rojo como la grana.

—¿Es que huelo mal? —Parecía horrorizado.

—No, no es eso. Lo que pasa es que en este caso con unas gotitas es suficiente, porque la colonia es muy potente —contestó David—. Tampoco es que yo entienda mucho de esas cosas, la verdad. A Clarissa no le gustaba demasiado que yo me pusiera colonia. Decía que prefería mi olor natural masculino. —Todavía era capaz de recordar su tono de voz y su sonrisa cuando se lo decía, que era prácticamente cada vez que volvía de correr, o sea, casi todos los días.

—¿En serio? Pues yo pensaba que les gustaba a todas las chicas —dijo Zachary tirándose del cuello de la camiseta y bajando la cabeza para olerse.

—No, a todas no —le informó David—. No obstante, si te la pones, la idea no es que todos los que se sienten en clase más o menos cerca de ti puedan olerla. Una chica solo debería notarla si está lo suficientemente cerca, es decir, al lado.

Zachary volvió a ruborizarse. Echó un vistazo a su teléfono móvil.

—Tengo tiempo para rebajarla un poco. Ya nos veremos —se despidió, y salió volando hacia su casa.

—¿Te acuerdas cuando pensaba que era una arpía? —le preguntó David a *Diogee* cuando empezaron a andar por la acera. Decidió dirigirse a casa de Jamie para ponerla al día del romance adolescente.

Cuando torcieron por la calle Glass Slipper, *Diogee* soltó un bufido de felicidad y echó a correr. David se vio obligado a correr también, y los dos frenaron en seco delante de Ruby, que iba caminando por la zona donde había hierba.

—¿Qué tal estáis, idiotas enormes? —saludó Ruby inclinándose para darle un abrazo a *Diogee* y evitar así que le plantara las patas en los hombros.

—¡Oye, puede que no seamos un par de cerebritos, pero lo de idiotas es un poco fuerte!, ¿no crees? —protestó David.

Ruby negó enérgicamente con la cabeza.

—Por lo que he escuchado, no. Se adecuía perfectamente a tu comportamiento. Y este perro es este perro, ya sabes —respondió.

—¿Y qué es lo que has escuchado, si puede saberse?

Ruby se limitó a sonreír, le dio unas palmaditas a *Diogee* y se marchó.

—¿Vienes a buscar artículos robados? —le preguntó Hud. David ni se había dado cuenta de su presencia, ni tampoco de las docenas de cosas que había junto a la fuente—. Todavía no es tarde para hacer un informe acerca del artículo que ambos sabemos que robó tu amiga de ahí enfrente —dijo señalando con la cabeza hacia la casa de Jamie. Tanto ella como *Mac* miraban la escena desde la ventana.

—No he echado de menos nada —dijo David—. Y Jamie puede llevarse mis calzoncillos siempre que quiera. —Dejó que *Diogee* tirara

de él hacia la palmera más alta de la plaza para dejar su marca, y después tiró de él a su vez para dirigirse hacia la puerta de Jamie.

—Me dijiste que no te importaba que lo trajera —se disculpó cuando abrió la puerta.

—No me importa, todo lo contrario. ¡Me encanta!

Una vez dentro, David le quitó la correa, y el perro se tumbó de espaldas para que le acariciaran la tripa. Ella captó el mensaje y se agachó para hacerlo. *Diogee*, como siempre, cerró los ojos como si estuviera en trance y empezó a dar golpes en el suelo con la cola mientras lo tocaba.

David apenas pudo vislumbrar el fugaz movimiento de color crema. Tardó apenas un segundo en comprender que se trataba de *Mac* moviéndose a la velocidad del rayo. El gato se lanzó sobre la cola de *Diogee*, la sujetó con las patas delanteras, le dio un mordisco y salió corriendo rápidamente. El perro salió a su vez detrás de él. Segundos después se escuchó un gemido de dolor del perro, procedente de algún lugar de la casa.

—¡*Mac*, eres un gato perverso! —lo riñó Jamie al tiempo que salía apresurada para localizar al perro mirando a David de soslayo.

Los dos empezaron a buscar, y finalmente descubrieron que, sin saber cómo, el chucho estaba atrapado en el armario de la habitación de ella. *Mac* estaba sobre la cama chupándose un pata con toda la calma del mundo.

—¿Pero qué pasa contigo? ¡La última vez te portaste muy bien! ¿Te has olvidado de que *Diogee* es tu amigo? —le preguntó Jamie a su gato mientras liberaba al perrazo de su encierro. *Diogee* salió corriendo hacia el cuarto de estar como si le persiguiera el mismísimo diablo—. Creo que, de momento, deberíamos tenerlos en habitaciones separadas.

Encerró a *Mac* en el dormitorio y se apoyó contra la puerta, con gesto de impotencia.

—Hola —dijo.

—Hola —respondió David.

Le apetecía besarla, por supuesto. Parecía haber salido de una especie de pausa, como las de los videorreproductores de imágenes. ¡Volvía a desear besar a las mujeres! Bueno, en realidad besar a Jamie. A quien quería besar era a Jamie. En realidad no deseaba besar a nadie más que a ella. Pero la cosa tenía su sentido: era la única mujer, aparte de Ruby y Lucy, con la que había tenido una interacción; los disparatados encuentros de las citas a ciegas no contaban, ahora le parecían irreales.

Dentro de unos meses, cualquiera sabía. Puede que ya estuviera preparado para salir de verdad con alguien. Por ahora, lo que estaba pasando con Jamie estaba bien. Le gustaba estar con ella, ir a sitios juntos. La verdad es que le distraía un poco eso de pensar en besarla, y en el sexo, casi inmediatamente después de que la veía, o sin casi, e incluso antes de verla, pero también estaba bien comprobar que había recuperado el, digamos, impulso. Era su amiga de verdad, y su novia falsa. Y eso significaba que nada de besos, salvo si resultaban imprescindibles para mantener el engaño, o para practicar, cosa que ya habían hecho ayer, y con buenos resultados. Y nada de sexo. Eso no. Hasta que su cerebro, y no solo otras partes de su cuerpo, estuviera preparado para mantener una relación de verdad con una mujer.

—¡Vaya! No paras de mirarme muy fijamente —dijo Jamie.

—Perdona. Solo estaba pensando. —Ella alzó las cejas—. Sobre Zachary y Addison —mintió—. Tenías que haber olido el pestazo a colonia del pobre chico. ¡Menos mal que le convencí de que fuera a lavarse antes de ir a casa de la chica a estudiar! Me pregunto si él es el único que piensa que va a algo más que a estudiar.

—Bueno, yo sé que Addison se aseguró de que Riley no estuviera en casa, pues le pidió a Ruby que la entretuviera en la suya —dijo Jamie—. Eso puede querer decir o bien que Addison quería que la casa estuviera tranquila para poder estudiar, o que no quería que su hermanita estuviera de por medio mientras estaba acompañada de un chico agradable. Aunque, según creo, sale con alguien.

—Sí, alguien con quien parece que rompe cada dos días, más o menos —intervino David—. También parece que es un estúpido, al menos por lo que se desprende de lo que leyó Zachary en su diario.

—No me puedo creer que leyera el diario. Aunque, si apareció encima de su felpudo, le debió de resultar imposible resistirse a echarle un vistazo.

—Y el hecho de leerlo le hizo convencerse de que, en realidad, no era una arpía —constató David—. Aunque me parece que el chico exageraba antes de que tu gato empezara con sus extravagantes robos y «regalos». Estoy casi seguro de que Zachary ya había empezado a cuidar más su aspecto cuando todavía se quejaba de lo horrible que era la chica.

*Diogee* ladró con fuerza.

—¿Qué quiere? —preguntó Jamie—. ¿Quieres que le dé agua?

—Creo que piensa que lo he engañado porque el paseo ha sido demasiado corto —contestó David. Al escuchar la palabra «paseo», el perro salió corriendo y se plantó delante de ellos. Jamie soltó una carcajada.

—¿Qué te parece si vamos andando hasta el Teatro Chino? Espero que Wonder Woman siga por allí. Quiero preguntarle por qué decidió disfrazarse para que la gente se hiciera fotos con ella.

—Estupendo. —David abrochó la correa al cuello de *Diogee*—. ¿Has pensado acerca de lo que te dije de colgar tus fotos en Instagram o en algún otro sitio?

—Me he pasado la mayor parte del día trabajando con una de las fotos que te saqué. Ya te la mandaré después, porque me da la impresión de que a *Diogee* le va a estallar la cabeza si no nos vamos ahora mismo. Se la he enseñado a Ruby, y le ha gustado mucho.

David abrió la puerta y el perro se lanzó fuera como un poseso. Jamie y él tuvieron que salir corriendo detrás.

—Me encontré con Ruby cuando venía. Nos llamó «idiotas» a mi perro y a mí. Puedo entender que se lo llame a *Diogee*, porque de hecho lo es. Pero me dijo que había escuchado cosas a propósito de

mí por las que había llegado a la conclusión de que yo también era idiota. ¿Tienes idea de qué diablos estaba hablando?

Jamie dudó.

—¿Qué le has contado? —insistió David.

Jamie volvió a dudar antes de responderle, aunque finalmente lo hizo.

—Pues, después de hablar de varias cosas, le dije que tú y yo nos habíamos besado un par de veces... a modo de práctica. Y Ruby llegó a la conclusión de que eso era una ridiculez. Estoy casi segura de que esa es la razón por la que te ha dicho que eres idiota.

—¿Que es ridículo pensar que tenemos que practicar? —preguntó David cuando salieron de la urbanización.

—No exactamente. Más bien que es ridículo no admitir que nos besamos porque nos apetecía a los dos, en lugar de maquillarlo diciendo que nuestra pretensión es que parezca convincente el engaño que estamos representando delante de Marie, Helen y tus amigos—explicó Jamie de un tirón.

—¡Ah! —Como no sabía muy bien qué decir, David se limitó a farfullar una especie de gruñido casi inarticulado.

—Pues sí. Ruby piensa que tendríamos que dejar de simular que solo nos estamos ayudando mutuamente, y que debemos ir adelante con una relación sexual normal entre adultos, pues está más claro que el agua que nos apetece a los dos. Y que eso no tiene por qué significar que la cosa tenga que ir completamente en serio, puesto que podría quedarse en lo que los dos queramos, por ejemplo en una relación entre amigos con derecho a roce. Y luego, Dios dirá. — Parecía mentira que Jamie pudiera hablar tan deprisa, y que él fuera capaz de entenderla. Pero lo comprendió todo, sin perderse ni una coma.

David sintió un golpe de calor procedente de todo el interior de su cuerpo, o al menos eso le pareció.

—¡Ah! —farfulló o gruñó de nuevo. ¡Parecía Al!—. ¿Y tú qué opinas?

—Pues que la idea del derecho a roce es... atrayente. Lo que pasa es que me he prometido que este año iba a ser solo para mí misma, sin... otras interferencias. En otras palabras, que me iba a dedicar a averiguar lo que quería hacer con mi vida, sin distracciones — respondió Jamie hablando todavía más deprisa, aunque pareciera increíble—. También creo que tú tienes tus propias razones para no comprometerte de momento. Y, diga lo que diga Ruby, lo de ser amigos con beneficios, o con derecho a roce, como quieras, significa involucrarse, aunque sea involucrarse menos que en una relación completa, o lo que sea. ¿Y tú que piensas?

Le agradaba la idea de los beneficios, o del roce, o como quisiera llamarlo. Le apetecía muchísimo. Pero en ese torrente de palabras que acababa de salir de su boca había dos, «interferencias» y «distracciones», y tenía la obligación de respetar eso, por mucho que le costara.

—Pues yo opino que las cosas están perfectamente como están.



A la mañana siguiente *Mac* estaba sentado en el alféizar de la ventana mirando al jardín delantero y esperando el momento adecuado. Prefería realizar sus misiones por la noche, al abrigo de la oscuridad, pero la que tenía por delante solo se podía llevar a cabo a la luz del día. Estaba seguro de que iba a ser capaz. Él era *MacGyver*.

Escuchaba a Jamie trabajando con su ordenador. Olía bien. Se daba cuenta de que, la tarde anterior, tenía que haberse apiadado de *Diogee*, para asegurarse de que no se produjeran intromisiones en la relación de David y ella. Pero cuando vio esa especie de sogá enorme que era la cola del perrazo, moviéndose de arriba abajo, no pudo resistir la tentación de darle un buen mordisco. Afortunadamente, lo que hizo no interrumpió nada. Y fue divertidísimo.

Escuchó al objetivo antes de verlo. Siempre hacía un ruidito de cascabeles cuando caminaba. Y siempre olía a soledad. Pero había alguien que hacía que ese olor a soledad fuera sustituido por otro, un olor a sangre corriendo cercana a la piel.



*Mac* no terminaba de entender la reacción de las hembras humanas frente a los machos. El cuerpo se les ponía tenso y se quedaban heladas, igual que les pasaba a algunos gatos cuando estaban frente a un perro grande. A algunos gatos, pero no a *Mac*. Cuando él se encontraba con un perro grande, lo mejor que podía hacer el perro era prepararse para lo que se le venía encima. En cualquier caso, ese cambio en el olor de la mujer le indicaba que, en realidad, no tenía miedo del hombre, todo lo contrario. Aunque tampoco actuaba en consecuencia. Pero, por otra parte, el hombre era el único responsable de la reacción de la mujer. Estaba clarísimo que ella necesitaba su ayuda gatuna.

Afortunadamente, Jamie siempre salía fuera cuando la mujer estaba en las proximidades, así que abandonó la ventana y, de la manera más sigilosa que pudo, se colocó al lado de la puerta. Tal como esperaba, instantes después Jamie abrió, y *Mac*, rápido como un rayo, se deslizó fuera.

—¡*MacGyver*, no! —gritó su humana.

No le hizo caso. Tenía que cumplir una misión. Necesitaba una de esas cosas que hacían ruidito como de cascabeles. La mujer dejó el bolso en el suelo despreocupándose de él. *Mac* apenas tardó unos segundos en averiguar la forma de abrirlo, e inmediatamente localizó uno de esos objetos brillantes, lo sujetó entre los dientes y salió corriendo. Siguió el rastro del olor hasta la casa del hombre, y dejó allí el objeto. Esperaba que el hombre no tardara en averiguar lo que pasaba tanto como David y Jamie. No obstante, sabía que los humanos eran muy, pero que muy lentos. Debido sobre todo a sus inútiles narices. Sobre todo, pero no solo.

## CAPÍTULO 17



— ¡Tú tienes la culpa! —le espetó Jamie a Ruby—. Desde que me dijiste que David y yo deberíamos tener una relación de amigos con derecho a roce, en lo único que pienso es en acostarme con él. Lo que significa que llevo casi dos semanas completamente obsesionada. ¡Me estoy volviendo loca! Y no me vengas con que no piense en ello. ¡Es imposible! Eres tú quien me lo ha metido en la cabeza. ¡Te odio!

—Ya sabes lo que os propongo —respondió Ruby riendo—. Empezad a hacerlo, y así dejaréis de volveros locos a base de darle vueltas. —Siguió utilizando las planchas para alisar los rizos de Jamie y dejarle unas ondas suaves. *Mac* estaba sentado en el borde del lavabo jugando con el chorrito de agua que salía del grifo.

—No. Estoy avanzando muchísimo, a pesar de la obsesión. O incluso tal vez a causa precisamente de la obsesión. El trabajo con las fotos me absorbe.

—Me encanta lo que estás consiguiendo con *MisFotos*. Cada vez que visito la página y el blog me entran ganas de cambiar de profesión —dijo Ruby.

—Todavía me cuesta creer que la página del individuo que cobra un pavo por cada mal consejo que da haya recibido más de sesenta mil visitas. Lo más probable es que mucha gente se haya limitado a abrirla sin revisarla a fondo pero, de todas formas, es increíble.

—Eres una celebridad —afirmó Ruby estirando con las planchas el último mechón del pelo de su amiga—. Y encima estás estupenda.

—Gracias por arreglarme el pelo —dijo Jamie. Se apretó el estómago con las dos manos—. Estoy nerviosísima, no sé por qué. Estoy segura de que Adam y Lucy son muy agradables.

—Sí, lo son. No los conozco demasiado bien, pero han venido a muchas de mis fiestas de Navidad. Te gustarán, estoy segura —le garantizó Ruby.

—Va a ser distinto fingir delante de ellos que salgo con David. Tienen mucha confianza con él, y Adam lo conoce desde que eran unos críos. No es lo mismo que hacerlo con Marie y Helen. —Jamie cerró los grifos para que dejara de salir agua. *Mac* hizo un ruido con la garganta que cualquiera que no lo conociera habría interpretado como un ronroneo, pero que ella sabía que era una queja.

—Nadie que pase un rato con vosotros y os vea juntos va a tener ningún problema para creerse que sois pareja de verdad. Vosotros dos... —Ruby no terminó la frase, y Jamie sabía el porqué. Le había pedido alrededor de un millón de veces que dejara de decirle lo perfectos que eran el uno para el otro.

—Creo que necesito un vaso de vino. Se supone que David no va a venir a buscarme hasta dentro de una media hora. ¿Quieres acompañarme? —preguntó.

—Me gustaría, pero la mamá de Riley trabaja hoy hasta tarde, y le prometí a Addison que me quedaría con la nena mientras ella y Zachary estudiaban en su casa —respondió Ruby mientras se dirigía a la puerta.

—¿Otra vez? ¿Tú crees que estudian?, ¿o que más bien «se estudian»?

—No estoy segura. Pero Addison ha dejado de despotricar contra su novio, así que me da la impresión de que lo ha mandado a paseo, y quizá definitivamente esta vez —respondió Ruby—. Diviértete esta noche, ¿de acuerdo? —Abrió la puerta y le agarró la mano a Jamie—. Hud ha sacado algo del bolsillo y lo ha dejado al lado de la fuente.

Creo que esta vez nos toca a nosotras interrogarlo. —Salió casi corriendo y arrastrando a Jamie de la mano—. ¡Oye, rey pescador! —le llamó Ruby arrastrando las palabras—. Ven un momento.

—¿Hablas conmigo, cariño? —preguntó Hud, pero sin su habitual tono fanfarrón. Parecía un tanto pálido a la brillante luz de los reflectores que había colocado cerca de la fuente para que la gente pudiera ver bien las cosas después de la puesta de sol. Cada día aparecían artículos nuevos. Y Jamie todavía no había averiguado cómo lo hacía *Mac*.

—Sí, hablo contigo, no va a ser con la fuente —dijo Ruby cuando llegaron a su altura—. He visto que has puesto ese pequeño llavero junto a las demás cosas. Eso significa que el ladrón ha tenido que ir a la puerta de tu casa, ¿verdad? Porque ahí es donde encuentra la gente las cosas, justo encima del felpudo.

—Puede que el motivo por el que el ladrón se ha acercado tanto a su casa sea que el propio Hud es nuestro ladrón. —Jamie no pudo resistir la tentación de tomarle el pelo al «detective» televisivo—. Tiene un móvil: todo el mundo sabe que quiere demostrar que es un detective extraordinario ¿Y qué mejor manera de lograrlo que crear un misterio aparentemente imposible de resolver y... ¡patapam!, solucionarlo para sorpresa de todos?

La cara de Hud se tiñó de rubor. Se volvió y se alejó de ellas.

—Me parece que he herido sus sentimientos —se lamentó Jamie sintiendo cierto remordimiento al verlo marchar.

—Lo que le has dicho es equivalente a lo que lleva diciéndonos a nosotras desde hace semanas —le recordó Ruby—. Lo que pasa es que su ego está absolutamente ligado al papel que representó en la serie de televisión. Creo que deberíamos tomarnos las cosas con calma respecto a él. —Agarró el llavero que Hud había colocado al lado de la fuente—. Parece uno de los que guarda Sheila, la cartera, en su carrito del correo.

—Sí. Y también tiene otro montón en el bolso. La otra noche David y yo nos la encontramos en el bar, ya sabes, El Chivo Sediento.

Tenía partida de Trivial con su equipo. Era sobre programas de televisión, así que pensé que Sheila se las sabría todas, porque me acordaba de que conocía incluso el más mínimo detalle de los papeles que había hecho Hud, hasta como actor invitado esporádico. Pero no acertó ni una pregunta. Su equipo, «Las Newton-John», perdió, y de paliza.

Ruby dejó el llavero.

—Puede que simplemente se parezca a uno de los suyos. Todas las cosas que han aparecido pertenecen a gente que vive en el barrio, ¿no?

—Eso creo. Preferiría que *Mac* no saliera de Storybook Court —respondió Jamie. No le gustaba nada que su gato se escapara de casa. Pero todas las calles de su urbanización tenían un límite de velocidad bajo. Si se alejara del barrio estaría en peligro de verdad. Estaba segura de que su gato pensaba que, dándole a un vehículo un arañazo, sería capaz de detenerlo.

—Una noche de estas la pasaré en tu casa para que nos turnemos con la vigilancia —prometió Ruby—. Tenemos que poner fin a sus actividades delictivas.

—Te lo agradecería mucho.

—Tengo que ir a casa; Riley llegará de un momento a otro. —Ruby le dio un abrazo rápido—. Pásalo muy bien esta noche. Sé que va a ser así.



David se dio cuenta de que no iba a ser capaz. Cuando pensó en que ella y Jamie quedaran con Adam y Lucy le pareció que podrían pasarlo bien. Quería que sus amigos conocieran por fin a Jamie, y viceversa. Estaba convencido de que se gustarían desde el principio. Y seguía estándolo.

Pero, mientras se arreglaba, su corazón empezó a acelerarse como si acabara de terminar una de sus salidas a correr, y se dio cuenta de que todavía no estaba preparado. Había salido un montón de veces con Adam y Lucy, pero él solo. Y todavía muchas más con Clarissa.

Con Jamie no iba a sentirse bien.

Agarró el teléfono y le mandó un mensaje a Adam. «Tenemos que cancelarlo. Jamie se ha puesto enferma. Otro día».

Recibió la respuesta unos segundos después. «Vente tú. Eres nuestra tercera rueda».

«No», respondió. «Voy a acercarme a ver si necesita algo».

Inmediatamente después, Adam mandó otro mensaje. «Lucy dice que eres un cielo. Y yo que estás colado. Bien, pues otro día será».

«Sí», concluyó David. Esta noche no podía. Por un momento había pensado que le iba a dar un ataque de ansiedad. Puede que, en algún momento hasta les diría a Adam y a Lucy que ella y Jamie solo fingían que salían juntos para que no les dieran la tabarra. Una vez aclarada la cuestión, sí que podrían verse los cuatro.

Agarró las llaves y le acercó a *Diogee* un trozo enorme de cuero sin curtir.

—Bueno, te quedas al mando, muchachote —le dijo a su perro según salía. Parecía como si rebotara sobre la acera. La anulación de la cita con Lucy y Adam le había aliviado mucho. Además, podría disfrutar la noche con Jamie.

Sonrió al doblar la última esquina antes de llegar a su casa pensando en los magníficos sitios a los que podría llevarla. No sería el restaurante que había escogido con Adam, pues Lucy y él seguramente sí que mantendrían la reserva. Habían contratado una canguro, y lo aprovecharían.

—¿Te apetece pasear? —preguntó cuando Jamie le abrió la puerta.

—Pensaba que íbamos a Santa Mónica.

Casi se le había olvidado que se suponía que habían quedado con Lucy y Adam.

—Lucy no se encuentra bien —mintió intentando hacer caso omiso de la sensación de culpabilidad que le asaltó de inmediato por no decirle la verdad. En realidad tampoco era una mentira tan importante—. Tendremos que quedar otro día.

—No me parece del todo mal —admitió ella, según empezaban a

caminar por la acera—. Estaba un poco nerviosa, la verdad.

David le pasó un brazo por los hombros.

—En honor de Helen y Marie —dijo. Se trataba de una precaución razonable, pensó. Ya se sabe: se pasaban la mayor parte del tiempo mirando por la ventana—. No tenías por qué estar nerviosa, en absoluto. Te gustarán, lo sé.

—No me da miedo el hecho de que me gusten o no. Lo que temo es que yo no les guste a ellos —confesó Jamie.

—Eso es imposible —aseguró David apretándola un poco más contra él.

—¿Vas a decirme adónde vamos?

—Para nada. Es una sorpresa —dijo. Recorrieron unas cuantas manzanas y después David cruzó el aparcamiento de un centro comercial en forma de U y se dirigió a un local de alquiler de videos.

—¿Me he perdido algo? ¿Acaso los VHS se han convertido en los nuevos vinilos? —preguntó Jamie cuando entraron.

De hecho, el establecimiento, pobremente iluminado, no tenía los DVD a la vista, solo cintas VHS.

—Hay algunas películas que no se han pasado a DVD. Echa un vistazo ahí detrás. —Señaló hacia una señal de neón rosa que decía «Solo para adultos».

—¿Tan aburrida resulta nuestra falsa vida sexual que vamos a tener que alquilar películas porno? —La voz sonó un tanto recelosa, pero por otra parte parecía no renunciar al juego, fuera el que fuese.

—Bueno, lo cierto es que ya llevamos unas cuantas semanas como falsos novios. —David tiró de la cortina de terciopelo negro dejando a la vista una salita llena de videos calificados X.

Jamie echó un vistazo al estante más cercano.

—¿*El bombo insuperable*? ¡Qué título tan horrible para una peli porno! «Bombo» no es una palabra sexi, en absoluto —comentó Jaime—. ¿O es una reacción femenina? ¿Qué te sugiere a ti la palabra «bombo»?

—Me sugiere embarazo, y bebé.

—¡Exactamente!

—El material bueno de verdad está aquí detrás. —David apartó una segunda cortina, que estaba justo al otro extremo de la salita y por la que se llegaba a un bar con los techos muy altos, sofás de aspecto muy cómodo, una luz de ambiente suave y cálida y ventanas con vidrieras policromadas. En una gran pantalla situada encima de un arco que conducía a la sala de billar estaban pasando *Barbarella*.

Jamie empezó a reírse. Fue exactamente la reacción que David había esperado de ella. Había escogido el sitio porque pensaba que a Jamie le iba a encantar. Y, además, porque había abierto después de que muriera Clarissa.

—Bienvenida al mundo de los tugurios clandestinos de Los Ángeles —le dijo—. Por ahí, más o menos escondidos, hay montones de sitios como este. Para entrar en otro al que voy de vez en cuando hay que pasar por una peluquería de caballeros. Hasta te puedes cortar el pelo allí si quieres.

Se sentaron en uno de los sofás vacíos. David agarró una de las cajas de VHS en las que estaba escrita la carta de bebidas y se la pasó a Jamie.

—Yo suelo tomar el cóctel de mezcal y cilantro —dijo señalando una de las bebidas de la lista.

—No suena mal —dijo ella—. ¡Oye, mira! ¡Tienen una cabina de fotografías! Me apetecería que nos hiciéramos unas cuantas. A Marie y Helen tengo que aportarles pruebas serias para demostrar que somos una pareja de verdad.

—¿Te preguntan mucho sobre nosotros? —inquirió David.

—Helen no demasiado. Pero Marie hace muchas preguntas sobre casi todo. Compartimos los cubos de residuos, ¡y hasta me interroga acerca del contenido de mi basura! Por ejemplo, una vez tiré un cartón de un complemento alimentario y me dijo que se había dado cuenta de que estaba intentando perder peso. Nunca he tenido una vecina tan... vamos a decir «implicada» en mi vida personal. —Jamie negó con la cabeza para expresar que le parecía exagerado—. Pero



todo tiene su parte buena. Prepara el mejor café que he probado en mi vida y en cuanto aparezco en el porche, siempre manda a Al a que me traiga una taza por la mañana. Puede ser un tanto molesta, pero creo que tiene buen corazón.

—Sí que lo tiene. Pero temo lo que pueda pasar si alguna vez se le ocurre a *Diogee* soltar la plasta en la hierba de su jardín. —Se acercó la camarera y David pidió los dos cócteles—. Vamos a la cabina de las fotos, pero volveremos —le informó, y la chica asintió.

—Podría ser divertido utilizar algunas de mis fotos de gente que disfruta con su trabajo y exponerlas en un sitio como este —comentó Jamie mientras avanzaban por el bar. Pasaron al lado de un *DJ* que estaba preparando la mesa de mezclas.

—Esa historia que has colgado en *MisFotos* acerca de la Wonder Woman del Teatro Chino Grauman es magnífica —le dijo David mientras esperaban a que se abriera la cabina.

—¿Ya la has visto? La he subido esta misma mañana.

—Tengo una alerta —explicó.

—Eres un cielo —dijo Jamie sonriéndole agradecida.

—Estás recibiendo comentarios muy elogiosos. Me imagino que has leído el de John Schuller.

—Sí. Y no pienses que no sé que tú tienes algo que ver con eso —le informó—. Sé que es el protagonista de la serie de la que es guionista tu mejor amigo.

—Solo le dije a Adam que echara un vistazo a lo que estabas publicando —dijo David, muy complacido de que estuviera consiguiendo más atención de lo que solía ser normal para el blog de una persona desconocida.

—¡Nos toca! —dijo Jamie cuando salió de la cabina una pareja de veintitantos años. Los dos estaban ruborizados, y David sospechó que habían utilizado la cabina para algo más que hacerse fotos. Jamie le hizo un guiño dejándole claro que pensaba lo mismo que él.

Entraron en la cabina y se sentaron en dos taburetes bien tapizados. El pequeño espacio estaba decorado como si la gente que

se iba a hacer las fotos formara parte de la audiencia de un teatro antiguo, pues tras ellos había un dibujo en el que se representaban filas de espectadores.

—¿Preparado? —preguntó Jamie.

—Preparado.

—¡Cara de pato! —gritó al tiempo que apretaba el botón. David obedeció y extendió los labios formando una mueca exagerada—. ¡Película de miedo! —Abrió los ojos y fingió que gritaba, mientras Jamie le agarraba el brazo con las dos manos y enterraba la cara en su hombro—. ¡Signo del corazón! —No entendió bien lo que quería decir, y no acertó a colocar los dedos como ella formando un corazón, antes de que se disparara de nuevo el *flash*—. ¡Tortolitos para Marie y Helen! —gritó Jamie. Tampoco sabía ahora qué era lo que quería, pero le agarró la cara entre las manos y la besó en los labios.

—Muy bien —dijo Jamie retirándose unos momentos después de que sonara el objetivo y se disparara el *flash*. Parecía haber perdido el aliento. Seguramente a él le pasaría lo mismo si intentara hablar. Tendría que conformarse con ese beso. Salieron de la cabina y, mientras esperaban para recoger la tira de fotos, el *DJ* hizo sonar *Total eclipse of the heart*, de Bonnie Tyler.

—Esta fue la canción favorita de mi padre en su baile de graduación —dijo David—. Mi hermano y yo nos partíamos de risa cuando mirábamos las fotos. Había un montón de globos negros y de luces amarillas de neón colgando del techo. El atuendo de mi padre era indescriptible: un esmoquin azul claro y camisa de volantes. Y su pareja, un vestido azul metálico con la falda corta y muy voluminosa.

—Yo ni siquiera fui a mi baile de graduación —dijo Jamie mientras salía la tira de fotos y la agarraba con dos dedos para soplarla y que se secara—. El chico con el que salía hizo lo típico: rompió conmigo justo dos semanas antes. ¡Hasta tenía el vestido y todo!

—De acuerdo, pues vamos a bailar. No será tu canción favorita del baile de graduación, pero no deja de ser una canción típica de eso. —

David la tomó de la mano y la llevó a la pista de baile. La sujetó por la cintura y ella le rodeó el cuello con las manos—. ¿Cómo era tu vestido?

—Muy bonito —respondió dando un suspiro exagerado—. Morado, con tiras. Largo. Muy sencillo.

David la acercó hasta apretar su cuerpo contra el de él, y ella apoyó la cabeza en su pecho. Le encantaba tenerla entre sus brazos.

—Me apuesto lo que sea a que habrías sido la más guapa del baile. Seguro que ese tipo era un completo imbécil.

—Sí que lo era —murmuró Jamie sin mirar hacia arriba.

¿Por qué estaba haciendo esto? ¿Por qué estaba bailando agarrado con ella cuando le había dejado bien claro que solo quería que fuera su amiga, sin ningún tipo de beneficios? ¿Por qué la había besado en la cabina de fotos? No había sido un beso largo, ni profundo, pero sí lo suficientemente intenso como para dejarlo insatisfecho.

David respiró muy hondo para intentar mantener el control de su propio cuerpo, pero lo único que consiguió fue que su olfato recogiera la plenitud de su aroma. ¡Tenía que acabar con esto! Tenían que salir de la pista de baile. Pero no lo hizo, al contrario: deslizó las manos por su espalda. Ella no se retiró. Y antes tampoco pareció importarle el beso.

—Lo de ser amigos con derechos les funciona a bastantes parejas —musitó justo al oído de ella. Lo dijo sin pensar, como si la boca no le hubiera pedido permiso al cerebro para pronunciar tales palabras.

Jamie echó la cabeza hacia atrás y lo miró fijamente.

—¿Cómo dices?

—Uno de mis proveedores me contó que él y una amiga suya se estaban acostando. Ninguno de los dos salía con nadie más, y la cosa simplemente ocurrió. Y afirmó que funcionaba bien para los dos. — Una mentira podrida, pero algo tenía que decir.

—Entiendo. O sea que solo pretendías darme conversación, y te ha salido eso. Precisamente mientras bailamos —dijo Jamie—. O...

—Desde que me has contado que Ruby te había comentado que

eso era lo que debíamos hacer, la verdad es que no puedo pensar en otra cosa —respondió David decidiendo que ya iba siendo hora de decir la verdad.

—Pues a mí me pasa lo mismo —corroboró Jamie. El *DJ* cambió de canción y pinchó *Let's hear it for the boy*, la canción de Deniece Williams que sonaba en la peli *Footloose*. Ellos no dejaron de bailar al ritmo de la melodía, bastante más rápida que la de Tyler, y sin dejar de mirarse. En un momento dado, empezaron a hablar al mismo tiempo.

—Pensaba que no sería adecuado para tu año... —empezó David.

—No estás preparado para... —dijo Jamie.

Los dos interrumpieron lo que iban a decir y bailaron un rato en silencio.

—Somos buenos amigos —dijo finalmente Jamie rompiendo el silencio—. Creo que podríamos manejarlo sin..., bueno, sin echarlo todo a perder.

—¿Quieres que nos vayamos? —De hecho, David estaba deseando marcharse de allí, acompañarla a su casa y acostarse con ella.

—Sí.

Se dirigieron a la salida. David se detuvo para dejar unos billetes, posiblemente demasiados, encima de la mesa. Las bebidas estaban allí, evidentemente intactas, pero ¿qué más daba?

El ritmo de avance se fue incrementando gradualmente conforme se acercaban a la urbanización. Cuando llegaron al jardín prácticamente iban corriendo. Finalmente, muertos de risa, hicieron un esprint final. Mientras Jamie buscaba la llave, David le mandó un mensaje a Zachary para que le hiciera el favor de sacar al perro, que estaba acostumbrado a su paseo antes de irse a dormir, y la armaría si no lo daba.

Jamie abrió la puerta de su casa, lo empujó dentro y cerró inmediatamente.

—No quiero que *Mac* se...

David no la dejó terminar. No podía. Tenía que tenerla ya. La

empujó contra la puerta y la besó con pasión.

Tuvo que pararse a besarla seis veces durante el camino entre la puerta principal y su cama.



*Mac* escaló con suma facilidad el tiro de la chimenea. Lo llevaba utilizando como vía de escape desde que su humana había reparado la mosquitera del porche cubierto. Se detuvo un rato en el tejado para disfrutar la sensación de la brisa acariciando su pelo, y también del sentimiento de logro, de éxito, que lo embargaba. Era como si se hubiera comido una lata entera de sardinas, de las de verdad, no las golosinas, y después hubiera jugado con *Mousie* hasta sentir la cabeza más ligera que su cuerpo. Jamie tenía en casa a su pareja, y los dos olían como si hubieran comido sardinas y hubieran estado jugando con *Mousie* durante horas.

Abrió la boca y sacudió la lengua. Olió las pistas de dos aromas, tan similares entre sí que apenas pudo distinguir el uno del otro. Pero ya lo había logrado antes, y esta noche lo volvería a conseguir.

No obstante, antes de nada, un poquito de diversión.

Bajó el tejado, que era muy inclinado pero le daba igual, saltó hacia los arbustos y, de ellos, al suelo. Marcó profundamente con las garras la palmera más grande de la fuente (el descerebrado había vuelto a depositar su orina en ella) y empezó a correr por el barrio. Necesitaba correr. Cada uno de sus músculos parecía pedirle movimiento, acción.

Oyó los quejidos del descerebrado bastante antes de llegar a la casa del chucho. Detuvo la carrera y empezó a andar mucho más despacio, por si acaso lo que fuera que hubiera provocado unos gemidos tan patéticos del estúpido animal estuviera todavía en las proximidades. Se acercó con muchas precauciones, pero no tuvo la más mínima sensación de peligro. Seguramente no lo había. Ese perro era un mequetrefe. Ni siquiera soportaba un mínimo arañazo sin echarse a llorar como una magdalena.

Se aproximó aún más. No, no había nada ni nadie que supusiera

peligro alguno cerca del descerebrado. Probablemente se estaría quejando porque no podía salir a pasárselo bien, como estaba haciendo él ahora.

*Mac* se sentía tan a gusto con el mundo y consigo mismo que hasta decidió hacerle un favor a *Diogee*. Saltó a la parte de arriba de la cancela y le dio un experto golpecito con la pata al pasador. Después volvió a saltar al suelo y empujó la puerta de aluminio hasta abrirla del todo.

Pese a que era libre de salir, pasear y correr, el perro se quedó sentado en el mismo lugar en el que estaba. Definitivamente, era un descerebrado.

Estaba claro que necesitaba ayuda para decidirse. Sin problemas. *Mac* saltó desde la valla y se subió a la espalda del perrazo, que dejó de gemir, dio un ladrido del susto, ¡y echó a correr, saliendo como una bala a través de la cancela abierta del jardín! ¡Yuhuu!

El chucho aceleró por la calle, después frenó en seco y miró a su alrededor. Torció la cabeza hacia la derecha, y después hacia la izquierda, entonces pareció entender por fin que era libre. Dio un par de ladridos de felicidad y corrió hasta el árbol más cercano para orinar.

¿De verdad había salido para esta estupidez? Desmontó, escogió una de las dos pistas olorosas casi idénticas y la siguió. No había avanzado demasiado cuando oyó una especie de gruñido cercano. Era un perro, pero no el descerebrado. Escuchó otro pequeño gruñido, y después un sonido que ya había oído antes. El sonido que hacía el descerebrado cuando *Mac* le daba una dosis de garras.

*Mac* se dio la vuelta a toda velocidad y se precipitó hacia lo que ahora era una marabunta de gruñidos, ladridos y quejidos. Un perro pequeño y casi sin pelo, que llevaba puesta una especie de camiseta a lunares absolutamente ridícula, estaba persiguiendo al descerebrado y mordién-dole los enormes y torpes tobillos.

*Mac* no podía permitirlo, de ninguna manera. El descerebrado era «su» juguete, y de nadie más. Soltó un maullido de guerra y se lanzó

contra el perrito. Utilizó la cabeza para golpear con fuerza la tripa del enemigo, cubierta con la camiseta, y lo hizo caer. *Mac* se colocó a solo unos centímetros, abrió la boca y rugió más que maulló en señal de advertencia. No necesitó más violencia. El perrucho salió pitando con el rabo entre las piernas, seguro que de vuelta a casa para llorar en el regazo de mamá.

Estaba claro que el descerebrado no era capaz de valerse por sí mismo en el ancho mundo. *Mac* lo pastoreó hasta su jardín dándole empujoncitos con la pata, sin usar las garras, y después cerró la cancela con idéntica técnica a la que había utilizado para abrirla. El perrazo movió la cola como si se sintiera feliz de estar otra vez en su cárcel. Patético.

En fin, al menos lo había intentado. Era hora de reemprender su última misión.

## CAPÍTULO 18



David observaba el techo de la habitación. La cabeza de Jamie descansaba sobre su antebrazo desde que se había quedado dormida. Tenía el cuerpo tenso por la necesidad de moverse. Moverse, moverse, moverse. Deseaba abrocharse las zapatillas y correr hasta disolverse en un charco de sudor, y eso que el corazón le latía con la misma intensidad que si estuviera a punto de cruzar la meta de una maratón.

¿Pero qué demonios le pasaba? Había estado a punto de entrarle un ataque de ansiedad al pensar que Jamie y él iban a salir con Lucy y Adam, porque le había parecido inadecuado quedar con ellos con otra mujer que no fuera Clarissa.

¿Y entonces, qué fue lo que hizo? ¡Una genialidad! Acostarse con Jamie, nada menos. Como si eso le fuera a afectar menos que sentarse con ella para cenar con sus amigos de toda la vida.

Miró a Jamie. Dormía profundamente. Con muchísimo tiento, fue retirando el brazo de debajo de su cabeza al mismo tiempo que empezaba a deslizar una almohada para que lo sustituyera. O hacía eso o se cortaba el brazo a la altura del hombro. Tenía que salir de allí como fuera.

Notó que estaba segregando adrenalina a litros, y que llegaba a borbotones a su corazón, ya bastante palpitante de por sí. Parecía estar a punto de estallarle en el pecho. Tenía que salir de allí como



fuera.

Siguió con el proceso de transferencia de la cabeza, desde su brazo hasta la almohada. ¡Ya estaba! ¡Por fin! Se puso de pie, y nada más hacerlo sintió una oleada de fresco alivio que le recorría las venas. Sin hacer ruido y lo más rápido que pudo, recogió su ropa y los zapatos. Se vestiría fuera del dormitorio.

Dio tres pasos hacia la puerta, pero se detuvo. Por mucho que le apeteciera marcharse, no podía, no debía. Al menos de esa manera. Abrió con mucho cuidado el cajón de la mesilla de Jamie rezando por que no se despertara. Encontró lo que buscaba, un bolígrafo y una hoja de papel, y escribió una corta nota: «Tengo que ir a ver qué tal está el *Gran D*. ¡No sabes lo que me alegra que seamos amigos!», escribió, y añadió una carita sonriente. La repugnancia por su propio comportamiento estuvo a punto de hacer que regresara a la cama con ella, pero no terminó de ser capaz de hacerlo.

Se acercó casi de puntillas a la puerta de la casa, la abrió, se aseguró de que quedaba bien cerrada y salió corriendo hacia la suya sin detenerse siquiera a ponerse los zapatos.



Cuando Jamie se despertó, la cama estaba vacía. Le costó casi un minuto darse cuenta de por qué esa circunstancia se le antojaba extraña. Y entonces cayó en la cuenta. Se había acostado con David. Y había sido magnífico; tal vez hubiera salido tan bien por el hecho de que se habían hecho muy buenos amigos antes de hacer el amor.

¿Pero en qué había estado pensando? Era una locura creer que David iba a impedirle explorar hasta averiguar qué era lo que quería hacer con su vida. Se sentía como si le hubieran administrado una inyección de adrenalina y fuera capaz de comerse el mundo. David la había ayudado muchísimo con las fotos. No sentía la necesidad, ni la obligación, de comportarse como una persona distinta de la que era por el hecho de ser su amiga. Ruby ya se lo había dicho. ¿De verdad, en qué había estado pensando, por qué no había hecho caso del consejo de su amiga, que siempre acertaba?

Imaginó que seguramente David estaba preparando el café. Se levantó, se puso la camiseta de los minions que utilizaba como pijama y fue casi saltando hacia la cocina. La gravedad parecía más liviana que ayer.

Pero David no estaba en la cocina. Ni en el baño. Ni en el porche cubierto. No estaba en casa. Jamie volvió rápidamente al dormitorio y pasó la mano por el lado de la cama en el que se había acostado. Estaba frío. ¿Hacía cuánto que se habría marchado?

Empezó a caminar en círculos por la habitación, como si esperara a que, así de repente, se corporeizara delante de ella, en plan truco de magia, y diciendo: «¡Sorpresa!». Finalmente se dejó caer en la cama, al tiempo que la euforia la abandonaba dejándola medio atontada.

«No es posible que David se haya marchado así, sin más», reflexionó. «Habría dejado una nota».

Volvió la vista hacia la mesilla y... ¡sí!, allí estaba. La nota, muy escueta, decía que había ido a ver cómo estaba *Diogee*. Tenía sentido. Seguro que el perro estaría subiéndose por las paredes esperando en la puerta a que David lo sacara a pasear, o al menos lo dejara salir. Pero la puerta de David tenía una salida para el perro. Bueno, quizá quería asegurarse de que tenía agua. O puede que su perro fuera más o menos como *Mac*, que no podía soportar que se retrasara su desayuno.

Sí, seguro que era eso. Volvió a la cocina.

—*Mac*, comida —llamó. Con un ronroneo de satisfacción, el gato se acercó y empezó a andar entre sus tobillos. Fuera como fuese, siempre podría contar con *Mac*. Jamie abrió una lata con una mezcla de salmón y pollo, puso encima una sardina y se la sirvió. *Mac* adoraba las sardinas.

Jamie se dio cuenta de que, aunque estaba mirando como comía su gato, en realidad no lo veía. Estaba completamente en Babia. Café. Necesitaba café. Eso era lo que hacía cada mañana, tomar un café, y eso era lo que iba a hacer hoy también. Y, probablemente, mientras se tomaba su taza de café, David llamaría, o le mandaría un mensaje,

o incluso hasta volvería.

Pero cuando iba por la segunda taza, aún no tenía noticias de él. Bastante agitada, decidió ir a casa de Ruby. Necesitaba el punto de vista de una persona cuerda, y la verdad es que, en ese momento, ella no se sentía del todo así.

—Vuelvo enseguida, *Mac* —gritó al tiempo que salía.

Unos minutos más tarde ya estaba llamando a la puerta de Ruby, que sonrió ampliamente al ver a Jamie.

—¡Anda! ¡Ya estás aquí! Quiero que me cuentes todo lo de vuestra cita de ayer, o como sea que queráis llamar David y tú a lo que hacéis cuando salís juntos. ¿A que tenía yo razón? Lucy y Adam son estupendos, ¿a que sí?

—Al final resulta que no nos vimos —dijo Jamie—. Lucy se puso enferma.

—Espero que no fuera nada serio —dijo Ruby apartándose para dejarla entrar.

—No, no lo creo.

—Por tu tono de voz, me da la impresión de que necesitas un café —dijo Ruby según se acercaban a la cocina.

—No, gracias.

—¿No, gracias? Desde que te conozco, no recuerdo que hayas rechazado un café. —Ruby se sentó a la mesa y miró detenidamente a Jamie—. ¿Algo va mal?

—Seguramente no —respondió—. Esta noche me he acostado con David.

Ruby se puso en pie de un salto y elevó los brazos al cielo.

—¡Aleluya! —gritó.

Jamie intentó sonreír. No debió de salirle demasiado bien, porque Ruby se volvió a sentar y se inclinó hacia ella.

—No sé por qué me da que mi explosión de alegría ha sido un poco prematura. La verdad es que me he dejado llevar. Algo ha ido mal, ¿no es así?

—Es solo que, cuando me desperté esta mañana, David ya se

había ido —explicó Jamie.

—¿Te dejó una nota, o te ha mandado algún mensaje, o algo? —preguntó su amiga casi taladrándola con la mirada.

—Sí. Dejó una nota diciendo que tenía que ver cómo estaba *Diogee*. Pero llevo más de una hora levantada, y no tengo ni idea de a qué hora se ha marchado. ¿No debería saber algo de él ya?

—Pues, sí, la verdad —concedió masticando las palabras—. Sobre todo teniendo en cuenta que estamos hablando de David. Pero la verdad es que es la persona de por aquí que va a trabajar más temprano. Puede que quisiera decir que tenía que ver si *Diogee* estaba bien antes de ir a trabajar a la confitería.

Jamie se llevó las manos a la cabeza.

—Ni siquiera había pensado en eso. Tiene todo el sentido del mundo. —Bajó las manos y sonrió, esta vez de verdad—. Está trabajando. Probablemente me mandará un mensaje, o incluso me llamará, en cuanto acabe de preparar todos los bollos y magdalenas de la mañana. Hornea todos los días.

—Sí, es lo lógico. Y ahora, vamos con lo bueno. ¿Qué tal fue la cosa? —preguntó Ruby moviendo las cejas muy rápido.

—Pues mucho mejor de lo que me podía imaginar, y soy muy optimista imaginando... ¡Cien veces mejor!



David se quedó mirando la pantalla del teléfono móvil. Eran casi las doce. Tenía que ponerse en contacto con Jamie. Y ya. No hacerlo era inaceptable. Pero lo cierto es que no sabía qué decirle.

Quizá lo mejor sería no decir nada. Nada acerca de lo de la noche anterior, por supuesto. Puede que lo que debería hacer era volver a la zona de confort, de amistad tibia, y sin dar muchas explicaciones. Solo se habían acostado una vez. Y parecía que ninguno de los dos tenía intenciones de convertirse en pareja. Amigos con beneficios, o con derecho a roce, o lo que fuera, ese era el trato. Pero no pareja. ¿Ese tipo de amigos se acostaban de forma habitual, o solo de vez en cuando? Puede que si solo lo hicieran de vez en cuando, incluso la

idea de los beneficios se fuera diluyendo...

¡Cómo si pudiera olvidarse de aquella noche fácilmente! Hasta aquel ataque de ansiedad que le entró cuando Jamie ya estaba dormida del todo, la cosa había sido absolutamente fantástica. Pero le había quedado claro que aún no estaba preparado para tener pareja.

David empezó a escribir. «¡Hola, Jam! ¿Te apetece ver esta noche una película apta para menores de diecisiete años?». Tenía claro que, bajo ningún concepto, quería que pensara que le estaba sugiriendo una peli porno. Volvió a leer el mensaje, decidió que era el mejor que iba a ser capaz de escribir en esas circunstancias. Así que, finalmente, lo envió.

Jamie le pasó el teléfono móvil a Ruby para que pudiera leer el mensaje de David. Su amiga alzó las cejas y emitió una especie de gruñido. Al estaba creando escuela.

—Es la primera vez que tengo un amigo con derecho a roce. ¿Esto es normal para el caso? —preguntó Jamie, un poco desconcertada.

—Pues... bueno, está claro que el mensaje es muy correcto —reflexionó Ruby—. Había pensado que diría alguna cosa sobre la noche, que fue fantástica, o algo así, pero, por otra parte, te invita a salir. O sea, que todo sigue normal, lo que en este caso significa bien.

—Supongo que sí. Quiero decir que es un mensaje, y nada más. Tampoco hay que esperar demasiado de un mensaje. —Jamie contestó en su teléfono con un sucinto «Claro que sí», acompañado del típico emoticono sonriente, pero sin ningún aditamento, o sea sin corazones en vez de ojos, ni nada semejante. Se dijo a sí misma que se sentiría mucho mejor cuando estuviera de nuevo con David, cara a cara.

Pero no fue así. Pese a que la cara de David era la misma, no ocurría igual con su forma de actuar, o no completamente al menos. Era muy parecida, pero no la misma. Le sonrió, le trajo su última creación culinaria, la besó en la mejilla... Pero ahí estaba la sensación de que faltaba algo. Además, la fase del «beso en la mejilla» había

quedado ampliamente superada tras la noche de ayer. Muy, muy ampliamente.

Se inclinó para acariciar a *Mac* en la cabeza. El gato hizo ese gesto, que a ella le resultaba tan extraño, y que consistía en abrir la boca, sacar la lengua y moverla de un lado a otro. Y después soltó un maullido que generalmente se reservaba para la fiesta nacional del 4 de julio. Y es que odiaba con todas sus fuerzas los fuegos artificiales. Jamie se agachó para tocarlo de nuevo, pero la rechazó y se deslizó hasta el dormitorio.

—¿Qué le pasa? —preguntó David.

—No estoy segura —contestó encogiéndose de hombros—. No siempre soy capaz de interpretar sus estados de ánimo, ni sus reacciones. —«Ni las tuyas», añadió para sí. Se dirigió a la cocina para guardar el paquete de la confitería, y David la siguió.

—¿Qué has hecho hoy? —preguntó mientras se sentaba a la mesa.

Antes, cuando eran amigos, pero solo amigos, y de verdad, Jamie habría respondido de forma completamente sincera. Le habría confesado que se había pasado la mañana obsesionada y preguntándose el motivo por el que no había tenido noticias tuyas, y que después había perdido absurdamente el tiempo analizando el mensaje que le había enviado intentando descubrir por qué parecía menos amable que cuando eran grandes amigos, pero sin beneficios, y falsos novios. Habría admitido que el concepto de «amigos con derecho a roce» era un poco más complicado de lo que, en un principio, pensaba que sería. Le habría explicado que sus expectativas sobre él, ahora que se habían acostado juntos, eran algo distintas en comparación con la fase en la que eran solo amigos. O quizá lo habría planteado de otra manera: simplemente, que esperaba seguir sabiéndose tan cercana a él como se veía en el periodo presexual. Puede que hubiera concluido explicándole que se sentía completamente confusa y desequilibrada.

Pero, al final, se limitó a decir una banalidad. Y, encima, falsa.

—He estado jugando un poco con las fotos. —Lo cual era mentira,

simple y llanamente. Se había limitado a buscar la foto de los artistas de las marionetas, la había ampliado en la pantalla, se había quedado mirándola durante un minuto más o menos y después lo había dejado, incapaz de concentrarse.

Jamie abrió el frigorífico y colocó la magdalena, que era muy grande, en la bandeja superior.

—¿No la vas a empezar ahora? —preguntó David.

¡Era verdad! Normalmente, Jamie daba un mordisquito a todo lo que le llevaba de inmediato, porque no podía resistir la tentación de degustarlo. Pero tenía un nudo en el estómago, lo que le hacía pensar que no iba a ser capaz ni de probar bocado.

—Hoy he comido mucho —se disculpó. ¿Había comido siquiera? Ni se acordaba.

—¿Estás bien? —preguntó David.

—Sí. ¿Por qué?

David se encogió de hombros.

—¿Estás bien? —preguntó Jamie.

—Claro. Muy bien.

Falso. Algo no iba bien. Podía sentirlo. Jamie se dijo a sí misma que tenía que dejar de portarse como una estúpida. David seguía siendo David, y posiblemente estaba experimentando algún problema a la hora de averiguar qué implicaba ser amigos con derecho a roce, exactamente igual que le pasaba a ella.

—Dijiste que te apetecía ver una película, ¿no? ¿Alguna en particular? —Jamie procuró por todos los medios mantener un tono de voz ligero y natural.

—La verdad es que no. ¿Y tú tienes alguna preferencia?

—Pues cualquiera me parecería bien.

—Y a mí.

—¿Quieres que salgamos? ¿O buscamos alguna *online*? —preguntó Jamie.

—Me da igual, de verdad.

Ambos se estaban comportando de forma ridículamente educada

y acomodaticia. La cosa iba francamente a peor conforme pasaba el tiempo.

—Oye, todavía no he ido ninguna vez a ese cine... ¿cómo se llama? ¡Ah, sí! El Palacio del Cinerama, ¿no? ¿Por qué no nos acercamos dando un paseo y vemos qué ponen? Y si no nos apetece, nos podemos acercar al ArcLight —propuso Jamie. Puede que un paseo les ayudara a destensarse.

—Muy bien.

Jamie escondió una golosina para el gato detrás de uno de los cojines del sofá para que *Mac* la encontrara, y después se dirigieron hacia la puerta.

—¡Psss!

Jamie se volvió al oír la llamada, o lo que fuera, y vio a Marie en el porche haciéndoles señas para que se acercaran.

—¡Helen y su hermana están hablando! —susurró cuando llegaron a su altura señalando con la cabeza en dirección a la fuente. Las dos hermanas estaban sentadas en el borde, con las cabezas muy juntas.

—Es la cosa más extraña que he visto en mi vida, y mira que he visto cosas raras —siguió Marie—. Las dos tenían unas muñecas de cuando eran pequeñas, que sus padres les compraron cuando las llevaron de viaje a Grecia, antes del divorcio. Esta mañana la muñeca de Helen apareció en la puerta de Nessie. Nessie se ha acercado a la fuente para ponerla junto a las demás cosas y, en ese momento Helen ha salido y la ha acusado de habérsela robado. Empezaron a gritarse, pero fueron calmándose poco a poco y han terminado hablando. De hecho, llevan horas ahí fuera. Las conozco a las dos desde hace más de cuarenta años, y empezaba a pensar que no volverían a charlar nunca en su vida.

Los ojos de Marie brillaban, acuosos por las lágrimas contenidas. Jamie se acercó y le dio un apretón cariñoso en el brazo.

—¡Es maravilloso!

—¿Verdad que sí? —dijo Marie—. Creo que les voy a llevar algo



para picar —dijo, y se metió en su casa a toda prisa.

—¿Crees que debería contarle a todo el mundo lo que está haciendo *Mac*? —preguntó Jamie—. La cosa ya está durando demasiado.

—No puedes estar completamente segura de si es *Mac* el que lo roba todo. Puede que incluso no sea capaz ni de salir de casa desde que arreglaste el hueco del porche. Puede que alguien haya pensado que la cosa era divertida y se haya convertido en un imitador. Sería raro, la verdad, pero no imposible.

—Sí, sería muy raro —confirmó Jamie.

Se quedaron callados. Un silencio que provocó en Jamie un sentimiento de ansiedad e inquietud. No fue uno de esos silencios confortables, que resultan de una sincronización sentimental en la que no resulta necesario hablar, el tipo de silencio que a veces se producía entre David y ella.

Intentó librarse de esa sensación negativa e incómoda. El silencio era solo eso, silencio. Lo que estaba haciendo no era más que dejar volar su imaginación en función de su estado de ánimo. No obstante, la noche anterior había estado más cercana a él que nunca, y sin embargo ahora se encontraba más lejos. El hecho de sentir algo no significaba que existiera de verdad. Lo sabía perfectamente. Pero también sabía que a veces hay que fiarse de lo que se siente por dentro.

—Parece que en el Palacio del Cinerama están poniendo esa peli de acción en la que trabaja Chris Pratt. Puede estar bien —comentó Jamie entrecerrando los ojos para leer los carteles a distancia.

—Sí. Si es esa, me apetece —dijo David, aunque a ella le pareció que sin excesivo interés.

Jamie se sintió aliviada al comprobar que el pase de la película empezaba poco después de que llegaran. Durante un par de horas estarían sentados en la oscuridad, sin necesidad de hablar y mirando en la pantalla algo que esperaba que le hiciera olvidar los confusos y molestos sentimientos que estaba sufriendo ahora.

—Aquí tienen unas palomitas dulces estupendas —le dijo David —. Voy a traer un cubo grande. —También le llevó un Dr Pepper sin azúcar, sin necesidad de tener que preguntarle qué quería. «¿Ves?», se dijo a sí misma. Es el mismo David de siempre, atento y considerado.

Pero una vez instalados en sus asientos, metieron la mano al mismo tiempo en el cubo de las palomitas y al encontrarse, David retiró la suya inmediatamente. El movimiento pareció involuntario. Una reacción instintiva, que se produce cuando tocas algo que consideras peligroso o repugnante. Ella le repugnaba.



Por fin estaban entrando en la zona ajardinada de Storybook Court. La película se le había hecho eterna a David, pese a que de vez en cuando le gustaba ver filmes de acción intrascendentes. Pero eso de estar sentado al lado de Jamie durante dos horas largas había sido una auténtica agonía para él. Solo estuvo pendiente de la cercanía de su cuerpo, de la calidez que emanaba de él, del aroma de su champú... en fin, de todo. Si hubiera sido su cuerpo el que mandaba, antes de terminar el último avance de las próximas películas que iban a programar se habrían ido a casa. Pero no quería volver a pasar por la ansiedad que sabía que estallaría en todo su ser tras hacer el amor con ella. Ni el sentimiento de carencia y culpabilidad, tan fresco y tan punzante como si su pérdida, la de Clarissa quería decir, se hubiera producido ayer mismo.

—¡Uau! Helen y su hermana todavía están hablando —exclamó Jamie. Pudo verlas sentadas en el sofá a través de la ventana de Helen, que estaba abierta.

—Un final feliz —concluyó David. Acompañó a Jamie hasta la puerta de su casa. La abrió con la llave y pasó. Estaba claro que pensaba que él iba a entrar también—. No puedo quedarme. Sé que *Diogee* estará absolutamente loco por salir.

—¡Pero si tienes una puerta para el perro! Puede hacerlo siempre que quiera —dijo Jamie.

—Sí, pero he comprobado que está un poco ansioso porque estoy mucho menos tiempo con él —explicó David.

Jamie alzó las cejas, sorprendida.

—¡No llevas más de cuatro horas fuera de casa!

¿Por qué no aceptaba la evidencia de que no quería pasar a su casa?

—Sí, claro, pero sabes que me tengo que levantar prontísimo por la mañana para ir a trabajar —respondió dando el asunto por zanjado—. Estaremos en contacto —concluyó, y empezó a alejarse.

La tensión parecía ir saliendo de su cuerpo con cada paso que daba de camino a su casa. Cuando llegara, jugaría un rato con *Diogee* a tirar de la cuerda, leería unas páginas de *La broma infinita* y varias docenas de notas a pie de página y vería un rato la televisión hasta quedarse dormido. Eso era todo lo que deseaba. Su antigua rutina. Su antigua vida.

Escuchó unos pasos rápidos que se le acercaban por detrás y volvió la cabeza. Era Jamie. Iba muy deprisa.

—¿De verdad que te has despedido de mí diciendo «Estaremos en contacto»? —preguntó con tono duro. Tenía la cara arrebolada, y echaba chispas por los ojos.

—Pues... sí, creo que he dicho algo así —respondió.

—¿O sea que puedo esperar que me mandes una felicitación de Navidad? ¿Es esa la traducción? —volvió a preguntar.

—Jamie, nos hemos estado viendo cada pocos días desde que coincidimos en ese bar. Y hemos estado juntos hasta hace unos tres minutos, calculo, y ha sido porque te pregunté si te apetecía ver una película. Te lo pregunté yo. ¿Por qué estás tan enfadada?

Negó con la cabeza varias veces antes de hablar.

—No finjas que no lo sabes. No actúes como si me hubiera vuelto loca. Ayer nos acostamos, hoy te has comportado conmigo como si fuera portadora de una enfermedad contagiosa y, para rematar, te despides de mí diciendo que «Estaremos en contacto». ¡Vamos!

—Te dije que pensaba que no estaba preparado para mantener

una relación, y tú me dijiste que a ti te pasaba algo parecido, por distintas razones, pero algo parecido —replicó David, pese a que sabía perfectamente a lo que se refería. En cualquier caso, lo único que deseaba ahora era llegar a su casa—. Acordamos que, a partir de ahora, seguiríamos siendo amigos, pero que nos acostaríamos de vez en cuando, porque a los dos nos apetecía. Y eso fue lo que hicimos anoche. Y hoy hemos salido juntos... como amigos.

Jaime se lo quedó mirando durante lo que a él le pareció un minuto eterno, aunque posiblemente no fueran más que unos cuantos segundos, y después se dio la vuelta.

—¡Ya nos veremos! ¡Pero no te comportes como alguien que no eres! —gritó. No le costó lo más mínimo darse cuenta del dolor y el enfado que transmitían sus palabras y su reacción.

Sabía que debería llamarla, o ir tras ella, y tratar de explicarle lo que le pasaba de verdad. Pero también sabía que no iba a ser capaz de volver a salir con ella como si fueran simples amigos. Lo que había pasado esa tarde lo demostraba. Entonces, ¿por qué no dejar que todo acabara en ese momento?



*Mac* no podía dejar de mirar a Jamie allí acostada en su cama. Estaba llorando, y no tenía la menor idea de cómo podía ayudarla. Finalmente se acercó, trepó a la cama y se puso a su lado, tan cerca como pudo. Pero ella siguió sollozando.

El olor que salía de su cuerpo era mucho peor que el anterior de la soledad, esa soledad que había hecho que decidiera emprender la misión de buscarle un compañero humano para que formara una manada. Algo había ido mal. Ya se había dado cuenta cuando David llegó a casa, unas horas antes. Pero el olor de Jamie era mucho peor ahora, muchísimo peor. La tristeza de su humana le oprimía de tal forma que hasta le costaba aspirar el aire suficiente como para llenar los pulmones.

*Mac* había escogido a David para su humana, y Jamie había acabado tristísima y llorando. Le había fallado lamentablemente.

*Mac* se irguió y saltó al suelo. Después se metió debajo de la cama y se echó formando casi una bola más que un ovillo. No quería estar cerca de ella. No quería estar cerca de nadie.

## CAPÍTULO 19



Al despertarse a la mañana siguiente, Jamie disfrutó de unos tres segundos felices antes de recordar lo que había ocurrido la noche anterior. Entonces tiró de las sábanas hacia arriba y apretó los ojos todo lo que fue capaz. Solo deseaba volver a dormirse, escapar del recuerdo de David en el cine apartando bruscamente la mano del cubo de palomitas al tocar la suya, y la manera tan fría de explicar que su comportamiento era el que habían acordado entre los dos, ni más ni menos. Pero lo que habían decidido es que seguirían siendo amigos, con derecho a roce, sí, pero amigos. Y la tarde anterior él se había comportado como un extraño.

Luchó con todas sus fuerzas para olvidar lo que había pasado, pero el cerebro no obedeció. Todo lo contrario, no hacía más que plantear todo tipo de preguntas: «¿Por qué había actuado David de esa manera? ¿Qué era lo que le pasaba?, ¿tenía que ver con él?, ¿o con ella? ¿Por qué se había comportado como si le repugnara físicamente? ¿Por qué le había propuesto ver una película juntos si estaba claro que no deseaba estar con ella? ¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué?».

Se quedó en la cama durante unos minutos dándole vueltas a todo eso e intentando a la vez volver a dormirse, sin embargo finalmente renunció. Estaba claro que no podría volver a conciliar el sueño con todos esos pensamientos taladrándole el cerebro. Sentía el

cuerpo frío y pesado, pero se obligó a salir de la cama. El café siempre ayudaba a ver las cosas con otra perspectiva, generalmente un poquito mejor.

Aunque con cierto retraso, se dio cuenta de que la habitación estaba más iluminada de lo habitual. Miró el reloj despertador y vio que eran más de las nueve. *Mac* nunca dejaba que se levantara tan tarde, pues tomaba el desayuno a las siete y media. A estas horas ya la tendría frita a base de maullidos.

—¿*Mac*? —gritó. No hubo respuesta. Dio una vuelta de reconocimiento por la casa, pero no lo encontró por ninguna parte. ¿Habría vuelto a escaparse? Miró con atención todo el perímetro del cerramiento del porche, así como las mosquiteras de las ventanas. No había huecos. Por allí no parecía haber manera de salir, ni siquiera para un gato tan listo y escurridizo como *Mac*.

Volvió a llamarlo, y empezó una investigación más concienzuda. Abrió alacenas y armarios, miró bajo sofás y sillones, escudriñó los rincones... y finalmente, lo encontró hecho un ovillo, o más bien una bola, debajo de la cama.

—¿Qué te pasa, *Mac-Mac*? —Estiró el brazo todo lo que pudo hasta lograr acariciarle el lomo—. ¿Estás bien? —El gato no reaccionó. Ni se movió, ni ronroneó, ni maulló—. ¿Qué te pasa, bonito? —Algo tenía que ocurrirle. *Mac* nunca se había comportado de esa forma. Siempre pedía, más bien exigía su desayuno y su cena haciendo mucho ruido, incluso aunque solo pasaran unos pocos minutos de la hora habitual. Su reloj interno era de una precisión extraordinaria.

Corrió hacia la cocina, agarró el bol del agua y el de la comida, volvió a la habitación y los colocó cerca de la cama. Puede que el olor lo tentara. Pero no reaccionó. «¡Que no cunda el pánico!», pensó Jamie. Parecía que el gato respiraba con normalidad, y tampoco había vomitado, pues de ser así, habría visto los restos al registrar la casa. Fue a mirar la caja de arena. Tampoco encontró el menor síntoma de diarrea. Finalmente, decidió esperar a ver si finalmente comía

durante las siguientes horas. Mientras tanto, empezaría a buscar un buen veterinario, por si las moscas.

En condiciones normales, habría llamado a David para preguntarle por el que atendía a *Diogee*. Y muy probablemente le facilitaría la respuesta con esa fría amabilidad que había utilizado para explicarle que todo lo que había pasado era que se habían acostado y que seguían siendo amigos, tal como habían acordado. Y probablemente le volvería a decir que estarían en contacto. No podría con eso. Le consultaría a Marie. Marie conocía a millones de personas.

Se puso unos pantalones de camuflaje y una camiseta de manga larga.

—¡*Mac*, vuelvo enseguida! —gritó, y salió. Vio a Al comprobando la calidad del suelo de su pequeña zona de flores—. ¿Conoces algún veterinario de confianza que tenga la consulta cerca? —le preguntó mientras se acercaba.

—Pregúntale a Marie —contestó señalando hacia la casa. Justo lo que esperaba.

Jamie llamó a la puerta. Marie, sorprendida, abrió mucho los ojos cuando la vio.

—¿Estás bien?

En ese momento Jamie cayó en la cuenta de que no se había cepillado el pelo, ni tampoco los dientes por cierto, y seguramente tenía restos de maquillaje por la cara, después de tanto llanto. La noche anterior había conseguido controlar las lágrimas hasta que llegó a su casa, pero en cuanto entró empezó a llorar y ya no paró hasta que la rindió el sueño.

—Sí, no me pasa nada —contestó intentando limpiarse la cara con las yemas de los dedos, aunque enseguida se detuvo, pensando que sería peor el remedio que la enfermedad—. Pero estoy inquieta por *Mac*. ¿Conoces un veterinario de confianza que tenga la consulta cerca?

—¿Qué le pasa? —preguntó Marie frunciendo el ceño y



mostrando preocupación en la mirada.

—Puede que nada. Solo que se está comportando de una forma rara, y no quiere comer. Me gustaría saber adónde llevarlo por si la cosa va a más —explicó Jamie.

—¿Por qué no le preguntas a David adónde lleva él al perro? —dijo Marie, con toda la lógica del mundo.

—¿No conoces tú a ninguno? —Su tono de voz fue casi implorante.

—¿Os habéis peleado? —Intervino Helen, que estaba sentada en el sofá del cuarto de estar. Su hermana estaba a su lado. Jamie ni se había dado cuenta de su presencia.

No tenía las más mínimas ganas de hablar de David con las tres mujeres, pero Marie ya estaba allí otra vez, como un perro de presa.

—¿Has roto con él?

—¿Ha roto él contigo? —preguntaron Helen y Nessie al unísono —. ¡Gafe, fuera!<sup>10</sup> —dijeron otra vez al mismo tiempo y sonriendo.

—No. En realidad no estábamos... No. Pero no creo que sigamos viéndonos tan a menudo —dijo Jamie intentando salir del paso. De todas formas conociéndolas sabía que era imposible mantener oculta la situación. Inmediatamente notarían que dejaba de aparecer por su casa.

—Todavía no ha superado lo de su mujer —dijo Marie moviendo la cabeza con pesadumbre—. Si estáis teniendo problemas, seguro que es por eso. Lo que tienes que hacer es conocer a mi...

—Te vamos a presentar a... —intervinieron Helen y Nessie interrumpiendo a Marie.

—¡No! —La voz de Jamie sonó fuerte y enfadada. Las mujeres dejaron de hablar, de hecho las tres cerraron las respectivas bocas como si se las hubieran cosido, y se quedaron mirándola asombradas —. No —repitió, en voz más baja pero muy decidida—. Nada de organizar citas a ciegas con nadie. Lo digo muy en serio. Si lo intentáis, me voy de aquí, de verdad. —Respiró hondo—. Lo único que quiero es el número de teléfono de un veterinario de confianza.

Eso. Es. Todo.

—Voy a darte el teléfono y la dirección de la Clínica Animal Gower. Dezzy solía llevar allí a su pequeña *Pom* —dijo Marie, con una gentileza poco habitual.

—Gracias. —Intentó dedicarles una sonrisa a las gemelas mientras esperaba a que Marie volviera con la información.

—Te presento a mi hermana Nessie —dijo Helen.

—Me lo imaginaba —asintió Jamie. Se preguntó si debía felicitarlas por haberse reencontrado después de tantos años, o si sería un tanto grosero hacer referencia a sus desencuentros. Helen nunca le había contado nada al respecto. Solo conocía la historia porque Marie se la había relatado.

—Llevábamos sin hablarnos... —empezó Nessie.

—... cincuenta y ocho años —terminó por ella Helen—. ¿No es...

—... ridículo? —concluyó Nessie.

Con esa peculiar y sincronizada forma de referir las cosas, las gemelas le contaron la historia de su reencuentro. En el porche de Helen había aparecido una muñeca que pertenecía a Nessie, y casi en el momento en el que Helen la estaba devolviendo, apareció una muñeca de Helen en el felpudo de Nessie. En principio se acusaron mutuamente de haberlas robado, pero terminaron hablando de la feria griega en la que se las habían comprado cuando eran pequeñas, y no pararon de conversar de otras cosas, casi todas buenas, durante un montón de horas, que a ellas les parecieron minutos.

—Bueno, la verdad es que paramos alguna que otra vez... —Turno de Helen.

—... para ir al baño y dormir. —Turno de Nessie.

—¡Qué maravilla! —exclamó Jamie. La verdad es que se alegraba mucho por ellas. Era una historia bonita de verdad. Pero no podía sentir del todo la felicidad. No podía superar el dolor que le había causado la actitud de David, y además estaba preocupada por *Mac*.

Las gemelas siguieron dale que te pego contándole recuerdos compartidos de la época anterior a su separación que, como ya sabía,

se produjo cuando sus padres se divorciaron y cada una se fue con uno de ellos. Jamie fingía estar atenta, pero no paraba de mirar hacia la cocina esperando que Marie volviera cuanto antes.

Por fin se abrió la puerta y Marie reapareció con una hoja de papel en la mano.

—He tardado un rato en encontrarlo. Al ha vuelto a toquetear en mis cosas. No paro de decirle que me pida lo que necesite, pero no me hace caso. —Le pasó a Jamie la hoja con el número del veterinario —. Espero que tu *Mac* se recupere.

—Muchas gracias. Voy a ver qué tal está.

Las mujeres no tardaron ni medio minuto en empezar a hablar de ella. Antes de que cerrara la puerta oyó a Marie.

—Ya sabía yo que David no era la persona adecuada para ella... — El solo hecho de escuchar su nombre le supuso una ración extra de dolor, pero no hizo caso. O al menos lo intentó. Tenía que centrarse en *Mac*.

Cuando regresó a casa, estaba exactamente en el mismo sitio donde lo había dejado, debajo de la cama. Tampoco parecía haber probado bocado, ni bebido agua. Decidió concederle unas cuantas horas más; ya llamaría después al veterinario.

Se quitó las zapatillas y se metió en la cama vestida. Quería permanecer en la misma habitación que su querido gato. Y si se quedaba dormida, mejor para ella.



Dos días después de la ruptura, David fue a cenar a casa de Adam. Sabía que no tenía que pensar en que lo que había ocurrido con Jamie era una separación, dado que en ningún momento habían estado «oficialmente» juntos, o saliendo, pero él se sentía como si realmente hubiera sido así.

Para ser sincero, no tenía ganas de ir, pero era la noche del club de lectura de Lucy, así que tocaba la equivalente noche de *pizza* de encargo para Adam, las niñas y David. A las chicas les apetecía verlo, igual que a Adam, así que allí estaban. Finalmente habían

conseguido que Maya y Katy se fueran a la cama. Le había resultado bastante difícil comportarse como el divertido tío David (las dos le llamaban tío David, pese a que solo era padrino de Maya y no tenían ninguna relación familiar). Y es que en realidad se sentía fatal.

—¿Te habrá contagiado Jamie su enfermedad, fuera la que fuese? —preguntó Adam—. La verdad es que no pareces demasiado animado.

Tardó un momento en acordarse de que les había dicho que Jamie se había puesto enferma el día que cancelaron su cita. Le parecía que habían pasado años desde aquellos momentos en los que le ilusionaba ver a Jamie, salir con ella, incluso mandarle mensajes y recibir sus respuestas. Ahora, cada vez que pensaba en ella, sentía asco de sí mismo.

—Podría ser —respondió. Adam le acababa de dar la excusa perfecta para marcharse, y era muy posible que la utilizara.

—Espero que no hayas contagiado a las niñas —dijo Adam en tono acusatorio—. Cuando un crío se pone enfermo se lo pega inmediatamente a toda la familia, y se inicia un círculo vicioso que da, como poco, dos vueltas.

David se pasó las manos por el pelo. Igual debería contar la verdad. Puede que le ayudara hablarlo con Adam.

—No tienes por qué preocuparte. No estoy enfermo, aunque sí que me siento fatal. He roto con Jamie.

Adam bebió un sorbo de cerveza.

—Sorprendente. ¿Qué ha pasado?

Antes de que David pudiera contestar, se abrió la puerta principal y, segundos después, Lucy entró en el cuarto de estar.

—¿Qué tal están las niñas?

—Estupendamente. Dormidas. Pero David no está tan bien. Precisamente acababa de decirme que ha roto con Jamie —contestó Adam.

Lucy se dejó caer en el sofá junto a Adam.

—¿Qué ha pasado?

—Eso mismo acabo de preguntarle —informó Adam—. ¿Quieres una cerveza antes de que nos dispongamos a escuchar la triste y sin duda larga historia?

—¡No hables así de ello! —le riñó Lucy golpeándole en el brazo.

—No pasa nada —la tranquilizó David.

—Sí, sí que pasa —insistió Lucy.

—Bueno, ¿entonces qué? ¿Quieres o no quieres una cerveza antes de que David empiece a contarnos qué es lo que ha ido mal en su relación?

—Así está mejor. Y no, no quiero. Grace ha hecho sangría —informó Lucy al tiempo que se quitaba los zapatos.

—Lo cual significa que está bebida —dijo Adam mirando a David—. Ya sabes que le encanta la sangría, y que no sabe parar.

Otro golpe en el brazo.

—No estoy bebida. Solo un poco alegre. No sería capaz de decir «solo un poco alegre» y tantas palabras seguidas si lo estuviera, ya me conocéis. —Se volvió hacia David—. Bueno, ¿qué ha pasado? —volvió a preguntar.

David cayó en la cuenta de que no podía contestar sin admitir que les había estado mintiendo.

—La verdad es que... nunca hemos estado saliendo. Lo que hacíamos era fingir que teníamos una relación, porque sus vecinas estaban dándole la matraca intentando colocarla con todos los solteros o divorciados que les parecían interesantes para ella, y estaba muy harta de la situación. Por lo que a mí respecta, vosotros dos os estabais poniendo pesadísimos conmigo con lo de las citas por Internet, y ya estaba empezando a hartarme.

—¡Eres un maldito embustero! —explotó Lucy. La verdad es que sí que parecía bastante bebida. Generalmente no decía redundancias.

—A ver, a ver, no termino de entenderlo. Si no estabais juntos, o saliendo, o lo que sea, ¿cómo es que estás tan preocupado por haber roto? Porque en realidad no había nada que romper, ¿no? —razonó Adam. Él estaba absolutamente sobrio, y tan insistente como

siempre.

—Pues porque he metido la pata con ella hasta el fondo. Creo que le he hecho mucho daño, y me siento fatal.

—¿Qué has hecho? —preguntó Lucy traspasándolo con la mirada.

—Las cosas iban muy bien. Nos divertíamos mucho juntos. Teníamos conversaciones de lo más interesantes. Los dos disfrutábamos. Y entonces decidimos acostarnos —empezó a explicar David.

—Tiene sentido. Os gustabais, pasabais mucho tiempo juntos... Dijiste que era guapa y agradable. Es lógico que os acostarais —razonó Adam.

—¿Qué tal fue? —Definitivamente, estaba borracha, no solo «un poquito alegre». Si hubiera estado sobria habría deseado saber qué tal fue, pero no lo habría preguntado tan directamente.

—Danos detalles —acosó Adam.

—No os daré detalles, solo generalidades. Fue fantástico. No diré nada más —respondió David.

—No entiendo nada. —Lucy dio un sorbo de la cerveza de Adam—. Te gusta. Lo pasas bien con ella —dijo intentando repetir las palabras de David pero sin conseguirlo—. ¿Qué más has dicho? —Se concentró durante un segundo—. ¡Ah, sí! Hablabais. Y el sexo resultó... ¿estupendo, has dicho? Pues eso, que no comprendo nada.

—Sí, resulta difícil de entender, incluso para alguien que, como yo, no está un poquito alegre —dijo Adam volviendo a tomar su cerveza y recibiendo un tercer golpe en el brazo.

—Tuve un ataque de ansiedad. No se me ocurren otras palabras para describir lo que me pasó —admitió David—. Me acuerdo de aquel individuo que fue a urgencias porque pensaba que estaba sufriendo un ataque al corazón, y resultó que sí que era un ataque, pero de ansiedad. Me costaba creer que algo puramente emocional me hiciera sentir tan mal físicamente Pero fue así. De verdad. Tenía que salir de allí, de su habitación, de su casa. Y me marché en mitad de la noche.

—¿Sin decir palabra? —preguntó Adam, incrédulo.

—Dejé una porquería de nota —dijo David negando con la cabeza—. No pude hacer otra cosa. Era como si el corazón fuera a salirse del pecho.

Lucy se levantó y se acarició la cara con las manos; se movía con suavidad forzada, como si estuviera intentando recuperarse de lo que había bebido y pensar con claridad.

—No habías estado con nadie desde... Clarissa. Es comprensible. Lo que deberías hacer es hablar con ella —razonó Adam.

Lucy asintió enérgicamente.

—Simplemente cuéntale lo que te pasó, igual que nos lo estás contando a nosotros.

—Después nos peleamos —continuó David—. Quedó claro que no quería volver a verme. Creo que lo que mejor sería dejar que la cosa pase, sin más. Tampoco nos conocemos desde hace tanto —dijo David—. Y no me apetece intentarlo de nuevo. Es obvio que no estoy preparado.

—Esa sería la actitud de un cobardica, y tú no lo eres, para nada —afirmó Lucy. Pese a la borrachera, mantuvo un lenguaje apropiado para menores—. Eres un tipo con toda la barba, y debes actuar como tal.

—Hasta que no lo hagas no vas a sentirte mejor —concluyó Adam.



—Ya han pasado tres días —le dijo Jamie a Ruby, que se encontraba en su casa. Las dos estaban en el suelo del dormitorio mirando a *Mac*, que estaba tumbado debajo de la cama—. La veterinaria dijo que no le pasaba nada. Le inyectó suero, pero me dijo que no podía hacer ninguna cosa más.

Ruby le acarició el hombro.

—Lo siento mucho, pero por lo menos físicamente está bien. Y si mañana se encuentra igual que hoy... tendrás que llevarlo a que vuelvan a inyectarle suero. No puede estar sin alimentarse.

—¡Es que no lo entiendo! —explotó Jamie, y se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Los animales son muy sensibles. ¿No crees que podría estar triste y preocupado porque tú lo estás? —conjeturó Ruby.

—Yo no debería estar triste, ni preocupada. No debería —dijo Jamie—. Ya sabes, David me ha enviado ese correo electrónico en el que me lo explicaba todo. Y es muy lógico que tuviera esa reacción. No deberíamos habernos acostado. Él piensa que todavía no estaba preparado. Simplemente nos dejamos llevar, no es culpa de nadie. Y ahora yo vuelvo a estar en el punto en el que quería estar. Tengo tiempo para trabajar con mis fotos sin que me distraiga ninguna relación, verdadera o falsa. Hasta he recibido una nota de una editora preguntándome cuántas fotos tengo pensado incluir en la serie. ¡La ha llamado «serie»!

—Eso es estupendo —comentó Ruby—. Lo que no significa que no te duela el que David haya salido de tu vida. Sé que no habéis estado mucho tiempo, pero...

—No hemos estado juntos ningún tiempo —interrumpió Jamie, algo enfadada.

—Muy bien, no habéis estado juntos, pero sí que habéis pasado mucho tiempo juntos, y que os gustáis, y que os echáis de menos.

Jamie, con gesto de enfado, se enjugó con el dorso de la mano las lágrimas que le caían por la cara. Se inclinó hacia abajo un poco más para poder ver mejor a su pobre gatito.

—*MacGyver*, si estás triste porque crees que yo lo estoy, no te preocupes. Estoy bien. —Mentira. Lo que de verdad le pedía el cuerpo era meterse debajo de la cama junto a su gato y no salir nunca de allí. Ruby tenía razón. Echaba de menos a David. Más que eso; la expresión «echar de menos» se quedaba muy corta. Ansiaba estar con él, lo anhelaba, se moría por él, pero no podía tenerlo. No se creía que hubiera desarrollado unos sentimientos tan profundos en tan poco tiempo, pero así había sido. Era como si lo conociera de toda la vida, y el caso es que fue así desde el principio.



Pero tenía que superarlo. Y lo haría. No iba a echar a perder el resto del año. No iba a tirar a la basura el regalo de su madre.

Se aclaró la garganta.

—Tú eres mi *Mac-Mac*. Lo único que necesito para sentirme bien es que tú te sientas bien.



*Mac* abrió los ojos. Tras la crisis, se sentía lleno de determinación. Se había dado cuenta de cuál era la verdad. En realidad, no se había equivocado con David. ¡Era la pareja ideal de Jamie! *Mac* sabía perfectamente cuándo Jamie era feliz, y lo había sido con él, más que nunca. Y David también lo había sido con ella. La nariz de *Mac* no se equivocaba jamás, jamás. Entre los dos habían estropeado las cosas. O igual había sido culpa del descerebrado. Pero *Mac* lo arreglaría. No podía quedarse más tiempo debajo de la cama. No podía abandonar a su humana. Ella le necesitaba, y él la quería. Quedarse allí, quieto, sufriendo y sin hacer nada, no era propio de *MacGyver*.

Se deslizó fuera, se desperezó al sentir la luz del sol que entraba por las ventanas y dio un sorbo al agua que le había dejado Jamie. El plato de comida estaba vacío, así que maulló sonoramente. Tenía hambre. Necesitaba combustible para cumplir su misión.

—¡*Mac!* ¡Has salido! —gritó Jamie al tiempo que llegaba corriendo a la habitación. Lo levantó con delicadeza y lo estrechó contra su pecho. Dejó que lo acariciara y le hiciera un montón de carantoñas durante unos minutos y después soltó otro maullido. ¡Necesitaba su comida!

—¡Comida! ¡Quieres comer! ¡Quieres comer! —Jaime lo llevó a la cocina, lo dejó en el suelo y empezó a abrir una lata, una de las mejores.

*Mac* ronroneó hasta sentir que le vibraba el pelo. ¡Con el estómago lleno de sardinillas, era capaz de cualquier cosa!

---

10 N. del Trad.: En la tradición anglosajona, el que dos personas digan a la vez las mismas palabras se supone que trae mala suerte, por lo que hay que romper de inmediato el supuesto gafe con otra expresión, *Jinx!*

## CAPÍTULO 20



Jamie abrió despacio la puerta principal y miró hacia abajo. Sobre el felpudo había un calcetín de Bigfoot, además de un ejemplar muy rasgado de *La broma infinita*, una gorra de béisbol de los Oakland Athletics y una mochila de protones de los cazafantasmas.

Durante la última semana, sin fallar un solo día, habían aparecido en su puerta cosas de David. También había otras personas que estaban recibiendo «entregas». De hecho, en el borde de la fuente había un montón de nuevos objetos. Hud parecía que iba a ser incapaz de resolver su «caso».

—¡*Mac*, esto tiene que terminar de una vez! Sé que te gusta David. ¡A mí también me gusta David! Pero la cosa no puede funcionar.

*Mac* ni se dignó dar el más mínimo maullido. Estaba demasiado ocupado jugando con *Mousie*. Después de salir de debajo de la cama había estado tan retozón y vivaracho como un minino de meses. Y había vuelto a desempeñar el papel de gato ladrón. Estaba segura de ello, aunque todavía no había sido capaz de averiguar cuál era su vía de escape. Cuando estuvo sin salir de la cama se interrumpieron los robos y las «entregas», pero en cuanto se recuperó, ¡catapum!, una auténtica explosión.

Jamie le escribió un mensaje a David. «¿Estás por ahí? Tengo cosas tuyas, entre ellas la mochila de protones. No quiero dejarla en la fuente hasta que sepa que estás de camino. Sé que significa mucho

para ti».

Recordaba perfectamente lo que le había contado acerca de cómo, cuando era pequeño, su hermano había roto la mochila antes de que pudiera jugar con ella una sola vez, y que Clarissa se la había regalado unas Navidades.

«Voy ahora mismo. Gracias. Yo también tengo cosas...», respondió.

Jamie lo colocó todo en una bolsa, escribió en ella el nombre de David y la llevó a la fuente. Hud estaba hablando con uno de los vecinos, y Jamie agradeció poder evitar esta vez la inevitable conversación con él. Volvió a entrar en casa a toda prisa. No estaba preparada para encontrarse cara a cara con David, y parecía claro que a él le pasaba lo mismo.

Se retiró a la cocina para trabajar con el ordenador. El dueño del Museo de Tecnología Jurásica le había dado permiso para fotografiarlo, y estaba experimentando con distintos efectos intentando encontrar uno que resaltara su personalidad. *Mac* saltó al suelo desde una de las sillas de la cocina con un bufido de enfado, y salió de la habitación con aire indignado, sin mirarla siquiera.

A Jamie no le importaba su malhumor. Se sentía contentísima de verlo de nuevo como siempre. Aún estaba un poco delgado, pero con todas las sardinas que le estaba dando, pronto volvería a recuperar su peso normal. Se había asustado mucho al pensar que podría perderlo.



Por la forma de respirar de Jamie, *Mac* sabía perfectamente que se estaba haciendo la dormida. Y también se dio cuenta de cuándo dejó de fingir y se quedó frita de verdad. En ese momento corrió hacia la chimenea y empezó a trepar. Se sentó en el tejado, sin saber exactamente cuál debía ser su siguiente paso. Los últimos que había dado no habían servido de nada.

Jamie y David recogían sus regalos, sí, pero los dejaban junto a la fuente. Estaba empezando a pensar que eran igual de descerebrados

que el descerebrado. Sabía que tenían que ser pareja y formar una manada, pero ¿por qué no lo hacían?

¡Un momento, el descerebrado! David lo quería mucho. *Mac* no podía entender el porqué: lo único que hacía el perrazo era babear, aullar y hacer pis encima de las plantas, y no lo hacía en las casas porque David no le dejaba, el muy sucio. Pero David quería a *Diogee* igual que Jamie lo quería a él. El perro pertenecía a la manada de David, y eso significaba que era muy importante para el humano, más que cualquier otra cosa.

En ese momento, *Mac* tuvo muy claro lo que tenía que conseguir. Como siempre, saltó del tejado a los arbustos y desde ellos al suelo, y después salió a todo correr hacia la casa de David. Tuvo mucha suerte, porque el descerebrado estaba en el jardín. Con la facilidad que le daba la experiencia, recorrió el pestillo de la cancela y la abrió de par en par.

Ahora venía lo bueno. Corrió hacia *Diogee* y le dio varios golpes con la pata en su enorme cola. El descerebrado dio varias vueltas sobre sí mismo sin lograr alcanzarlo, ¡estaría bueno!, y soltó un gemido. *Mac* salió huyendo, como si tuviera miedo de ese bicho grande y torpe. ¡Vaya bobada!

Fue hacia casa, pero no excesivamente rápido. No quería que el descerebrado se quedara atrás. Cuando llegó al jardín, *Mac* dio un aullido estentóreo, probablemente el más fuerte que había dado en toda su vida. La primera consecuencia fue que el perro también se puso a ladrar como un loco. Y el resultado final fue el esperado: Jamie salió a toda prisa muy alarmada, a ver qué estaba pasando. ¡Era un genio!

—¡*Mac*! ¡*Diogee*! —gritó—. ¡Pasad dentro! ¡*Mac*, sardinas! ¡*Diogee*, golosinas!

A *Mac* no hizo falta que se lo dijera dos veces, y entró por la puerta a toda velocidad con *Diogee* pisándole los talones. El gato se fue directo a su escondite de debajo de la cama, pues pensaba que igual el chuchó, con lo estúpido que era, podría estar un poco

confuso, y no quería que mantuviera ese estado. ¡Mira que si pensaba que su golosina era el propio *Mac*! Y cuando se trata de golosinas, los perros adquieren superpoderes para conseguirlas... Mejor ponerse a salvo por un rato.

Jamie debió de pensar lo mismo, porque cerró la puerta del dormitorio, y oyó cómo regañaba al perro. ¡Esa era su humana, y lo defendía de una bestia estúpida!

*Mac* había hecho todo lo que había podido. Ahora lo que tocaba era esperar y ver si funcionaba. Si no, tendría que desarrollar otro plan. ¡No iba a rendirse nunca!



Al principio, David pensó que el zumbido provenía del reloj despertador, pero enseguida se dio cuenta de que no, de que era el teléfono móvil. Miró la hora. Poco más de la una. La llamada era de Jamie. Dudó, aunque solo por un segundo, y contestó inmediatamente.

—Tu perro está en mi casa —dijo Jamie.

—¿Cómo?

—Lo oí ladrar justo delante de mi puerta, así que lo dejé pasar. Ya sabes, a estas horas y al volumen que ladra... —explicó casi como disculpándose.

—Pero la cancela del jardín estaba cerrada.

—Bueno, no tengo ni idea de cómo ha podido escaparse, pero está aquí —insistió Jamie con tono algo brusco.

—De acuerdo, voy enseguida. —David colgó y tomó la ropa, se la puso a toda prisa, y finalmente se calzó las zapatillas, sin preocuparse de ponerse calcetines. Cuando salió, vio la puerta de la cancela abierta, moviéndose al impulso de la ligera brisa nocturna. Siempre se preocupaba de dejarla bien cerrada con el pestillo. Pero la verdad era que últimamente había estado un tanto distraído. ¡Hasta se había equivocado con varias recetas en el trabajo y había quemado una bandeja entera de magdalenas!

Empezó a sentir una opresión en el pecho según se acercaba a

casa de Jamie. Solo tendría que verla un minuto. No tenía que pasar nada raro. Pero en el momento en el que llamó a la puerta, le costaba dar cada bocanada de aire al respirar. Parecía que las costillas le oprimiesen los pulmones como un tornillo hidráulico.

—Es como si *Diogee* hubiera estado recibiendo clases de *Mac*. Estaban lo dos ahí fuera, y... —empezó Jamie nada más abrir la puerta hablando a una velocidad increíble y sin ni siquiera decirle hola. Pero se interrumpió inmediatamente y se lo quedó mirando—. ¿Estás bien?

—Sí. Todavía medio dormido —contestó David como pudo jadeando. Tenía que regresar a casa. Estaría perfectamente en cuanto pudiera volver a su casa. *Diogee* se lanzó hacia él, y antes de que el perrazo lo derribara con su gesto habitual de poner las patas sobre los hombros de sus personas favoritas, se las arregló para sujetarse al marco de la puerta—. ¡Vamos, *D*, tranquilo! —Se le había olvidado traer de casa una correa, pero el perro lo seguiría de regreso sin problemas. Se dio la vuelta para marcharse.

Sin embargo, Jamie lo agarró por el brazo y lo arrastró adentro cerrando la puerta tras de sí.

—David, estás hiperventilando —dijo hablando despacio y pronunciando con claridad—. Recupera el aliento, ¿de acuerdo?

—Todavía no puedo inspirar el aire suficiente —dijo David negando con la cabeza.

—Respiras demasiado deprisa y demasiado fuerte —le explicó sin soltarle el brazo—. Estás aspirando demasiado aire, aunque no te lo parezca. Intenta inhalar más despacio, e inmediatamente te sentirás mejor. Haz lo que yo, fíjate. —Empezó a respirar despacio ella misma, mirándolo fijamente.

Procuró acomodar su ritmo respiratorio al de ella, pese a que al hacerlo se incrementó el número de latidos del corazón, que notaba en los oídos casi como si fueran redobles de tambor.

—Bueno, parece que la cosa va mejor —dijo Jamie al cabo de un rato—. Aspira de nuevo. Pero normal, no muy fuerte.

*Diogee* soltó un gemido y le dio un golpecito en la pierna a David con la pata derecha.

—Estoy bien, muchacho, estoy bien. —David respiró y le acarició la cabeza al perro.

—¿Mejor? —preguntó Jamie.

—Sí, mejor.

—¿Otro ataque de ansiedad?

—Eso parece...

—Siéntate un momento, anda —le ofreció Jamie—. ¿O el que estés aquí lo empeora?

Ahora que estaba más calmado, la urgencia de volver a casa había desaparecido. Tenía las piernas muy flojas, como gelatina, y se sentía casi exhausto. Se acercó al sofá, con Jamie todavía sujetándole del brazo.

—Voy a traerte un vaso de agua.

*Diogee* saltó al sofá para ponerse a su lado, e inmediatamente *Mac* también se subió de un salto al respaldo y le dio un golpecito cariñoso en el hombro con la cabeza.

—Estoy bien, chicos —dijo. Parecía que el ritmo cardíaco se iba normalizando.

—Toma —dijo Jamie cuando volvió al cuarto de estar con el vaso de agua en la mano. Se lo acercó y se sentó en el sillón de enfrente.

A David le tembló un poco la mano al llevarse el vaso a la boca, pero logró echar un trago.

—Lo siento. Necesito un par de minutos, y después...

—No seas estúpido, anda —dijo ella, pero en tono amable.

Echó la cabeza hacia atrás y se centró en recuperarse. Cuando se sintió preparado y alineó la cabeza con el cuerpo, se encontró con la mirada de Jamie. Se le notaba la preocupación en los ojos.

—¿Fue así como te sentiste aquella noche?

—Pues sí, más o menos —respondió David.

—Tenías que haberme despertado —afirmó—. Aunque supongo que te habrías puesto todavía peor.



—Probablemente —admitió David—. La verdad es que voy a empezar a hacer terapia. Lucy me ha convencido de que me podría venir bien. —Su amiga lo hizo después de haberse disculpado con él montones de veces por haberle presionado tanto para que tuviera citas a ciegas, y también por estar bebida cuando le contó lo que le había pasado tras acostarse con Jamie.

Jamie asintió, pero no dijo nada. Lo más probable es que no supiera qué decir. ¿Qué era lo que se le podía decir a alguien que había decidido ir a terapia? El caso es que ni se creía que hubiera tomado esa decisión. Siempre había pensado que era algo que podía venirle bien a otros, pero una parte de él seguía convencida de que no lo necesitaba, porque era perfectamente capaz de resolver sus propios problemas. No obstante, visto lo visto, estaba claro que eso no era verdad.

—No tengo ningunas ganas de que, cada vez que empiece a enamorarme de una mujer, me dé un ataque de ansiedad —prosiguió David. Jamie se mantuvo callada—. Que es lo que me pasa contigo, que me estoy enamorando, si no lo estoy ya. —Ella abrió mucho los ojos, pero siguió sin decir ni pío—. Pienso que el sentirme tan cercano a ti, y ahora no me estoy refiriendo al sexo, fue lo que me superó. —Ahogó una risita—. ¡Vaya, es como si ya hubiera empezado la terapia! —Mac saltó a su regazo, con lo que se colocó a solo unos centímetros de *Diogee*, aunque no pasó nada, ni siquiera se miraron. Lo único que hicieron fue apretarse contra David.

—Bueno, parece que, para empezar, estos dos han decidido por su cuenta administrarte una terapia con animales. He leído que funciona... —dijo Jamie recuperando el habla—. Es tardísimo. ¿Te apetece quedarte aquí esta noche? En el sofá, quiero decir —añadió rápidamente.

—Pues... sí, muchísimas gracias.

—Voy a buscar una manta y una almohada —indicó yendo rápidamente hacia su dormitorio.

David se sentía hecho unos zorros, no es que tuviera problemas

para respirar, o con taquicardia. Simplemente estaba muy, muy cansado. Se quitó las zapatillas y se estiró en el sofá, lo cual obligó a los animales a recolocarse. *Mac* se acomodó encima de él, sobre su estómago, y *Diogee* se hizo un ovillo a sus pies. Cerró los ojos y empezó a quedarse dormido casi de inmediato. Notó que Jamie le acomodaba la almohada y lo cubría con la manta, pero solo vagamente.



Jamie consultó la hora. Casi las diez, y David seguía como un tronco. Había llamado a la confitería para decir que estaba enfermo. Esperaba que no le importara. Estaba claro que necesitaba imperiosamente descansar sin interrupciones.

Cuando le mandó el correo electrónico en el que le contaba que había tenido un ataque de ansiedad, lo había comprendido... desde un punto de vista intelectual. Pero al verlo la noche anterior fue cuando entendió físicamente, si es que se podía decir así, por qué se había marchado de aquella forma la noche de autos. Debió de sentir como si se estuviera muriendo. Ahora hasta le parecía un acto de bravura por su parte el que la invitara a ver una película la tarde siguiente. Tenía que temer muy seriamente que le diera otro ataque, e incluso puede que lo hubiera tenido, ¡y que lo hubiera controlado a duras penas! Eso podría explicar el que hubiera retirado la mano como si le quemara cuando se la rozó. Puede que el hecho de que lo tocara fuera el desencadenante de su ansiedad.

*Mac* emitió un gemido que la sacó de sus cavilaciones. Estaba sentado en el alféizar de su ventana favorita, desde la que se contemplaba el jardín, la fuente y las casas vecinas. Chistó para que no hiciera ruido, pero el gato volvió a gemir. Se volvió para mirar a David, que seguía durmiendo con *Diogee* a sus pies, despierto, con actitud alerta, como si estuviera protegiéndolo.

—¿Qué pasa? —le susurró a *Mac*.

El gato empezó a golpear la mosquitera con las patas delanteras, y Jamie se las sujetó. Miró al patio para intentar averiguar qué era lo

que le estaba poniendo tan nervioso. Imaginaba que sería una ardilla, u otro gato, pero a quien vio fue a Sheila, la cartera, que iba andando por la acera, y a Hud en su puesto habitual, junto a la fuente.

—Ahí fuera todo está normal, *MacGyver*.

El gato saltó al suelo, corrió hacia la puerta y volvió a gemir, como si quisiera salir a la calle. ¡Como si creyera que iba a abrirla para dejarlo salir! ¡Ni pensarlo! Paseó nervioso por el vestíbulo y, finalmente, atravesó el cuarto de estar... ¡y empezó a trepar chimenea arriba!

Jamie salió inmediatamente y miró hacia el tejado. ¿Sería capaz de llegar arriba?, ¿o se quedaría atascado? ¡No, qué va, allí estaba! Trotó por el tejado, dio un ágil salto hacia los arbustos y se dirigió hacia Sheila. Antes de que siquiera pudiera abrir la boca para llamarlo, el gato logró soltar uno de los llaveros de la mochila del correo. Y, sin dudarle ni un instante, corrió hacia Hud y dejó el llavero a sus pies.

—¡Yo no le he ordenado que hiciera eso! —exclamó Jamie alzando los brazos cuando el hombre se la quedó mirando de manera acusatoria.

Hud se inclinó para alcanzar el llavero mientras Sheila se aproximaba rápidamente hacia él.

—¡Voy a recogerlo! —dijo la cartera en voz alta.

Hud extendió el brazo con el llavero en la mano, mirando el pececillo dorado que tenía en el extremo.

—Cuando se emitió el episodio piloto de «mi» serie, el productor le regaló un llavero como este a todo el equipo. Los mandó hacer a propósito para la ocasión. —Se bajó las gafas y se quedó mirando a Sheila de hito en hito.

—Lo compré en eBay —confesó ella. Tenía las mejillas rojas como la grana. Y el cuello. Y los lóbulos de las orejas.

—¿Te gusta la serie? —Hud no pudo reprimir su entusiasmo al hacer la pregunta.

—Pues... yo creo que he visto cada capítulo un millón de veces —

aseveró Sheila, aunque mirando al suelo en vez de a la cara de Hud.

«¡Le gusta Hud! Por eso se sabía de memoria todos los episodios en los que había aparecido como actor invitado, pero no fue capaz de contestar a ninguna pregunta sobre series de televisión en la partida de Trivial aquella noche en el bar», pensó Jamie asombrada.

—¿Cuál es tu favorito, dime? —preguntó Hud tocándole la barbilla con suavidad y levantándola para que lo mirara a los ojos.

De repente, Jamie se dio cuenta de que no era adecuado quedarse allí mirándolos, por mucho que le apeteciera observar la pintoresca escena. Así que recogió a *Mac*, que no protestó, y regresó a casa. David estaba sentado abrochándose las zapatillas.

—Tengo que irme a trabajar.

—He llamado por ti diciendo que estabas enfermo —dijo meneando la cabeza—. Espero que no te importe.

—Todo lo contrario, gracias.

Ahora que no estaba en mitad de una crisis, Jamie no sabía qué decir.

—¿Sabes qué? Hud no va a tener más remedio que aceptar que *Mac* es el autor, podríamos decir que confeso, de los robos que tienen lugar en Storybook Court. Acaba de ser testigo de cómo mi gato ha robado algo delante de sus propias narices. Y yo no estaba allí, ni dirigiendo las operaciones ni sobornándolo con sardinas. Además, ya sé cómo sale de casa —afirmó señalando con el dedo índice hacia la chimenea.

David se quedó mirando a *MacGyver*.

—Impresionante.

Jamie también miró a su gato.

—Yo no utilizaría esa palabra, la verdad.

—¿Crees que son horas de tomar algo parecido a un desayuno? —preguntó David al tiempo que se ponía de pie.

—Pues... no lo sé —respondió Jamie dubitativa—. No sé si voy a ser capaz de cambiar el chip y comportarme otra vez como una simple amiga tuya, así, sin anestesia y sin tiempo de adaptación.

Reconozco que acepté gustosa la idea de «amigos con derecho a roce», pero me estaba engañando a mí misma. Lo cierto es que estábamos de maravilla como pareja de novios... falsa. Me parecía algo de lo más real, y muy adecuado a mi situación.

—A mí también —corroboró David asintiendo—. No me apetece eso de que seamos amigos con beneficios. No obstante, creo que estaría muy a gusto siendo amigo tuyo, eso sí, con la posibilidad abierta a que demos el paso, pero de verdad, al siguiente nivel de relación. Una vez que alguien, sea humano o animal, me ayude a volver a estar bien de la cabeza, claro.

—¡Ah! Bueno... Esto... —Jamie no se esperaba semejante cosa. Sin embargo, cuando lo escuchó, supo que eso era exactamente lo que quería. Incluso aunque ocurriera durante «El Año de Mí Misma». No eran los hombres, así en general, los que habían interferido en la consecución de sus sueños, sino los hombres con los que se había topado hasta ese momento, considerados en particular. Eso, y para ser justos, la forma en la que ella se había planteado las relaciones, siempre actuando en función de agradarlos, de hacer lo que pensaba que ellos esperaban que hiciera, en resumen, de no ser ella misma. Con David no se había comportado de esa manera, porque primero habían sido amigos, sin más pretensiones. Y también porque a él no le habría gustado esa conducta.

Lo miró largamente, sin prisa por responder a su propuesta. Finalmente asintió, completamente convencida.

—Estaba pensando que me apetece conocer ese sitio, ¿cómo se llama...? Sí, Roscoe's Chicken and Waffles.

—Otro sitio de Los Ángeles al que siempre he querido ir, pero que aún no conozco —dijo David.

*Mac* empezó a ronronear.

UN AÑO DESPUÉS



Sonó el timbre y Jamie corrió a abrir.

—¡Feliz día de «Nos Vamos a Vivir Juntos»! —exclamó Lucy entregándole un felpudo con la leyenda «El hogar es el sitio en el que viven las mascotas».

Jamie le dio un abrazo. Hacerse amiga de Lucy y de Adam había sido el mejor beneficio colateral de su relación con David.

—Voy a poner esto ahora mismo —exclamó encantada—. Vete al patio de atrás. David está encendiendo la barbacoa.

Terminó colocando el felpudo frente a la puerta tipo casa de los hóbbits. Ruby, Riley, Addison, la madre de ambas y, por supuesto, Zachary llegaban juntos por la acera. Zachary y Addison estaban casi siempre el uno con el otro. Ya llevaban saliendo un poco más de un año, y trabajaban en una novela gráfica. No habían roto ni una sola vez.

*Diogee* corrió hacia la puerta, y Jamie tuvo que emplearse a fondo para detenerlo; de no ser así, se habría abalanzado sobre los visitantes y, con toda probabilidad, habría derribado a más de uno.

—¡Estás estupenda! —le dijo a Riley arrodillándose para quedar a la altura de la carita de la nena, y admirar su disfraz de vaca de color rosa fucsia, en el que Ruby había estado trabajando durante meses.

—¡Lo sé! —Riley hizo una especie de pirueta y todo el mundo rio.

—Bueno, voy a abrir la puerta. Preparaos para el ataque de los

clones..., digo de *Diogee* —les advirtió Jamie, e inmediatamente les hizo pasar dentro, donde, como era de esperar, recibieron una abundante ración de lametones.

—¡Besa mejor que tú, Zachary! —bromeó Addison, pero en tono ligero y muy afectuoso.

—Más lengua. Lo capto —dijo Zachary siguiendo el juego.

—¡No digáis esas cosas delante de mí! —protestó la madre de Addison.

Ruby rodeó con el brazo la cintura de Jamie mientras se dirigían al patio trasero.

—¡Estoy contentísima por ti! Sabía desde el principio que David y tú estabais hechos el uno para el otro.

—Marie y Helen también quieren apuntarse el tanto, ¿te lo puedes creer? Las dos están ahí fuera discutiendo sobre ello. Y Nessie procura arbitrar imparcialmente. No me preguntes cómo es posible, pero se les ha olvidado por completo el contable, el ahijado y el dentista. Y, ¡no te lo pierdas! No me preguntes por qué o por qué no, también van diciendo que el que Hud y Sheila se hayan enamorado también es cosa de ellas, cuando si alguien lo logró, ese fue *Mac*. ¡Yo lo presencié en directo!

—Desde luego que *Mac* merece todo el mérito por eso. Sin embargo, creo que, siendo justos, a Helen habría que concederle que ha tenido un papel fundamental en que David y tú hayáis acabado juntos —aseveró Ruby con seriedad. Jamie se quedó mirándola completamente asombrada—. Bueno, su ahijado hizo que no tuvieras más remedio que dirigirte al bar para superar el trauma, y fue allí donde te tomaste unas copas con David y empezasteis a caer bien —explicó Ruby—. Así que creo que Helen merece su parte de crédito. ¡Pero ni se te ocurra decirle a Marie ni una palabra de esta teoría!

Jamie sonrió y se dirigió a la cocina.

—Tengo que enseñarte una cosa. La ibas a ver enseguida, pero no puedo esperar. —Abrió la tapa de una gran caja de cartón—. David me ha fabricado esto. —La tarta, rellena de mermelada, por

supuesto, tenía en la parte de arriba una réplica perfecta de la cubierta del libro de Jamie. —¡Van a publicar mis fotos! ¿Te lo puedes creer?

—Pues la verdad es que no —contestó Ruby, de nuevo muy seria—. No podía ni imaginarme que hubiera la más mínima posibilidad de que fueras capaz de preparar un libro teniendo cerca a un tipo tan inseguro, tan dependiente y tan controlador como David.

—¡Qué graciosa eres! —espetó Jamie con una media sonrisa—. Venga, vamos fuera. —Miró hacia atrás—. No, *Mac*, tú no —le advirtió—. Eres un gato casero. Y la chimenea está bloqueada.



*Mac* no le quitó ojo a la pequeña humana, Riley, hasta que por fin abrió la ventana que daba al patio trasero. ¿Qué falta le hacía la chimenea? Había montones de maneras de salir de una casa, siempre y cuando fueras un gato y te llamaras *MacGyver*.

Se acercó a la barbacoa disfrutando del aroma de la carne que se iba tostando y de los olores de la gente feliz, sobre todo de los de Jamie y David. Sacudió ligeramente la cola. Estaba contento consigo mismo porque lo había hecho bien. Volvió a aspirar, esta vez utilizando la lengua para explorar el aire más profundamente. Había gente en las cercanías que lo necesitaba. Esta noche empezaría a seguir las pistas de sus olores.

Saltó para subirse a la mesa más cercana a la barbacoa, en la que había una bandeja llena de hamburguesas. Maulló, y *Diogee* se aproximó trotando. *Mac* le acercó una de las hamburguesas. Para algunas de sus misiones le vendría bien algo de músculo, de fuerza bruta. El descerebrado podría encargarse de esa parte. *Mac* tenía cerebro más que de sobra para los dos.